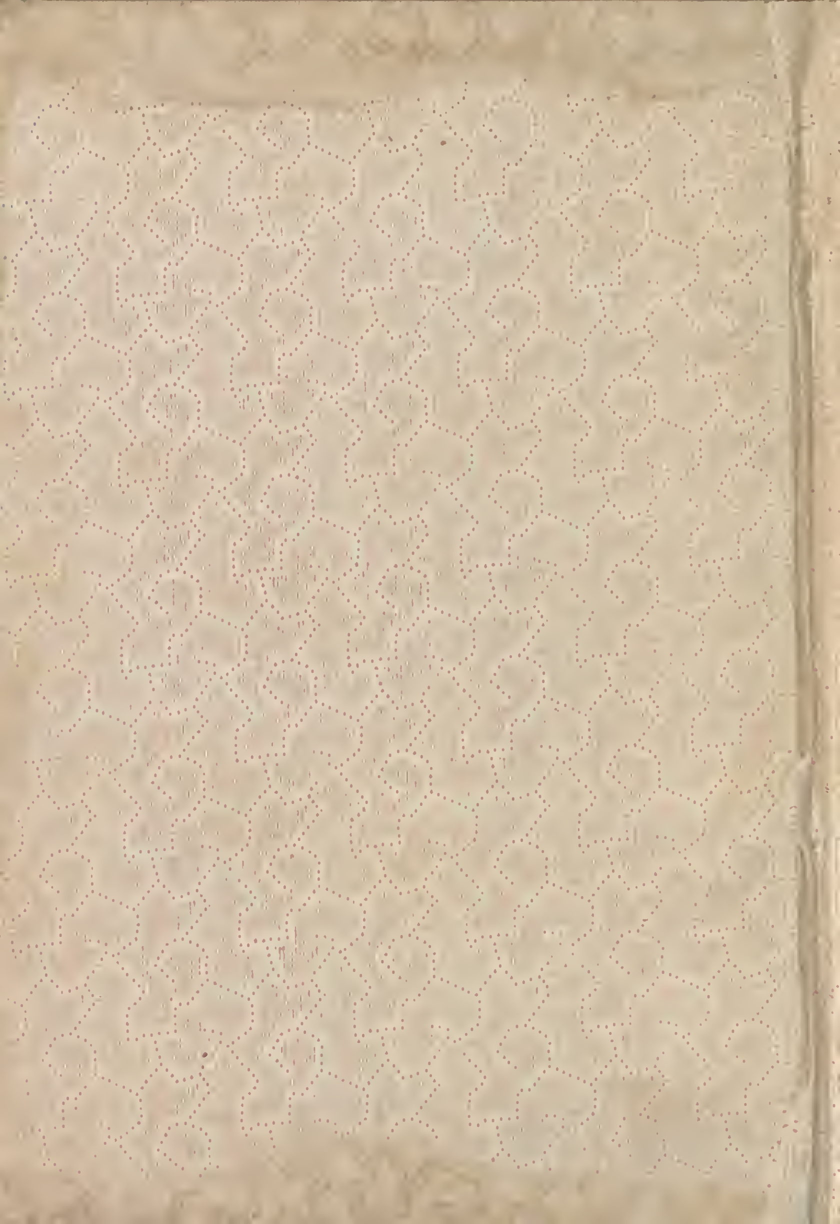
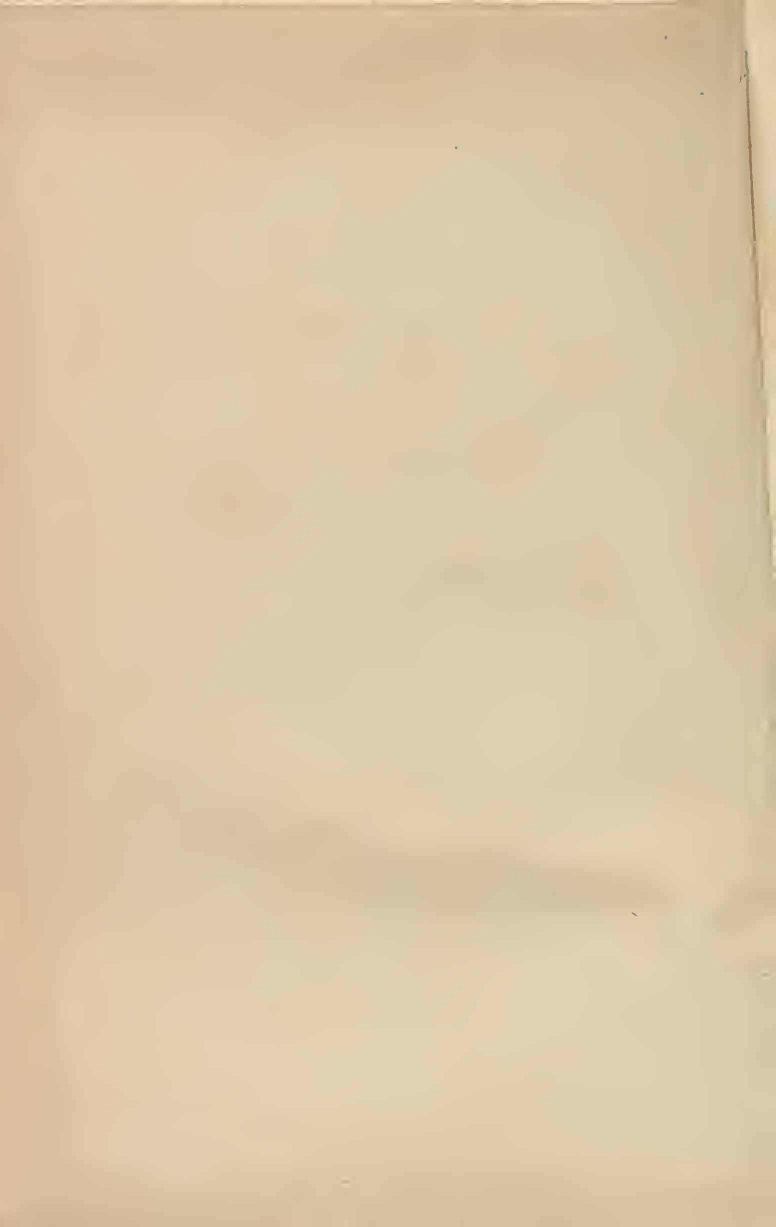








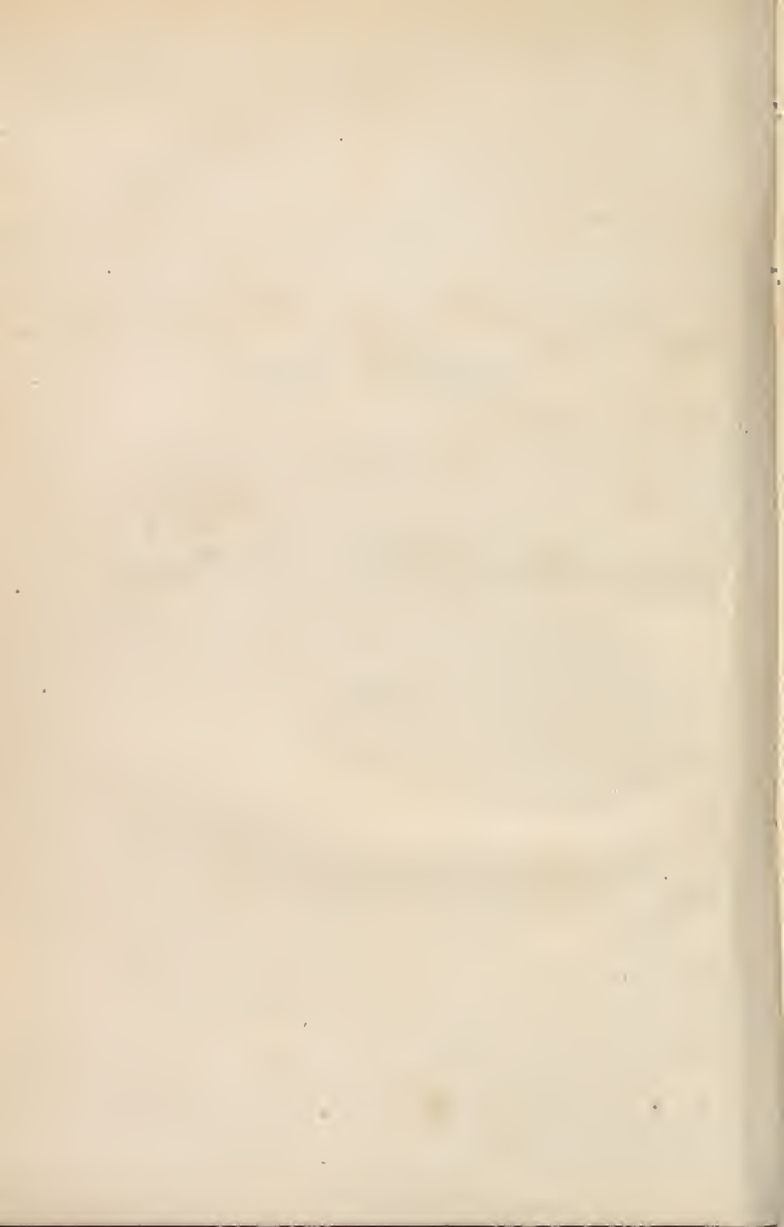


BIBLIOTECA SELECTA

DE

AUTORES CLÁSICOS ESPAÑOLES.

VIII.



TEATRO ESCOGIDO

DE

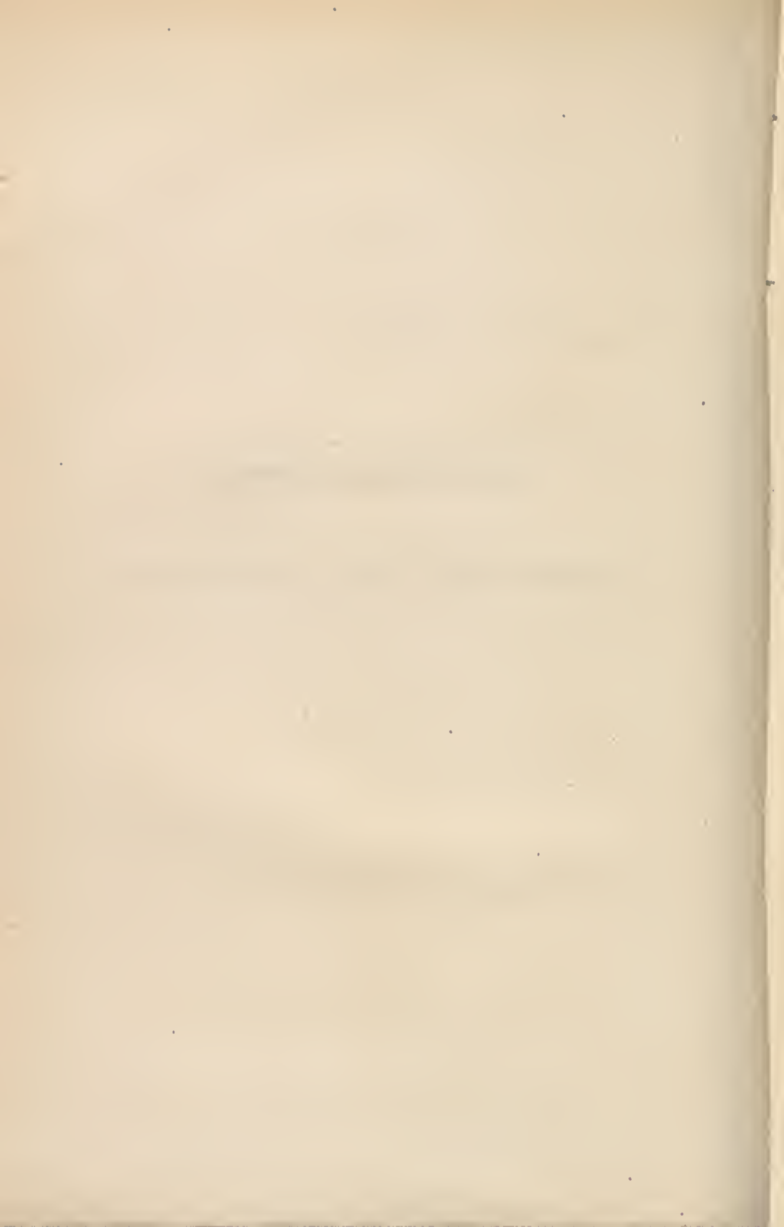
D. PEDRO CALDERON DE LA BARCA.

EDICION DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA.

TOMO II.



MADRID,
IMPRENTA Y ESTEREOTIPIA DE M. RIVADENEYRA,
calle del Duque de Osuna, número 3.
1868



CASA CON DOS PUERTAS MALA ES DE GUARDAR.

PERSONAS.

DON FÉLIX, *galan.*
LISARDO, *galan.*
FABIO, *viejo.*
CALABAZAS, *lacayo.*
HERRERA, *escudero.*
LAURA, *dama.*
MARCELA, *dama.*
SILVIA, *criada.*
CELIA, *criada.*
LELIO, *criado.*
CRIADOS.

La escena pasa en Ocaña, durante la primavera del año 1629.

JORNADA PRIMERA.

Campo á la entrada de la villa.

ESCENA PRIMERA.

MARCELA Y SILVIA, *con mantos, como recelándose. Detras* LISARDO. *y* CALABAZAS.

MARCELA.

¿Vienen tras nosotras?

SILVIA.

Sí.

MARCELA.

Pues párate.—Caballeros,
Desde aquí habeis de volveros,
No habeis de pasar de aquí;

Porque, si intentais así
Saber quién soy, intentais
Que no vuelva donde estais
Otra vez; y si esto no
Basta, volveos porque yo
Os suplico que os volvais.

LISARDO.

Difícilmente pudiera
Conseguir, señora, el sol
Que la flor del girasol
Su resplandor no siguiera:
Difícilmente quisiera
El norte, fija luz clara,
Que el imán no le miràra;
Y el imán difícilmente
Intentára que, obediente,
El acero le dejára.
Si sol es vuestro esplendor,
Girasol la dicha mia;
Si norte vuestra porfía,
Piedra imán es mi dolor;
Si es imán vuestro rigor,
Acero mi ardor severo;
Pues ¿cómo quedarme espero
Cuando veo que se van
Mi sol, mi norte y mi imán,
Siendo flor, piedra y acero?

MARCELA.

A esa flor hermosa y bella,
Términos el dia concede,
Bien como á esa piedra puede

Concederlos una estrella;
Y pues él se ausenta y ella;
No culpeis la ausencia mia;
Decid á vuestra porfía,
Piedra, acero ó girasol,
Que es de noche para el sol,
Para la estrella de dia;
Y quedaos aquí, porqué
Si este secreto apurais,
Y á saber quién soy llegais,
Nunca á veros volveré
A aqueste sitio, que fué
Campaña de nuestro duelo;
Y puesto que mi desvelo
Me trae á veros aquí,
Crêd de mí que importa así.

LISARDO.

De vuestro recato apelo,
Señora, á mi voluntad;
Y supuesto que sería
No seguiros cortesía,
Tambien será necedad.
Necio ó descortés, mirad
Cuál mayor defecto es;
Veréis que el de necio, pues
No se enmienda; y así, á precio
De no ser, señora, necio,
Tengo de ser descortés.
Seis auroras esta aurora
Hace, que, en este camino,
Ciego el amor os previno

Para ser mi salteadora :
Tantas há que á aquella hora
Os hallo á la luz primera,
Oculto sol de su esfera,
De su campo rebozada
Ninfa, deidad ignorada
De su hermosa primavera.
Vos me llamasteis, primero
Que á hablaros llegára yo;
Que no me atreviera, no,
Tan de paso y forastero.
Con estilo lisonjero,
Aspid ya de sus verdores,
No deidad de sus primores,
Desde entónces fuisteis; pues
Aspid, que no deidad, es
Quien da muerte entre las flores.
Dijísteisme que volviera
Otra mañana á este prado,
Y puntual mi cuidado
Me trajo como á mi esfera.
No adelanté la primera
Ocasion; porque bastante
No fué mi ruego constante
A que corriese la fe
(Que adora lo que no ve)
Ese velo de delante.
Viendo, pues, que siempre es nuevo
El riesgo, y el favor no,
Quiero á mí deberme yo
Lo que á vuestra luz no debo;
Y así á seguiros me atrevo,

Que hoy he de veros ó ver
Quién sois.

MARCELA.

Hoy no puede ser,
Y así dejadme por hoy;
Que yo mi palabra os doy
De que muy presto saber
Podais mi casa, y entrar
A verme en ella.

CALABAZAS. [*A Silvia.*]

¿Y á ella,
Doncella de esa doncella
(La verdad en su lugar,
Que yo no quiero infernar
Mi alma), hay cosa que la obligue
A taparse?

SILVIA.

Y si me sigue,
Tenga por muy cierto...

CALABAZAS.

¿Qué?

SILVIA.

Que me persigue; porque
Quien me sigue me persigue.

CALABAZAS.

¡Ya sé el caso, vive Dios!

SILVIA.

¿Qué va que no lo declaras?

CALABAZAS.

Muy malditísimas caras
Debeis de tener las dos.

SILVIA.

Mucho mejores que vos.

CALABAZAS.

Y está bien encarecido,
Porque yo soy un Cupido.

SILVIA.

Cupido somos yo y tú.

CALABAZAS.

¿Cómo?

SILVIA.

Yo el pido, y tú el cu.

CALABAZAS.

No me está bien el partido.

MARCELA. [*A Lisardo.*]

Esto os vuelvo á asegurar
Otra vez.

LISARDO.

Pues ¿qué fianza
Le dejais á mi esperanza
De las dos que he de lograr?

MARCELA. [*Descúbrese.*]

La de dejarme mirar.

LISARDO.

Usar de esa alevosía

Para turbar mi osadía,
Ha sido traicion, pues ya
Viéndôs, ¿cómo os dejará
Quien sin veros os seguia?

MARCELA.

Quedad, pues, de mí seguro
Que en breve tiempo sabréis
Mi casa, y entenderéis
Cuánto serviros procuro.
Esto otra vez aseguro.

LISARDO.

Ya en seguiros soy de hielo.

MARCELA.

Y yo, sin algun recelo,
De que agradecida estoy (1),
Por esta calle me voy.

LISARDO.

Id con Dios.

MARCELA.

Guárdeos el cielo. [*Vanse las dos.*]

ESCENA II.

LISARDO. CALABAZAS.

CALABAZAS.

¡Linda tramoya, señor!

---

(1) Agradece que la deje ir tranquilamente.
(*Nota del Sr. Hartzenbusch.*)

Sigámosla hasta saber
Quién ha sido una mujer
Tan embustera.

LISARDO.

Es error,
Calabazas, si en rigor
Ella se recata así,
Seguirla.

CALABAZAS.

¿Eso dices?

LISARDO.

Sí.

CALABAZAS.

Vive Dios, que la siguiera
Yo, aunque hasta el infierno fuera.

LISARDO.

¿Qué me debe, necio, di,
De haber cuatro dias hablado
Conmigo en este lugar,
Para darla yo un pesar
De quien ella se ha guardado?

CALABAZAS.

Debe el haber madrugado
Estos dias.

LISARDO.

Ya que estamos
Solos, y que así quedamos,
Sobre lo que podrá ser

Tan recatada mujer,
Discurramos.

CALABAZAS.

Discurramos.
Dime tú : ¿qué has presumido
De lo que has visto y notado?

LISARDO.

De estilo tan bien hablado,
De traje tan bien vestido,
Lo que he pensado y creido
Es que ésta debe de ser
Alguna noble mujer,
Que, donde no es conocida,
Disimulada y fingida,
Gusta de hablar y de ver;
Y por forastero á mí
Para este efecto eligió.

CALABAZAS.

Mucho mejor pienso yo.

LISARDO.

Pues no te detengas, di.

CALABAZAS.

Mujer que se viene así
A hablar con quien no la vea,
Donde ostentarse desea,
Bachillera é importuna,
Que me maten si no es una
Muy discretísima fea,
Que, por el pico, ha querido

Pescarnos.

LISARDO.

¿Y si la hubiera
Visto yo, y un ángel fuera?

CALABAZAS.

¡Vive Dios, que me has cogido!
La Dama Duende (1) habrá sido,
Que volver á vivir quiere.

LISARDO.

Aun bien, sea lo que fuere,
Que mañana se sabrá.

CALABAZAS.

¿Luego crees que vendrá
Mañana?

LISARDO.

Si no viniere,
Poco ó nada habrá perdido
La necia esperanza mia.

CALABAZAS.

El madrugar otro dia,
¿Poca pérdida habrá sido?

LISARDO.

El negocio á que he venido
A madrugar me ha obligado;
No lo debo á este cuidado.

(1) Estos versos, como lo observa muy bien el Sr. Hartzenbusch, prueban que Calderon pensaba ya entónces escribir su *Dama Duende*, si no la tenía ya comenzada; pero es, sin embargo, evidente que *Casa con dos puertas* fué escrita y representada ántes que aquélla.

Sala en casa de Don Félix.

ESCENA III.

LISARDO. CALABAZAS. *Y luégo* DON FÉLIX.
HERRERA.

CALABAZAS.

Cerca de casa vivió,
Pues de vista se perdió
Cuando á casa hemos llegado.

LISARDO.

Y tarde debe de ser.

CALABAZAS.

Sí, pues vistiéndose sale
Quien á los dos nos mantiene,
Sin ser los dos justas reales.
[*Salen Don Félix y Herrera.*]

LISARDO.

Don Félix, besós las manos.

DON FÉLIX.

El cielo, Lisardo, os guarde.

LISARDO.

¿Tan de mañana vestido?

DON FÉLIX.

Un cuidado, que me trae
Desvelado, no permite
Que sosiegue ni descanse.

Pero vos, que os admirais
De que á esta hora me levante,
¿No me dijieteis anoche
Que, á dar unos memoriales,
Habíais de ir á Aranjuez?
Pues ¿cómo á Ocaña os tornasteis
Desde el camino?

LISARDO.

Si bien
Me acuerdo, regla es del arte
Que la pregunta y respuesta
Siempre un mismo caso guarden;
Y puesto que á mi pregunta
Fué la respuesta más fácil
Un cuidado, de la vuestra
Otro cuidado me saque,
Que es quien á Ocaña me vuelve.

DON FÉLIX.

¿Apénas ayer llegasteis,
Y hoy teneis cuidado?

LISARDO.

Sí.

DON FÉLIX.

Pues por obligaros ántes
Que me obligueis á decirle,
Este es el mio: escuchadme.

CALABAZAS.

En tanto que ellos se pegan
Dos grandísimos romances,

¿Tendréis, Herrera, algo que
Se atreva á desayunarme? (1).

HERRERA.

Vamos hácia mi aposento,
Calabazas; que, al instante
Que hayais vos entrado en él,
No faltará algo fiambre. [*Vanse.*]

ESCENA IV.

DON FÉLIX. LISARDO.

DON FÉLIX.

Bien os acordais de aquellas
Felícisimas edades
Nuestras, cuando los dos fuimos
En Salamanca estudiantes.
Bien os acordais tambien
Del libre, el glorioso ultraje
Con que de Vénus y Amor
Traté las vanas deidades,
De su hermosura y sus flechas
Tan á su pesar triunfante,
Que de rayos y de plumas
Coroné mis libertades.
¡Oh, nunca hubieran, Lisardo,
Luchado tan desiguales
Fuerzas, porque nunca hubieran
Podido los dos vengarse;
O hubiera sido su golpe,

(1) El verbo *desayunar*, por regla general *recíproco*, está aquí usado como *activo*.

Puesto que á todos alcance,
Por costumbre solamente,
Flecha disparada al aire,
Y no, por venganza, flecha
Bañada en venenos tales,
Que salió del arco pluma,
Corrió por el viento ave,
Llegó rayo al corazon,
Donde se alimenta áspid!
La primer vez que sentí
Este golpe penetrante,
Que sabe herir sin matar
(Y áun esto es lo más que sabe),
En la juventud del año,
Una tarde fué agradable
Del Abril; pero mal dije:
Al alba fué; no os espante
Ser por la tarde y al alba;
Que, con prestados celajes,
Si bien me acuerdo, aquel dia
Amaneció por la tarde.
Este, pues, como otros muchos,
Por divertirme y holgarme
Salí á caza; y, empeñado,
Llegué de un lance á otro lance
Al Real sitio de Aranjuez,
Que, como poco distante
Está de Ocaña, él es siempre
Nuestro Prado y nuestro Parque (1).

---

(1) *Prado* y Parque de Palacio: sitios entónces de paseo y reunion en Madrid.

Quise entrar á sus jardines,
Sin saber qué me llevase
A ver lo que tantas veces
Habia visto; que esto es fácil
Todo el tiempo que no asisten
Al sitio sus Majestades.
En el de la Isla entré...
¡Oh, cómo, Lisardo, sabe
La desdicha prevenirse,
El daño facilitarse!
Pues, como la mariposa
Que halagüeñamente hace
Tornos á su muerte, cuando
Sobre la llama flamante
Las alas de vidrio mueve,
Las hojas de carmin bate,
Así el infeliz, llevado
De su desdicha al exámen,
Ronda el peligro, sin ver
Quién al peligro le trae.
Estaba en la primer fuente
(Que es un peñasco agradable
Donde, temiendo el diluvio
De sus cruzados cristales,
Parece que van viniendo
A él todos los animales)
Una mujer, recostada
En la siempre verde márgen
De murta, que la guarnece
Como cenefa ó engaste
De esmeralda, á cuyo anillo
Es toda el agua diamante;

Tan divertida en mirar
Su hermosura en el estanque
Estaba, que puse duda
Sobre si es mujer ó imágen;
Porque, como ninfas bellas
De plata bruñida hacen
Guarda á la fuente, tan vivas
Que hay quien espere que hablen;
Y ella miraba tan muerta,
Que no pudo esperar nadie
Que se pudiese mover.
La naturaleza al arte
Me pareció que decia:
«No blasones, no te alabes
De que lo muerto desmientes
Con más fuerza, en esta parte,
Que yo desmiento lo vivo;
Pues en lo contrario iguales,
Sé hacer una estatua yo,
Si hacer tú una mujer sabes,
O mira un alma sin vida,
Donde está con vida un jaspe.»
Al ruido que, entre las hojas,
Hice (¡ay de mí!), por llegarme
A mirarla de más cerca,
Del éxtasis agradable
(¡No fuese de amor!) volvió
Con algun susto á mirarme.
No me acuerdo si la dije
Que ufana no contemplase
Tanta beldad, por el riesgo
De ser de sí misma amante;

Que, donde hubo ninfa y fuente,
No fué posible escaparme
Del concépto de Narciso.
Ella, honestamente grave,
Sin responderme volvió
La espalda, y siguió el alcance
De una tropa de mujeres,
Que andaba más adelante,
Midiendo de los jardines,
Ya los cuadros, ya las calles,
Hasta que su pié llegó
A hacer á todos iguales;
Porque, al pequeño contacto,
Flores produjo fragantes
Tantas la arena, que ya
No pudo determinarse
Si era calles ó era cuadros
El jardin por todas partes;
Pues fueron rosas despues
Las que eran veredas ántes.
El traje que se vestia
Era un bien mezclado traje,
Ni bien de córte, ni bien
De aldea, sino á mitades,
De señora en el aliño,
De aldeana en el donaire.
En un airoso sombrero
Llevaba un rizo plumaje,
A quien tuvieron accion
La tierra después y el aire,
Por el matiz ó la pluma,
Sobre si era flor ó ave.

Seguíla hasta que llegó
Á la cuadrilla, que errante
Coro tejido de ninfas,
Á los templados compases
De hojas, pájaros y fuentes,
Sonoramente süaves,
Cada paso era un festin,
Cada descuido era un baile.
Á todas las conocia,
En fin, como naturales
De Ocaña; y sólo ignoré
Quién era de mis pesares
La ocasion; que ya lo era,
Porque desde el mismo instante
Que la vi, sentí en el alma
Todo lo que hoy siento. Nadie
Diga que quiso dos veces;
Que, aunque aquí mire, allí hable,
Aquí festeje, allí escriba,
Aquí pierda y allí alcance,
No ha de querer más que una;
Que no pueden ser iguales
En el mundo dos efectos,
Si de una causa no nacen.
De algunas de las que iban
Con ella, pude informarme
De quién era; y hallé en ella
Más calidad por su sangre
Que por su beldad. La causa
De no haberla visto ántes,
Fué por haberse criado
En la Córte con su padre,

Hasta que á Ocaña se vino,
Porque viva donde mate.
No os digo que la serví
Feliz y dichoso amante:
Porque dichas que se pierden
Son las desdichas más grandes.
Sólo digo que, obligada
A mis finezas constantes,
A mis servicios corteses
Y á mis afectos leales,
Merecí que alguna noche,
Por una reja, me hablase,
De un jardin, donde testigos
Fueron de venturas tales
La noche y jardin, que sólo
A los dos quise fiarme;
Porque al jardin y á la noche,
Que son el vistoso alarde,
Ya de flores, ya de estrellas,
Hiciera mal de negarles,
A las unas lo que influyen,
Y á las otras lo que saben;
Puesto que estrellas y flores
Siempre en amorosas paces,
Enlazadas unas de otras,
Eran terceras de amantes.
Desta suerte, pues, teniendo
La fortuna de mi parte
Viento en popa, del amor
Corrí los inciertos mares
Hasta que, el viento mudado,
Levantaron huracanes

De una tormenta de celos,
Montes de dificultades.
Tormenta de celos dije;
Ved, si alguna vez amásteis,
¿Qué esperanza hay del piloto?
¿Qué seguro de la nave?
Bien creréis, Lisardo, bien
Cuando así escuchais quejarme
De los celos, que soy yo
Quien los tiene: no os engañe
El afecto de sentirlos
Desta suerte; porque ántes
Soy quien los he dado, y ellos
Son en sus efectos tales,
Que me matan dados, como
Tenidos pueden matarme.
¡Oh! ¿A qué nacen los que á ser
Dados ni tenidos nacen?
Hay una dama en Ocaña
Á quien yo, rendido amante,
Festejé un tiempo; ésta, pues,
Por darme muerte y vengarse,
Se ha declarado con ella,
Fingiendo finezas grandes
Que á mi amor debe. ¡Ay Lisardo,
Qué prontamente, qué fácil,
En los celos, las mentiras
Sientan plazas de verdades!
Con esto se ha retirado
Tal, que áun para disculparme
No permite que la vea,
No me deja que la hable.

Mirad, pues, si este cuidado
Consentirá que descanse,
Cercado de tantas penas,
Cargado de tantos males,
Muerto de tantos disgustos,
Lleno de tantos pesares;
Y, finalmente, teniendo,
Sin culpa, ofendido á un ángel:
Pues el padecer sin culpa
Es la desdicha más grande.

LISARDO.

Don Félix, aunque los celos
De quien así os quejais, basten
A dar pesadumbre dados,
En no ser tenidos traen
Anticipado el consuelo;
Que el dolor es tan distante
Desde darlos á tenerlos,
Cuanto hay de ser un amante
La persona que padece
O la persona que hace.
Con lástima empecé á oiros
Cuando los celos nombrasteis;
Mas cuando dijisteis que eran
Engaños, y no verdades,
La lástima se hizo envidia;
Porque no hay gusto tan grande,
Cuando hay degengaño, como
Hacer damas y galanes,
O paces para reñir,
O reñir para hacer paces.

Id á ver á vuestra dama;
Que yo sé, aunque más se guarde.
Pues ella tiene los celos,
Que ella está en aqueste instante,
Más que vos desengañarla,
Deseando desengañarse.

ESCENA V.

MARCELA y SILVIA, *abriendo una puerta, que estará cubierta con una antepuerta, y quedándose detrás de ella.* LISARDO. DON FÉLIX.

MARCELA. [*Ap. á Silvia.*]

Por esta puerta, que al cuarto
De mi hermano, Silvia, sale
Desde el mio, á verle vengo;
Porque aunque él esté ignorante
De que he salido hoy de casa,
Con esto he de asegurarle.

SILVIA.

Detente, que está con él
El tal huésped, y ya sabes
Que no quiere mi señor
Que llegue á verte ni hablarte.

MARCELA.

Y áun ésa fué mi desdicha.
Oigamos desde esta parte.

LISARDO.

Y si, en tanto que este gusto
Llega, quereis que yo trate
De divertiros, pues fué

Concierto que os escuchase
Un cuidado, y que os dijese
El mio, oidme, escuchadme.

MARCELA.

Oye.

LISARDO.

Despues que troqué
El hábito de estudiante
Al de soldado, la pluma
A la espada; la süave
Tranquila paz de Minerva
Al sangriento horror de Marte,
La escuela de Salamanca
A la campaña de Flándes;
Y despues, en fin, que hube
(Sin valedor que me ampare)
Merecido una gineta,
Premio á mis servicios grande,
Por haberme reformado
Entre otros capitanes,
Ya la campaña acabada
(Que no me viniera ántes)
Pedí licencia, y partí
A España, por ver si honrarme
Merezco el pecho con una
De las cruces militares,
Que sobre el oro del alma
Son el más noble realce.
Con esta pretension vine,
Y su Majestad, que guarde
El Cielo para que sea

Fénix de nuestras edades,
Remitió mi memorial
A tiempo que, á desahogarse
De molestias cortesanas,
Vino á Aranjuez, admirable
Dosel de la primavera.
Mas ¿qué mucho que se alabe
De serlo, si la más bella,
La más pura, más fragante
Flor, la flor de lis (1), la reina
De las flores, tras sí trae
Cuantas, á envidia del sol,
Rayos brillan, luz esparcen?
Seguí la córte, traido
Más de mi afecto constante
Que de mi necesidad;
Porque de Ministros tales
Hoy el Rey se sirve, que
No es al mérito importante
La asistencia, porque todos
Acudir á todo saben;
Gracias al celo de aquel
Con quien el peso reparte
De tanta máquina, bien
Como Alcídes con Atlante.
Llegué, en efecto, á Aranjuez
Donde vos me visitasteis
En una posada, y viendo
Tan incómodo hospedaje,

(1) Alusion á la Reina Doña Isabel de Borbon, primera esposa de Felipe IV.

Como tienen en los bosques
Escuderos y pleiteantes,
Que me viniese con vos
A Ocaña me aconsejasteis,
Pues, los dias de la Audiencia,
Dos leguas era tan fácil
Andarlas por la mañana
Y volverlas por la tarde.
Yo, por vuestro gusto, más
Que por mis comodidades,
Obedecí. Todo esto
Ya vuestra amistad lo sabe:
Pero importa haberlo dicho,
Para que de aquí se enlace
La más extraña novela
De amor que escribió Cervántes.

MARCELA. [*Ap.*]

Aquí entro yo ahora.

LISARDO.

Un dia
Que madrugué, vigilante,
Por llegar ántes que el sol
Nuestro horizonte rayase,
Junto á un convento que está
De Ocaña poco distante,
Entre unos álamos verdes
Vi una mujer de buen aire.
Saludéla cortésmente;
Y ella, ántes que yo pasase,
Por mi nombre me llamó.
Volví, en oyendo nombrarme;

Y, diciendo á Calabazas
Que con el rocin me aguarde,
Llegué diciendo: «Dichoso
El forastero á quien saben
El nombre las damas.» Y ella,
Con más cuidado en taparse,
Me respondió á media voz:
«Caballero de esas partes
No es forastero en ninguna»;
Y añadió favores tales,
Que me obliga la vergüenza,
Por mí mismo, á que los calle;
Porque no sé cómo hay hombres
Tan vanos, tan arrogantes,
Que, de que ha habido mujeres
Que los buscaron, se alaben.

SILVIA. [*Ap.*]

Él cuenta nuestro suceso.

MARCELA.

¡Oh, quién pudiera estorbarle,
Antes que, en Félix, las señas
Alguna malicia causen!

DON FÉLIX.

Proseguid.

LISARDO.

Ella, en efecto,
Siempre embozado el semblante,
Me despidió con decirme
Que, como no examinase
Quién era, ni la siguiese,

Otro dia estaria á hablarme.
Seis veces, pues, corrió al Sol
Las cortinas orientales,
Sumiller el Alba, y seis,
Tapada, hallé entre unos sáuces
Esta mujer. Yo, enfadado
De recato semejante,
Determiné de seguirla
Hoy, cuando á Ocaña tornase;
Pero no pude, porque,
Volviendo ella por instantes,
Me vió, y no quiso pasar
De la vuelta desta calle.

DON FÉLIX.

¿Desta calle?

LISARDO.

Y á la cuenta
Vive hácia aquí, que al instante
La perdí de vista. Aquí
Me dijo que la dejase
Otra vez, porque su vida
Aventuraba mi exámen.

DON FÉLIX.

¡Extraña mujer!

MARCELA. [*Ap.*]

Ya es fuerza
Que las señas me declaren.

DON FÉLIX.

Proseguid.

LISARDO.

Yo, pues...

ESCENA VI.

CELIA, *con manto.* DICHOS.

CELIA.

Don Félix,
¿Podrá una mujer, aparte,
Hablaros?

DON FÉLIX.

Pues ¿por qué no?

MARCELA. [*Ap.*]

¡Oh á qué buen tiempo llegaste,
Mujer ó ángel, para mí!

DON FÉLIX.

Luégo irá el cuento adelante:
Permitid ahora, por Dios,
Que con esta mujer hable,
Que es criada de la dama
Que os dije.

LISARDO.

Pues que me maten
Si ello no es lo que yo he dicho.
Ved el recado que os trae,
Y adios; porque para estotro
No importa que tiempo falte. [*Vase.*]

DON FÉLIX.

¿Era hora de vernos, Celia?

CELIA.

No te admires ni te espantes

Que no me atreva á venir
A verte; porque, si sabe
Mi señora que te he visto,
No habrá duda que me mate.

DON FÉLIX.

¿Tan cruel conmigo está?

CELIA.

Viniendo yo hácia esta parte
A un recado, no he querido
Dejar de verte y hablarte.

DON FÉLIX.

¿Y qué hace tu hermoso dueño?

CELIA.

Sentir, es lo más que hace,
Tu ingratitud.

DON FÉLIX.

¡Plegue á Dios,
Si la ofendí, que él me falte!

CELIA.

¿Por qué á ella no se lo dices?

DON FÉLIX.

Porque no quiere escucharme.

CELIA.

Si tú hubieras de callar,
Yo me atreviera á llevarte
Donde la hablaras.

DON FÉLIX.

¡Ay, Celia,

No habrá mármol que así calle!

CELIA.

Pues vénte ahora conmigo :
Yo haré la seña, si sale
Mi señor, y dejaré
La puerta abierta; tú entrarte
Hasta su cuarto podrás.

DON FÉLIX.

Dasme nuevo aliento, dasme
Nueva vida.

CELIA.

Aquésta es
La hora mejor; mas no aguardes:
Vente tras mí.

DON FÉLIX.

Tras tí voy.

CELIA. [*Ap.*]

¡Ay, bobillos, y qué fácil,
A la casa de su dama
Es de llevar un amante!
[*Vanse don Félix y Celia.*]

MARCELA.

¡Yo salí de lindo susto!

SILVIA.

Pues ¿cómo afirmas que sales?
Si luégo han de verse, luégo
Proseguirá el cuento.

MARCELA.

Antes

Lo habré remediado.

SILVIA.

¿Cómo?

MARCELA.

Escribiéndole que calle
Hasta que se vea conmigo;
Y esto ha de ser esta tarde.

SILVIA.

¿Declarada por quien eres?

MARCELA.

¡Jesús, el cielo me guarde!

SILVIA.

Pues ¿qué has de hacer?

MARCELA.

¿No es mi hermano
De Laura, mi amiga, amante?
¿No sabe lo que es amor?
Pues hoy he declararme
Con ella, y hoy has de ver,
Silvia, el más extraño lance
De amor; porque yo, fingida......
Pero no quiero contarle;
Que no tendrá despues gusto
El paso contado ántes. [*Vanse.*]

Casa de Fabio.

ESCENA VII.

LAURA. FABIO.

FABIO.

Notable es la tristeza
Que el rosicler turbó de tu belleza.
¿Qué tienes estos dias,
Que entregada (¡ay de mí!) á melancolías
Tales, á todas horas
Triste suspiras, y rendida lloras?

LAURA.

Si yo, señor, supiera
La causa de mi mal (*Ap.* A Dios pluguiera
No la supiera tanto),
El consuelo mayor, menor el llanto
Fuera, pues fuera entónces el sabella
El primer aforismo de vencella.
Pero la pena mia
Es, señor, natural melancolía,
Y así el efecto hace,
Sin que llegue á saber de lo que nace;
Que esta distancia dió naturaleza
En la melancolía y la tristeza.

FABIO.

No sé lo que te diga,
Sino que á tanto tu dolor obliga,
Que, rigoroso y fuerte,
Padeces tú el dolor, y yo la muerte,

Pues ya vivir no espero,
Miéntras tan triste á tí te considero. [*Vase.*]

ESCENA VIII.

LAURA.

¿Qué haré yo, que rendida,
A pesar de mi vida,
Vivo? ¿Qué es esto, cielos?
Mas bien se deja ver que éstos son celos:
Porque una ardiente rabia
Que el sentimiento agravia;
Una rabiosa ira
Que la razon admira;
Un compuesto veneno
De que el pecho está lleno;
Una templada furia
Que el corazon injuria;
¿Qué áspid, qué monstruo, qué animal, qué fiera,
Fuera ¡ay Dios! que no fuera,
Compuesta de tan varios desconsuelos,
La Hidra de los celos?
Pues ellos solos son, á quien los mira,
Furia, rabia, veneno, injuria y ira.
¡Oh quién ántes supiera
Aquella voluntad, Félix, primera
Tuya, que no empeñára
Tanto la mia, que hasta el fin llegára!
Pues aunque no sabía
De amor, cuando tan libre (¡ay Dios!) vivia,
Tampoco no ignoraba,

Que tarde ó nunca el que lo fué se acaba.
Quiere á Nise en buen hora,
Pero déjame á mí morir.

ESCENA IX.

CELIA. LAURA.

CELIA.

Señora.

LAURA.

Celia, ¿qué hay?

CELIA.

Que he hecho
Mi papel, y sospecho
Que no muy mal; ¡así tu beldad viva!
Entré en su casa, díjele que iba
A un recado, y que, acaso,
Pasando por su calle, aunque de paso,
Le quise ver. Con un suspiro, entónces,
Que ablandára los mármoles y bronces,
Me preguntó por tí, turbado y ciego.
Encarecíle luégo
Tu enojo, y que si acaso tú supieras
Que le habia ido á ver, muerte me dieras;
Y, como que salia
De mí, le dije: ¿por qué no venía
Por instantes á darte
Satisfacciones y desenojarte?
Dijo que porque estabas
Tal, que no le escuchabas;

Díjele, que viniera,
Que yo, aunque á tanto riesgo me pusiera,
Hasta tu mismo cuarto le entraria,
Con tal que no dijese en algun dia
Que yo le habia traido.
Juró el secreto, y muy agradecido,
El caso se concierta,
Y está esperando en frente de la puerta
La seña; vóyla á hacer, pues no está en casa
Mi señor. Esto es todo lo que pasa.

LAURA.

Llámale pues; que aunque de Nise creo
Los celos que me da, tanto deseo
Ver cómo se disculpa,
Que quiero hacerle espaldas á la culpa.
[*Vase Celia.*]
Pues la que más celosa
Se muestra, más colérica y furiosa,
Más entónces desea
Satisfacciones, aunque no las crea;
Que es dolor el de celos tan extraño,
Que se deja curar áun del engaño:
Pues cuando el desengaño no consiga,
Conseguiré á lo ménos que él lo diga.

ESCENA X.

CELIA. DON FÉLIX. LAURA.

CELIA. [*Ap. á Don Félix.*]
Fuera está de casa Fabio,
Mi señor; el tiempo es éste.

Mejor para entrar á hablarla.

DON FÉLIX.

Vida y ventura me ofreces.

CELIA.

Disimula que, llamado
De mí, á entrar aquí te atreves.
—¿Señor Don Félix, qué es esto?
¿Cómo os entrais..?

DON FÉLIX.

Celia, tente.

CELIA.

Hasta aquí?

DON FÉLIX.

Celia, por Dios,
Que calles.

LAURA.

¿Qué ruido es ese?

CELIA.

¿Qué ha de ser? Que hasta esta sala
Se ha entrado el señor Don Félix,
Sin mirar, sin advertir,
Que si acaso ahora viniese
Mi señor, tú...

LAURA.

Caballero:
¿Pues qué atrevimiento es éste?
¿Cómo en mi casa, en mi cuarto,
Os entrais de aquesta suerte?

DON FÉLIX.

Como quien morir desea
Nada mira, nada teme;
Y si mi muerte ha de ser
Venganza de tus desdenes,
Quiero morir á tus ojos,
Por hacer feliz mi muerte.

LAURA. [*A Celia.*]

Tú tienes la culpa desto.

CELIA.

¿Yo, señora?

LAURA.

Si tuvieses
Cerrada esa puerta tú...

CELIA.

Cerrada estaba.

DON FÉLIX.

No tienes
Que reñir á Celia, que ella
De mi error ¿qué culpa adquiere?
Yo solo tengo la culpa;
Ríñeme á mí solamente;
Castígame solo á mí,
Sino es ya que á reñir llegues
A Celia, por la costumbre
Con que la inocencia ofendes.

LAURA.

Dices bien: error es mio

De que me he dejado siempre
Llevar, pues no habiendo tú
Escrito á Nise papeles,
No habiendo entrado en su casa,
Y no habiendo ella ido á verte
A la tuya, yo cruel,
Colérica é impaciente,
Inocente te persigo,
Que eres tú muy inocente.
Y siendo así que yo soy
Tan desigual, tan aleve,
Tan injusta, tan mudable,
¿Qué me buscas? ¿qué me quieres?

DON FÉLIX.

Sólo quiero persuadirte
Al engaño que padeces
De tus celos.

LAURA.

¿Quién te ha dicho
Que yo tengo celos, Félix?

DON FÉLIX.

Tú misma te contradices.

LAURA.

¿De qué suerte?

DON FÉLIX.

Desta suerte.
O tienes celos, ó no:
Si dices que no los tienes,
¿Para qué finges enojos,

Laura, de lo que no sientes?
Si los tienes, ¿por qué, Laura,
Desengañarte no quieres,
Pues ninguno al desengaño,
Celoso, la espalda vuelve?
Luego para disculparme
O para satisfacerte,
Si los tienes, has de oirme,
O hablarme si no los tienes.

LAURA.

Si fuera argumento tal,
Que negarse no pudiese:
«Quien está enojada está
Celosa», muy sutilmente
Arguyeras; mas si no
Se sigue precisamente,
Pues puedo estar enojada
Sin que á estar celosa llegue;
Ni yo tengo que escucharte,
Ni tú que decirme tienes.

DON FÉLIX.

Pues ¡vive Dios! que has de oirme
Antes que de aquí me ausente,
Celosa ó quejosa.

LAURA.

¿Iráste
Si te oigo?

DON FÉLIX.

Sí.

LAURA.

Pues di, y véte.

DON FÉLIX.

Negarte que yo he querido,
Laura, á Nise...

LAURA.

Oye, detente.
¿Y es estilo de obligarme,
Modo de satisfacerme,
Decirme, cuando aguardaba
Mil rendimientos corteses,
Mil finezas amorosas,
Fuesen verdad ó no fuesen,
(Que hay duelos de amor, adonde
Queda bien puesto el que miente),
Decirme en mi misma cara
Que á Nise has querido? Advierte
Que, con lo mismo que piensas
Que desenojas, ofendes.

DON FÉLIX.

Si no me oyes hasta el fin...

LAURA.

¿Desto disculparte puedes?

DON FÉLIX.

Sí.

LAURA. [*Ap.*]

¡Plegue á amor!

DON FÉLIX.

Oye pues.

LAURA.

¿Iráste?

DON FÉLIX.

Sí.

LAURA.

Pues di, y véte.

DON FÉLIX.

Negarte que yo he querido,
Laura, á Nise, fuera error;
Mas pensar tú que este amor
Es como el que te he tenido,
Mayor error, Laura, ha sido;
Pues si á Nise un tiempo amé,
No fué amor, ensayo fué
De amar tu luz singular,
Que, para saber amar
A Laura, en Nise estudié.

LAURA.

A ciencias de voluntad
Las hace el estudio agravio;
Pues amor, para ser sabio,
No va á la Universidad;
Porque es de tal calidad,
Que tiene sus libros llenos
De errores propios y ajenos;
Y así en su ciencia verás
Que los que la cursan más,
Son los que la saben ménos.

DON FÉLIX.

Pues explíqueme mejor

Otro ejemplo : nace ciego
Un hombre, y discurre luégo
Cómo será el resplandor
Del sol, planeta mayor,
Que rumbos de zafir gira;
Y cuando por fe le admira,
Cobra en una noche bella
La vista; y es una estrella
La primer cosa que mira.
Admirando el tornasol
De la estrella, dice: «Sí,
Este es el sol; que yo así
Tengo imaginado al sol»;
Pero, cuando su arrebol
Tanta admiracion le ofrece,
Sale el sol y le oscurece:
Pregunto yo: ¿ofenderá
Una estrella que se va,
A todo un sol que amanece?
Yo así, que ciego vivia
De amor, cuando no te amaba,
Como ciego, imaginaba
Cómo aquel amor sería :
Adoraba lo que via,
Presumiendo que era así
El amor: mas ¡ay de mí!
Que no vi al sol, vi una estrella,
Y entretúveme con ella
Hasta que el sol mismo vi.

LAURA.

Eso no : pues si me doy

Por entendida contigo,
Que Nise fué mi sol, digo,
Y que yo su estrella soy.
Pruébolo: pues si yo estoy
Contigo la noche fria,
Y ella de dia te envia
A llamar, y estás con ella,
¿Quién será el sol ó la estrella?
¿Cúya es la noche ó el dia?

DON FÉLIX.

¡Vive Dios, Laura, que son
Engaños tuyos; y plegue
Al cielo que, si la he visto,
Que un rayo me dé la muerte,
Desde que á Ocaña viniste!
¿Qué más desengaños quieres
De lo que cuenta de mí,
Que escuchar que ella lo cuente;
Pues es el mayor desaire
Del duelo de las mujeres,
Confesar sus celos, donde
Lo escucha de quien los tiene?

LAURA.

Yo sé que han sido verdades,
Y no engaños aparentes.

DON FÉLIX.

¿De qué lo sabes?

LAURA.

De que
Es mal que á mí me sucede,

Y no puede ser mentira ;
Porque de los males suele
Decirse, Félix, que fueron
Astrólogos excelentes,
Porque siempre adivinaron,
Y dijeron verdad siempre.

DON FÉLIX.

Por lo ménos ya confiesas
Que son celos y los sientes.

LAURA.

Si me estás dando tormento,
¿Es mucho que los confiese?

DON FÉLIX.

Si tanto aprietan fingidos,
Ciertos; ¿qué...?

CELIA.

Mi señor viene.

LAURA.

Véte por aquesa puerta
De esotro cuarto; pues tiene
Puerta á la calle.

DON FÉLIX.

Di, ¿cómo
Quedamos?

LAURA.

Como quisieres.

DON FÉLIX.

Yo querré desenojada...

LAURA.

A verme esta noche vuelve;
Que quiero verte esta noche,
Aunque de Nise me acuerde.

DON FÉLIX.

¡Ay, Laura, cuánto te engañas!

LAURA.

¡Ay, cuánto me agravias, Félix!

CELIA.

¡Ay, cuánto no sirve una
Casa que dos puertas tiene!

JORNADA SEGUNDA.

ESCENA PRIMERA.

LAURA, CELIA, *por una puerta, y por otra* MARCELA *con manto.* HERRERA.

LAURA.

Tú seas muy bien venida
A esta casa.

MARCELA.

Y tú seas,
Amiga, muy bien hallada.

LAURA.

Con tal visita, ya és fuerza
Que lo esté.

MARCELA.

Yo pienso ántes,
Que te has de hallar mal con ella;
Que vengo á darte cuidado.

LAURA.

Yo le tengo hasta que sepa
En qué te puedo servir.
— Llega aquesas sillas, Celia;
Que aquí estarémos mejor
Que en el estrado.

HERRERA.

Quisiera
Saber á qué hora vendré.

MARCELA.

Al anochecer, Herrera,
Podrá venir.

HERRERA.

El sereno
A esa hora tiene más fuerza. [*Vase.*]

MARCELA.

Mi amiga eres, Laura hermosa,
A quien dió naturaleza
Noble sangre, claro ingenio;
Pues ¿de quién con más certeza
Me fiaré, que de quien es
Mi amiga, noble y discreta?

LAURA.

Con tan grandes prevenciones
La proposicion empiezas,
Que ya, más que tú decirla,
Estoy deseando saberla.

MARCELA.

¿Estamos solas?

LAURA.

Sí estamos.
—Celia, salte tú allá fuera.

MARCELA.

No importa que Celia lo oiga.

LAURA.

Prosigue pues.

MARCELA.

Oye atenta.
Mi hermano don Félix, Laura,
Por amistad que profesan
El y un noble caballero
Desde sus edades tiernas,
Le trajo á casa estos dias,
Que Aranjuez, sagrada esfera
Del cuarto Felipe, cifra
La luz del cuarto planeta.
Este hospedaje, en efecto,
Fué con tan vana advertencia,
Que, para traerle á casa,
La primer cosa que ordena
Es, que retirada yo
A un cuarto pequeño della,
Les deje á los dos el mio,
Y que tal recato tenga,
Que escondida siempre dél,
Ni alcance, Laura, ni entienda
Que vivo en casa; que así
(¡Más qué accion tan poco atenta!)
Pensó sanear la malicia
De que Ocaña no dijera
Que traia á casa un huésped
Tan mozo, teniendo en ella
Una hermana por casar:
Y fué aquesto de manera,
Que retirada á este cuarto

Que te he dicho, áun una puerta
Que sale al cuarto de Félix
(Porque nunca presumiera
Que habia más casa) la hizo
Cubrir con una antepuerta:
Y por ella á aderezarle
Sola Silvia sale y entra.
Dejémos, pues, á Lisardo,
Que, sin que jamas entienda
Que hay mujer en casa, vive
Con este descuido en ella;
Dejemos tambien á Félix,
Que con esto solo piensa
Que curó en salud el daño
De que me hable y que me vea;
Y vamos á mí, que viendo
La prevencion con que intenta
Mi hermano ocultarme, hice
De la prevencion ofensa;
Porque no hay cosa que tanto
Desespere á la más cuerda,
Como la desconfianza.
¡Cuánto ignora, cuánto yerra,
En esta parte, el honor!
Que es como el que olvidar piensa
Una cosa, que el cuidado
De olvidarla es quien la acuerda;
Es como el que, desvelado,
Se quiere dormir por fuerza,
Que llamando al sueño, es
El sueño quien le despierta;
Y es como el que halla en un libro

Borradas algunas letras,
Que por sólo estar borradas,
Le da más gana de lêrlas.
Este recato, en efecto,
En Félix, mi hermano; esta
Curiosidad, Laura, en mí,
O este destino en mi estrella,
Despertaron un deseo
De saber si el huésped era,
Como gallardo, entendido:
Cosa que quizá no hiciera
A no habérmelo vedado;
Que, en fin, la culpa primera
De la primera mujer
Esto nos dejó en herencia.
Y para poder mejor
Hablarle, sin que supiera
Quién era la que le hablaba,
Fuí una mañana á esas huertas,
Paso de Aranjuez, por donde
Habia de pasar por fuerza.
Llaméle, pensando, Laura,
Que el hablarle no tuviera
Mayor empeño que hablarle
Por curiosidad ó tema:
Más ¡ay, que es fácil la entrada,
Cuanto difícil la vuelta
Del más hermoso peligro!
Dígalo el mar, desde afuera,
Convidando con la paz
A cuantos á verle llegan,
Cuando jugando las ondas

Unas con otras se encuentran;
Pues el que más confiado
Pisó su inconstante selva,
Ése lloró mas perdido
La saña de sus ofensas.
Yo así, apacible juzgué
El mar de amor; pero apénas
Reconocí sus halagos,
Cuando sentí sus violencias.
Pensarás que este cuidado
Sólo alcanza, sólo llega
A hallarme hoy enamorada;
Pues más mal hay que el que piensas;
Porque de amor y de honor
Estoy corriendo tormenta.
Hoy, pues, Lisardo á don Félix
(Que yo, detras de la puerta
Que te he dicho, lo escuchaba)
De todo le daba cuenta,
Si (no importa declararme)
No se lo estorbára Celia.
Doblada quedó la hoja,
Y temo que por las señas
Del rostro, que ya me vió
Lisardo, ó por la cautela
Con que le hablé, ó por haber
Seguídome hasta tan cerca
De casa, puedan en Félix
Moverse algunas sospechas;
Y así, ántes que el discurso
A enlazarse, Laura, vuelva,
Me importa hablar á Lisardo;

Para cuyo efecto, queda
Silvia ya con un papel,
En que le digo que venga
A verme á esta casa, donde
Yo he de estar...

LAURA.

Detente, espera;
Que has usado neciamente,
Marcela, de la licencia
De la amistad: pues primero
Que á ese Lisardo escribieras,
Ni á mi casa le llamáras,
Debieras mirar, debieras
Advertir, desde la tuya,
Los inconvenientes desta.

MARCELA.

Ya, Laura, los he mirado,
Sin que corran por tu cuenta.

LAURA.

¿De qué manera? Si yo...

MARCELA.

Escucha de qué manera:
Tu casa tiene dos cuartos,
Y del uno cae la puerta
A otra calle; á Silvia dije
Que le trajese por ella;
De suerte que entrando, Laura,
Por donde saber no pueda,
En fin, como forastero,
Si es casa tuya, ¿qué arriesgas?

LAURA.

Arriesgo el que lo pregunte,
Y lo que hoy no sabe, sepa
Mañana, y piense que yo
Soy la tapada.

MARCELA.

Que adviertas,
Te pido, que yo he de estar
De visita y descubierta,
Como si fuera mi casa,
Dentro de la tuya mesma.

LAURA.

Cuando el verte á tí me libre
A mí con esa cautela,
¿Cómo me podré librar
Del peligro de que venga
Mi padre, y halle aquí un hombre?

MARCELA.

¿Luego ha de venir por fuerza
Hoy; y luego han de cogernos
En el primer hurto?—Esta
Fineza has de hacer por mí,
Pues es tan digna fineza
De tu sangre y mi amistad.

LAURA. [*Ap.*]

¡Oh, quién decirla pudiera
El tercer inconveniente;
Pues no es el de menor pena,
Que acierte á venir don Félix,

Y me halle á mí hecha tercera
De su hermana y de su amigo!

ESCENA II.

SILVIA, *con manto.* DICHOS.

SILVIA.

A Ocaña he dado mil vueltas
Hasta hallarle.

MARCELA.

Silvia, ¿qué hay?

SILVIA.

Que dí tu papel, y apénas
Le leyó, cuando tras mí
Vino, y queda ya á la puerta
Que me dijiste.

MARCELA.

Ya, Laura,
No hay como excusarte puedas.

LAURA.

De mala gana te sirvo
En esto.

MARCELA.

Quítame, Celia,
Este manto: llama, Silvia,
Tú á Lisardo; y tú no quieras [*Vase Silvia.*]
Verle, que eres muy hermosa
Para criada.

LAURA.

Ya quedas
Hecha dueña de mi casa,
Marcela: mira por ella.
—(*Ap.* ¡Oh, á qué de cosas se obliga
Quien tiene una amiga necia!) [*Vase.*]

ESCENA III.

SILVIA. LISARDO. MARCELA.

SILVIA.

Ésta es la casa, señor,
De aquella dama encubierta,
Que ya descubierta veis.

LISARDO.

¿Quién vió dicha como ésta?

MARCELA.

Estaríades, señor
Lisardo, muy olvidado
De que iria mi cuidado
A buscaros.

LISARDO.

Mi temor
Confieso, y que la esperanza
Desta ventura perdí;
Que siempre andar juntos vi
Fortuna y desconfianza.

MARCELA.

Aunque es verdad que pudiera

Hoy, por el gusto de hablaros,
Señor Lisardo, llamaros
A mi casa, no lo hiciera,
A no tener que reñiros
Un descuido contra mí.

LISARDO.

¿Descuido contra vos?

MARCELA.

Sí,
De que me importa advertiros.

LISARDO.

Si vos misma disculpais
Mi ignorancia con que ha sido
Descuido mal advertido,
Ya importa que le digais,
Porque no vuelva á incurrir
En lo que ignorante estoy.

MARCELA.

¿A quién empezasteis hoy
Nuestro suceso á decir,
Que os estorbó una criada
La relacion?

LISARDO.

Ya os entiendo,
Y aunque pueda, no pretendo
Satisfaceros en nada;
Porque mujer que de mí,
Donde no soy conocido,
Tanta noticia ha tenido;

Mujer que se guarda así
De un hombre de quien yo soy
Amigo; mujer que tiene
Criada en su casa, que viene
Con las nuevas que le doy...
Harto, callando, la digo,
Harto con irme la muestro;
Porque ántes que galan vuestro,
Fuí de don Félix amigo.

MARCELA.

Habeis sin duda pensado,
Por las nuevas que yo os doy,
Que dama de Félix soy;
Pues estais muy engañado;
Y esto me habeis de creer,
Si algo crê quien dice que ama,
Que no solo soy su dama,
Mas que no lo puedo ser.

LISARDO.

Si los principios negais,
Mal argumento teneis.
¿De quién mi nombre sabeis,
Y de mí informada estais?
¿De quién, pues, habeis sabido
(Decir puedo en un momento)
Lo que en su mismo aposento
A los dos ha sucedido?

MARCELA.

Para que aquí se concluya
Lo que á dudar os obliga,

Sabed que yo soy amiga
De una hermosa dama suya.
Ésta, hablando pues conmigo
En Félix, nuevas me dió
De vos, porque en vos habló
Como de Félix amigo;
Y aunque él es tan caballero,
En nadie un secreto cupo
Mejor que en quien no le supo;
Y así suplicaros quiero
Que á don Félix no le deis,
Señor, más señas de mí,
Ni le digais que yo os vi,
Ni que mi casa sabeis;
Porque me van, en rigor,
A una sospecha creida,
Hoy por lo ménos la vida,
Y por lo más el honor.

LISARDO.

Bien pensaréis que ha cesado
De mis dudas la razon,
Y ántes mayor confusion
Es la que me habeis dejado;
Porque si no sois...

ESCENA IV.

CELIA. *Despues* LAURA. DICHOS.

CELIA.

Señora.

MARCELA.

¿Qué hay, Celia?

CELIA.

Que mi señor
Viene por el corredor.

MARCELA. [*Ap. á Celia.*]

Esto me faltaba ahora.
¿Podrá salir?

CELIA. [*Ap. á Marcela.*]

No, que viene
Por la puerta que él entró,
Y saber que hay otra no
Es posible, ni conviene.
Hasta aquí entra ya.

LISARDO.

¿Qué haré?

CELIA.

Esconderos es forzoso
En esta cuadra.

LISARDO.

Dudoso
Estoy.

MARCELA.

Presto, que si os ve...

LISARDO.

¡Vive Dios, que estoy perdido!

[*Escóndese en un aposento.*]

MARCELA.

Cercada de penas muero.
[*Sale Laura.*]

LAURA.

¿Ves, Marcela? En el primero
Hurto, al fin, nos han cogido.
¡En buena ocasion me has puesto!

MARCELA.

¿Quién pudiera prevenir
Que ahora hubiese de venir
Tu padre?

ESCENA V.

FABIO. DICHOS.

FABIO.

Celia, ¿qué es esto?
Esta puerta, ¿cuándo abierta
Sueles, por dicha, tener?

LAURA.

Vínome Marcela á ver,
Y, por estar esa puerta
La más cerca de una casa
Adonde ella estaba, yo
La hice abrir; por ella entró,
Y quedóse así: esto pasa.

FABIO.

Perdonad, bella Marcela;
Que como la luz del dia

Ya se va á poner, no os via.

LAURA. [*Ap.*]

¡Gran daño el alma recela!

CELIA. [*Ap.*]

¡Qué confusion! [*Vase.*]

SILVIA. [*Ap.*]

¡Qué temor!

MARCELA.

Yo, habiendo ahora sabido
La tristeza que ha tenido
Laura, me trajo mi amor
A verla, y ver si merezco
De sus penas consolar
La tristeza y el pesar.

LAURA.

Son tantas las que padezco,
Que me añade más dolor
El remedio prevenido,
Y ántes pienso que has venido
A hacérmele tú mayor;
Que crece con el remedio
Este accidente.

FABIO.

No sé
Qué te diga, ni sabré
Hallar á tus males medio.
—¡Hola! Traed luces aquí.

ESCENA VI.

CELIA, *con luces, que pone sobre un bufete.*
HERRERA. DICHOS.

CELIA.

Ya aquí las luces están.

HERRERA.

Las ocho y media serán:
¿Habemos de irnos de aquí
Esta noche, pues que ya
Ha anochecido, señora?
¿No es de recogernos hora?

MARCELA. [*Ap. á Laura.*]

Pena el dejarte me da,
Laura, con este cuidado;
Pero excusarle no puedo.

LAURA. [*Ap. á Marcela.*]

Yo, en fin, á pagar me quedo
Las culpas que no he pecado.

MARCELA.

¿Qué puedo hacer? ¡Ay de mí!;
Dame licencia.

FABIO.

Yo iré
Sirviendôs.

MARCELA.

No hay para qué

Me trateis, señor, así.
Quedad con Dios.

LAURA. [*Ap. á Marcela.*]

Mejor es
Dejarle ir, para que pueda
Irse este hombre que aquí queda.

FABIO.

Yo tengo de ir con vos.

MARCELA.

Pues
Me honrais tanto, replicar
A vuestra gran cortesía
Pareciera grosería.

FABIO.

La mano me habeis de dar.

MARCELA.

Sois tan galan, que no puedo
Negaros ese favor.
[*Vanse Fabio, Marcela, Herrera y Silvia.*]

LAURA.

¿Hay, Celia, pena mayor
Que la pena con que quedo?
¿Quién crêrá que yo, encerrado
Aquí, tengo un hombre que
No conozco? Y si me ve,
¿Quedará desengañado
De que Marcela no ha sido
El dueño de aquesta casa?

CELIA.

Todo cuanto aquí nos pasa
Fácil enmienda ha tenido
Con irse ahora mi señor.
Retírate tú de aquí :
Yo le sacaré de allí
Sin que pueda del error
En que está, desengañarse;
Pues él sin veros se irá
Ni á tí ni á Marcela.

LAURA.

Ya
Sólo falta efectuarse.
La puerta abre. Mas detente;
Que parece que he sentido
En esta sala rüido.

CELIA.

Ya es otro el inconveniente.

ESCENA VII.

DON FELIX. LAURA. CELIA.

DON FÉLIX.

Apénas la sombra fria
Tendió, Laura, el manto negro,
Capa de noche que viste
Para disfrazarse el cielo,
Cuando á tu puerta me hallaron
Las estrellas; que el deseo
Tanto anticipa las horas,

Que á verte á estas horas vengo.
Haciendo tiempo en tu calle,
Porque no se pierda el tiempo,
Vi que mi hermana salia
De tu casa; y, advirtiendo
Que tu padre la acompaña,
A entrar hasta aquí me atrevo;
Porque las paces de hoy
Me tienen con tal contento,
Que no quise dilatar
Solo un instante, un momento,
El verte desenojada.

LAURA.

Pues no haces bien, si es que advierto
Que un enojo apénas quitas,
Cuando otro vas disponiendo.
¿Tanto podia tardar
(*Ap.* Apénas á hablarle acierto)
En recogerse la casa,
Que, temerario y resuelto,
Te entras aquí, sin mirar
Que ha de volver al momento
Mi padre?

DON FÉLIX.

Sólo he querido
Que sepas, Laura, que espero
En la calle á que sea hora
Para hablarte; porque luégo
No digas que de otra parte
Vengo, cuando á verte vengo.
En la calle, pues, estoy.

LAURA.

Eso sí; vuélvete presto,
Que al punto que se recoja
Mi padre, hablarnos podrémos
Más despacio. No me tengas
Con tanto susto, que creo
Que sospechoso (¡ay de mí!)
Está ya del amor nuestro;
Tanto, que á esa puerta falsa
La llave ha quitado. (*Ap.* Esto
Digo por asegurar
El paso al que está acá adentro.)
Y anda todos estos dias
A casa yendo y viniendo.

DON FÉLIX.

Por quitarte ese temor
Me voy y en la calle espero.

FABIO. [*Dentro.*]

Hola, bajad una luz.

LAURA.

El viene ya.

CELIA.

Dicho y hecho.
[*Toma Celia una luz, y vase.*]

DON FÉLIX.

Si de esotra puerta dices
Que quitó la llave, es cierto
Que no hay por donde salir;
Y así en aqueste aposento

Me esconderé.

[*Va á entrar donde está Lisardo, y se pone delante Laura.*]

LAURA.

Aguarda, espera;
Que no has de entrar aquí dentro.

DON FÉLIX.

¿Por qué?

LAPRA.

Porque siempre aquí
Está mi padre escribiendo
Mucha parte de la noche.

DON FÉLIX.

¡Vive Dios, que no es por eso!
Porque, al entreabrir la puerta,
He visto un bulto allá dentro.

LAURA.

Mira...

DON FÉLIX.

Aquí, ¿qué hay que mirar?

LAURA.

Advierte...

DON FÉLIX.

Ya nada temo.

LAURA.

Que entra ya mi padre.

DON FÉLIX.

¡Ay, triste,

En qué gran duda estoy puesto!
Si aquí hago alboroto, á Fabio
De sus ofensas advierto;
Si callo, sufro las mias.

ESCENA VIII.

FABIO. Dichos.

FABIO.

¡Vos aquí, Félix! ¿qué es esto?

LAURA. [*Ap. á don Félix.*]

Mira, por Dios, lo que haces;
Pues, en quien es caballero,
El honor de las mujeres
Siempre ha de ser lo primero.

DON FELIX.

(*Ap.* Es verdad: disimular
Tomo por mejor acuerdo,
Si celos se disimulan.)
Buscando á mi hermana vengo, [*A Fabio.*]
Que me dijeron que aquí
Estaba.

FABIO.

Ya yo la dejo
En su casa, y vengo ahora
De servirla de escudero.

LAURA.

Eso es lo mismo que yo
Le estaba, señor, diciendo.

DON FÉLIX.

Dios os guarde por la honra
Que á mi hermana la habeis hecho.

FABIO.

Ella os espera ya en casa.

DON FÉLIX.

(*Ap.* No sé (¡ay Dios!) lo que hacer debo.
Estarme aquí es necedad;
Irme, si aquí un hombre dejo,
Es desaire; alborotar
Aquesta casa, desprecio;
Pues esperarle en la calle,
Si hay dos puertas, ¿cómo puedo
Yo solo? ¡Oh, quién á Lisardo,
Que es mi amigo verdadero,
Consigo hubiera traido!
Mas ya he pensado el remedio.)
Quedad con Dios.

FABIO.

El os guarde.

DON FÉLIX. [*Ap.*]

Hoy he de ver, ¡vive el cielo!
Si es verdad que la fortuna
Ayuda al atrevimiento.

[*Don Félix se va muy aprisa, Fabio llega hasta la puerta con él, Celia después toma una luz y se va; Fabio toma otra luz.*]

FABIO.

Alumbra, Celia, á Don Félix.

Laura, éntrate tú acá dentro,
Que tengo que hablar á solas
Contigo.

LAURA. [*Ap.*]

Otro susto, ¡cielos!
Mi padre ¿qué me querrá?
Laura, ¿en qué ha de parar esto? [*Vanse.*]

ESCENA IX.

CELIA, *que vuelve con la luz; despues* LISARDO.

CELIA.

Sin esperar que bajára
A alumbrarle, en un momento
Se me desapareció Félix.
Bien se deja ver su intento,
Que es de dar presto la vuelta
A la calle; mas primero
Que él llegue, ya habrá salido
Estotro; que en su aposento
Está mi señor con Laura.
No hay que esperar.—Caballero, [*A Lisardo.*]
En gran confusion estamos
Por vos. [*Sale Lisardo.*]

LISARDO.

Ya sé lo que os debo;
Que aunque he entendido muy poco
Del caso, porque aquí dentro
Llegaban muertas las voces,
He entendido, por lo ménos,
Los empeños de esta casa.

CELIA.

Vamos de aquí.

LISARDO.

Vamos presto,

CELIA. [*Ap.*]

Salga él una vez de casa,
Y mas que sucedan luégo
Muertes de hombres en la calle.
[*Apaga la luz y vase con él.*]

ESCENA X.

DON FELIX. *Despues* LAURA.

DON FÉLIX.

En un esconce pequeño
Que hace la escalera, ántes
Que la luz bajára, muerto
De celos y de desdichas,
Pude quedarme encubierto.
Poco lugar han tenido
De echar á ese hombre; y no creo
Que, sabiendo que en la calle
Estoy, se atrevan á hacerlo.
El fin con que he me quedado,
A mis desdichas atento,
Es de sacarle conmigo
Hasta la calle, fingiendo
Que soy criado de casa,
Y que sé todo el suceso.
[*Llégase á la puerta.*]

Esta es la puerta, y está
Abierta. Ce, caballero,
Seguidme : seguro soy.
¿No me respondeis? ¿Qué es esto?
Obligaréisme, callando,
¡Vive Dios! A que éntre dentro. [*Entra.*]
[*Sale Laura con luz.*]

LAURA.

Nada me queria mi padre
Que fuese de más momento,
Que decirme que mañana
Ha de ir á un cercano pueblo
Adonde su hacienda tiene,
Y yo á mis desdichas vuelvo.
—Celia, Celia, ¿dónde estás?
Pondré que se han ido huyendo
Todos, y que me han dejado
En el peligro. Y es cierto;
Pues nadie parece. ¡Ay, triste!
¿Qué he de hacer en tanto aprieto?
Félix estará en la calle,
Cuando estotro está aquí dentro.
Pero, aunque todo lo arriesgue,
Esto ha de ser; que primero
Soy yo. Perdone Marcela
Esta vez.—Ce, caballero,
A quien, necia, una mujer
En tanto peligro ha puesto,
No os espanteis de mirarme.
[*Sale don Félix, embozado.*]

DON FÉLIX.

¿Cómo puedo, cómo puedo
Dejar de espantarme, Laura,
De mirarte...

LAURA.

¡Ay, Dios, qué veo!

DON FÉLIX.

Tan mudable...

LAURA.

¡Ay, infelice!

DON FÉLIX.

Y tan falsa?

LAURA.

¡Ay, Dios! ¿qué es esto?

DON FÉLIX.

Esto es, Laura, esto es
(Si es que yo á decirlo acierto)
El desengaño mayor
Que á un hombre han dado los celos.
Pero miento, que no son
Celos, sino agravios estos.
[*Paséase, y ella tras él.*]

LAURA.

(*Ap.* ¡Yo estoy muerta!) Félix mio,
Mi bien, mi señor, mi dueño.

DON FÉLIX.

Mi mal, mi muerte, mi ofensa,

¿Qué me quieres?

LAURA.

Que te quiero;
Te quiero no más.

DON FÉLIX.

Y yo,
Pues tú lo dices, lo creo.
Porque, no habiendo tenido
Un hombre en este aposento;
No habiendo dicho que estaba
Cerrado el paso por esto;
No habiendo venido tú
A hablarme por él; no habiendo
Visto yo... ¿Qué he de haber visto?
Nada digo, nada entiendo.
¡Mal haya yo, porque estuve
Antes á tu honor atento,
Y no!... ¡Adios, Laura! ¡Adios, Laura!

LAURA.

Detente, porque primero
Que te vayas has de oirme.

DON FÉLIX.

¿Puede ser mentira esto?

LAURA.

Sí, bien puede ser mentira.

DON FÉLIX.

¿Mentira lo que estoy viendo?

LAURA.

¿Qué viste?

DON FÉLIX.

El bulto de un hombre,
Que estaba en ese aposento.

LAURA.

Algun criado sería.

ESCENA XI.

CELIA, *muy alborozada.* DICHOS.

CELIA.

Señora, ya por lo ménos
Nada sucederá en casa,
Que ya en la calle le dejo.
[*Ve á don Félix y túrbase.*]

DON FÉLIX.

Mira si era algun criado.

CELIA.

¿Pues esto agora tenemos?
¿Cómo aquí?... No puedo hablar.

LAURA.

¿Ves, Félix, con cuánto aprieto
Se eslabonan mis desdichas?
Pues culpa ninguna tengo.

DON FÉLIX.

Pues yo la culpa tendré.

LAURA.

Tanto te estimo y te quiero,

Que áun no quiero yo decirlo,
Porque te está mal saberlo.

DON FÉLIX.

¡Qué antiguo sagrado es ese
De un culpado, en no teniendo
Qué responder! Esto, en fin,
Se acabó, Laura; esto es hecho.
Adios, adios.

LAURA.

Mira...

DON FÉLIX.

Suelta...

LAURA.

No has de irte así.

DON FÉLIX.

¡Vive el cielo,
Que dé voces que despierten
A tu padre, al mundo entero,
Diciendo quién eres!

LAURA.

¡Félix¡

DON FÉLIX.

Harás que pierda el respeto
A tu hermosura, porque
Nadie le tuvo con celos. [*Vase.*]

LAURA.

Tenle, Celia.

CELIA.

¿Yo tenerle?

LAURA.

Pues aunque vayas huyendo,
Yo te buscaré. — ¡ Ay, Marcela !
¡ En qué de dudas me has puesto ! [*Vanse.*]

—

Cuarto de Lisardo en casa de don Félix.

ESCENA XII.

LISARDO. CALABAZAS.

CALABAZAS.

Señor, ¿qué es lo que tienes?
¿De dónde ó cómo á tales horas vienes?

LISARDO.

Ni sé de dónde vengo,
Calabazas, ni sé lo que me tengo.

CALABAZAS.

Despues de haberte ido
Sin mí (cosa que nunca ha sucedido,
Ni héchose con lacayo
De bien), vuelves á casa como un rayo,
Casi al amanecer, descolorido,
Colérico, furioso, acontecido,
Airado...

LISARDO.

No me mates,

Ni empieces á decirme disparates;
Sino pon las maletas; porque luégo
Me de ir; y en tanto que á esto llego,
A esotra cuadra pasa,
Mira si hablar á Félix puedo.

CALABAZAS.

En casa
El no está; que, aunque ya ha amanecido,
Creo que no ha venido
A acostarse hasta agora.

LISARDO.

Feliz él, que habrá estado (¿quién lo ignora?)
Celebrando las paces con su dama;
Que es la felicidad del que bien ama.
¡Y yo, infeliz, á quien han sucedido
Tantas cosas!

CALABAZAS.

¿Qué han sido?

LISARDO.

Oye, porque me dejes,
Con condicion que luégo no aconsejes.
Llamóme por un papel
Aquella dama tapada,
A que en su casa la viese:
A verla fuí, y la criada
Por un jardin me guió
Hasta que llegué á una sala
De estrado, donde la misma
Que vi en las huertas, estaba
Tan bella como entendida;

Esto, que te diga, basta.
Muy á los primeros lances,
Me dió á entender, enojada,
No sé bien qué quejas, cuando
Su padre á la puerta llama.
Métenme en un aposento,
Donde, despues de pasadas
Algunas conversaciones,
De quien poco entendí ó nada
(Porque, como retirado
Estaba á puerta cerrada,
Llegaban á mí confusas
Las voces sin las palabras),
La puerta un hombre entreabrió:
La capa tercié, y la espada
Empuñé; y al mismo instante
Me volvieron á cerrarla
Por defuera, sin poder
Ver el talle ni la cara
Del hombre. De allí á otro rato,
Triste, confusa y turbada,
Otra moza me sacó
Hasta la calle, con várias
Prevenciones de que Félix
No supiera desto nada.
Yo pues, cercado de dudas
Y de sospechas contrarias,
Estoy sin saber qué hacerme
En confusion tan extraña;
Porque si á Félix le callo
El lance, ya acreditada
La sospecha de que ha sido

Dama suya, será ingrata
Correspondencia que él tenga
A su enemigo en su casa;
Si se lo digo, y no es
Su dama, sino otra dama
Que de mí se fia, el decirlo
Es de mi nobleza infamia.
Y así, entre hablar y callar,
La opinion más acertada
Es, pues dos daños me embisten,
Volver á los dos la espalda.
Así con esto á don Félix
No ofende lo que se calla,
Ni, lo que se dice, ofende
A la mujer. Luégo trata
De poner toda la ropa,
Que, ántes que amanezca el alba,
Con ocasion de que ya
Hecha mi consulta baja,
De Ocaña me tengo de ir,
Aunque me deje en Ocaña,
En un ingenio la vida,
Y en una hermosura el alma.

CALABAZAS.

¡Honrada resolucion!

LISARDO.

Porque apruebas y no cansas,
Toma aquel vestido que hice
De camino, Calabazas

CALABAZAS.

Tus manos, señor, te beso

De resultas de las plantas,
No tanto por el vestido,
Aunque es dádiva extremada,
Como por dármele hecho.
Y, en tanto que se levanta
Quien la ropa me ha de dar,
Escúchame en dos palabras
Lo que, hecho, un vestido ahorra.
[*Mudando voces.*]
—Señor maestro, ¿cuántas varas
De paño son menester
Para mí?—Siete y tres cuartas.
—Con seis y media le hace
Quiñones.—Pues que le haga;
Mas si él saliere cumplido,
Yo me pelaré las barbas.
—¿Qué tafetan?—Ocho.—Siete
Han de ser.—No quite nada
De siete y media.—¿Ruan?
—Cuatro.—No.—Si un dedo falta,
No puede salir.—¿De seda?
—Dos onzas; treinta de lana.
—¿Bocací á los bebederos?
—Media vara.—¿Angeo?—Otra tanta.
—¿Botones?—Treinta docenas.
—¿Treinta?—¿Habrá más de contarlas?
Cintas, faltriqueras, hilo:
Vamos con todo esto á casa.
Junte vuesarced los piés,
Ponga derecha la cara,
Tienda el brazo.—¿Seor maestro,
Son matachines?—¡Qué gracia

Hará el calzon! — Oye uced,
La ropilla ancha de espaldas,
Derribadica de hombros,
Y redondita de falda.
— Frisa, para las faldillas,
Haber sacado nos falta.
— Póngala uced. — Que me place.
— ¡Ah! sí; esto se me olvidaba:
Entretelas. — Deste viejo
Ferreruelo me las haga.
— Voy á cortarlo al momento.
— ¿Cuándo vendrá esto? — Mañana
A las nueve. — La una es:
¡Oh cuánto este sastre tarda!
— Seor maestro, todo el dia
Me ha tenido uced en casa.
— No he podido más, que he estado
Acabando unas enaguas,
Que, como mil paños llevan,
No fué posible acabarlas.
— ¡Ah! caballero, muy seca
Está esta obra. — Remojarla.
— Angosto vino el calzon.
— De paño es, no importa nada,
Que luégo dará de sí.
— Esta ropilla está ancha.
— No importa nada, es de paño,
Que ella embeberá (así basta,
Que los paños dan y embeben
Como el sastre se lo manda).
— El ferreruelo está corto.
— Mas de media liga tapa,

Y ahora no se usan largos.
—¿Qué se debe?—Poco ó nada :
Veinte del calzon, y veinte
De la ropilla y sus mangas,
Diez del ferreruelo, treinta
De los ojales... y tantas
Impertinencias, que, en fin,
Que me venga ó que me vaya,
Quien me da un vestido hecho,
Me da la mejor alhaja.
A componer voy las tuyas :
Aquí gloria y después gracia. [*Vase.*]

LISARDO.

¡Qué locuras! ¡Quién tuviera
Tu alegría, y no llegára
Hoy á sentir los extremos
De tantas penas, de tantas
Confusiones y sospechas!
¡Válgate Dios por tapada,
Toda misterios y toda
Prevenciones, sin que haya
Nunca visto la verdad!
[*Vuelve Calabazas.*]

CALABAZAS.

Ya le dije á una criada
Que me sacase la ropa;
Porque hoy nos vamos á Irlanda.

LISARDO.

En efecto, me destierran,
Antes de tiempo, de Ocaña,
Tramoyas de una mujer.

ESCENA XIII.

MARCELA, *con manto.* SILVIA, *sin él, y quedan á la puerta.* DICHOS.

SILVIA.

Mira á qué te atreves.

MARCELA.

Nada
Me digas, porque no estoy
Para escucharte palabra.
¿Que hoy se va, no dices?

SILVIA.

Sí.

MARCELA.

¿Pues, Silvia, de qué te espantas
Que haga locuras mi amor?
Sin duda le dijo Laura
Quien soy, y de mí va huyendo.

SILVIA.

¿Pues si esto temes, qué tratas?

MARCELA.

Hablarle ya claramente;
Que puesto que á esta hora falta
Mi hermano, ya no vendrá,
Hasta que le lleven capa
Y valona, ó sea de noche.
Tú, Silvia, á esa puerta aguarda. [*Vase Silvia.*]

LISARDO.

Mira si ha venido Félix.

CALABAZAS.

Félix no, pero la dama
Tapada sí que ha venido.

LISARDO.

¿Qué dices?

CALABAZAS.

Ecce quam amas.

MARCELA.

Señor Lisardo, no sé
Que sea accion cortesana
El iros, sin despediros
Hoy de una mujer que os ama.

LISARDO.

¿Tan presto tuvisteis nueva
De mi partida?

MARCELA.

Las malas
Vuelan mucho.

CALABAZAS. [*Ap.*]

¡Vive Dios,
Que con los demonios habla!
¿Si es Catalina de Acosta,
Que anda buscando su estatua?

MARCELA.

En fin, ¿os vais?

LISARDO.

Sí, y huyendo
De vos, que vos sois la causa.

MARCELA.

De eso infiero que sabeis
Ya quien soy (¡estoy turbada!);
Y si el haberlo sabido
Anticipa la jornada,
Id con Dios; pero advirtiendo
Que fué, en mí y en vos, la causa
Imposible de decirla,
Y imposible de callarla.

LISARDO.

No os entiendo, pues no sé
De vos (ésta es verdad clara)
Más de lo que sé de vos:
Y ántes la desconfianza
Que haceis de mí, es quien me mueve
A irme. [*Mira Calabazas adentro.*]

CALABAZAS.

Ce: por la sala
Entra don Félix.

MARCELA.

¡Ay triste!

LISARDO.

¿Qué os turba? ¿qué os embaraza?
Conmigo estáis.

MARCELA.

Es verdad;

Mas puesto que mis desgracias
Unas con otras tropiezan,
Y tan en mi alcance andan,
Sabed que yo soy... No puedo,
No puedo hablar más palabra,
Que entra ya. Mi vida está
En vuestras manos, guardadla;
Que yo aquí me escondo. [*Escóndese.*]

LISARDO.

¡Cielos,
Sacadme de dudas tantas!
Ella es su dama sin duda,
Pues que tanto dél se guarda.

ESCENA XIV.

DON FÉLIX. LISARDO. MARCELA, *escondida.*

DON FÉLIX.

Lisardo.

LISARDO.

¿Qué hay? ¿Qué traeis,
Don Félix?

DON FÉLIX.

Traigo un pesar,
Y véngole á consolar
Con vos, que me aconsejeis.

LISARDO.

Cuando por haber faltado
De casa... Véte de aquí. [*A Calabazas. Vase.*]
Toda la noche, creí

Que habíades celebrado
Las paces con vuestra dama,
¿Al amanecer venis
Con el pesar que decis?

DON FÉLIX.

Sí, que un mal á otro mal llama.
¡Ay Lisardo! bien dijistes,
Cuando hablasteis de los celos,
Que sus mortales desvelos,
Y que sus efectos tristes,
Eran tan otros tenidos
Que dados, cuanto se ofrece
Entre quien hace y padece;
Pues padecen mis sentidos
El daño que ántes hicieron.
¡Oh quién un siglo los diera,
Y un punto no los tuviera!

LISARDO.

Pues ¿cómo ó de qué nacieron?
(*Ap.* Vive Dios! que él ha seguido
Esta dama, y que sus celos
Son de mí y della.)

MARCELA. [*Ap.*]

Los cielos
Dén mis penas á partido.

DON FÉLIX.

Muy rendido ayer llegué
Donde (¡ay de mí!) satisfice
Con los extremos que hice,
Las lágrimas que lloré,

Las mal fundadas sospechas
Que de mí (¡ay cielos!) tenía
La hermosa enemiga mia;
Y cuando ya satisfechas
Estaban, y yo esperaba
De los sembrados rigores
Coger el fruto en favores,
De la calle en que aguardaba
Entré á verla muy contento;
Y, porque fué fuerza así,
Un aposento entreabrí
(Mal haya mi sufrimiento),
Y en él (¡qué torpes desvelos!)
El bulto de un hombre ví.

LISARDO. [*Ap.*]

¡Esto es lo que anoche á mí
Me pasó, viven los cielos!

DON FÉLIX.

¡Oh mal haya yo, porqué,
Aunque su padre viniera,
Y aunque su honor se perdiera,
A darle muerte no entré!
Quedarme pude escondido,
Con ánimo de volver
A buscar el hombre, y ver
Quién era.

LISARDO.

¿Habeislo sabido?

DON FÉLIX.

No, porque ya una criada

Le habia sacado de allí.
Tras él al punto salí;
Pero no pude hallar nada.
Así, hasta el mediodía (1),
Toda la mañana he estado
(¡Mirad qué necio cuidado!)
Pensando que volveria.
Ved si habrá en el mundo quien
Tenga el dolor que yo tengo,
Pues hoy aquí á tener vengo
Celos sin saber de quién.

LISARDO. [*Ap.*]

En este punto creí
Todo cuanto imaginé;
La dama esta dama fué,
Y yo el encerrado fuí.
Las señas son; mas supuesto
Que él no sabe que fuí yo,
Ni que ella aquí se ocultó,
Ponga fin á todo esto
Mi ausencia, puesto que así
Todo el silencio lo sella;
Pues no sabrá agravios della,
Ni tendrá quejas de mí.

DON FÉLIX.

¿Agora suspenso estáis?
¿Cómo no me respondeis?

---

(1) Antes le ha dicho Lisardo: «Al amanecer venis.» Ó Calderon se distrajo, ó el copiante ha adulterado el texto.

LISARDO.

Como admirado me habeis
Aun más de lo que pensais.

DON FÉLIX.

¿Qué puedo hacer?

LISARDO.

Olvidar.

DON FÉLIX.

¡Ay, Lisardo, quién pudiera!

CALABAZAS. [*A la puerta.*]

Señor, una dama ahí fuera
Dice que te quiere hablar.

DON FÉLIX.

Ella es, que habrá venido
A verme. Yo no he de vella.

LISARDO.

Mirad primero si es ella.

ESCENA XV.

LAURA, *tapada.* DICHOS.

DON FÉLIX.

¿No he de haberla conocido?
Ella es, que, en conclusion,
Querrá agora que yo crea
Que todo mentira sea.

LISARDO. [*Ap.*]

Ya es otra mi confusion :
Si ésta es la que Félix ama ,
Y dentro en su casa vió
Un hombre , y éste fuí yo ,
¿Quién es , quién , estotra dama ?

LAURA.

Lisardo , por caballero
Os ruego que os ausenteis ,
Y con Félix me dejeis ,
Porque hablar con Félix quiero.

DON FÉLIX.

¿Quién te ha dicho que querrá
El Félix hablarte á tí ?

LAURA.

Dejadnos solos.

LISARDO.

Por mí
Obedecida estáis ya.
(*Ap.* Fuerza es dejar encerrada
La otra dama hasta despues ,
Y estar á la vista. Nada
Tengo ya que temer , pues
No es su dama mi tapada.)
[*Vanse Calabazas y Lisardo.*]

ESCENA XVI.

LAURA. DON FÉLIX y MARCELA, *escondida.*

LAURA.

Ya que estamos los dos solos,
Don Félix, y que podré
Decir á lo que he venido,
Escúchame.

DON FÉLIX.

¿Para qué?
Ya sé que quieres decirme
Que ilusion, que engaño fué
Cuanto allí vi y cuanto oí;
Y si esto, en fin, ha de ser,
Ni tú tienes qué decir,
Ni yo tengo qué saber.

LAURA.

¿Y si nada de eso fuese,
Sino todo eso al revés?

DON FÉLIX.

¿Cómo?

LAURA.

Escucha, oiráslo.

DON FÉLIX.

¿Iráste
Si te escucho?

LAURA.

Sí.

DON FÉLIX.

Di pues.
[*Asoma Marcela.*]

LAURA.

Negarte que estaba un hombre
En mi aposento...

DON FÉLIX.

Deten.
¿Y es estilo de obligar,
Modo de satisfacer,
Decirme, cuando esperaba
Un rendimiento cortés,
Una disculpa amorosa,
Confesar la ofensa? ¿Ves
Cómo otra vez la repites,
Porque la sienta otra vez?

LAURA.

Si no me oyes hasta el fin...

MARCELA. [*Ap.*]

¡Quién vió lance más cruel!

DON FÉLIX.

¿Qué he de escuchar?

LAURA.

Mucho.

DON FÉLIX.

¿Iráste
Si te escucho?

LAURA.

Sí.

DON FÉLIX.

Di pues.

LAURA.

Negarte que estaba un hombre
En mi aposento, y tambien
Que Celia le abrió la puerta,
No fuera justo; porqué
Negarle á un hombre en su cara
Lo mismo que escucha y ve,
Es darle á un desesperado,
Para consuelo, un cordel;
Mas pensar tú que fué agravio
De tu amor y de mi fe,
Es pensar que cupo mancha
En el puro rosicler
Del sol, porque, con mi honor,
Áun es sombra todo él.

DON FÉLIX.

¿Pues quién aquel hombre era?

LAURA.

No puedo decirte quién.

MARCELA. [*Ap.*]

¡Quién vió confusion igual!

DON FÉLIX.

¿Por qué?

LAURA.

Porque no lo sé.

DON FÉLIX.

¿Qué hacia escondido allí?

LAURA.

No lo sé tampoco.

DON FÉLIX.

¿Pues
Dónde la satisfaccion
Está?

LAURA.

En no saberlo.

DON FÉLIX.

¡Bien!
No saberlo es la disculpa,
La culpa el saberlo es:
¿Pues cómo quieres que venza
Lo que sé á lo que no sé?
Laura, Laura, no hay disculpa.

LAURA.

Félix, Félix, dejamé;
Que, aunque lo puedo decir,
Tú no lo puedes saber.

DON FÉLIX.

Otra vez me has dicho ya
(Baldon ó despecho fué)
Eso mismo, y ¡vive Dios!
No he de escucharlo otra vez;
Porque aquí me has de decir
La verdad desto...

MARCELA. [*Ap.*]

¿Qué haré?
Que, por disculparse á sí,
Me ha de echar á mi á perder.

DON FÉLIX.

Que nada me está peor
Que el pensarlo.

LAURA.

Sí diré.

MARCELA.

(*Ap.* No dirás; porque primero
Tus voces estorbaré
Con esta resolucion.
Amor ventura me dé,
Como me da atrevimiento.)
[*Pasa por delante tapada, como jurándoselas á don Félix; él quiere seguirla, y Laura le detiene.*]
Solo esto he querido ver.

DON FÉLIX.

¿Qué mujer es ésta?

LAURA.

Hazte
De nuevas.

DON FELIX.

Déjame que
La siga y la reconozca.

LAURA.

¡Eso querrias tú, porque

Pudieras desenojarla,
Diciéndola á ella después
Que me dejaste por ir
Tras ella! Pues no ha de ser.

DON FÉLIX.

Laura mia, mi señora,
El cielo me falte, amén,
Si sé qué mujer es ésta.

LAURA.

Yo sí; yo te lo diré:
Nise era, que al pasar
Yo la conocí muy bien.

DON FÉLIX.

Ni era Nise, ni sé yo
Cómo estaba aquí.

LAURA.

Muy bien;
¡La disculpa es no saberlo,
La culpa el saberlo es!
¿Pues cómo quieres que venza
Lo que sé á lo que no sé?
Adios, Félix.

DON FÉLIX.

Si no basta
El desengaño que ves,
¿Cómo quieres que yo crea
Lo que tú, Laura, no crês.

LAURA.

Porque yo digo verdad,

Y soy quien soy.

DON FÉLIX.

Yo tambien,
Y vi en tu aposento un hombre.

LAURA.

Yo en el tuyo una mujer.

DON FÉLIX.

No sé quién fué.

LAURA.

Yo tampoco.

DON FÉLIX.

Sí supiste, Laura; pues
Ya me lo ibas á decir.

LAURA.

Ya sin decirlo me iré,
Por no dar satisfacciones
A un hombre tan descortés.

DON FÉLIX.

Mira, Laura...

LAURA.

Suelta, Félix.

DON FÉLIX.

Véte; que es cosa cruel,
Haber de rogar quejoso.

LAURA.

Quédate; que es rabia haber
De llevar traiciones, cuando

Finezas vine á traer.

DON FÉLIX.

Yo bien disculpado estoy.

LAURA.

Si á eso vamos, yo tambien.

DON FÉLIX.

Pues vi en tu aposento un hombre.

LAURA.

Yo en el tuyo una mujer.

DON FÉLIX.

Si esto, cielos, es amar...

LAURA.

Si esto, fortuna, es querer...

LOS DOS.

¡Fuego de Dios en el querer bien! (1)
Amén. Amén.

---

(1) Veinte años más tarde escribió Calderon una comedia con ese título, cuyas jornadas todas terminan tambien con el mismo proverbio.

JORNADA TERCERA.

Cuarto de Marcela.

ESCENA PRIMERA.

MARCELA. SILVIA.

SILVIA.

Grande atrevimiento fué.

MARCELA.

Como perdida me vi,
Cuando ya á Laura escuché
Que iba á descubrir allí
Cuanto en su casa pasé,
Estorbar la relacion
Quise con tan loca accion;
Que, ya preciso un pesar,
Algo se ha de aventurar.

SILVIA.

Así es verdad.

MARCELA.

Lo razon
Que me animó más, fué ver
A Lisardo, que esperaba
Más afuera, al parecer,
En qué el suceso paraba

De su encerrada mujer;
Y como yo lo sabía,
No temí la empresa mia:
Pues, á no suceder bien,
Ya en Lisardo al ménos quien
Me defendiese tenía:
Y en fin, ello sucedió
Mejor que esperaba yo;
Pues yo á mi cuarto pasé,
Y en los celos que dejé
El lance se barajó
De suerte, que ni Lisardo
Se empeñó por mí gallardo,
Ni Laura el caso contó,
Ni Félix me conoció,
Ni yo mayor susto aguardo.

SILVIA.

Digo que fué extraño cuento,
Y si escarmiento ha dejado,
Será de más fundamento.

MARCELA.

¿Pues cuándo dejó escarmiento,
Silvia, un peligro pasado?
Ántes el haber salido
Deste tan bien, me ha movido
A pensar cómo pudiera
Ser que Lisardo volviera
A verme.

SILVIA.

Oye, que hacen ruido.

ESCENA II.

DON FÉLIX, *por la puerta escondida.* DICHAS.

DON FÉLIX.

Marcela.

MARCELA.

¿Qué novedad
Es entrar tú en mi aposento?

DON FÉLIX.

Es venir mi voluntad
Por luz á tu entendimiento,
Por consuelo á tu piedad.
Anoche, cuando saliste
De ver á Laura, yo entré
En su casa (¡ay de mí triste!),
Y vi en su casa, y hallé...

MARCELA.

Di, ¿qué hallaste? di, ¿qué viste?

DON FÉLIX.

Un hombre.

MARCELA.

¿Tal pudo ser?

DON FÉLIX.

Vínome á satisfacer;
Una mujer, que salió
De mi alcoba, lo estorbó...

MARCELA.

¡Miren la mala mujer!

DON FÉLIX.

Que con Lisardo debia
De estar. Él, cuerdo y discreto,
Presumiendo que ofendia
De mi casa así el respeto,
Dice que tal no sabía.
En fin, sea lo que fuere
(Que no hay nadie que lo diga),
Celosa Laura, no quiere
Que desengaños consiga,
Ni que disculpas espere.
Yo, por no dar á torcer
Tampoco mi sentimiento (1),
No la quiero hablar ni ver;
Pero quisiera saber
Hasta el menor pensamiento
Suyo. Para esto ha pensado
Una industria mi cuidado.

MARCELA.

¿Y es, si me la has de decir?

DON FÉLIX.

Que tú, hermana, has de fingir
Que un gran disgusto, un enfado
Conmigo has tenido, y que
En tanto que esto se pasa,
Te quieres ir á su casa:
Y así una espía tendré

---

(1) *No dar el brazo á torcer* es la frase corriente, aquí bellamente trovada.

Para el fuego que me abrasa;
Pues tú á la mira estarás,
Y á pocos lances verás
Quién este embozado es,
Y con secreto después
De todo me avisarás.

MARCELA.

Aunque hay bien que replicar,
Hoy me iré á su casa.

DON FÉLIX.

No
Puede hoy ser; que, por mostrar
Cuán poco mi mal sintió,
O por darme este pesar,
Hoy de su casa ha salido,
Y al mar de Antígola ha ido.

MARCELA.

Pues digo que iré mañana.

DON FÉLIX.

La vida me das, hermana;
Tuya desde hoy habrá sido. [*Vase.*]

MARCELA.

¿Hay cosa como llegar
Rogándome lo que yo
Puedo, Silvia, desear?
Pero mira quién se entró
En el cuarto, sin llamar.

SILVIA.

Laura y Celia son, señora.

ESCENA III.

LAURA. CELIA. MARCELA. SILVIA.

MARCELA.

Laura mia, ¡á aquesta hora!

LAURA.

No te espantes desto, amiga;
Que á tanto una pena obliga.

MARCELA.

¿Quién lo duda? ¿Quién lo ignora?

LAURA.

De la suerte que de mí
Te fuiste ayer á valer,
Vengo á valerme de tí.

CELIA.

Aprended, damas, de aquí,
Lo que va desde hoy á ayer.

LAURA.

Aquel hombre que dejaste
Cerrado, Marcela mia,
En mi casa, vió don Félix.

MARCELA.

¡Jesus!

LAURA.

No importa que diga
El cómo ó el cuándo, puesto
Que bastaba ser desdicha,

Para que ella se estuviese
Desde luégo sucedida.
Quísele satisfacer,
Y vine á tu casa, amiga,
Sin mirar á los respetos
A que el ser quien soy me obliga.
Entré en su aposento, y cuando
A representarle iba
Disculpas, que no tocasen
En tu opinion ni en la mia,
Una mujer, que detras
De su aposento tenía,
Y que era sin duda Nise...

MARCELA.

¿Quién duda que ella sería?

LAURA.

Salió á dar celos por celos.

MARCELA.

¡Hay tan gran bellaquería!
¿Y qué hizo Félix á eso?

LAURA.

Él, aunque quiso seguirla,
Yo no le dejé. En efecto,
Las dos quejas repetidas,
Ni las suyas quise oir,
Ni él saber quiso las mias.
Por mostrar que estaba (¡ay cielos!)
Gustosa y entretenida
(¡Oh cuán á costa del alma,
Marcela, un triste se anima!),

Al mar de Antígola hoy
Salí con unas amigas,
Donde, aunque debió alegrarme
Su hermosa apacible vista,
No pudo; que para mí
Ya se murió la alegría;
Tanto, que ni el ver la Reina,
Que infinitos siglos viva,
Para que flores de Francia
Nos den el fruto en Castilla,
Cómo en su verde carroza,
Que caballos del sol tiran,
Varado bajel de tierra
Llegó á abordar á la orilla:
Ni el ver tan ufano entónces
Ese breve mar, que imita
Del Océano las ondas
Encrespadas y movidas
De los céfiros süaves,
Cuando al mirar quien las pisa
Como plata las entorcha,
Y como vidrio las riza:
Ni el ver que ya el bergantin,
Coche del mar, pues le guian,
Como caballos, los remos,
A quien el freno registra
De un timon, abrió el estribo
De su hermosa barandilla,
Para que su popa ocupe,
Para que su esfera admita
Un sol, á quien hizo guarda
No ménos que el alba misma:

Ni el ver las hermosas damas,
Que como flores seguian
La rosa, bien así como
Tejido coro de ninfas,
En las selvas de Diana
Profanas fábulas pintan:
Ni el ver, en fin, que tan bello
Ya el bajel bogando iba
El piélago de cristal,
Que al acercarse á la isla
Del cenador, que con tantas
Flores el estanque habita,
No pudo determinar
Desde aparte, no, la vista,
Cuál el bergantin, ó cuál
Era el cenador; pues via
Flores en cualquiera tantas,
Que unas á otras competidas,
Naval batalla de flores
Se dieron muertas y vivas,
Me pudo aliviar; pues toda
Esta pompa hermosa y rica,
En los cristales bullicio,
En las flores alegría,
En los vientos suavidad,
En las hojas armonía,
En las damas hermosura
Y en todos los campos risa,
Llanto fué, llanto en mis ojos,
Celosa de Félix. Mira
Si á quien esto no divierte,
Bastantemente peligra.

Yo no he de hablarle; porque
Es triste cosa, es indigna
Accion darle yo á torcer
Mis celos; y así querria
De una industria aquí valerme,
Si es que mi amistad codicias;
Y es, que para que yo vea
Si Nise en su cuarto habita,
Le he de acechar esta noche
Por aquella puerta, amiga,
Que dijiste, y que á su cuarto
Cae y él tiene escondida.
¿Cómo faltar de mi casa
Podré? es fuerza que aquí digas;
Y responderéte yo
Que hoy mi padre fué á una villa,
Adonde su hacienda tiene,
Y no vendrá en cuatro dias.
Así que estas noches puedo
Ser tu huéspeda, si obliga
Mi amistad á esta fineza,
Pues es fineza de amiga
Tan principal, tan discreta,
Tan noble y tan entendida.

MARCELA.

¿Cómo te podré negar,
Laura, lo que solicitas,
Si con mi razon me arguyes,
Si con mi dolor me obligas?
Sólo hay un inconveniente;
Mas si tú lo facilitas,

Vén desde luégo á mi casa;
Mal dije, á la tuya misma.

LAURA.

¿Cuál es el inconveniente?

MARCELA.

Tanto mi hermano te imita
En el dolor y en la causa
(No importa que te lo diga:
Primero somos nosotras),
Que hoy me ha pedido que finja
Con él un enojo, y vaya
A ser por algunos dias
Tu huéspeda; porque yo
Allá de adalid le sirva.
Pues si no voy á tu casa
Yo, porque estás tú en la mia,
Dirá...

LAURA.

Escucha : ántes mejor
Es que desde luégo finjas
Tú el enojo, y que te vayas;
Pues con aquesto le obligas
A que él esté más seguro
De que yo en su casa asista.

MARCELA.

Dices bien, que con mi ausencia
Se sanea esta malicia.

LAURA.

¿Cómo se ha de hacer?

MARCELA.

Así:
Dame el manto, y dirás, Silvia,
Que fuí en casa de Laura;
Que para hacer más creida
La causa, quise ir de noche.
[*Pónese el manto.*]
Y despues (aparte mira)
Busca á Lisardo, y dirásle
Cómo mi afecto le avisa
Que á verme vaya esta noche;
Y quédate donde sirvas
A Laura: tú, Celia, vén
Conmigo; pues nos obliga
Esto á trocar con las casas
Las criadas.

LAURA.

¿Tan aprisa?

MARCELA.

Estas cosas más se aciertan
Miéntras ménos se imaginan.

LAURA.

Marcela, á mi casa vas;
Por ella y por mi honor mira.

MARCELA.

Por ella mira y mi honor,
Pues te quedas tú en la mia.
¿En qué ha de parar aqueste
Trueco?

CELIA.

¿Quieres que lo diga?
En algun lance que á todas
O nos case ó nos aflija.

[*Vanse por una parte Celia y Macela y por otra Silvia y Laura.*]

—

Cuarto de Lisardo.

ESCENA IV.

LISARDO. CALABAZAS.

LISARDO.

¿Qué papel es ése?

CALABAZAS.

Es
El que ha de ser, es y ha sido
Del tiempo que te he servido
Cuenta estrecha.

LISARDO.

Dime, pues,
¿A qué propósito agora?...

CALABAZAS.

A propósito de que hoy
De tu servicio me voy.

LISARDO.

¿Por qué causa?

CALABAZAS.

¿Quién lo ignora?

Porque andas aquestos dias
Muy discreto.

LISARDO.

¿Qué has querido
Decir?

CALABAZAS.

Que andas divertido.

LISARDO.

Tales son las penas mias.

CALABAZAS.

Y no ha de ser tan discreto
El amo, que ha de pensar
Que no le puede guardar
Calabazas el secreto.
Tú te andas solo contigo,
Contigo solo te estás,
Contigo vienes y vas,
Y en fin, contigo y sin migo,
En cualquier parte te ven;
Que parecemos, señor,
El dinero y el amor:
Mirad ¡con quién y sin quién!
Si alguna tapada viene
A verte, *salte allá fuera;*
Si vas á verla, *aquí espera,*
Porque ir allá no conviene.
¿Pues esto ha de ser así?
¡Pesar de quien me parió!
¿Para qué te sirvo yo?
Y así quiero desde aquí

Buscar amo más humano.
Porque para mí, en rigor,
Ninguno será peor,
Aunque sea un luterano,
Aunque sea un presumido
De docto, siendo menguado,
Con ingenio un desdichado,
Sin él un entremetido,
Un poeta que hace trazas
De comedias, y seamos
Los criados y los amos
Todo en casa Calabazas,
Aunque sea un lindo compuesto
Que hable melífiuo y despacio,
Y aunque galantee en palacio,
Que es peor que todo esto.

LISARDO.

Las cosas que me han pasado,
Tan públicas han venido,
Calabazas, que no ha sido
Forzoso haberlas contado
Para que las sepas : pues
Hablar á aquella tapada
En el campo tan guardada,
Verla en su casa después,
Adonde me sucedió
Aquel lance parecido
Al de Félix, que escondido
En su casa me pasó;
Venir á verme á la mia,
Adonde, desengañado

De que es otra me ha dejado,
La que don Félix queria;
Salir de allí tan veloz;
Irse, en fin, como se fué,
Eso se dice y se ve
Sin que aquí tenga mi voz
Qué contar, pues, aunque quiera,
No te puedo decir más
De lo que tú viendo estás.

CALABAZAS.

Ella es gentil embustera.

LISARDO.

En cuanto á que estoy pensando
Qué es lo que me ha sucedido,
Es verdad; y estoy corrido
De estar creyendo y dudando
Qué mujer es ésta; pues
Cuando yo ser presumia
Dama de Félix, vivia
Sin discurrir; mas después
Que, estando conmigo ella,
De Félix la dama entró,
Y que me desengañó
De que era otra dama aquella,
Mayor deseo me ha dado
De saber quién es; pues puedo
Perder á su honor el miedo,
Que por Félix le he guardado.

CALABAZAS.

Yo bien pudiera decir

Quién es.

LISARDO.

¿Tú?

CALABAZAS.

Yo.

LISARDO.

Dilo, pues.

CALABAZAS.

¡Vive Dios, que sé quién es!

LISARDO.

Pues no me hagas discurrir.

CALABAZAS.

¿Ella no es enredadora?
Quién es sé. ¿No es embustera?
Quién es sé. ¿No es bachillera?
Quién es sé. ¿No es habladora?
La misma razon lo enseña,
Quién es, sí, jurado á Dios.

LISARDO.

Dilo.

CALABAZAS.

Aquí para los dos...

LISARDO.

Prosigue.

CALABAZAS.

Es alguna dueña.

LISARDO.

¡Qué disparate!

ESCENA V.

SILVIA. Dichos. *Poco despues* DON FÉLIX.

SILVIA.

Lisardo,
Que aquí me escucheis os pido.

CALABAZAS.

¡Mujer! ¿De dónde has caido?

LISARDO.

Ya lo que quieres aguardo.

SILVIA.

Una dama, de quien vos
La casa, señor, sabeis,
Que á su ventana llameis
Esta noche os pide. Adios. [*Vase.*]

CALABAZAS.

Tapada de las tapadas,
Oye.

LISARDO.

Tente, ¿dónde vas?

CALABAZAS.

Deja, que no quiero más
De darla dos bofetadas,
Que las lleve á su señora...

LISARDO.

¿Hay quien tus locuras crea?

CALABAZAS.

Porque otra vez no me sea
Dueña enjerta.

LISARDO.

Escucha agora.
Pues que ya la noche fria,
En mal distinto arrebol,
Da priesa diciendo al sol
Que se vaya con el dia,
Y á mí esperándome están
Dame un broquel y tú aquí
Me espera.

CALABAZAS.

¿Yo esperar?

LISARDO.

Sí.

CALABAZAS.

Espere un judío de Orán.
Que á casa donde encerrado
Estuviste, y áun corrido,
Y hay padre desconocido
Y galan de imaginado,
No has de ir solo.

LISARDO.

Sí he de ir.
[*Sale don Félix.*]

DON FÉLIX.

¿Dónde, Lisardo?

LISARDO.

No sé
Cómo callaros podré,
Ni cómo os podré decir
Lo que en Ocaña me pasa.
¿Teneis que hacer ahora?

DON FÉLIX.

¿Yo?
Ni en toda esta noche.

LISARDO.

¿No?

DON FÉLIX.

No, que el fuego que me abrasa,
Por acrecentar su ardor,
Treguas por ahora ha dado.

LISARDO.

Pues yo quiero mi cuidado
Fiaros, ya sin temor;
Que si hasta aquí he suspendido
La relacion que empecé,
Respeto que os tuve fué;
Pero habiendo ya sabido
Que nada os puede tocar,
Y sois quien sois, en efeto,
De mi amor todo el sacreto
Hoy os tengo de fiar.
Venid conmigo, y sabréis,
Porque el tiempo no perdamos,
Extraños sucesos.

DON FÉLIX.

Vamos;
Que mucha merced me haréis
En divertir el dolor
De que mi pecho está lleno,
Porque de amor el veneno
Cure triaca de amor.

CALABAZAS.

Yo ¿qué he de hacer?

LISARDO.

Esperar
Aquí en casa á que vengamos.
[*Vanse don Félix y Lisardo.*]

ESCENA VI.

CALABAZAS.

¡Buenos, paciencia, quedamos,
Sin ver ni oir, á callar!
Cuando no tiene el servir
Otro gusto, otro placer
Que escuchar para saber
Y saber para decir,
Aun deste gusto me priva
El recatarse de mí.
Pues no ha de pasar así;
Así Calabazas viva,
Que por aquel mismo caso
Que aquí de mí se guardó,
Tengo de seguirle yo.

Tras ellos, paso entre paso,
Tengo de irme rebozado;
Porque si yo, cual sospecho,
No le murmuro y acecho,
¿Para qué soy su criado? [*Vase.*]

—

Camino de Ocaña.

ESCENA VII.

FABIO. LELIO.

LELIO.

Aliéntate, que ya estás
Cerca de Ocaña, señor.

FABIO.

Es tan notable el dolor,
Lelio, que no puedo más;
Que aunque yo por descansar,
De la yegua me apeé
Y quise venir á pié
Este rato, por dejar
Con ejercicio, vencido
El dolor de la caida,
Te confieso que en mi vida
No me he visto tan rendido.

LELIO.

Ello fué dicha, señor,
Pues apenás una legua
Andada, cayó la yegua,

Porque pudieras mejor
Volverte á tu casa, donde
Con más cuidado podrás
Curarte.

FABIO.

A esta pierna más
Todo el dolor corresponde,
Que fué la que me cogió
Debajo.

LELIO.

Súbete, pues
Irás ántes.

FABIO.

Mejor es
Andar otro poco, y no
Dejar, Lelio, resfriar
La caida.

LELIO.

Dices bien:
Mas considero tambien
Que ya ha empezado á cerrar
La noche; y que lo que, andando,
En tal parte se mejora,
Se llega más á deshora,
A tu casa, y quizás, cuando
Ya recogida, no habrá
Modo de curarte.

FABIO.

Bien
Dices: la yegua preven,

Que atada á ese tronco está,
Y vamos, si esto restaura
Mi salud; aunque yo creo
Que ir á casa no deseo
Por no dar cuidado á Laura,
Que me quiere de manera,
Que temo que hoy ha de ser
Su fin, si me ve volver
Con una pena tan fiera.

LELIO.

Como hija, claro está
Que lo sienta mi señora.

FABIO.

Pondré que aquésta es la hora
Que está recogida ya.

LELIO.

¿Quién lo duda?

FABIO.

¡Oh, cuánto siento
Haberla de despertar!
Mas no lo puedo excusar.
Lo que haré será que, atento
A su quietud, llamaré
Por la puerta principal:
Pues con prevencion igual
Podrá ser, pues que se ve
De su cuarto más distante,
No oirme.

LELIO.

Dispon agora

Tu salud, que mi señora
Lo estimará.

FABIO.

No te espante
Verme con tanta fineza;
Que soy, en mi senectud,
Amante de su virtud,
Como otros de su belleza. [*Vanse.*]

—

Calle próxima á la casa de Fabio.

ESCENA VIII.

LISARDO. DON FÉLIX. *Después* CALABAZAS.

DON FÉLIX.

Mucho me he holgado de oiros,
Por ser la novela extraña.

LISARDO.

Esto es por mayor; que dejo
De contar mil circunstancias.
Por no cansaros, don Félix;
Y pues sabeis que me aguarda,
Idos con Dios, que ya es la hora.

DON FÉLIX.

Decirme á mí que una dama
Vais á ver; y haberme dicho
Que tuvisteis en su casa
Riesgo; y decir que me quede,
Son dos cosas muy contrarias:

Pues no soy de los amigos
Yo, con quien sólo se hablan
Las cosas; que precio más
Las obras que las palabras.
Id á lograr vuestro amor
Norabuena; que hasta el alba
Yo sabré estar en la calle.

LISARDO.

A amistad, don Félix, tanta,
Mal hiciera en resistirme.
[*Sale Calabazas acechando.*]

CALABAZAS. [*Ap.*]

Si, cual veo lo que andan,
Lo que hablan viera, yo viera
Lo que andan y lo que hablan.
Llegarme quiero.

LISARDO.

¿Qué es esto?

DON FÉLIX.

Un hombre, si no me engaña
La vista, que tras nosotros
Viene.

LISARDO.

Pues sacad la espada.

DON FÉLIX.

¿Quién va?

CALABAZAS.

Nadie ya; porque
No diz que va el que se pára.

DON FÉLIX.

¿Quién sois?

CALABAZAS.

Un hombre de bien.

LISARDO.

Pues pase, si acaso pasa.

CALABAZAS.

No paso, que me hago *Hombre*.

DON FÉLIX.

Pues jugaré yo de *espadas* (1).

LISARDO.

Dadle la muerte.

CALABAZAS.

¡Detente!
¡Ay, ay! Señor, que me matas!
Que soy Calabazas.

DON FÉLIX.

¿Quién?

CALABAZAS.

Calabazas.

LISARDO.

Calabazas,
¿Qué es esto?

CALABAZAS.

Es venir á ver

---

(1) Alusion al juego del *Hombre*, hoy el Tresillo.

Dónde vais. [*Danle los dos.*]

DON FÉLIX.

¡Por Dios!

CALABAZAS.

Ya basta.

LISARDO.

Dejadle; no alboroteis;
Porque está cerca la casa
Que buscamos.

DON FÉLIX.

¿Hácia aquí
Vive, Lisardo, la dama
Que venis á ver?

LISARDO.

Sí, Félix.

DON FÉLIX.

¿Y es bizarra?

LISARDO.

Muy bizarra.

DON FÉLIX.

¿Tiene padre?

LISARDO.

Sí.

DON FÉLIX.

¿Y aquí
Os cerrasteis en la cuadra?

LISARDO.

Sí.

DON FÉLIX.

¿Y, estando ella con vos,
Entró la que me buscaba?

LISARDO.

Sí.

DON FÉLIX.

Ved que, como la noche
Llena está de sombras pardas,
Más oscura que otras veces,
Pues áun la luna la falta,
Podrá ser que os engañeis.

LISARDO.

No me engaño.—A esta ventana
He de llamar; y esta puerta
Han de abrir.

CALABAZAS. [*Ap.*]

Ya sé la casa.

DON FÉLIX. [*Ap.*]

¿Esta ventana? ¿Esta puerta?
¡Ay de mí, el cielo me valga!
Que éstas las de Laura son,
Para mí dos veces falsas!

LISARDO.

Retiraos, porque yo
La seña, que es ésta, haga.
[*Hace la seña á la reja.*]

DON FÉLIX.

Si mal no me acuerdo (¡ay triste!),

En la relacion pasada,
Dijisteis que la mujer
Que para hablaros aguarda,
Es la que hoy escondida
Dentro de mi cuarto estaba.

LISARDO.

Es verdad.

DON FÉLIX.

Y que la otra
Que vino...

ESCENA IX.

CELIA. DICHOS.

CELIA. [*En la ventana.*
Ce.

LISARDO.

Ya me llaman.

CELIA.

¿Es Lisardo?

LISARDO.

Si, yo soy.

DON FÉLIX. [*Ap.*]
Celia es ésta.

CELIA.

Pues aguarda,
Abriré la puerta.

LISARDO.

Ya

Conmigo habló la criada;
Y dice que viene á abrirme
La puerta.

DON FÉLIX.

Antes que la abra,
Decid... [*Abre la puerta Celia.*]

LISARDO.

No puede ser ántes.

DON FÉLIX.

Sí es...

LISARDO.

Adios, porque me aguarda.

DON FÉLIX.

La dama...

CELIA.

Entrad presto.

LISARDO.

Luégo
Hablarémos. [*Éntrase.*]

[*Al entrar Lisardo, quiere entrar don Félix, y Celia cierra la puerta.*]

ESCENA X.

DON FÉLIX. CALABAZAS.

DON FÉLIX.

¡Y, en la cara,
Con la puerta me dió Celia!

CALABAZAS.

Con cerradura no agravia
Una puerta, aunque es de palo;
Que el tener hierro la salva.

DON FÉLIX. [*Ap.*]

¿Qué es lo que pasa por mí?
¿Quién vió confusiones tantas?
¿En casa de Laura ¡Cielos!
Viene buscando la dama
Que hoy de mi cuarto salió
Cuando entró en mi cuarto Laura?
Luego ella no puede ser.
Mas ¿quién ser puede en su casa?
¡Oh, quién no la hubiera dicho
A Marcela que dejára
Para mañana el venir
Aquí; que ella lo apurára!
Pero, miéntras más discurro,
Más lugar doy á mi infamia.
Pues no discurramos, celos,
Sino á ver la verdad clara
Caminemos más aprisa,
Pues ella es Laura ó no es Laura.
Si no es ella, ¿qué se pierde
En desengañar mis ánsias?
¿Y qué se pierde, si es ella,
En perder la vida y alma,
Después de Laura perdida?
La puerta en el suelo caiga.
Pero ¿cómo á esto me atrevo,
Si á Lisardo la palabra

Le he dado? Pero ¿qué importa
La amistad, la confianza,
El respeto ni el decoro?
Que, donde hay celos, se acaba
Todo; porque no hay honor
Ni amistad que tanto valga.
[*Da golpes á la puerta, para derribarla, y al mismo tiempo, más léjos, dan tambien golpes dentro.*]

CALABAZAS.

¿Qué haces, señor?

DON FÉLIX.

Darte muerte.

CALABAZAS.

Si es posible, no lo hagas.

DON FÉLIX.

Mas ¿qué golpes son aquéllos?

CALABAZAS.

¿De qué te admiras y espantas?
Otro será en otra parte,
Que le habrá dado otra rabia,
Y da golpes á otra puerta.

FABIO. [*Dentro.*]

Abre aquí, Celia; abre, Laura.

CELIA. [*Dentro.*]

Mi señor es, ¡ay de mí!

DON FÉLIX.

Fabio es aquel. [*Cuchilladas dentro.*]

FABIO. [*Dentro.*]

¡Esta infamia
Llego á ver!

CALABAZAS.

Por Dios, que allá
Ya han llegado á las espadas.

DON FÉLIX.

¡Mal haya la puerta!

CALABAZAS.

Amén. [*Vanse.*]

—

Sala en casa de Fabio.—La escena está á oscuras.

ESCENA XI.

LISARDO, *con* MARCELA *en los brazos. Después* FÉLIX Y CALABAZAS.

LISARDO.

No temais, señora, nada;
Que, aunque llaman á esta puerta,
Seguro es quien á ella llama.

MARCELA.

Con vos, Lisardo, he de ir;
Que, como yo á vuestra casa
Llegue, nada hay que temer,
Si es que ella una vez me ampara.

LISARDO.

Venid, y no os receleis

De un hombre que me acompaña.

MARCELA.

¿Es Félix?

LISARDO.

Sí.

MARCELA.

Pues mirad
Que es Félix...

LISARDO.

¿En qué reparas?
Ya no es tiempo de recatos.
[*Salen don Félix y Calabazas.*]
¿Félix?

DON FÉLIX.

¿Quién vá?

LISARDO.

Mis desgracias.

DON FÉLIX.

¿Qué ha sido aquesto?

LISARDO.

Que, estando
Hablando con esta dama,
Vino su padre de fuera;
Llamó, y viendo que tardaban
En abrirle, derribó
La puerta y sacó la espada.
Porque se apagó la luz,
Tuve lugar de librarla.

Llevadla; que yo me quedo
A guardaros las espaldas,
Para que ninguno os siga;
Que conmigo Calabazas
Quedará.

CALABAZAS.

No quedará.

DON FÉLIX.

Mejor es con ella vaya,
Y nos quedemos los dos.

LISARDO.

¿Tan sola hemos de dejarla?
No es razon; pues la primera
Obligacion es la dama
En todo trance; así, Félix,
Vos solo habeis de llevarla
Y ponerla en salvo.

DON FÉLIX.

Es justo.
¿En fin has venido, Laura, [*A Marcela.*]
A mi poder?

MARCELA. [*Ap.*]

¡Ay de mí!

DON FÉLIX. [*Ap.*]

Yo estoy muerto.

MARCELA. [*Ap.*]

Estoy turbada.

DON FÉLIX.

Vén conmigo; que aunque no
Mereces finezas tantas,
Soy quien soy y he de librarte.

MARCELA.

¡Hay mujer más desdichada!

DON FÉLIX.

¡Hay hombre más infelice!
[*Vanse don Félix y Marcela.*]

ESCENA XII.

FABIO. LELIO, *con luz*, Y CRIADOS, *con las espadas desnudas*. LISARDO. CALABAZAS.

FABIO.

Aunque las fuerzas me faltan,
No las fuerzas del honor
Para tomar mil venganzas.

LISARDO.

Deteneos; que ninguno
De aquí ha de pasar.

FABIO.

Mi espada
Hará paso por el pecho
Vuestro. [*Riñen todos.*]

CALABAZAS.

¡Infeliz Calabazas!
¿Quién te metió en acechar?

LISARDO. [*Ap.*]

Pues que ya Félix se alarga,
Antes que aquí me conozcan,
Mejor es volver la espalda;
Esto es valor, no temor. [*Vase.*]

FABIO.

¡Espera, cobarde, aguarda!

CALABAZAS. [*Ap.*]

¿Quién creyera que Lisardo
En la ocasion me dejára?

LELIO.

Aquí se quedó uno dellos.

FABIO.

Pues muera, Lelio. ¿Qué aguardas?

CALABAZAS.

Deteneos, ¡por Dios!

FABIO.

¿Quién sois?

CALABAZAS.

Si es que el miedo no me engaña,
Un curioso impertinente (1).

FABIO.

Dejad la espada.

CALABAZAS.

La espada

(1) Alusion á la novela de Cervántes, de ese título.

Es poca cosa; el sombrero,
La daga, el broquel, la capa,
La ropilla y los calzones.

FABIO.

¿Sois criado del que agravia
Esta casa?

CALABAZAS.

Sí, señor;
Porque es un *agravia-casas,*
Que no se puede sufrir.

FABIO.

¿Quién es y cómo se llama?

CALABAZAS.

Lisardo se llama, y es
Un soldado, camarada
De Félix.

FABIO.

Porque no empiece
Por la menor mi venganza,
No te doy muerte.

CALABAZAS.

Haces bien.

FABIO.

Y pues alguna luz hallan
Mis desdichas, á buscar
Iré á Félix. ¡Oh, mal haya
Casa con dos puertas, pues
Tan mal el honor se guarda! [*Vanse.*]

—

Casa de don Félix.

ESCENA XIII.

DON FÉLIX y MARCELA, *á oscuras. Después* HERRERA, LAURA y SILVIA.

DON FÉLIX. [*Dentro.*]

¡Hola! traed aquí una luz.

HERRERA. [*Dentro.*]

Ya la llevo, si es que hallan
Luz unos ojos dormidos.
[*Salen al paño Laura y Silvia.*]

LAURA. [*A Silvia.*]

Ya dentro del cuarto andan;
Escuchemos desde aquí.

DON FÉLIX.

Ya, por lo ménos, ingrata,
Ya por lo ménos, no puedes
Negarme...

LAURA. [*Ap.*]

Con mujer habla.

DON FÉLIX.

En este lance, que eres
Mudable, inconstante, falsa,
Cruel, aleve, engañosa;
Pues á nadie desengañan
Más cara á cara sus celos.

MARCELA. [*Ap.*]

Aquí mi vida se acaba.

DON FÉLIX.

¿Para esto, viniste hoy
Á mi casa?

LAURA. [*Ap.*]

La que estaba
Tapada hoy es, pues la dice
Que hoy ha venido á su casa.

DON FÉLIX.

En mi poder estás; mira
Si habrá disculpa. ¡Mal haya
Cuanto tiempo te he querido;
Cuántas penas, cuantas ánsias
Padecí; y cuantas finezas
Hizo mi amor por tu causa!

LAURA.

¿No escuchas cómo confiesa
Que la ha querido? ¿Qué aguarda
Mi paciencia?

SILVIA.

¿Dónde vas?

LAURA.

No sé. (Ay Silvia, estoy turbada.)
Á escucharle de más cerca.

DON FÉLIX.

¡Oh, cuánto con la luz tardas!

HERRERA. [*Dentro.*]

Ya va la luz.

MARCELA. [*Ap.*]

¿Qué he de hacer,
Si la trae?

DON FÉLIX.

¿No dices nada?
Pero, si estás convencida,
¿Qué has de decir?

[*Suéltala de la mano, vase retirando Marcela; y Laura viene á ponerse en medio de los dos; él la coge la mano, entendiendo que es Marcela.*]

MARCELA. [*Ap.*]

¡Oh si hallára
Por donde irme; que á lo ménos
La vida así asegurára!

DON FÉLIX.

Detente, no huyas, no huyas;
Que no quiero más venganza
De tí, que sepas que sé
Esto.

LAURA. [*Ap.*]

Por otra me habla;
Y he de callar mis agravios
Hasta que las luces traigan,
Y vea que yo soy con quien
Está.

MARCELA. [*Ap.*]

Confusa y turbada,

La puerta hallé de mi cuarto.
Este sagrado me valga,
Pues fué dicha estar abierta.

SILVIA.

¿Eres Laura?

MARCELA.

No soy Laura.
¿Eres tú Silvia?

SILVIA.

Yo soy.
¿Qué es esto?

MARCELA.

Fortunas várias.
Cierra esa puerta, y conmigo
Vén, Silvia, aprisa. ¿Qué aguardas?
[*Vanse, cerrando tras sí la puerta.*]

ESCENA XIV.

DON FÉLIX. LAURA. HERRERA, *que saca luz.*

HERRERA.

Ya están las luces aquí.

DON FÉLIX.

Déjalas, y afuera aguarda.
[*Vase Herrera, y cierra la puerta don Félix.*]

LAURA. [*Ap.*]

¡Aquí es ello, cuando vuelva
A verme!

DON FÉLIX.

En efecto, Laura,
Yo soy quien sólo guardó
A sus celos las espaldas.

LAURA. [*Ap.*]

¿Qué es esto? ¿Cómo de verme
Ni se turba ni embaraza?

DON FÉLIX.

Sólo yo en el mundo traje
Para otro galan su dama.
Di agora que yo te ofendo.

LAURA.

¡No está la deshecha mala!
¡Bien te alientas á fingir
La razon con que me agravias;
Pues viéndote convencido,
Cuando en tus brazos me hallas,
De haberme hablado por otra
A quien traes á tu casa,
Prosigues las quejas della
Conmigo!

DON FÉLIX.

Sólo eso falta
A mi paciencia ofendida,
Que tú agora creer me hagas
Que hablaba con otra yo.

LAURA.

¿Pues de qué, Félix, te espantas,
Si es verdad?

DON FÉLIX.

¿Pues dónde está
La mujer con quien yo hablaba?

LAURA.

Si una casa con dos puertas
Mala es de guardar, repara
Que peor de guardar será,
Con dos puertas una sala.
Ya se fué.

DON FÉLIX.

Laura, por Dios,
Que me dejes. Véte, Laura,
Que me harás perder el juicio,
Si quieres que yo no haya
Traídote aquí, porque
Estando (la voz me falta)
Tu padre fuera, Lisardo...
No puedo hablar.

LAURA.

Tú te engañas;
Que yo, escondida esta noche
En el cuarto de tu hermana
He estado, por sólo ver
Esto que á los dos nos pasa;
Y ella...

DON FÉLIX.

Detente, que ahora
Lo veré.—Marcela, ¡hermana!

ESCENA XV.

MARCELA. SILVIA. DON FÉLIX. LAURA.

MARCELA.

¿Qué quieres? (*Ap.* Disimular
Importa, pues informada
Estoy de todo.)

DON FÉLIX.

Di, ¿ha estado
Contigo esta noche Laura?

MARCELA.

¿Laura conmigo; señor?
¿A qué efecto? Yo mañana
Habia de ir á estar con ella;
Pero ¡ella conmigo!

LAURA.

Aguarda.
¿No vine esta tarde yo
A pedirte que en tu casa
Me tuvieras? ¿Y á la mia
Tú..?

MARCELA.

No prosigas, que nada
De eso es verdad.

DON FÉLIX.

Laura, ¿ves
Qué mal te salió la traza?
¿Estáse esotra en su cuarto

Recogida y retirada,
Y dices que estás con ella?

LAURA.

Pues tú, Marcela, me agravias.

MARCELA. [*Ap. á Laura.*]

Sí; que soy primero yo.

LAURA.

Pues tanto me apuras, salgan
Verdades á luz.—Marcela
Ha sido... [*Llaman dentro.*]

SILVIA.

A la puerta llaman.

LISARDO. [*Dentro.*]

Abrid, don Félix.

DON FÉLIX.

Agora
Verás que todo se acaba;
Pues tu galan, Laura, viene.

LAURA.

Ahí tengo yo mi esperanza.

MARCELA. [*Ap.*]

Aqui se deshace todo.
¡Quién á Lisardo avisára
De mi peligro! [*Retírase á un lado.*]

ESCENA XVI.

LISARDO. Dichos.

LISARDO.

Don Félix,
Porque ninguno llegára
A seguirme, tardé. ¿Dónde
Habeis puesto aquella dama?

DON FÉLIX.

Veisla aquí; pero primero
Que acabe con mi esperanza
El verla en vuestro poder,
Me habeis de sacar el alma.

LISARDO.

Hasta agora no creí
Que caballeros, engañan,
De vuestras obligaciones,
A los que dellos se amparan.
La dama que os entregué
Os pido.

DON FÉLIX.

¿No es esta dama
La que me entregasteis?

LISARDO.

No.

DON FÉLIX.

¡Sólo aquesto me faltaba
Para acabar de perder

La paciencia!

MARCELA. [*Ap.*]

¡Ay desdichada!

LISARDO.

Si ésta suponeis, don Félix,
Porque os obliga otra causa,
Hablad más claro conmigo.

LAURA.

Yo de confusiones tantas
Os sacaré.—Di, Lisardo,
¿Es ésta á quien buscas y amas?

LISARDO.

Ésta es, sí, aquí la teneis.
¿Qué os ha obligado á ocultarla?

LAURA. [*A don Félix.*]

¡Mira si estaba en su cuarto,
Recogida y retirada!
Primero soy yo, Marcela. [*Ap. á ella.*]

DON FÉLIX.

¡Corrido estoy!—Esta daga
Dé á una vil hermana muerte.

MARCELA.

Lisardo, mi vida ampara.

LISARDO. [*Poniéndose delante.*]

¿Hermana de Félix, sois?

DON FÉLIX.

Y en quien tomaré venganza.

LISARDO.

Sabeis quién soy, y es preciso
Defenderla y ampararla
Por mujer.

DON FÉLIX.

Tambien sabeis
Quién yo soy, y que en mi casa,
Ménos que quien sea su esposo,
No ha de atreverse á mirarla

LISARDO.

Luégo, con serlo, quedamos
Bien los dos.

ESCENA XVII.

FABIO. CALABAZAS. CRIADOS. DICHOS.

FABIO.

Ésta es la casa,
Entrad.

DON FÉLIX.

¿Qué es esto?

FABIO.

Esto, Félix,
Es honor.

CALABAZAS. [*Ap.*]

¡Qué linda danza
Se va urdiendo!

FABIO.

¿Dónde está

Un Lisardo, camarada
Vuestro?

LISARDO.

Yo soy; porque nunca
A nadie escondí la cara.

CALABAZAS. [*Ap.*]

Nunca la cara escondió,
Pero volvió las espaldas.

FABIO.

¡Oh traidor!

DON FÉLIX.

Fabio, teneos;
[*Pónense los dos á un lado.*]
Que la cólera os engaña.
El enojo que traeis,
Si ha sido la ocasion Laura,
Es conmigo, y me ha tocado,
Como á mi esposa, guardarla.

FABIO.

No tengo qué responderos,
Si Laura con vos se casa.

DON FÉLIX.

Pues, para que veais si es cierto,
Aquésta es mi mano, Laura.
Y pues el haber tenido
Dos puertas esta y tu casa,
Causa fué de los engaños
Que á mí y á Lisardo nos pasan,
De la *Casa con dos puertas*,
Aquí la comedia acaba.



ANÁLISIS

DE

CASA CON DOS PUERTAS MALA ES DE GUARDAR.

Para atribuir á esta comedia el primer lugar cronológico entre las de capa y espada de nuestro autor, hemos tenido presentes las tan discretas como incontestables razones con que el Sr. Hartzenbusch prueba, en su Catálogo cronológico (1), que fué escrita y tal vez representada, durante la jornada de la Córte á Aranjuez, ó lo que es lo mismo, en la primavera del año de 1629.

Literariamente considerada, tambien es para muchos y muy respetables críticos, la *primera* de las obras de Calderon en este género; y aunque, á decir verdad, no vayamos nosotros tan léjos, por parecernos que hay en el teatro del Príncipe de nuestros poetas, otras comedias urbanas, iguales, si no superiores, á *Casa con dos puertas*, confesarémos desde luégo que es de las buenas entre las mejores, y que tiene ademas el singularísimo mérito de haber, con su aparicion sola, fijado, por decirlo así, las condiciones fundamentales de los dramas de su especie, hasta entónces mal distintas y fluctuantes.

Asombra realmente la revelacion súbita de tan completo y gran talento dramático, en esa su primera produccion

---

(1) Coleccion de Rivadeneyra, Tomo XIV, pág. 668, columnas 2.ª y 3.ª

del género cómico; y asombra más todavía que un escritor que no pasaba entónces de los treinta años, atesorase ya en su entendimiento el inmenso caudal de observacion y social filosofía, que en la comedia que nos ocupa acredita tan ingeniosamente.

Como todas las de su género, *Casa con dos puertas* es una interesante novela de *costumbres contemporáneas*, como hoy diriamos, cuyos resortes morales, si nos es lícita la frase, son el *Amor* y el *Honor;* aquél, ingeniosamente audaz, reivindicando los naturales fueros de la pasion; y éste oponiéndole, pertinaz y pendenciero, las conveniencias sociales y los derechos de la familia.

Nada más natural, más verosímil, más verdad, que el bien concertado plan de esa fábula. El capitan Lisardo, reformado en Flándes, y acabada la campaña (*que no se viniera ántes*), regresa á España y entabla en la córte la solicitud de un hábito de las órdenes militares, que

> Sobre el oro del alma
> Son el más noble realce.

Trasládase, en esto, el Rey á Aranjuez, síguele el pretendiente; y encontrándole muy mal alojado en una de las incómodas posadas del sitio, su antiguo condiscípulo en Salamanca y siempre amigo, D. Félix, un rico caballero de Ocaña, llévasele á su casa,

> Pues los dias de la audiencia,
> Dos leguas, era tan fácil
> Andarlas por la mañana,
> Y volverlas por la tarde.

De tan naturales premisas procedió, sin embargo,

> La más extraña *novela*
> *De amor que escribió Cérvantes* (1).

---

(1) Notemos aquí, en primer lugar, la popularidad de Cervántes, como novelista, ya ántes de concluirse el primer tercio del siglo XVII, así

Vive D. Félix en compañía de su hermana Marcela, jóven, hermosa y por casar todavía, á quien recluye en un aposento para que ni el huésped sepa que hay mujer en la casa, ni ella vea el huésped; pero precisamente tanta cautela, provocando, con la prohibicion, el deseo, mueve en la reclusa la curiosidad de conocer á Lisardo; y al efecto, *tapada* y sin más compañía que la de su criada Silvia, le sale al encuentro en el camino de Aranjuez, le llama por su nombre, y entabla con él uno de aquellos galanteos tan poéticos como misteriosos, que eran en el siglo XVII frecuentes, y hoy apénas en los bailes de máscaras ocurren.

Comenzado aquel trato por curiosidad, de una parte y otra, ambas llegan pronto á interesarse recíprocamente; pero Marcela no osa descubrirse, tanto por rubor como por miedo á su hermano; y Lisardo es sobrado caballero para seguirla contra su voluntad y descubrir quién sea. Así las cosas, D. Félix y su huésped confíanse sus amores, el primero con Laura, amiga de Marcela, y el segundo con su desconocida, de quien no puede dar más señas que la de que, á su juicio, debe de vivir en la calle misma en que se hospeda. Oyendo tal, la interesada, que está en acecho, y tiembla que su hermano caiga en la cuenta de quién es la incógnita, imagina darle á Lisardo, para recomendarle el más absoluto silencio, una cita en la casa de Laura; casa que, dando á dos calles, tiene tambien *dos puertas*, y se presta, por ende, admirablemente al enredo de la comedia, cuyos lances no seguirémos uno á uno, por considerarlo

---

como la estimacion que dél hacia nuestro autor; y en segundo término, la inexactitud con que el concepto está expresado. Lo que se quiso decir fué, indudablemente, que la *novela de amor* de esta comedia *es más extraña* que las que escribió Cervántes; pero lo que en realidad se dice es, que la tal *novela de amor* es la más extraña de las que escribió el mismo Cervántes, lo cual es atribuirle una paternidad literaria que ciertamente no le corresponde.

inútil, puesto que suponemos al lector ya de todos ellos enterado.

Basta lo dicho para que se comprenda la sencillez de los fundamentos del ingenioso artificio con que, en el curso de las tres jornadas, encadena el poeta la atencion del espectador, llevándole de lance en lance y de situacion en situacion, á una tan complicada, que parece de imposible desenlace, y que da, sin embargo, de sí el del drama tan natural como lógicamente.

Nada ocurre que no esté de antemano preparado, pero tan hábilmente, que nada tampoco se preve de cuanto sucede, si bien despues de acontecido se explica y se comprende todo sin esfuerzo alguno.

Confesando, empero, porque negarse no puede racionalmente, lo ingenioso y verosímil del desenlace de *Casa con dos puertas*, suele hacerse, no solamente contra él en particular, sino en general contra los de casi todas las comedias de capa y espada, un argumento, que debemos rebatir aquí y de una vez para siempre.

¿No es inmoral, dice la crítica, que tras la violacion de la castidad del hogar doméstico por la audacia de los galanes y la desenvoltura de las damas, sus cómplices, cuando no sus provocadoras en esos desmanes, en vez del castigo que unos y otros merecian, logren, en resúmen, su deseo, y los vea el espectador unirse en matrimonio, como si de la santidad del sacramento fueran dignos por sus virtudes?

Permitasenos recordar aquí lo que en el *Ensayo crítico* sobre el teatro de Calderon dejamos dicho: dadas las costumbres de aquel siglo, la alternativa para el poeta era indeclinable, entre no poner el amor en escena, ó ponerlo tal como en realidad era y no podia ménos de ser. No habia medio entónces para galantear, sino á hurto de padres y hermanos, haciendo terrero, rondando la calle, hablándose por la reja, y entrando en la plaza, en suma, por la brecha, puesto que por la puerta era imposible.

Ningun D. Félix de nuestros dias encerraria á su hermana para recibir un huésped en su casa; y por consiguiente, no tendria necesidad la tal hermana de envolverse en un manto y salirle al encuento, como salteadora de voluntades, en medio de un camino real.— Es posible que, colocados en tales condiciones, dos jóvenes contemporáneos se amen, seguro en tal caso que el galanteo se entable, y probable que en matrimonio termine el negocio. ¿Dirá nadie que eso sería inmoral? No ciertamente. ¿Por qué, entónces, condenar á los pobres amantes del siglo XVII, á quienes las ideas y preocupaciones de su época, obligaban á galantearse con ménos facilidades y muchos más riesgos de los que, acaso, se corren hoy en amoríos de no tan legítima y honesta índole?—La verdad es que, proscribiendo de la escena, como parece que lo quisieran los clásicos, los matrimonios de aventura, como de hecho no podian ménos de serlo en aquella época todos los por amor contraidos, no les quedaba más recurso á los poetas que casar al género humano por razon de estado, ó condenar á perpétuo celibato á sus damas y galanes.

De hecho, como en razon, no cabe otro desenlace *moral*, en las comedias de amor, que el matrimonio; y preciso es ademas hacerle á Calderon la justicia de confesar que jamas casa á una dama, sin que, para el que va á ser su marido, cuando ménos, aparezcan con evidencia su virtud sin mancha y su honra inmaculada.

En otras comedias algo tiene de castigo el casamiento, pues obliga á unirse á personas que aspiraban á otros enlaces más á su conveniencia ó deseo; pero en *Casa con dos puertas*, como en casi todas las restantes de capa y espada, se advierte que, áun siendo conforme el matrimonio á la inclinacion de los contrayentes, todavía, más que de su voluntad, procede de sus temeridades en el galanteo, y se lo imponen de consuno las justas exigencias de las familias y el propio decoro. Más léjos, en materia de morali-

dad, parécenos que, en el teatro, no hay derecho para exigir racionalmente que se vaya. Demos, pues, por rebatido, y para siempre, el argumento, y prosigamos nuestro rápido análisis.

Marcela es un tipo adorable de la dama ingeniosa y discreta, en los lances apurados serena, y en la femenil astucia por instinto maestra, que Calderon no ha inventado sin duda, porque está muy en la naturaleza, pero á que sí ha dado cuerpo y fórmula en su teatro, poetizándola con el arte que pocos como él han poseido. El amor de esa mujer no es ciertamente el trágico, ni el sentimental tampoco; comienza por la curiosidad, crece con la contradiccion, y robustécese con el conocimiento de las buenas prendas de Lisardo.—Más amante en realidad es Laura, en quien concurren cuantas circunstancias puede, para su esposa, desear un hombre honrado, pero se encuentra poco de lo que la novela pide á sus heroínas.

En el capitan Lisardo, no dirémos si involuntariamente ó á sabiendas, parécenos que Calderon se ha puesto un poco en escena á sí propio, no sólo en cuanto á la historia y posicion social que, con evidencia, concuerdan entre el galan de la comedia y su autor, sino tambien, y muy señaladamente, en cuanto al carácter y condiciones morales de entrambos personajes, el real y efectivo, y el puramente imaginario.—La inclinacion al bello sexo empeña á Lisardo en su aventura; sus severísimas máximas en punto á honra y al respeto á la amistad debido, son una rémora que constantemente le detiene y contraría.—Así que sospecha que su desconocida puede ser dama del amigo que le hospeda, el honrado capitan resuelve desistir de su galanteo; y áun cuando los lances que, unos en pos de otros, y sin participacion de su voluntad, le van, por decirlo así, en aquella aventura mal su grado empeñando, no le permitan poner por obra su leal propósito, jamas desiste de él realmente hasta que, descubierta la verdad, ve que sólo casán-

dose con Marcela puede cumplir, como cumple en efecto, con lo que á su amigo debe.— Lisardo, aunque valiente y escrupuloso observador de las leyes del duelo, nada tiene de provocativo, fanfarron ni pendenciero; ántes, con prudencia exquisita, primero que la espada empuña, procura siempre poner la razon de su parte; y Lisardo, ademas, si bien soldado, es un perfecto cortesano en la urbanidad de sus maneras, un hombre instruido en lo ameno de su estilo, y un excelente poeta, sobre todo, en la manera inimitable de expresar sus sentimientos. ¿Quién, que haya estudiado á Calderon en sus obras, no se le figura tal como él á Lisardo ha descrito?

Boileau ha dicho, hablando en general de los escritores, que «*el estilo es el hombre*»; parécenos que, con tanta ó más razon, puede decirse de los autores dramáticos que «en sus personajes se encuentra, buscándola bien, su per»sona misma.»

Don Félix es el tipo general del hombre de su clase en aquel tiempo: *Fabio* el padre anciano, pero no olvidado de que fué jóven y de que es caballero; galante, por reminiscencia con todas las damas, y galante tambien, casi como un enamorado, con su propia hija; pero celoso de su honra, y con la espada en la mano, mal que les pese á los años y á las canas y al cariño, así que la cree en peligro.

De propósito, y porque así conviene á la dramática importancia del personaje, hemos dejado para lo último, en esta revista de las figuras de *Casa con dos puertas*, la de *Calabazas*, el *lacayo* de Lisardo, el *gracioso* de la comedia, y en el órden cronológico, el *primero* realmente de los graciosos de Calderon.

Algo hemos dicho ya sobre los *graciosos* de nuestro teatro antiguo, en general considerados, en el Ensayo crítico con que esta coleccion encabezamos; pero algo nos queda que decir todavía en la materia, y habrá de permitírsenos que concretamente lo digamos aquí respecto á *Calabazas*.

En primer lugar, conviene tener presente que la relaciones entre *amo* y *criado* van haciéndose, á medida que la civilizacion avanza, y los sentimientos aristocráticos pierden terreno, cada vez ménos íntimas y afectuosas, y cada vez tambien de carácter más mercantil, por decirlo así, que realmente doméstico.

Largo, no difícil, sería explicar aquí ese fenómeno social, que, por otra parte, está muy al alcance de todos. ¿Quién de nosotros, recordando lo que eran los criados de sus padres, no advierte lo que va de ayer á hoy en esa materia?—Todo lo que el individuo ha ganado en autonomía, halo naturalmente perdido la familia en poder moral; lo que en facilidad de locomocion adelantamos, en estabilidad se atrasa; y cuanta más *igualdad* legal hay entre las clases, tanto es mayor la distancia á que el *servido* procura tener de sí al *servidor* asalariado.—La conciencia de la superioridad, no disputada, hace al hombre tolerante; y por el contrario, la idea de que el inferior en posicion se cree nuestro igual en categoría y derechos, irremediablemente nos lleva, cuando no al abuso, al uso extremo de nuestra superioridad efectiva.

Sea como quiera, es un hecho notorio que los *criados* eran parte integrante de la familia, y vivian con ella en íntima union y trato infinitamente más afectuoso, allá en el siglo XVII que en el que va corriendo; y esa circunstancia hay que tomarla muy en cuenta para juzgar á los autores dramáticos en lo que á los graciosos respecta.—Quizás exageraron algo la intimidad entre amos y criados; quizás, y áun sin quizás, extendieron las libertades del bufon palaciego á todos los lacayos; pero en el fondo, su pintura está de la naturaleza social tomada, y es, si no la verdad absoluta, la verdad escénica, que era la que buscaban.

Por otra parte, *Calabazas*, como los más de los graciosos de las comedias de capa y espada, no es un lacayo cualquiera, tomado la víspera de los sucesos en que figura, y á

quien al dia siguiente se pudiera despedir sin dificultad alguna. No; Calabazas indudablemente ha servido ya á Lisardo en Salamanca y con él ha estudiado (1); le ha seguido á Flándes y hecho con él la guerra, llevándole la pica en las marchas, y si no compartiendo sus riesgos, porque nada tiene de valiente, al ménos sí las privaciones y trabajos.

En tales circunstancias, que son, poco más ó ménos, las del oficial moderno y su *asistente* en campaña, las relaciones se intiman, las distancias se acortan, los intereses se confunden, y sin que la diferencia de categorías desaparezca, ni mucho ménos, llegan el cariño y la costumbre á mancomunar hasta cierto punto las existencias del amo y del criado.

Es, por tanto, ridícula pretension la de los que acusan á Calderon de haber pecado en absoluto contra la verosimilitud, concediendo á sus *graciosos* una intimidad con sus amos, que, exagerada tal vez, como ya lo dejamos confesado, existia, sin embargo, realmente, y lo que es más, era natural y lógico que existiese.

¿Añadirémos que *Calabazas* merece en todos conceptos su dictado de *gracioso?*—La comedia nos economiza ese trabajo; el criado de Lisardo es discreto, agudo, malicioso, cobarde, algo entrometido, y como una comadre curioso; pero, con muy contadas excepciones, mantiénese siempre dentro de los límites del decoro y de su peculiar esfera.

Aunque no muy oportuna, dada la situacion, está llena

(1) En la escena XIII de la jornada II, presentándose Marcela inesperadamente en el cuarto de Lisardo, dícele Calabazas:

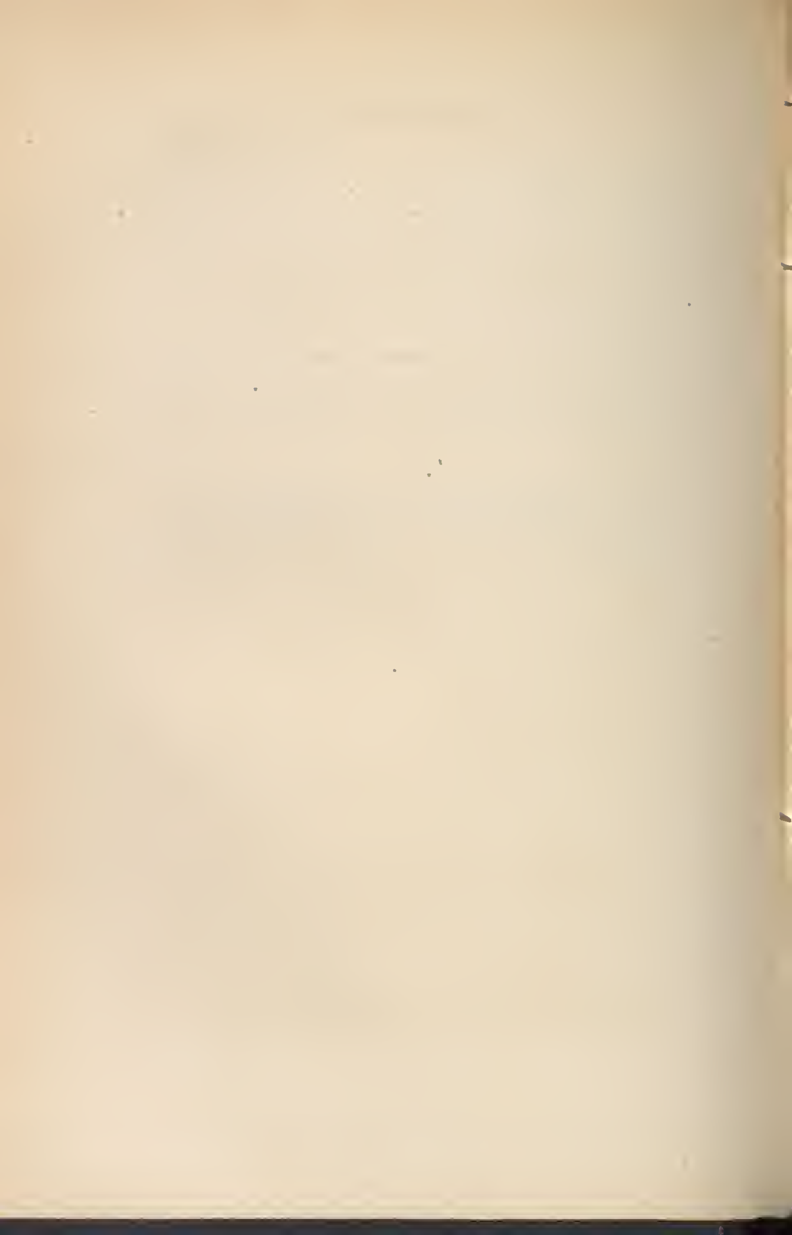
Ecce quam amas. Mira á la que amas; y claro está que esa frase supone el estudio de la lengua latina, que un hombre de aquella condicion sólo pudo hacer á la sombra y servicio de un amo rico. Así lo verificaban muchos de los llamados *sopistas* ó gorrones, no sólo en el siglo XVII, sino en nuestros dias mismos.

de gracia y *vis cómica* la pintura que tan al vivo hace Calabazas (jornada II, escena XIII) de las buenas mañas de los *sastres* de su tiempo, y que, con muy ligeras variantes, pudieran muy bien pasar por retrato de los contemporáneos. Más al caso y en carácter todavía, la escena IV de la jornada III, en que se despide porque su amo no le confia su secreto y no le lleva consigo á todas partes, rebosa en sal, en discrecion y en alcance satírico; y en suma, Calabazas desempeña cumplidamente en la comedia de *Casa con dos puertas*, tanto su papel de *gracioso*, como sus funcianes de representante de la sana razon y de la realidad de las cosas, en contraste con las ficciones sociales de la época.

La comedia misma es un excelente cuadro de aquellas costumbres; sus personajes forman una galería de retratos típicos; su estilo es cortesano y florido; su lenguaje castizo y noble; y su moral, en lo profano, digno de alabanza y de estudio.



LA DAMA DUENDE.



LA DAMA DUENDE.

PERSONAS.

DON MANUEL.	DOÑA BEATRIZ.
DON LUIS.	CLARA, *criada.*
DON JUAN.	ISABEL, *criada.*
COSME, *gracioso.*	CRIADOS.
RODRIGO, *criado.*	GENTE.
DOÑA ANGELA.	

La escena pasa en Madrid, el dia 4 de Noviembre de 1629 (1).

JORNADA PRIMERA.

Calle.

ESCENA PRIMERA.

DON MANUEL. COSME, *vestidos de camino.*

DON MANUEL.

Por un hora no llegamos
A tiempo de ver las fiestas
Con que Madrid, generosa,

(1) El Sr. Hartzenbusch, en su *Catálogo cronológico,* deduce muy atinadamente esta fecha, así de los primeros versos de la comedia, como de su anuncio, que ya advertimos, en la de *Casa con dos puertas.*

Hoy el bautismo celebra
Del primero Baltasar (1).

COSME.

Como esas cosas se aciertan
O se yerran, por un hora.
Por una hora que fuera
Antes Píramo á la fuente,
No hallára á su Tisbe muerta:
Y las moras no mancháran;
Porque dicen los poetas
Que con arrope de moras
Se escribió aquella tragedia.
Por un hora que tardára
Tarquino, hallára á Lucrecia
Recogida; con lo cual
Los autores no anduvieran,
Sin ser vicarios, llevando
A salas de competencias
La causa, sobre saber
Si hizo fuerza ó no hizo fuerza.
Por un hora, que pensára
Si era bien hecho ó no era
Echarse, Hero, de la torre,
No se echára, es cosa cierta;
Con que se hubiera excusado
El doctor Mira de Mescua
De haber dado á los teatros
Tan bien escrita comedia;

(1) El príncipe don Baltasar Cárlos, hijo de Felipe IV, nació á 17 de Octubre de 1629. (*N. del Sr. Hartzenbusch.*)

Y haberla representado
Amarílis tan de véras,
Que, volatin del carnal
(Si otros son de la Cuaresma),
Sacó más de alguna vez
Las manos en la cabeza.
Y puesto que hemos perdido
Por un hora tan gran fiesta,
No por un hora perdamos
La posada; que si llega
Tarde Abindarraez, es ley
Que haya de quedarse afuera;
Y estoy rabiando por ver
Este amigo que te espera,
Como si fueras galan
Al uso, con cama y mesa,
Sin saber cómo ó por dónde,
Tan grande dicha nos venga.
Pues, sin ser los dos torneos,
Hoy á los dos nos sustenta.

DON MANUEL.

Don Juan de Toledo es, Cosme,
El hombre que más profesa
Mi amistad, siendo los dos
Envidia, ya que no afrenta,
De cuantos la antigüedad
Por tantos siglos celebra;
Los dos estudiamos juntos,
Y pasando de las letras
A las armas, los dos fuimos
Camaradas en la guerra.

En las de Piamonte, cuando
El señor Duque de Feria
Con la Jineta me honró,
Le dí, Cosme, mi bandera:
Fué mi alférez; y después,
Sacando de una refriega
Una penetrante herida,
Le curé en mi cama mesma.
La vida, despues de Dios,
Me debe: dejo otras deudas
De menores intereses,
Que entre nobles es bajeza
Referirlas; pues por eso
Pintó la docta Academia
Al Galardon, una dama
Rica, y las espaldas vueltas,
Dando á entender que, en haciendo
El beneficio, es discreta
Accion olvidarse dél;
Que no le hace el que le acuerda.
En fin, don Juan, obligado
De amistades y finezas,
Viendo que Su Majestad
Con este gobierno premia
Mis servicios, y que vengo
De paso á la Córte, intenta
Hoy hospedarme en su casa,
Por pagarme con las mesmas.
Y aunque á Búrgos me escribió
De casa y calle las señas,
No quise andar preguntando,
A caballo, dónde era;

Y así dejé en la posada
Las mulas y las maletas,
Yendo hácia donde me dice.
Vi las galas y libreas;
E informado de la causa,
Quise, aunque de paso, verlas.
Llegamos tarde, en efecto,
Porque...

ESCENA II.

DOÑA ANGELA. ISABEL, *tapadas*. DICHOS.

DOÑA ÁNGELA.

Si, como lo muestra
El traje, sois caballero
De obligaciones y prendas,
Amparad á una mujer
Que á valerse de vos llega.
Honor y vida me importa
Que aquel hidalgo no sepa
Quién soy, y que no me siga.
Estorbad, por vida vuestra,
A una mujer principal
Una desdicha, una afrenta.
Que podrá ser que algun dia...
¡Adios, adios, que voy muerta!
[*Vanse las dos muy aprisa.*]

COSME.

¿Es dama, ó es torbellino?

DON MANUEL.

¡Hay tal suceso!

COSME.

¿Qué piensas
Hacer?

DON MANUEL.

¿Eso me preguntas?
¿Cómo puede mi nobleza
Excusarse de estorbar
Una desdicha, una afrenta?
Que, segun muestra, sin duda
Es su marido.

COSME.

¿Y qué intentas?

DON MANUEL.

Detenerle con alguna
Industria; mas, si con ella
No puedo, será forzoso
El valerme de la fuerza,
Sin que él entienda la causa.

COSME.

Si industria buscas, espera;
Que á mí se me ofrece una.
Esta carta, que encomienda
Es de un amigo, me valga.

ESCENA III.

DON LUIS. RODRIGO. DON MANUEL.
COSME.

DON LUIS.

Yo tengo de conocerla

No más de por el cuidado
Con que de mí se recela.

RODRIGO.

Síguela y sabrás quién es.
[*Llega Cosme y retírase don Manuel.*]

COSME.

Señor, aunque con vergüenza
Llego, vuesarced me haga
Tan gran merced que me lea
A quién esta carta dice.

DON LUIS.

No voy agora con flema.
[*Detiénele Cosme.*]

COSME.

Pues si flema sólo os falta,
Yo tengo cantidad de ella,
Y podré partir con vos.

DON LUIS.

Apartad.

DON MANUEL. [*Ap.*]

¡Oh, qué derecha
Es la calle! Aun no se pierden
De vista.

COSME.

Por vida vuestra...

DON LUIS.

¡Vive Dios, que sois pesado,
Y os romperé la cabeza,

Si mucho me haceis!...

COSME.

Por eso
Os haré poco.

DON LUIS.

Paciencia
Me falta para sufriros.
¡Apartad de aquí! [*Empújale.*]

DON MANUEL.

(*Ap.* Ya es fuerza
Llegar. Acabe el valor
Lo que empezó la cautela.)
Caballero, ese criado [*Llega.*]
Es mio, y no sé qué pueda
Haberos hoy ofendido
Para que de esa manera
Le atropelleis.

DON LUIS.

No respondo
A la duda ó á la queja,
Porque nunca satisfice
A nadie. Adios.

DON MANUEL.

Si tuviera
Necesidad mi valor
De satisfacciones, crea
Vuestra arrogancia de mí
Que no me fuera sin ella.
Preguntar en qué os ofende

En qué os agravia ó molesta,
Merece más cortesía :
Y pues la Córte la enseña,
No la pongais el mal nombre
De que un forastero venga
A enseñarla á los que tienen
Obligacion de saberla.

DON LUIS.

Quien pensáre que no puedo
Enseñarla yo...

DON MANUEL.

La lengua
Suspended, y hable el acero.

DON LUIS.

Decís bien.

[*Sacan las espadas y riñen.*]

COSME.

¡Oh, quién tuviera
Gana de reñir!

RODRIGO.

Sacad
La espada vos.

COSME.

Es doncella,
Y, sin cédula ó palabra,
No puedo sacarla.

ESCENA IV.

DOÑA BEATRIZ. CLARA, *con mantos*. DON JUAN y gente. Dichos.

DON JUAN.

Suelta,

Beatriz.

DOÑA BEATRIZ.

No has de ir.

DON JUAN.

Mira que es

Con mi hermano la pendencia.

DOÑA BEATRIZ.

¡Ay de mí, triste!

DON JUAN.

A tu lado [*A don Luis.*]

Estoy.

DON LUIS.

Don Juan, tente, espera;
Que, más que á darme valor,
A hacerme cobarde llegas.
Caballero forastero,
Quien no excusó la pendencia
Solo, estando acompañado
Bien se ve que no la deja
De cobarde. Idos con Dios;
Que no sabe mi nobleza
Reñir mal, y más con quien

Tanto brío y valor muestra.
Idos con Dios.

DON MANUEL.

Yo os estimo
Bizarría y gentileza;
Pero si de mí, por dicha,
Algun escrúpulo os queda,
Me hallaréis donde quisiereis.

DON LUIS.

Norabuena.

DON MANUEL.

Norabuena.

DON JUAN.

¡Qué es lo que miro y escucho!
¡Don Manuel!

DON MANUEL.

¡Don Juan!

DON JUAN.

Suspensa
El alma, no determina
Qué hacer, cuando considera
Un hermano y un amigo
(Que es lo mismo) en diferencia
Tal, y hasta saber la causa
Dudaré.

DON LUIS.

La causa es ésta:
Volver por ese criado
Este caballero intenta,

Que, necio, me ocasionó
Á hablarle mal. Todo cesa
Con esto.

DON JUAN.

Pues siendo así,
Cortés me darás licencia
Para que llegue á abrazarle.
El noble huésped, que espera
Nuestra casa, es el señor
Don Manuel. Hermano, llega;
Que dos que han reñido iguales,
Desde aquel instante quedan
Más amigos, pues ya hicieron
De su valor experiencia.
Dadme los brazos.

DON MANUEL.

Primero
Que á vos os los dé, me lleva
El valor que he visto en él
Á que al servicio me ofrezca
Del señor don Luis.

DON LUIS.

Yo soy
Vuestro amigo, y ya me pesa
De no haberos conocido;
Pues vuestro valor pudiera
Haberme informado.

DON MANUEL.

El vuestro
Escarmentado me deja.

Una herida en esta mano
He sacado.

DON LUIS.

Más quisiera
Tenerla mil veces yo.

COSME.

¡ Qué cortesana pendencia !

DON JUAN.

Venid al punto á curaros.
Tú, don Luis, aquí te queda
Hasta que tome su coche
Doña Beatriz, que me espera.
Y desta descortesía
Me disculparás con ella.—
Venid, señor, á mi casa;
Mejor dijera á la vuestra,
Donde os cureis.

DON MANUEL.

Que no es nada.

DON JUAN.

Venid presto.

DON MANUEL. [*Ap.*]

¡ Qué tristeza
Me ha dado que me reciba
Con sangre Madrid !

DON LUIS. [*Ap.*]

¡ Qué pena
Tengo de no haber podido

Saber qué dama era aquélla!

COSME. [*Ap.*]

¡Qué bien merecido tiene
Mi amo lo que se lleva,
Porque no se meta á ser
Don Quijote de la legua!

[*Vanse don Manuel, don Juan y Cosme.*]

ESCENA V.

DON LUIS. DOÑA BEATRIZ. CLARA. RODRIGO.

DON LUIS.

Ya la tormenta pasó.
Otra vez, señora, vuelva
Á restituir las flores,
Que agora marchita y seca,
De vuestra hermosura el hielo
De un desmayo.

DOÑA BEATRIZ.

¿Dónde queda
Don Juan?

DON LUIS.

Que le perdoneis
Os pide; porque le llevan
Forzosas obligaciones,
Y el cuidar con diligencia
De la salud de un amigo
Que va herido.

DOÑA BEATRIZ.

¡Ay de mí! ¡Muerta

Estoy! ¿Es don Juan?

DON LUIS.

Señora,
No es don Juan; que no estuviera,
Estando herido mi hermano,
Yo con tan grande paciencia.
No os asusteis; que no es justo
Que, sin que él la herida tenga,
Tengamos entre los dos,
Yo el dolor y vos la pena:
Digo dolor, el de veros
Tan postrada, tan sujeta
A un pesar imaginado,
Que hiere con mayor fuerza.

DOÑA BEATRIZ.

Señor don Luis, ya sabeis
Que estimo vuestras finezas,
Supuesto que lo merecen
Por amorosas y vuestras;
Pero no puedo pagarlas;
Que esto han de hacer las estrellas,
Y no hay, de lo que no hacen,
Quien las tome residencia.
Si lo que ménos se halla,
Es hoy lo que más se precia
En la córte, agradeced
El desengaño, siquiera
Por ser cosa que se halla
Con dificultad en ella.
Quedad con Dios. [*Vanse doña Beatriz y Clara.*]

ESCENA VI.

DON LUIS. RODRIGO.

DON LUIS.

Id con Dios.
—No hay accion que me suceda
Bien, Rodrigo. Si una dama
Veo airosa, y conocerla
Solicito, me detienen
Un necio y una pendencia;
Que no sé cuál es peor:
Si riño, y mi hermano llega,
Es mi enemigo su amigo;
Si por disculpa me deja
De una dama, es una dama
Que mil pesares me cuesta;
De suerte que una tapada
Me huye, un necio me atormenta,
Un forastero me mata,
Y un hermano me le lleva
A ser mi huésped á casa,
Y otra dama me desprecia.
¡De mal anda mi fortuna!

RODRIGO.

De todas aquesas penas,
¿Qué sé la que sientes más?

DON LUIS.

No sabes.

RODRIGO.

¿Qué la que llegas

A sentir más, son los celos
De tu hermano y Beatriz bella?

DON LUIS.

Engáñaste.

RODRIGO.

¿Pues cuál es?

DON LUIS.

Si tengo de hablar de véras
(De tí sólo me fiára),
Lo que más siento es que sea
Mi hermano tan poco atento,
Que llevar á casa quiera
Un hombre mozo, teniendo,
Rodrigo, una hermana bella,
Viuda y moza (1), y como sabes,
Tan de secreto, que apénas
Sabe el sol que vive en casa;
Porque Beatriz, por ser deuda,
Solamente la visita.

RODRIGO.

Ya sé que su esposo era
Administrador, en puerto
De mar, de unas reales rentas
Y quedó debiendo al Rey
Grande cantidad de hacienda,
Y ella á la córte se vino
De secreto, donde intenta,
Escondida y retirada,

(1) *Moza* está aquí por jóven, y no por célibe.

Componer mejor sus deudas :
Y esto disculpa á tu hermano:
Pues, si mejor consideras
Que su estado no la da
Ni permision, ni licencia
De que nadie la visite,
Y que, aunque tu huésped sea
Don Manuel, no ha de saber
Que en casa, señor, se encierra
Tal mujer, ¿qué inconveniente
Hay en admitirle en ella?
Y más habiendo tenido
Tal recato y advertencia,
Que para su cuarto ha dado
Por otra calle la puerta,
Y la que salia á la casa,
Por desmentir la sospecha,
De que el cuidado la habia
Cerrado, ó porque pudiera
Con facilidad abrirse
Otra vez, fabricó en ella
Una alacena de vidrios,
Labrada de tal manera,
Que parece que jamás
En tal parte ha habido puerta.

DON LUIS.

¿Ves con lo que me aseguras?
Pues con eso mismo intentas
Darme muerte; pues ya dices
Que no ha puesto por defensa
De su honor más que unos vidrios,
Que al primer golpe se quiebran. [*Vanse.*]

Habitacion de doña Ángela en casa de don Juan.

ESCENA VII.

DOÑA ÁNGELA. ISABEL.

DOÑA ÁNGELA.

Vuélveme á dar, Isabel,
Esas tocas (¡pena esquiva!),
Vuelve á amortajarme viva,
Ya que mi suerte cruel
Lo quiere así.

ISABEL.

Toma presto;
Porque si tu hermano viene
Y alguna sospecha tiene,
No la confirme con esto,
De hallarte de la manera
Que hoy en Palacio te vió.

DOÑA ÁNGELA.

¡Válgame el cielo! Que yo
Entre dos paredes muera,
Donde apénas el sol sabe
Quién soy, pues la pena mia
En el término del dia
Ni se contiene, ni cabe:
Donde inconstante la luna,
Que aprende influjos de mí,
No puede decir: «Ya vi
Que lloraba su fortuna.»
Donde en efecto encerrada

Sin libertad he vivido,
Porque enviudé de un marido,
Con dos hermanos casada:
¡Y luégo delito sea,
Sin que toque en liviandad,
Depuesta la autoridad,
Ir donde tapada vea
Un teatro en quien la fama,
Para su aplauso inmortal,
Con acentos de metal
A voces de bronce llama!
¡Suerte injustà, dura estrella!

ISABEL.

Señora, no tiene duda
El que mirándote viuda,
Tan moza, bizarra y bella,
Tus hermanos cuidadosos
Te celen; porque este estado
Es el más ocasionado
A delitos amorosos;
Y más en la córte hoy,
Donde se han dado en usar
Unas viuditas de azar,
Que al cielo mil gracias doy
Cuando en la calle las veo
Tan honestas, tan fruncidas,
Tan beatas y aturdidas (1);

---

(1) No es propio aquí el adjetivo *aturdidas*, puesto que lo que el poeta dice es que las viudas, en la calle parecian unas santas, y dejaban de serlo *en quedándose en manteo.* Diria Calderon *compungidas* ó cosa equivalente?

Y, en quedándose en manteo,
Es el mirarlas contento;
Pues sin toca y devocion,
Saltan más á cualquier són,
Que una pelota de viento.
Y este discurso doblado
Para otro tiempo, señora,
¿Cómo no habemos agora
En el forastero hablado,
A quien tu honor encargaste,
Y tu Galan hoy le hiciste?

DOÑA ÁNGELA.

Parece que me leiste
El alma en eso que hablaste.
Cuidadosa me ha tenido,
No por él, sino por mí;
Porque despues, cuando oí
De las cuchilladas ruido,
Me puse (mas son quimeras),
Isabel, á imaginar
Que él habia de tomar
Mi disgusto tan de véras,
Que habia de sacar la espada
En mi defensa. Yo fuí
Necia en empeñarle así;
Mas una mujer turbada
¿Qué mira ó qué considera?

ISABEL.

Yo no sé si lo estorbó;
Mas sé que no nos siguió
Tu hermano más.

DOÑA ÁNGELA.

Oye, espera.

ESCENA VIII.

DON LUIS. DOÑA ÁNGELA. ISABEL.

DON LUIS.

¡Ángela!

DOÑA ÁNGELA.

Hermano y señor,
Turbado y confuso vienes,
¿Qué ha sucedido, qué tienes?

DON LUIS.

Harto tengo, tengo honor.

DOÑA ÁNGELA. [*Ap.*]

¡Ay de mí! sin duda es
Que don Luis me conoció.

DON LUIS.

Y así siento mucho yo
Que te estimen poco.

DOÑA ÁNGELA.

Pues
¿Has tenido algun disgusto?

DON LUIS.

Lo peor es que cuando vengo
A verte, el disgusto tengo
Que tuve, Ángela.

ISABEL. [*Ap.*]

¿Otro susto?

DOÑA ÁNGELA.

Pues yo, ¿en qué te puedo dar,
Hermano, disgusto? Advierte...

DON LUIS.

Tú eres la causa, y el verte...

DOÑA ÁNGELA.

¡Ay de mí!

DON LUIS.

Ángela, estimar
Tan poco de nuestro hermano.

DOÑA ÁNGELA. [*Ap.*]

Eso sí.

DON LUIS.

Pues cuando vienes
Con los disgustos que tienes,
Cuidado te da. No en vano
El enojo que tenía
Con él, el huésped pagó;
Pues sin conocerle yo,
Hoy le he herido en profecía.

DOÑA ÁNGELA.

Pues ¿cómo fué?

DON LUIS.

Entré en la plaza
De Palacio, hermana, á pié,
Hasta el palenque; porque
Toda la desembaraza
De coches y caballeros
La guardia. A un corro me fuí

De amigos, adonde vi
Que alegres y lisonjeros
Los tenía una tapada,
Á quien todos celebraron
Lo que dijo, y alabaron
De entendida y sazonada.
Desde el punto que llegué,
Otra palabra no habló,
Tanto que á alguno obligó
Á preguntarla por qué,
Porque yo llegaba, habia
Con tanto extremo callado.
Todo me puso en cuidado.
Miré si la conocia,
Y no pude; porque ella
Le puso más en taparse,
En esconderse y guardarse.
Viendo que no pude vella,
Seguirla determiné:
Ella siempre atras volvia
Á ver si yo la seguia,
Cuyo gran cuidado fué
Espuela de mi cuidado.
Yendo desta suerte pues,
Llegó un hidalgo, que es
De nuestro huésped criado,
Á decir que le leyese
Una carta: respondí
Que iba de prisa, y creí
Que detenerme quisiese
Con este intento, porque
La mujer le habló al pasar,

Y tanto dió en porfiar,
Que le dije no sé qué.
Llegó en aquella ocasion,
En defensa del criado,
Nuestro huésped, muy soldado.
Sacamos, en conclusion,
Las espadas. Todo es esto;
Pero más pudiera ser.

DOÑA ÁNGELA.

¡Miren la mala mujer,
En qué ocasion te habia puesto!
¿Que hay mujeres tramoyeras?
Pondré que no conocia
Quién eras, y que lo hacia
Sólo porque la siguieras.
Por eso estoy harta yo
De decir (si bien te acuerdas)
Que mires que no te pierdas
Por mujercillas, que no
Saben más que aventurar
Los hombres.

DON LUIS.

¿En qué has pasado
La tarde?

DOÑA ÁNGELA.

En casa me he estado,
Entretenida en llorar.

DON LUIS.

¿Hate nuestro hermano visto?

DOÑA ÁNGELA.

Desde esta mañana, no
Ha entrado aquí.

DON LUIS.

¡Qué mal yo
Estos descuidos resisto!

DOÑA ÁNGELA.

Pues deja los sentimientos;
Que al fin sufrirle es mejor;
Que es nuestro hermano mayor,
Y comemos de alimentos.

DON LUIS.

Si tú estás tan consolada,
Yo tambien; que yo por tí
Lo sentia. Y porque así
Veas no dárseme nada,
A verle voy, y áun con él
Haré una galantería. [*Vase.*]

ESCENA IX.

DOÑA ÁNGELA. ISABEL.

ISABEL.

¿Qué dirás, señora mia,
Despues del susto cruel,
De lo que en casa nos pasa?
Pues el que hoy ha defendido
Tu vida, huésped y herido,
Le tienes dentro de casa.

DOÑA ÁNGELA.

Yo, Isabel, lo sospeché
Cuando de mi hermano oí
La pendencia, y cuando vi
Que el herido el huésped fué.
Pero áun bien no lo he creido;
Porque caso extraño fuera
Que un hombre á Madrid viniera,
Y hallase, recien venido,
Una dama que rogase
Que su vida defendiese,
Un hermano que le hiriese
Y otro que le aposentase.
Fuera notable suceso;
Y aunque todo puede ser,
No lo tengo de creer
Sin verlo.

ISABEL.

Y si para eso
Te dispones, yo bien sé
Por dónde verle podrás,
Y áun más que verle.

DOÑA ÁNGELA.

Tú estás
Loca. ¿Cómo, si se ve
De mi cuarto tan distante
El suyo?

ISABEL.

Parte hay por donde
Este cuarto corresponde
Al otro: esto no te espante.

DOÑA ÁNGELA.

No porque verlo deseo,
Sino sólo por saber,
Dime, ¿cómo puede ser?
Que lo escucho y no lo creo.

ISABEL.

¿No has oido que labró
En la puerta una alacena
Tu hermano?

DOÑA ÁNGELA.

Ya lo que ordena
Tu ingenio he entendido yo.
Dirás que pues es de tabla,
Algun agujero hagamos
Por donde al huésped veamos.

ISABEL.

Más que eso mi ingenio entabla.

DOÑA ÁNGELA.

Di.

ISABEL.

Por cerrar y encubrir
La puerta, que se tenía,
Y que á este jardin (1) salia,
Y poder volverla á abrir,
Hizo tu hermano poner,
Portátil, una alacena.

(1) Segun Isabel, parece que esta escena pasa en el *jardin* de la casa, y no, como de todo lo anterior se infiere, en la habitacion de doña Ángela.

Ésta (aunque de vidrios llena)
Se puede muy bien mover.
Yo lo sé bien; porque, cuando
La alacena aderecé,
La escalera la arrimé,
Y ella se fué desclavando
Poco á poco : de manera
Que todo junto cayó,
Y dimos en tierra yo,
Alacena y escalera;
De suerte que en falso agora
La tal alacena está,
Y apartándose, podrá
Cualquiera pasar, señora.

DOÑA ÁNGELA.

Esto no es determinar,
Sino prevenir primero.
Ves aquí, Isabel, que quiero
A esotro cuarto pasar,
Y he quitado la alacena.
Por allá, ¿no se podrá
Quitar tambien?

ISABEL.

Claro está,
Y para hacerla más buena,
En falso se han de poner
Dos clavos, para advertir
Que sólo la sepa abrir
El que lo llega á saber.

DOÑA ÁNGELA.

Al criado que viniere

Por luz y por ropa, di
Que vuelva á avisarte á tí,
Si acaso el huésped saliere
De casa : que, segun creo,
No le obligará la herida
A hacer cama.

ISABEL.

¿Y, por tu vida,
Irás?

DOÑA ÁNGELA.

Un necio deseo
Tengo de saber si es él
El que mi vida guardó :
Porque, si le cuesto yo
Sangre y cuidado, Isabel,
Es bien mirar por su herida,
Si es que, segura del miedo
De ser conocida, puedo
Ser con él agradecida.
Vamos, que tengo de ver
La alacena; y si pasar
Puedo al cuarto, he de cuidar,
Sin que él lo llegue á entender,
Desde aquí de su regalo.

ISABEL.

Notable cuento será.
Mas ¿si lo cuenta?

DOÑA ÁNGELA.

No hará;
Que hombre (que su esfuerzo igualo

A su gala y discrecion,
Puesto que de todo ha hecho
Noble experiencia en mi pecho
En la primera ocasion:
De valiente en lo arrestado,
De galan en lo lucido,
En el modo de entendido),
No me ha de causar cuidado
Que diga suceso igual;
Que fuera notable mengua
Que echára una mala lengua
Tan buenas partes á mal. [*Vanse.*]

—

Cuarto de don Manuel.—Una alacena movible, hecha con anaqueles; vidrios en ella. Un brasero, etc.

ESCENA X.

DON JUAN. DON MANUEL. UN CRIADO, *con luz despues* DON LUIS Y OTRO CRIADO.

DON JUAN.

Acostaos, por mi vida.

DON MANUEL.

Es tan poca la herida
Que ántes, don Juan, sospecho
Que parece melindre el haber hecho
Caso ninguno della.

DON JUAN.

Harta ventura ha sido de mi estrella;

Que no me consolára
Jamas, si este contento me costára
El pesar de teneros
En mi casa indispuesto, y el de veros
Herido por la mano
(Si bien no ha sido culpa) de mi hermano.

DON MANUEL.

El es buen caballero
Y me tiene envidioso de su acero,
De su estilo admirado;
Y he de ser muy su amigo y su criado.
[*Llega don Luis y un criado con un azafate cubierto, y en él un aderezo de espada.*]

DON LUIS.

Yo, señor, lo soy vuestro,
Como en la pena que recibo muestro,
Ofreciéndôs mi vida;
Y porque el instrumento de la herida
En mi poder no quede,
Pues ya agradarme ni servirme puede,
Bien como aquel criado
Que á su señor algun disgusto ha dado,
Hoy de mí lo despido.
Esta es, señor, la espada que os ha herido;
A vuestras plantas viene
A pediros perdon, si culpa tiene.
Tome vuestra querella
Con ella en mí venganza de mí y de ella.

DON MANUEL.

Sois valiente y discreto:

En todo me venceis. La espada aceto,
Porque, siempre á mi lado,
Me enseñe á ser valiente. Confiado
Desde hoy vivir procuro;
Porque ¿de quién no vivirá seguro
Quien vuestro acero ciñe generoso?
Que él solo me tuviera temeroso.

DON JUAN.

Pues don Luis me ha enseñado
A lo que estoy por huésped obligado,
Otro regalo quiero
Que recibais de mí.

DON MANUEL.

¡Qué tarde espero
Pagar tantos favores!
Los dos os competis en darme honores.

ESCENA XI.

COSME, *cargado de maletas y cojines.* DICHOS.

COSME.

Docientos mil demonios
De su furia infernal dén testimonios,
Volviéndose, inclementes,
Docientas mil serpientes,
Que, asiéndome, de un vuelo
Dén conmigo de patas en el cielo,
Del mandato oprimidos
De Dios, por justos juicios compelidos:
Si vivir no quisiera, sin injurias,

En Galicia ó Astúrias,
Antes que en esta Córte.

DON MANUEL.

Reporta...

COSME.

El reportorio se reporte.

DON JUAN.

¿Qué dices?

COSME.

Lo que digo;
Que es traidor quien da paso á su enemigo.

DON LUIS.

¿Qué enemigo? Detente.

COSME.

El agua de una fuente y otra fuente.

DON MANUEL.

¿Y por eso te inquietas?

COSME.

Venía, de cojines y maletas,
Por la calle cargado,
Y en una zanja de una fuente he dado,
Y así lo traigo todo
(Como dice el refran) puesto de lodo.
¿Quién esto en casa mete?

DON MANUEL.

Vete de aquí, que estás borracho. Vete.

COSME.

Si borracho estuviera

Ménos mi enojo con el agua fuera.
Cuando en un libro leo de mil fuentes
Que vuelven várias cosas sus corrientes,
No me espanto, si aquí ver determino
Que nace el agua á convertirse en vino.

DON MANUEL.

Si él empieza, en un año
No acabará.

DON JUAN.

El tiene humor extraño.

DON LUIS.

Sólo de tí queria
Saber (si saber lêr, como este dia
En el libro citado
Muestras) ¿por qué pedistes tan pesado
Que una carta leyese? ¿Qué te apartas?

COSME.

Porque sé lêr en libros y no en cartas.

DON LUIS.

Está bien respondido.

DON MANUEL.

Que no hagais caso dél, por Dios, os pido.
Ya le iréis conociendo,
Y sabréis que es burlon.

COSME.

Hacer pretendo
De mis burlas alarde.
Para alguna os convido.

DON MANUEL.

Pues no es tarde,
Porque me importa, hoy quiero
Hacer una visita.

DON JUAN.

Yo os espero
Para cenar.

DON MANUEL.

Tú, Cosme, esas maletas
Abre, y saca las ropas; no las metas
Hasta limpiarlas harto.

DON JUAN.

Si quisieres cerrar, esta es del cuarto
La llave; que aunque tengo
Llave maestra, por si acaso vengo
Tarde, más que las dos, otra no tiene
Ni otra puerta tampoco. (*Ap.* Así conviene.)
Y en el cuarto la deja, y cada dia
Vendrán á aderezarle.

[*Vanse todos ménos Cosme.*]

ESCENA XII.

COSME.

Hacienda mia,
Vén acá; que yo quiero
Visitarte primero;
Porque ver determino
Cuánto habemos sisado en el camino;
Que, como en las posadas

No se hilan las cuentas tan delgadas
Como en casa, que vive en sus porfías
La cuenta, y la razon por lacerías,
Hay mayor aparejo de provecho
Para meter la mano, no en mi pecho,
Sino en la bolsa ajena.
[*Abre la maleta y saca una bolsa.*]
Hallé la propia; buena está y rebuena,
Pues aquesta jornada
Subió doncella y se apeó preñada.
Contarlo quiero, aunque es tiempo perdido;
Porque yo, ¿qué borregos he vendido
A mi señor, para que mire y vea
Si está cabal? Lo que ello fuere sea.
Su maleta es aquésta :
Ropa quiero sacar, por si se acuesta
Tan presto; que él mandó que hiciese esto.
Mas porque él lo mandó, ¿se ha de hacer presto?
Por haberlo él mandado,
Antes no lo he de hacer, que soy criado.
Salirme un rato es justo
A rezar á una ermita. ¿Tendrás gusto
Desto, Cosme?—Tendré.—Pues, Cosme, vamos;
Que ántes son nuestros gustos que los amos. [*Vase.*]

ESCENA XIII.

DOÑA ÁNGELA. ISABEL, *que salen por la puerta disimulada con la alacena.*

ISABEL.

Que está el cuarto solo, dijo

Rodrigo; porque el tal huésped
Y tus hermanos se fueron.

DOÑA ÁNGELA.

Por eso pude atreverme
A hacer sola esta experiencia.

ISABEL.

¿Ves que no hay inconveniente
Para pasar hasta aquí?

DOÑA ÁNGELA.

Antes, Isabel, parece
Que todo cuanto previne
Yo, fué muy impertinente,
Pues con ninguno encontramos;
Que la puerta fácilmente
Se abre y se vuelve á cerrar,
Sin ser posible que se eche
De ver.

ISABEL.

¿Y á qué hemos venido?

DOÑA ÁNGELA.

A volvernos solamente;
Que, para hacer sola una
Travesura dos mujeres,
Basta haberla imaginado;
Porque al fin esto no tiene
Más fundamento que haber
Hablado en ello dos veces,
Y estar yo determinada
(Siendo verdad que es aqueste

Caballero el que por mí
Se empeñó osado y valiente,
Como te he dicho) á mirar
Por su regalo.

ISABEL.

Aquí tiene
El que le trajo tu hermano,
Y una espada en un bufete.

DOÑA ÁNGELA.

Vén acá. ¿ Mi escribanía
Trajeron aquí?

ISABEL.

Dió en ese
Desvarío mi señor.
Dijo que aquí la pusiese
Con recado de escribir,
Y mil libros diferentes.

DOÑA ÁNGELA.

En el suelo hay dos maletas.

ISABEL.

Y abiertas. Señora, ¿quieres
Que veamos lo que hay en ellas?

DOÑA ÁNGELA.

Sí, que quiero neciamente
Mirar qué ropas y alhajas
Trae.

ISABEL.

Soldado y pretendiente,

Vendrá muy mal alhajado.
[*Sacan todo cuanto van diciendo, y lo esparcen por la sala.*]

DOÑA ÁNGELA.

¿Qué es eso?

ISABEL.

Muchos papeles.

DOÑA ÁNGELA.

¿Son de mujer?

ISABEL.

No, señora,
Sino procesos que vienen
Cosidos, y pesan mucho.

DOÑA ÁNGELA.

Pues si fueran de mujeres,
Ellos fueran más livianos.
Mal en eso te detienes.

ISABEL.

Ropa blanca hay aquí alguna.

DOÑA ÁNGELA.

¿Huele bien?

ISABEL.

Sí, á limpia huele.

DOÑA ÁNGELA.

Ese es el mejor perfume.

ISABEL.

Las tres calidades tiene

De blanca, blanda y delgada.
Mas, señora, ¿qué es aqueste
Pellejo, con unos hierros
De herramientas diferentes?

DOÑA ÁNGELA.

Muestra á ver. Hasta aquí hierro
De sacamuelas parece;
Mas éstas son tenacillas,
Y el alzador del copete
Y los bigotes esotras.

ISABEL.

Item, escobilla y peine.
Oye, que, más prevenido,
No le faltará al tal huésped
La horma de su zapato.

DOÑA ÁNGELA.

¿Por qué?

ISABEL.

Porque aquí la tiene.

DOÑA ÁNGELA.

¿Hay más?

ISABEL.

Sí, señora. Item,
Como á forma de billetes,
Legajo segundo.

DOÑA ÁNGELA.

Muestra:
De mujer son, y contienen
Más que papel.—Un retrato

Está aquí.

ISABEL.

¿Qué te suspende?

DOÑA ÁNGELA.

El verle; que una hermosura,
Si está pintada, divierte.

ISABEL.

Parece que te ha pesado
De hallarle.

DOÑA ÁNGELA.

¡Qué necia eres!
No mires más.

ISABEL.

¿Y qué intentas?

DOÑA ÁNGELA.

Dejarle escrito un billete.
Toma el retrato. [*Pónese á escribir.*]

ISABEL.

Entre tanto
La maleta del sirviente
He de ver. Esto es dinero.
Cuartazos son insolentes,
Que en la república, donde
Son los príncipes y reyes
Las doblas y patacones,
Ellos son la comun plebe.
Una burla le he de hacer,
Y ha de ser de aquesta suerte:
Quitarle de aquí el dinero
Al tal lacayo, y ponerle

Unos carbones. Dirán :
¿Dónde demonios los tiene
Esta mujer? No advirtiendo
Que esto sucedió en Noviembre,
Y que hay brasero en el cuarto.
[*Quita el dinero de la bolsa y pone carbon.*]

DOÑA ÁNGELA.

Ya escribí. ¿Qué te parece
Adónde deje el papel,
Porque, si mi hermano viene,
No le vea?

ISABEL.

Allí, debajo
De la toalla que tienen
Las almohadas; que, al quitarla,
Se verá forzosamente,
Y no es parte que hasta entónces
Se ha de andar.

DOÑA ÁNGELA.

Muy bien adviertes.
Ponle allí, y vé recogiendo
Todo esto.

ISABEL.

Mira que tuercen
Ya la llave.

DOÑA ÁNGELA.

Pues dejallo
Todo, esté como estuviere.
Y á escondernos. Isabel,
Vén.

ISABEL.

Alacena *me fecit.*
[*Vanse por la alacena.*]

ESCENA XIV.

COSME.

Ya que me he servido á mí,
De barato quiero hacerle
A mi amo otro servicio.
— Mas ¿quién nuestra hacienda vende,
Que así hace almoneda della?
¡Vive Cristo, que parece
Plazuela de la Cebada
La sala con nuestros bienes!
¿Quién está aquí? No está nadie,
Por Dios; y si está, no quiere
Responder. No me responda,
Que me huelgo de que eche
De ver que soy enemigo
De respondones. Con este
Humor, sea bueno ó sea malo
(Si he de hablar discretamente),
Estoy temblando de miedo;
Pero como á mí me deje
El revoltoso de alhajas
Libre mi dinero, llegue
Y revuelva las maletas
Una y cuatrocientas veces.
Mas ¿qué veo? ¡Vive Dios,
[*Registra la bolsa.*]

Que en carbones lo convierte!
Duendecillo, duendecillo,
Quien quiera que seas ó fueres,
El dinero que tú das
En lo que mandares vuelve,
Mas lo que yo hurto, ¿por qué?

ESCENA XV.

DON MANUEL. DON JUAN. DON LUIS. COSME.

DON JUAN.

¿De qué das voces?

DON LUIS.

¿Qué tienes?

DON MANUEL.

¿Qué te ha sucedido? Habla.

COSME.

¡Lindo desenfado es ése!
Si tienes por inquilino,
Señor, en tu casa un duende,
¿Para qué nos recebiste
En ella? Un instante breve
Que falté de aquí, la ropa
De tal modo y de tal suerte
Hallé, que, toda esparcida,
Una almoneda parece.

DON JUAN.

¿Falta algo?

COSME.

No falta nada.
El dinero solamente
Que en esta bolsa tenía,
Que era mio, me convierte
En carbones.

DON LUIS.

Si, ya entiendo.

DON MANUEL.

¡Qué necia burla previenes!
¡Qué fria y qué sin donaire!

DON JUAN.

¡Qué mala y qué impertinente!

COSME.

No es burla ésta, ¡vive Dios!

DON MANUEL.

Calla, que estás como sueles.

COSME.

Es verdad; mas suelo estar
En mi juicio algunas veces.

DON JUAN.

Quedaos con Dios, y acostaos,
Don Manuel, sin que os desvele
El duende de la posada;
Y aconsejadle que intentè
Otras burlas, al criado. [*Vase.*]

DON LUIS.

No en vano sois tan valiente

Como sois, si habeis de andar,
Desnuda la espada siempre,
Saliendo de los disgustos
En que este loco os pusiere. [*Vase.*]

ESCENA XVI.

DON MANUEL. COSME.

DON MANUEL.

¿Ves cuál me tratan por tí?
Todos por loco me tienen
Porque te sufro. Á cualquiera
Parte que voy, me suceden
Mil desaires por tu causa.

COSME.

Ya estás solo, y no he de hacerte
Burla, mano á mano, yo;
Porque sólo en tercio puede
Tirarse uno con su padre.
Dos mil demonios me lleven
Si no es verdad que salí;
Y álguien, fuese quien se fuese,
Hizo este estrago.

DON MANUEL.

Con eso
Ahora disculparte quieres
De la necedad. Recoge
Esto que esparcido tienes,
Y entra á acostarte.

COSME.

Señor,

En una galera reme...

DON MANUEL.

Calla, calla, ó vive Dios,
Que la cabeza te quiebre. [*Entra en la alcoba.*]

COSME.

Pesárame con extremo
Que lo tal me sucediese.
Ahora bien, vuelvo á envasar
Otra vez los adherentes
De mis maletas. ¡Oh cielos,
Quién la trompeta tuviese
Del juicio de las alhajas,
Porque á una voz solamente
Viniesen todas!
[*Vuelve don Manuel con un papel.*]

DON MANUEL.

Alumbra,
Cosme.

COSME.

Pues ¿qué te sucede,
Señor? ¿Has hallado acaso
Allá adentro alguna gente?

DON MANUEL.

Descubrí la cama, Cosme,
Para acostarme, y halléme,
Debajo de la toalla
De la cama, este billete
Cerrado, y ya el sobrescrito
Me admira más.

COSME.

¿A quién viene?

DON MANUEL.

A mí; mas de modo extraño.

COSME.

¿Cómo dice?

DON MANUEL.

Desta suerte.
(*Lee.*) «Nadie me abra, porque soy
»De don Manuel solamente.»

COSME.

¡Plegue á Dios, que no me creas
Por fuerza! No le abras, tente,
Sin conjurarle primero.

DON MANUEL.

Cosme, lo que me suspende
Es la novedad, no el miedo;
Que quien admira, no teme.
(*Lee.*) «Con cuidado me tiene vuestra salud,
»como á quien fué la causa de su riesgo. Y así, agra-
»decida y lastimada, os suplico me aviseis della y
»os sirvais de mí; que para lo uno y lo otro habrá
»ocasion, dejando la respuesta donde hallasteis éste:
»advirtiendo que el secreto importa, porque el dia
»que lo sepa alguno de los amigos, perderé yo el
»honor y la vida.»

COSME.

¡Extraño caso!

DON MANUEL.

¿Qué extraño?

COSME.

¿Eso no te admira?

DON MANUEL.

No;
Antes con esto llegó
A mi vista el desengaño.

COSME.

¿Cómo?

DON MANUEL.

Bien claro se ve
Que aquella dama tapada,
Que tan ciega y tan turbada
De don Luis huyendo fué,
Era su dama, supuesto,
Cosme, que no puede ser,
Si es soltero, su mujer.
Y dando por cierto esto,
¿Qué dificultad tendrá
Que en la casa de su amante
Tenga ella mano bastante
Para entrar?

COSME.

Muy bien está
Pensado; mas mi temor
Pasa adelante. Confieso
Que es su dama, y el suceso
Te doy por bueno, señor;
¿Pero ella cómo podia,
Desde la calle, saber
Lo que habia de suceder,

Para tener este dia
Ya prevenido el papel?

DON MANUEL.

Después de haberme pasado,
Pudo dársele á un criado.

COSME.

Y aunque se le diera, ¿él
Cómo aquí ha de haberle puesto?
Pues nadie en el cuarto entró
Desde que en él quedé yo.

DON MANUEL.

Bien pudo ser ántes de esto.

COSME.

Sí; mas hallar trabucadas
Las maletas y la ropa,
Y el papel escrito, topa
En más.

DON MANUEL.

Mira si cerradas
Esas ventanas están.

COSME.

Y con aldabas y rejas.

DON MANUEL.

Con mayor duda me dejas,
Y mil sospechas me dan.

COSME.

¿De qué?

DON MANUEL.

No sabré explicallo.

COSME.

En efecto, ¿qué has de hacer?

DON MANUEL.

Escribir y responder
Pretendo, hasta averiguallo,
Con estilo que parezca
Que no ha hallado en mi valor
Ni admiracion, ni temor;
Que no dudo que se ofrezca
Una ocasion en que demos,
Viendo que papeles hay,
Con quien los lleva y los tray (1).

COSME.

¿Y de aquesto no darémos
Cuenta á los huéspedes?

DON MANUEL.

No;
Porque no tengo de hacer
Mal alguno á una mujer
Que así de mí se fió.

COSME.

¿Luego ya ofendes á quien
Su galan juzgas?

DON MANUEL.

No tal,
Pues sin hacerla á ella mal,
Puedo yo proceder bien.

(1) *Tray* está por *trae.*

COSME.

No, señor: más hay aquí
De lo que á tí te parece:
Con cada discurso crece
Mi sospecha.

DON MANUEL.

¿Cómo así?

COSME.

Ves aquí que van y vienen
Papeles, y que jamás,
Aunque lo examines más,
Ciertos desengaños tienen:
¿Qué crêrás?

DON MANUEL.

Que ingenio y arte
Hay para entrar y salir,
Para cerrar, para abrir,
Y que el cuarto tiene parte
Por dónde. Y en duda tal,
El juicio podré perder;
Pero no, Cosme, creer
Cosa sobrenatural.

COSME.

¿No hay duendes?

DON MANUEL.

Nadie los vió.

COSME.

¿Familiares?

DON MANUEL.

Son quimeras.

COSME.

¿Brujas?

DON MANUEL.

Ménos.

COSME

¿Hechiceras?

DON MANUEL.

¡Qué error!

COSME.

¿Hay súcubos?

DON MANUEL.

No.

COSME.

¿Encantadoras?

DON MANUEL.

Tampoco.

COSME.

¿Mágicas?

DON MANUEL.

Es necedad.

COSME.

¿Nigromantes?

DON MANUEL.

Liviandad.

COSME.

¿Energúmenos?

DON MANUEL.

¡Qué loco!

COSME.

¡Vive Dios, que te cogí!
¿Diablos?

DON MANUEL.

Sin poder notorio.

COSME.

¿Hay almas del purgatorio?

DON MANUEL.

¿Que me enamoren á mí?
¡Hay más necia bobería!
Déjame; que estás cansado.

COSME.

En fin, ¿qué has determinado?

DON MANUEL.

Asistir de noche y dia
Con cuidados singulares
(Aquí el desengaño fundo),
Sin creer que hay en el mundo
Ni duendes ni familiares.

COSME.

Pues yo, en efecto, presumo
Que algun demonio los tray;
Que esto y más habrá, donde hay
Quien tome tabaco de humo.

JORNADA SEGUNDA.

Habitacion de doña Ángela.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA ÁNGELA. DOÑA BEATRIZ. ISABEL.

DOÑA BEATRIZ.

Notables cosas me cuentas.

DOÑA ÁNGELA.

No te parezcan notables,
Hasta que sepas el fin.
¿En qué quedamos?

DOÑA BEATRIZ.

Quedaste
En que, por el alacena,
Hasta su cuarto pasastes;
Que es tan difícil de verse
Como fué de abrirse fácil;
Que le escribiste un papel;
Y que al otro dia hallaste
La respuesta.

DOÑA ÁNGELA.

Digo, pues,
Que tan cortés y galante
Estilo no vi jamas,
Mezclando, entre lo admirable

Del suceso, lo gracioso,
Imitando los andantes
Caballeros, á quien pasan
Aventuras semejantes.
El papel, Beatriz, es éste:
Holgaréme que te agrade.
(*Lee.*) «Fermosa dueña, cualquier que vos seais »la condolida deste afanado caballero, y asaz pia- »dosa minorais sus cuitas: ruégovos me querais fa- »cer sabidor del follon mezquino, ó pagano malan- »drin, que en este encanto vos amancilla, para que »segunda vegada en vueso nombre, sano ya de las »pasadas feridas, éntre en descomunal batalla, ma- »güer que finque muerto en ella; que non es la vida »de más pro que la muerte, tenudo á su deber un »caballero. El dador de la luz vos mampare, é á mí »non olvide.—*El caballero de la Dama Duende.*»

DOÑA BEATRIZ.

¡Buen estilo, por mi vida,
Y á propósito el lenguaje,
Del encanto y la aventura!

DOÑA ÁNGELA.

Cuando esperé que con graves
Admiraciones viniera
El papel, vi semejante
Desenfado, cuyo estilo
Quise llevar adelante,
Y respondiéndole así,
Pasé...

ISABEL.

Detente, no pases;

Que viene, don Juan, tu hermano.

DOÑA ÁNGELA.

Vendrá muy firme y amante
A agradecerte la dicha
De verte, Beatriz, y hablarte
En su casa.

DOÑA BEATRIZ.

No me pesa,
Si hemos de decir verdades.

ESCENA II.

DON JUAN. DICHAS.

DON JUAN.

No hay mal que por bien no venga,
Dicen adagios vulgares,
Y en mí se ve, pues que vienen
Por mis bienes vuestros males.
He sabido, Beatriz bella,
Que un pesar, que vuestro padre
Con vos tuvo, á nuestra casa
Sin gusto y contento os trae.
Pésame que hayan de ser
Lisonjeros y agradables,
Como para vos mis gustos,
Para mí vuestros pesares;
Pues es fuerza que no sienta
Desdichas que han sido parte
De veros; porque hoy amor
Diversos efectos hace,

En vos de pena, y en mí
De gloria, bien como el áspid,
De quien, si sale el veneno,
Tambien la triaca sale.
Vos seais muy bien venida;
Que aunque es corto el hospedaje,
Bien se podrá hallar un sol
En compañía de un ángel.

DOÑA BEATRIZ.

Pésames y parabienes
Tan cortésmente mezclasteis,
Que no sé á qué responderos.
Disgustada con mi padre
Vengo: la culpa tuvisteis;
Pues, aunque el galan no sabe,
Sabe que por el balcon
Hablé anoche; y miéntras pase
El enojo, con mi prima
Quiere que esté, porque hace
De su virtud confianza.
Sólo os diré, y esto baste,
Que los disgustos estimo;
Porque tambien en mí cause
Amor efectos diversos,
Bien como el sol, cuando esparce
Bellos rayos, que una flor
Se marchita y otra nace.
Hiere el amor en mi pecho,
Y es solo un rayo bastante
A que se muera el pesar,
Y nazca el gusto de hallarme

En vuestra casa, que ha sido
Una esfera de diamante,
Hermosa envidia de un sol,
Y capaz dosel de un ángel.

DOÑA ÁNGELA.

Bien se ve que de ganancia
Andais hoy los dos amantes,
Pues que me dais de barato
Tantos favores.

DON JUAN.

¿No sabes,
Hermana, lo que he pensado?
Que tú sola, por vengarte
Del cuidado que te da
Mi huésped, cuerda buscaste
Huéspeda, que á mí me ponga
En cuidado semejante.

DOÑA ÁNGELA.

Dices bien, y yo lo he hecho
Sólo porque la regales.

DON JUAN.

Yo me doy por muy contento
De la venganza. [*Quiere irse.*]

DOÑA BEATRIZ.

¿Qué haces,
Don Juan? ¿dónde vas?

DON JUAN.

Beatriz,
A servirte; que dejarte,

Sólo á tí por tí pudiera.

DOÑA ÁNGELA.

Déjale ir.

DON JUAN.

Dios os guarde.

ESCENA III.

DOÑA ÁNGELA. DOÑA BEATRIZ. ISABEL.

DOÑA ÁNGELA.

Sí, cuidado con su huésped
Me dió, y cuidado tan grande,
Que apénas sé de mi vida,
Y él de la suya no sabe.
Viéndote á tí, con el mismo
Cuidado he de desquitarme;
Porque de huésped á huésped
Estémos los dos iguales.

DOÑA BEATRIZ.

El deseo de saber
Tu suceso, fuera parte
Solamente á no sentir
Su ausencia.

DOÑA ÁNGELA.

Por no cansarte,
Papeles suyos y mios
Fueron y vinieron tales
(Los suyos digo), que pueden
Admitirse y celebrarse;
Por que mezclando las véras

Y las burlas, no vi iguales
Discursos.

DOÑA BEATRIZ.

Y él, en efecto,
¿Qué es á lo que se persuade?

DOÑA ÁNGELA.

A que debo de ser dama
De don Luis, juntando partes
De haberme escondido dél,
Y de tener otra llave
Del cuarto.

DOÑA BEATRIZ.

Sola una cosa
Dificultad se me hace.

DOÑA ÁNGELA.

Di cuál es.

DOÑA BEATRIZ.

¿Cómo este hombre,
Viendo que hay quien lleva y trae
Papeles, no te ha espiado
Y te ha cogido en el lance?

DOÑA ÁNGELA.

No está eso por prevenir;
Porque tengo á sus umbrales
Un hombre yo, que me avisa
De quién entra y de quién sale.
Y así no pasa Isabel
Hasta saber que no hay nadie.
Que ya ha sucedido, amiga,

Un dia entero quêdarse
Un criado para verlo,
Y haberle salido en balde
La diligencia y cuidado.
Y porque no se me pase
De la memoria, Isabel,
Llévate aquel azafate
En siendo tiempo.

DOÑA BEATRIZ.

Otra duda.
¿Cómo es posible que alabes
De tan entendido, un hombre
Que no ha dado, en casos tales,
En el secreto comun
De la alacena?

DOÑA ÁNGELA.

¿Ahora sabes
Lo del huevo de Juanelo,
Que los ingenios más grandes
Trabajaron en hacer
Que en un bufete de jaspe
Se tuviese en pié, y Juanelo,
Con sólo llegar y darle
Un golpecillo, le tuvo?
Las grandes dificultades
Hasta saberse lo son;
Que, sabido, todo es fácil.

DOÑA BEATRIZ.

Otra pregunta.

DOÑA ÁNGELA.

Di cuál.

DOÑA BEATRIZ.

De tan locos disparates
¿Qué piensas sacar?

DOÑA ÁNGELA.

No sé.
Dijérate que mostrarme
Agradecida, y pasar
Mis penas y soledades,
Si ya no fuera más que esto;
Porque, necia é ignorante,
He llegado á tener celos
De ver que el retrato guarde
De una dama, y áun estoy
Dispuesta á entrar y tomarle
En la primera ocasion;
Y no sé cómo declare
Que estoy ya determinada
A que me vea y me hable.

DOÑA BEATRIZ.

¿Descubierta por quién eres?

DOÑA ÁNGELA.

¡Jesus, el cielo me guarde!
Ni él, pienso yo que, á un amigo
Y huésped, traicion tan grande
Hiciera; pues el pensar
Que soy dama suya, hace
Que me escriba temeroso,
Cortés, turbado y cobarde;
Y, en efecto, yo no tengo
De ponerme á ese desaire.

DOÑA BEATRIZ.

Pues ¿cómo ha de verte?

DOÑA ÁNGELA.

Escucha,
Y sabrás la más notable
Traza, sin que yo al peligro
De verme en su cuarto pase,
Y él venga, sin saber dónde.

ISABEL.

Pon otro hermano á la márgen;
Que viene don Luis.

DOÑA ÁNGELA.

Despues
Lo sabrás.

DOÑA BEATRIZ.

¡Qué desiguales
Son los influjos! ¡Que el cielo,
En igual mérito y partes,
Ponga tantas diferencias
Y tantas distancias halle,
Que, con un mismo deseo,
Uno obligue y otro canse!
Vamos de aquí, que no quiero
Que llegue don Luis á hablarme.
[*Quiere irse.*]

ESCENA IV.

DON LUIS. DICHAS.

DON LUIS.

¿Por qué os ausentais así?

DOÑA BEATRIZ.

Sólo porque vos llegasteis.

DON LUIS.

La luz más hermosa y pura,
De quien el sol la aprendió,
¿Huye porque llego yo?
¿Soy la noche por ventura?
Pues perdone tu hermosura
Si, atrevido y descortés,
En detenerte me ves;
Que yo, en esta contingencia,
No quiero pedir licencia
Porque tú no me la dés;
Que, estimando tu rigor,
No quiere la suerte mia
Que áun esto, que es cortesía,
Tenga nombre de favor.
Ya sé que mi loco amor
En tus desprecios no alcanza
Un átomo de esperanza;
Pero yo, viendo tan fuerte
Rigor, tengo de quererte
Por sólo tomar venganza.
Mayor gloria me darás
Cuando más penas me ofrezcas,
Pues cuando más me aborrezcas,
Tengo de quererte más.
Si desto quejosa estás,
Porque con solo un querer
Los dos vengamos á ser,
Entre el placer y el pesar,

Extremos, aprende á amar
O enséñame á aborrecer.
Enséñame tus rigores,
Yo te enseñaré finezas;
Enséñame tú asperezas,
Yo te enseñaré favores;
Tú desprecios, y yo amores;
Tú olvido, y yo firme fe;
Aunque es mejor, porque dé
Gloria al Amor, siendo dios,
Que olvides tú por los dos;
Que yo por los dos querré.

DOÑA BEATRIZ.

Tan cortésmente os quejais.
Que aunque agradecer quisiera
Vuestras penas, no lo hiciera,
Sólo porque las digais.

DON LUIS.

Como tan mal me tratais,
El idioma del desden
Aprendí.

DOÑA BEATRIZ.

Pues ése es bien
Que sigais; que en caso tal
Hará soledad el mal
A quien le dice tan bien.
[*Quiere irse y detiénela don Luis.*]

DON LUIS.

Oye, si acaso te vengas,
Y padezcamos los dos.

DOÑA BEATRIZ.

No he de escucharos.—Por Dios,
Amiga, que le detengas. [*Vase.*]

DOÑA ÁNGELA.

¡Que tan poco valor tengas,
Que esto quieras oir y ver!

DON LUIS.

¡Ay, hermana! ¿qué he de hacer?

DOÑA ÁNGELA.

Dar tus penas al olvido,
Que querer aborrecido
Es morir y no querer.

DON LUIS.

Quejoso, ¿cómo podré
Olvidarla? ¡Que es error!
Dila que me haga un favor,
Y obligado olvidaré:
Ofendido no; porque
El más prudente, el más sabio
Da su sentimiento al labio.
Si olvidarse el favor suele,
Es porque el favor no duele
De la suerte que el agravio. [*Vanse.*]

ESCENA V.

RODRIGO. DON LUIS.

RODRIGO.

¿De dónde vienes?

DON LUIS.

No sé.

RODRIGO.

Triste parece que estás.
¿La causa no me dirás?

DON LUIS.

Con doña Beatriz hablé.

RODRIGO.

No digas más; ya se ve
En tí lo que respondió.
Pero ¿dónde está, que yo
No la he visto?

DON LUIS.

La tirana
Es huéspeda de mi hermana
Unos dias, porque no
Me falte un enfado así
De un huésped; que cada dia
Mis hermanos, á porfía,
Se conjuran contra mí;
Pues cualquiera tiene aquí
Uno que pesar me dé:
De don Manuel ya se ve,
Y de Beatriz; pues los cielos
Me traen á casa mis celos,
Porque sin ellos no esté.

RODRIGO.

Mira que don Manuel puede
Oirte, que viene allí.

ESCENA VI.

DON MANUEL. DICHOS.

DON MANUEL. [*Ap.*]

¡Sólo en el mundo por mí
Tan gran prodigio sucede!
¿Qué haré cielos, con que quede
Desengañado, y saber
De una vez si esta mujer
Dama de don Luis ha sido,
O cómo mano ha tenido,
Y cautela, para hacer
Tantos engaños?

DON LUIS.

Señor
Don Manuel.

DON MANUEL.

Señor don Luis.

DON LUIS.

¿De dónde bueno venis?

DON MANUEL.

De Palacio.

DON LUIS.

Grande error
El mio fué en preguntar
A quien pretensiones tiene,
Dónde va ni dónde viene;
Porque es fuerza que ha de dar
Cualquiera línea en Palacio,

Como centro de su esfera,

DON MANUEL.

Si sólo á Palacio fuera,
Estuviera más despacio;
Pero mi afan inmortal
Mayor término ha pedido.
Su Majestad ha salido
Esta tarde al Escorial,
Y es fuerza esta noche ir
Con mis despachos allá,
Que de importancia será.

DON LUIS.

Si ayudaros ó servir,
Puedo en algo, ya sabeis
Que soy, en cualquier suceso,
Vuestro.

DON MANUEL.

Las manos os beso
Por la merced que me haceis.

DON LUIS.

Ved que no es lisonja esto.

DON MANUEL.

Ya veo que es voluntad
De mi aumento.

DON LUIS. [*Ap.*]

Así es verdad;
Porque negocies más presto.

DON MANUEL.

Pero á un galan cortesano

Tanto como vos, no es justo
Divertirle de su gusto;
Porque yo tengo por llano
Que estaréis entretenido;
Y gran desacuerdo fuera
Que ausentaros pretendiera.

DON LUIS.

Aunque hubiérades oído
Lo que con Rodrigo hablaba,
No respondierais así.

DON MANUEL.

¿Luego bien he dicho?

DON LUIS.

Sí;
Que, aunque es verdad que lloraba
De una hermosura el rigor,
Á la firme voluntad
La hace tanta soledad
El desden como el favor.

DON MANUEL.

¡Qué desvalido os pintais!

DON LUIS.

Amo á una grande hermosura,
Sin estrella y sin ventura.

DON MANUEL.

¿Conmigo disimulais
Agora?

DON LUIS.

¡Pluguiera al cielo!

Mas tan infeliz nací,
Que huye esta beldad de mí,
Como de la noche el velo
De la hermosa luz del dia,
A cuyos rayos me quemo.
¿Quereis ver con cuánto extremo
Es triste la suerte mia?
Pues, porque no la siguiera
Amante y celoso yo,
A una persona pidió
Que mis pasos detuviera.
Ved si hay rigores más fieros;
Pues todos suelen buscar
Terceros para alcanzar,
Y ella huye por terceros.

[*Vanse don Luis y Rodrigo.*]

ESCENA VII.

DON MANUEL.

¿Qué más se ha de declarar?
¡Mujer que su vista huyó,
Y á otra persona pidió
Que le llegase á estorbar!
Por mí lo dice y por ella.
Ya, por lo ménos, vencí
Una duda, pues ya vi
Que, aunque es verdad que es aquélla,
No es su dama; porque él
Despreciado no viviera,
Si en su casa la tuviera.

Ya es mi duda más cruel.
Si no es su dama, ni vive
En su casa, ¿Cómo así
Escribe y responde? Aquí
Muere un engaño y concibe
Otro engaño. ¿Qué he hacer?
Que soy, en mis opiniones,
Confusion de confusiones.
¡Válgate Dios por mujer!

ESCENA VIII.

COSME. DON MANUEL.

COSME.

Señor, ¿Qué hay de duende? ¿Acaso
Hasle visto por acá?
Que de saber que no está
Allá, me holgaré.

DON MANUEL.

Habla paso.

COSME.

Que tengo mucho que hacer
En nuestro cuarto, y no puedo
Entrar.

DON MANUEL.

Pues ¿Qué tienes?

COSME.

Miedo.

DON MANUEL.

¿Miedo un hombre ha de tener?

COSME.

No le ha de tener, señor;
Pero vé aquí que le tiene,
Porque al suceso conviene.

DON MANUEL.

Deja aquese necio humor,
Y lleva luz, porque tengo
Que disponer y escribir,
Y esta noche he de salir
De Madrid.

COSME.

Á eso me atengo.
Pues dices con eso aquí
Que tienes miedo al suceso.

DON MANUEL.

Antes te he dicho con eso
Que no hago caso de tí,
Pues de otras cosas me acuerdo,
Que son diferentes, cuando
En estas me estás hablando.
El tiempo, en efecto, pierdo.
En tanto que me despido
De don Juan, ten luz. [*Vase.*]

COSME.

Sí haré.
Luz al duende llevaré,
Que es hora que sea servido,
Y no esté á escuras. Aquí
Ha de haber una cerilla;
En aquella lamparilla

Que se está muriendo allí,
Encenderla agora puedo.
¡Oh, qué prevenido soy!
Y entre estas y estotras, voy
Titiritando (1) de miedo. [*Vase.*]

—

Cuarto de don Manuel.

ESCENA IX.

ISABEL, *que sale por la alacena, con un azafate cubierto.*

Fuera están; que así el criado
Me lo dijo. Agora es tiempo
De poner este azafate
De ropa blanca en el puesto
Señalado.—¡Ay de mí, triste!
Que, como es de noche, tengo,
Con la grande oscuridad,
De mí misma asombro y miedo.
¡Válgame Dios, que temblando
Estoy! El duende primero
Soy que se encomienda á Dios.
No hallo el bufete. ¿Qué es esto?
Con la turbacion y espanto,
Perdí de la sala el tiento.
No sé dónde estoy, ni hallo
La mesa. ¿Qué he de hacer? ¡Cielos!
Si no acertase á salir,

(1) *Tiritando*, decimos hoy.

Y me hallasen aquí dentro,
Dábamos con todo el caso
Al traste. Gran temor tengo,
Y más agora, que abrir
La puerta del cuarto siento,
Y trae luz el que la abre.
Aquí dió fin el suceso;
Que ya ni puedo esconderme,
Ni volver á salir puedo.

ESCENA X.

COSME, *con luz.* ISABEL.

COSME.

Duende, mi señor, si acaso
Obligan los rendimientos
A los duendes bien nacidos,
Humildemente le ruego
Que no se acuerde de mí
En sus muchos embelecos,
Y esto por cuatro razones:
La primera, yo me entiendo;
[*Va andando, é Isabel detras dél, huyendo de que la vea.*]
La segunda, usted la sabe;
La tercera, por aquello
De que al buen entendedor...
La cuarta, por estos versos:
Señora dama duende,
Duélase de mí,
Que soy niño y solo,

Y nunca en tal me vi (1).

ISABEL. [*Ap.*]

Ya, con la luz, he cobrado
El tino del aposento,
Y él no me ha visto; si aquí
Se la mato, será cierto
Que, miéntras la va á encender,
Salir á mi cuarto puedo;
Que, cuando sienta el rüido,
No me verá por lo ménos;
Y á dos daños, el menor.

COSME.

¡Qué gran músico es el miedo!

ISABEL. [*Ap.*]

Esto ha de ser desta suerte.

[*Dale un golpe, y mátale la luz.*]

COSME.

¡Ay infeliz, que me han muerto!
¡Confesion!

ISABEL. [*Ap.*]

Ahora podré
Escaparme.

ESCENA XI.

DON MANUEL. ISABEL. COSME.

DON MANUEL.

¿Qué es aquesto,

(1) Ésta es una trova de la letrilla de la niña de Gomez Arias.—A lo que parece, Cosme debe cantarla.

Cosme? ¿Cómo estás sin luz?

COSME.

Como á los dos nos ha muerto
El Duende: á la luz, de un soplo,
Y á mí, de un golpe.

DON MANUEL.

Tu miedo
Te hará creer esas cosas.

COSME.

Bien á mi costa las creo.

ISABEL. [*Ap.*]

¡Oh si la puerta encontrase!

DON MANUEL.

¿Quién está aquí?

[*Encuentra Isabel con don Manuel, y él la tiene del azafate.*]

ISABEL. [*Ap.*]

Peor es esto;
Que con el amo he encontrado.

DON MANUEL.

Trae luz, Cosme; que ya tengo
A quien es.

COSME.

Pues no le sueltes.

DON MANUEL.

No haré; vé por ella presto.

COSME.

Tenle bien. [*Vase.*]

ISABEL. *[Ap.]*

Del azafate
Asió; en sus manos le dejo.
Hallé la alacena. ¡Adios!

[Vase, dejándole el azafate en la mano.]

DON MANUEL.

Cualquiera que es, se esté quédo
Hasta que traigan la luz;
Porque, si no, ¡vive el cielo,
Que le dé de puñaladas!—
Pero sólo abrazo el viento,
Y encuentro sólo una cosa
De ropa y de poco peso.
¿Qué será? ¡Válgame Dios,
Que en más confusion me ha puesto!

ESCENA XII.

COSME, *con la luz.* DON MANUEL.

COSME.

Téngase el Duende á la luz;
Pues ¿Qué es dél? ¿No estaba preso?
¿Qué es esto, señor?

DON MANUEL.

No acierto
A responder. Esta ropa
Me ha dejado, y se fué huyendo.

COSME.

¿Y qué dices deste lance?

Aun bien que agora tú mesmo
Dijiste que le tenías,
Y se te fué por el viento.

DON MANUEL.

Diré que aquesta persona,
Que con arte y con ingenio
Entra y sale aquí, esta noche
Estaba encerrada dentro;
Que, para poder salir,
Te mató la luz, y luégo
Me dejó á mí el azafate,
Y se me ha escapado huyendo.

COSME.

¿Por dónde?

DON MANUEL.

Por esa puerta.

COSME.

Harásme que pierda el seso.
¡Vive Dios, que yo le vi
A los últimos reflejos,
Que la pavesa dejó
De la luz, que me habia muerto!

DON MANUEL.

¿Qué forma tenía?

COSME.

Era un fraile
Tamañito, y tenía puesto
Un cucurucho tamaño;
Que por estas señas creo

Que era duende capuchino.

DON MANUEL.

¡Qué de cosas hace el miedo!
Alumbra aquí, y lo que trajo
El frailecito verémos.
Ten este azafate tú.

COSME.

¿Yo azafates del infierno?

DON MANUEL.

Tenle pues.

COSME.

Tengo las manos
Sucias, señor, con el sebo
De la vela, y mancharé
El tafetan que cubierto
Le tiene; mejor será
Que le pongas en el suelo.

DON MANUEL.

Ropa blanca es, y un papel.
Veamos si el fraile es discreto.

(*Lee.*) «En el poco tiempo que há que vivis en »esta casa, no se ha podido hacer más ropa; como »se fuere haciendo, se irá llevando. A lo que decis »del amigo, persuadido á que soy dama de don Luis, »os aseguro que no sólo no lo soy, pero que no pue- »do serlo; y esto dejo para la vista, que será presto. »Dios os guarde.»

Bautizado está este duende,
Pues de Dios se acuerda.

COSME.

¿Veslo,
Cómo hay duende religioso?

DON MANUEL.

Muy tarde es; vé componiendo
Las maletas y cojines;
Y, en una bolsa, pon estos
Papeles, que son el todo
Á que vamos; que yo entiendo,
En tanto, dejar respuesta
Á mi Duende.

[*Da unos papeles á Cosme, pónelos él sobre una silla; y don Manuel escribe.*]

COSME.

Aquí yo quiero,
Para que no se me olviden
Y estén á mano, ponerlos,
Miéntras me detengo un rato,
Solamente á decir esto:
¿Has creido ya que hay duendes?

DON MANUEL.

¡Qué disparate tan necio!

COSME.

¿Esto es disparate?—Ves
Tú mismo tantos efectos,
Como venirse á tus manos
Un regalo por el viento,
¿Y áun dudas?—Pero bien haces,
Si á tí te va bien con eso;

Mas déjame á mí, que yo,
Que peor partido tengo,
Lo crea.

DON MANUEL.

¿De qué manera?

COSME.

Desta manera lo pruebo:
Si nos revuelven la ropa,
Te ries mucho de verlo;
Y yo soy quien la compone,
Que no es trabajo pequeño.
Si á tí te dejan papeles
Y te llevan los conceptos,
A mí me dejan carbones
Y se llevan mi dinero.
Si traen dulces, tú te huelgas,
Como un Padre, de comerlos;
Y yo ayuno como un puto,
Pues ni los toco ni veo.
Si á tí te dan las camisas,
Las valonas y pañuelos;
A mí los sustos me dan
De escucharlo y de saberlo.
Si, cuando los dos venimos
Aquí, casi á un mismo tiempo,
Te dan á tí un azafate
Tan aseado y compuesto;
A mí un mojicon me dan
En aquestos pestorejos,
Tan descomunal, tan grande,
Que me hace escupir los sesos.

Para tí solo, señor,
Es el gusto y el provecho,
Para mí el susto y el daño;
Y tiene el Duende, en efecto,
Para tí mano de lana,
Para mí mano de hierro.
Pues déjame que lo crea;
Que se apura el sufrimiento,
Queriendo negarle á un hombre
Lo que está pasando y viendo.

DON MANUEL.

Haz las maletas, y vamos;
Que allá en el cuarto te espero
De don Juan.

COSME.

¿Pues qué hay que hacer,
Si allá vestido de negro
Has de andar, y esto se hace
Con tomar un ferreruelo?

DON MANUEL.

Deja cerrado, y la llave
Lleva; que si en este tiempo
Hiciera falta, otra tiene
Don Juan.—Confuso me ausento
Por no llevar ya sabido
Esto, que ha de ser tan presto;
Pero uno importa al honor
De mi casa y de mi aumento,
Y otro solamente á un gusto;
Y así, entre los dos extremos,

Donde el honor es lo más,
Todo lo demas es ménos. [*Vanse.*]

—

Cuarto de doña Ángela.

ESCENA XIII.

DOÑA ÁNGELA. DOÑA BEATRIZ. ISABEL.

DOÑA ÁNGELA.

¿Eso te ha sucedido?

ISABEL.

Ya todo el embeleco vi perdido,
Porque, si allí me viera,
Fuerza, señora, fuera
El descubrirse todo;
Pero, en efecto, me escapé del modo
Que te dije.

DOÑA ÁNGELA.

Fué extraño
Suceso.

DOÑA BEATRIZ.

Y ha de dar fuerza al engaño,
Sin haber visto gente,
Ver que dé un azafate, y que se ausente.

DOÑA ÁNGELA.

Si, tras desto, consigo
Que me vea del modo que te digo,
No dudo de que pierda
El juicio.

DOÑA BEATRIZ.

La atencion más grave y cuerda
Es fuerza que se espante,
Ángela, con suceso semejante;
Porque querer llamalle
Sin saber dónde viene, y que se halle
Luégo con una dama
Tan hermosa, tan rica y de tal fama,
Sin que sepa quién es, ni dónde vive
(Que esto es lo que tu ingenio le apercibe),
Y haya, vendado y ciego,
De volver á salir y dudar luégo,
¿Á quién no ha de admirar?

DOÑA ÁNGELA.

Todo advertido
Está ya, y, por estar tú aquí, no ha sido
Hoy la noche primera
Que ha de venir á verme.

DOÑA BEATRIZ.

¿No supiera
Yo callar el suceso
De tu amor?

DOÑA ÁNGELA.

Que no, prima, no es por eso;
Sino que estando en casa
Tú, como á mis hermanos les abrasa
Tu amor, no salen della,
Adorando los rayos de tu estrella;
Y fuera aventurarme,
No ausentándose ellos, empeñarme.

ESCENA XIV.

DON LUIS, *al paño.* DICHOS.

DON LUIS. [*Ap.*]

¡Oh cielos! ¡Quién pudiera
Disimular su afecto! ¡Quién pusiera
Límite al pensamiento,
Freno á la vòz y ley al sentimiento!
Pero ya que conmigo
Tan poco puedo, que esto no consigo,
Desde aquí he de ensayarme
A vencer mi pasion y reportarme.

DOÑA BEATRIZ.

Yo diré de qué suerte
Se podrá disponer, para no hacerte
Mal tercio, y para hallarme
Aquí; porque sintiera el ausentarme,
Sin que el efecto viera
Que deseo.

DOÑA ÁNGELA.

Pues di de qué manera.

DON LUIS. [*Ap.*]

¿Qué es lo que las dos tratan,
Que de su mismo aliento se recatan?

DOÑA BEATRIZ.

Las dos publicarémos
Que mi padre envió por mí, y harémos
La deshecha con modos,

Que creyendo que estoy ya ausente todos,
Vuelva á quedarme en casa...

DON LUIS. [*Ap.*]

¿Qué es esto, cielos, que en mi agravio pasa?

DOÑA BEATRIZ.

Y oculta con secreto,
Sin estorbos podré ver el efeto...

DON LUIS. [*Ap.*]

¿Qué es lo que oigo, Hado injusto?

DOÑA BEATRIZ.

Que ha de ser para mí de tanto gusto.

DOÑA ÁNGELA.

Y luégo, ¿Qué dirémos
De verte aquí otra vez?

DOÑA BEATRIZ.

¿Pues no tendrémos
(¡Qué mal eso te admira!)
Ingenio para hacer otra mentira?

DON LUIS. [*Ap.*]

Sí tendréis. ¡Qué esto escucho!
Con nuevas penas y tormentos lucho.

DOÑA BEATRIZ.

Con esto, sin testigos y en secreto,
Deste notable amor veré el efeto;
Pues estando escondida
Yo, y estando la casa recogida,
Sin escándalo, arguyo,

Que pasar pueda de su cuarto àl tuyo.

DON LUIS. [*Ap.*]

Bien claramente infiero
(Cobarde vivo, y atrevido muero)
Su intencion. Más dichoso
Mi hermano la merece: ¡Estoy celoso!
A darle se prefiere
La ocasion que desea; y así quiere
Que de su cuarto pase
Sin que nadie lo sepa, y yo me abrase;
Y porque sin testigos
Se logren (¡oh enemigos!),
Mintiendo mi sospecha,
Hacer quiere conmigo la deshecha.
Pues si esto es así, cielo,
Para el estorbo de su amor apelo;
Y cuando esté escondida,
Buscando otra ocasion, con atrevida
Resolucion veré toda la casa,
Hasta hallarle; que el fuego que me abrasa,
Ya no tiene otro medio;
Que el estorbar es último remedio
De un celoso. Valedme, ¡Santos cielos!
Que, abrasado de amor, muero de celos. [*Vase.*]

DOÑA ÁNGELA.

Está bien prevenido,
Y mañana dirémos que te has ido.

ESCENA XV.

DON JUAN. DOÑA ÁNGELA. DOÑA BEATRIZ.
ISABEL.

DON JUAN.

¡Hermana! ¡Beatriz bella!

DOÑA BEATRIZ.

Ya te echábamos ménos.

DON JUAN.

Si mi estrella
Tantas dichas mejora,
Que me eche ménos vuestro sol, señora,
De mí mismo envidioso,
Tendré mi mismo bien por sospechoso;
Que posible no ha sido
Que os haya merecido
Mi amor ese cuidado;
Y así, de mí envidioso y envidiado,
Tendré en tan dulce abismo
Yo lástima y envidia de mí mismo.

DOÑA BEATRIZ.

Contradecir no quiero
Argumento, don Juan, tan lisonjero,
Que quien ha dilatado
Tanto el venirme á ver, y me ha olvidado,
¿Quién duda que estaria
Bien divertido, sí, y allí tendria
Envidia á su ventura
Y lástima, perdiendo la hermosura

Que tanto le divierte?
Luego claro se prueba desta suerte,
Con cierto silogismo,
La lástima y envidia de sí mismo.

DON JUAN.

Si no fuera ofenderme y ofenderos,
Intentára, Beatriz, satisfaceros
Con deciros que he estado
Con don Manuel, mi huésped, ocupado
Agora en su partida,
Porque se fué esta noche.

DOÑA ÁNGELA.

¡Ay de mi vida!

DON JUAN.

¿De qué, hermana, es el susto?

DOÑA ÁNGELA.

Sobresalta un placer, como un disgusto.

DON JUAN.

Pésame que no sea
Placer cumplido el que tu pecho vea;
Pues volverá mañana.

DOÑA ÁNGELA.

(*Ap.* Vuelva á vivir una esperanza vana.)
Ya yo me habia espantado,
Que tan de paso nos venía el enfado,
Que fué siempre importuno.

DON JUAN.

Yo no sospecho que te dé ninguno,

Sino que tú y don Luis mostrais disgusto
Por ser cosa en que yo he tenido gusto.

DOÑA ÁNGELA.

No quiero responderte,
Aunque tengo bien qué; y es por no hacerte
Mal juego, siendo agora
Tercero de tu amor, pues nadie ignora
Que ejerce amor las flores de fullero
Mano á mano, mejor que con tercero,
—Vénte, Isabel, conmigo; [*Ap. á ella.*]
Que aquesta noche misma á traer me obligo
El retrato; pues puedo
Pasar con más espacio y ménos miedo.
Tenme tú prevenida
Una luz, y en qué pueda ir escondida;
Porque no ha de tener, contra mi fama,
Quien me escribe, retrato de otra dama.

[*Vanse doña Ángela é Isabel.*]

ESCENA XVI.

DOÑA BEATRIZ, DON JUAN.

DOÑA BEATRIZ.

No creo que te debo
Tantas finezas.

DON JUAN.

Los quilates pruebo
De mi fe (porque es mucha)
En un discurso.

DOÑA BEATRIZ.

Dile.

DON JUAN.

Pues escucha.
Bella Beatriz, mi fe es tan verdadera,
Mi amor tan firme, mi aficion tan rara,
Que, aunque yo no quererte deseára,
Contra mi mismo afecto te quisiera.
Estímate mi vida de manera,
Que, á poder olvidarte, te olvidára,
Porque despues por eleccion te amára:
Fuera gusto mi amor, y no ley fuera.
Quien quiere á una mujer porque no puede
Olvidalla, no obliga con querella,
Pues nada el albedrío le concede.
Yo no puedo olvidarte, Beatriz bella;
Y siento el ver que tan ufana quede,
Con la victoria de tu amor, mi estrella.

DOÑA BEATRIZ.

Si la eleccion se debe al albedrío,
Y la fuerza al impulso de una estrella,
Voluntad más segura será aquella
Que no vive sujeta á un desvarío.
Y así de tus finezas desconfio,
Pues mi fe, que imposibles atropella,
Si viera á mi albedrío andar sin ella,
Negára, vive el cielo, que era mio.
Pues aquel breve instante que gastára
En olvidar, para volver á amarte,
Sintiera que mi afecto me faltára.
Y huélgome de ver que no soy parte
Para olvidarte, pues que no te amára
El rato que tratára de olvidarte. [*Vanse.*]

—

Calle.

ESCENA XVII.

COSME, *huyendo de* DON MANUEL, *que le sigue.*

DON MANUEL.

¡Vive Dios, si no mirára.....!

COSME.

Por eso miras.

DON MANUEL.

¡Que fuera
Infamia mia, que hiciera
Un desatino!

COSME.

Repara
En que te he servido bien,
Y un descuido no está en mano
De un católico cristiano.

DON MANUEL.

¿Quién ha de sufrirte, quién,
Si lo que más importó,
Y lo que más te he encargado
Es lo que más se ha olvidado?

COSME.

Pues por eso se olvidó,
Por ser lo que me importaba;
Que si importante no fuera,
¿En olvidarse, qué hiciera?
¡Viven los cielos! que estaba

Tan cuidadoso en traer
Los papeles, que por eso
Los puse aparte, y confieso
Que el cuidado vino á ser
El mismo que me dañó;
Pues si aparte no estuvieran,
Con los demas se vinieran.

DON MANUEL.

Harto es que se te acordó
En la mitad del camino.

COSME.

Un gran cuidado llevaba,
Sin saber qué le causaba,
Que le juzgué desatino,
Hasta que en el caso dí,
Y supe que era el cuidado
El habérseme olvidado
Los papeles.

DON MANUEL.

Di que allí
El mozo espere, teniendo
Las mulas; porque tambien
Llegar con ruido no es bien,
Despertando á quien durmiendo
Está ya; pues puedo entrar,
Supuesto que llave tengo,
Y el despacho, por quien vengo,
Sin ser sentido sacar.

[*Vase Cosme y vuelve.*]

COSME.

Ya el mozo queda advertido;
Mas considera , señor ,
Que , sin luz , es grande error
Querer hallarlos , y el ruido
Excusarse no es posible ;
Porque si luz no nos dan
En el cuarto de don Juan ,
¿Cómo hemos de ver ?

DON MANUEL.

¡Terrible
Es tu enfado! ¿Agora quieres
Que le alborote y le llame?
¿Pues no sabrás (dime , infame ,
Que causa de todo eres)
Por el tiento , dónde fué
Donde quedaron ?

COSME.

No es esa
La duda ; que yo á la mesa ,
Donde sé que los dejé ,
Iré á ciegas.

DON MANUEL.

Abre presto.

COSME.

Lo que á mi temor responde ,
Es que no sabré yo adónde
El Duende los habrá puesto ;
Porque ¿Qué cosa he dejado ,
Que haya vuelto á hallarla yo

En la parte que quedó?

DON MANUEL.

Si los hubiere mudado,
Luz entónces pedirémos;
Pero hasta verlo, no es bien
Que alborotemos á quien
Buen hospedaje debemos. [*Vanse.*]

—

Cuarto de don Manuel.

ESCENA XVIII.

DOÑA ÁNGELA É ISABEL, *que salen de la alacena.*

DOÑA ÁNGELA.

Isabel, pues recogida
Está la casa, y es dueño
De los sentidos el sueño,
Ladron de la media vida,
Y sé que el huésped se ha ido,
Robarle el retrato quiero
Que vi en el lance primero.

ISABEL.

Entra quédo, y no hagas ruido.

DOÑA ÁNGELA.

Cierra tú por allá fuera,
Y hasta venirme á avisar
No saldré yo, por no dar
En más riesgo.

ISABEL.

Aquí me espera.
[*Vase Isabel, cerrando la alacena.*]

ESCENA XIX.

DON MANUEL, COSME, *á oscuras.* DOÑA ÁNGELA.

COSME. [*Hablando bajo con su amo junto á la puerta.*]

Ya está abierto.

DON MANUEL.

Pisa quédo;
Que, si aquí sienten rumor,
Será alboroto mayor.

COSME.

¿Crèrasme que tengo miedo?
Este Duende bien pudiera
Tenernos luz encendida.

DOÑA ÁNGELA.

La luz que traje escondida,
Porque de aquesta manera
No se viese, es tiempo ya
De descubrir.
[*Saca una luz que trajo encubierta en una linterna.*]

COSME. [*Ap. á su amo.*]

Nunca ha andado
El Duende tan bien mandado.
¡Qué presto la luz nos da!
Considera agora aquí

Si te quiere bien el Duende,
Pues que para tí la enciende,
Y la apaga para mí.

DON MANUEL.

¡Válgame el cielo! Ya es
Esto sobrenatural;
Que traer, con priesa tal,
Luz, no es obra humana.

COSME.

¿Ves
Cómo á confesar viniste
Que es verdad?

DON MANUEL.

¡De mármol soy!
Por volver atras estoy.

COSME.

Mortal eres: ya temiste.

DOÑA ÁNGELA.

Hácia aquí la mesa veo,
Y con papeles está.

COSME.

Hácia la mesa se va.

DON MANUEL.

¡Vive Dios, que dudo y creo
Una admiracion tan nueva!

COSME.

¿Ves cómo nos va guiando,

Lo que venimos buscando,
Sin que veamos quién la lleva?

[*Doña Ángela pone la luz en un candelero que habrá en la mesa, toma una silla y siéntase de espaldas á los dos.*]

DOÑA ÁNGELA.

Pongo aquí la luz, y agora
La escribanía veré.

DON MANUEL.

Aguarda; que, á los reflejos
De la luz, todo se ve,
Y no vi en toda mi vida
Tan soberana mujer.
¡Válgame el cielo! ¿Qué es esto?
Hidras, á mi parecer,
Son los prodigios, pues de uno
Nacen mil. ¡Cielos! ¿Qué haré?

COSME.

Despacio lo va tomando.
Silla arrastra.

DON MANUEL.

Imágen es
De la más rara beldad
Que el soberano pincel
Ha obrado.

COSME.

Así es verdad;
Porque sólo la hizo él.

DON MANUEL.

Más que la luz resplandecen

Sus ojos.

COSME.

Lo cierto es
Que son sus ojos luceros
Del cielo de Lucifer.

DON MANUEL.

Cada cabello es un rayo
Del sol.

COSME.

Hurtáronlos dél.

DON MANUEL.

Una estrella es cada rizo.

COSME.

Sí será, porque tambien
Se las trajeron acá,
O una parte de las tres.

DON MANUEL.

¡No vi más rara hermosura!

COSME.

No dijeras eso, á fe,
Si el pié la vieras; porque éstos
Son malditos por el pié.

DON MANUEL.

¡Un asombro de belleza,
Un ángel hermoso es!

COSME.

Es verdad, pero patudo,

DON MANUEL.

¿Qué es esto que intenta hacer
Con mis papeles?

COSME.

Yo apuesto
Que querrá mirar y ver
Lo que buscas, porque aquí
Tengamos ménos que hacer;
Que es Duende muy servicial.

DON MANUEL.

¡Válgame el cielo! ¿Qué haré?
Nunca me he visto cobarde,
Sino sólo aquesta vez.

COSME.

Yo sí, muchas.

DON MANUEL.

Y calzado
De prision de hielo el pié,
Tengo el cabello erizado,
Y cada suspiro es,
Para mi pecho un puñal,
Para mi cuello un cordel.
Mas ¿Yo he de tener temor?
¡Vive el cielo, que he de ver
Si sé vencer un encanto!

[*Llega, y cógela de un brazo.*]

Angel, demonio ó mujer,
A fe que no has de librarte
De mis manos esta vez.

DOÑA ÁNGELA. [*Ap.*]

¡Ay infelice de mí!
Fingida su ausencia fué:
Más ha sabido que yo.

COSME.

De parte de Dios (aquí es
Troya del Diablo) nos di...

DOÑA ÁNGELA. [*Ap.*]

Mas yo disimularé.

COSME.

¿Quién eres, y qué nos quieres?

DOÑA ÁNGELA.

Generoso don Manuel
Enriquez, á quien está
Guardado un inmenso bien:
No me toques, no me llegues,
Que llegarás á perder
La mayor dicha que el cielo
Te previno, por merced
Del Hado, que te apadrina
Por decretos de su ley.
Yo te escribí aquesta tarde
En el último papel
Que nos veriamos presto,
Y anteviendo aquesto fué.
Y pues cumplí mi palabra,
Supuesto que ya me ves
En la más humana forma
Que he podido elegir, vé

En paz, y déjame aquí;
Porque áun cumplido no es
El tiempo en que mis sucesos
Has de alcanzar y saber.
Mañana lo sabrás todo;
Y mira que á nadie dés
Parte desto, si no quieres
Una gran suerte perder.
Vé en paz.

COSME.

Pues que con la paz
Nos convida, señor, ¿Qué
Esperamos?

DON MANUEL.

(*Ap.* ¡Vive Dios,
Que corrido de temer
Vanos asombros estoy!
Y puesto que no los crê
Mi valor, he de apurar
Todo el caso de una vez.)
Mujer, quien quiera que seas
(Que no tengo de creer
Que eres otra cosa nunca),
Vive Dios, que he de saber
Quién eres, cómo has entrado
Aquí, con qué fin y á qué.
Sin esperar á mañana,
Esta dicha gozaré;
Si demonio, por demonio,
Y si mujer, por mujer;
Que á mi esfuerzo no le da

Que recelar ni temer
Tu amenaza, cuando fueras
Demonio; aunque yo bien sé
Que teniendo cuerpo tú,
Demonio no puedes ser,
Sino mujer.

COSME.

Todo es uno.

DOÑA ÁNGELA.

No me toques; que á perder
Echas una dicha.

COSME.

Dice
El señor Diablo muy bien:
No la toques, pues no ha sido
Arpa, laud ni rabel.

DON MANUEL.

Si eres espíritu, agora
Con la espada lo veré; [*Saca la espada.*]
Pues aunque te hiera aquí,
No he de poderte ofender.

DOÑA ÁNGELA.

¡Ay de mí! ¡Deten la espada,
Sangriento el brazo deten!
Que no es bien que des la muerte
A una infelice mujer.
Yo confieso que lo soy;
Y aunque es delito el querer,
No delito que merezca

Morir mal por querer bien.
No manches, pues, no desdores
Con mi sangre el rosicler
De ese acero.

DON MANUEL.

Di, ¿Quién eres?

DOÑA ÁNGELA.

Fuerza el decirlo ha de ser;
Porque no puedo llevar
Tan al fin como pensé
Este amor, este deseo,
Esta verdad, esta fe.
Pero estamos á peligro,
Si nos oyen ó nos ven,
De la muerte; porque soy
Mucho más de lo que ves;
Y así es fuerza, por quitar
Estorbos que puede haber,
Cerrar, señor, esa puerta,
Y áun la del portal tambien;
Porque no puedan ver luz,
Si acaso vienen á ver
Quién anda aquí.

DON MANUEL.

Alumbra, Cosme;
Cerremos las puertas. ¿Ves
Cómo es mujer, y no Duende?

COSME.

Yo ¿no lo dije tambien? [*Vanse los dos.*]

ESCENA XX.

DOÑA ANGELA, *y luégo* ISABEL.

DOÑA ÁNGELA.

Cerrada estoy por defuera.
Ya ¡Cielos! fuerza ha de ser
Decir la verdad, supuesto
Que me ha cerrado Isabel,
Y que el huésped me ha cogido
Aquí. [*Sale Isabel por la alacena.*]

ISABEL.

Ce, señora, ce.
Tu hermano por tí pregunta.

DOÑA ANGELA.

Bien sucede. Echa el cancel
De la alacena. ¡Ay amor!
La duda se queda en pié.
[*Vanse, y cierran la alacena.*]

ESCENA XXI.

DON MANUEL. COSME.

DON MANUEL.

Ya están cerradas las puertas;
Proseguid, señora, haced
Relacion..... pero, ¿Qué es esto?
¿Dónde está?

COSME.

Pues yo ¿qué sé?

DON MANUEL.

¿Si se ha entrado en el alcoba?
Vé delante.

COSME.

Yendo á pié,
Es, señor, descortesía
Ir yo delante.

DON MANUEL.

Veré
Todo el cuarto. Suelta, digo.

COSME.

Digo que suelto.
[*Quítale don Manuel la luz, entra en el cuarto y vuelve á salir.*]

DON MANUEL.

¡Cruel
Es mi suerte!

COSME.

Aun bien que agora
Por la puerta no se fué.

DON MANUEL.

¿Pues por dónde pudo irse?

COSME.

Eso no alcanzo yo. ¿Ves
(Siempre te lo he dicho yo)

Cómo es Diablo, y no mujer?

DON MANUEL.

¡Vive Dios, que he de mirar
Todo este cuarto, hasta ver
Si debajo de los cuadros
Rota está alguna pared;
Si encubren estas alfombras
Alguna cueva; y tambien
Las bovedillas del techo!

COSME.

Salamente aquí se ve
Esta alacena.

DON MANUEL.

Por ella
No hay que dudar ni temer,
Siempre compuesta de vidrios.
Á mirar lo demas vén.

COSME.

Yo no soy nada miron.

DON MANUEL.

Pues no tengo de creer
Que es fantástica su forma,
Puesto que llegó á temer
La muerte.

COSME.

Tambien llegó
A adivinar y saber
Que, á sólo verla, esta noche
Habiamos de volver.

DON MANUEL.

Como sombra se mostró,
Fantástica su luz fué;
Pero, como cosa humana,
Se dejó tocar y ver:
Como mortal se temió,
Receló como mujer,
Como ilusion se deshizo,
Como fantasma se fué.
Si doy la rienda al discurso,
No sé, ¡Vive Dios! no sé,
Ni qué tengo de dudar,
Ni qué tengo de creer.

COSME.

Yo sí.

DON MANUEL.

¿Qué?

COSME.

Que es mujer-diablo;
Pues que novedad no es,
Si la mujer es demonio
Todo el año, que una vez,
Por desquitarse de tantas,
Sea el demonio mujer.

JORNADA TERCERA.

Cuarto de doña Ángela.

ESCENA PRIMERA.

DON MANUEL, *á oscuras;* ISABEL, *guiándole.*

ISABEL.

Espérame en esta sala:
Luégo saldrá á verte aquí
Mi señora. [*Vase, cerrando.*]

DON MANUEL.

No está mala
La tramoya. ¿Cerró? Sí.
¿Qué pena á mi pena iguala?
Yo volví del Escorial,
Y este encanto peregrino,
Este pasmo celestial,
Que á traerme la luz vino,
Y me deja en duda igual,
Me tiene escrito un papel,
Diciendo muy tierna en él:
«Si os atreveis á venir
»Á verme, habeis de salir
»Esta noche con aquel
»Criado que os acompaña.
»Dos hombres esperarán

»En el cementerio (¡extraña
Parte!) »de San Sebastian,
Y una silla.»—Y no me engaña.
En ella entré y discurrí,
Hasta que el tino perdí;
Y al fin á un portal de horror,
Lleno de sombra y temor,
Solo y á oscuras salí.
Aquí llegó una mujer
(Al oir y al parecer),
Y á oscuras y por el tiento,
De aposento en aposento,
Sin oir, hablar, ni ver,
Me guió..... Pero ya veo
Luz; por el resquicio es
De una puerta.—Tu deseo
Lograste, amor, pues ya ves
La dama; aventuras creo.

[*Acecha por la cerradura.*]

¡Qué casa tan alhajada!
¡Qué mujeres tan lucidas!
¡Qué sala tan adornada!
¡Qué damas tan bien prendidas!
¡Qué beldad tan extremada!

[*Abren la puerta, y salen várias criadas trayendo toallas, conservas y agua, haciendo reverencias todas al pasar, y detrás de todas, doña Ángela, ricamente vestida.*]

ESCENA II.

DOÑA ÁNGELA. Criadas. DOÑA BEATRIZ. DON MANUEL.

DOÑA ÁNGELA. [*Ap. á doña Beatriz.*]

Pues presumen que eres ida
A tu casa mis hermanos,
Quedándote aquí escondida,
Los recelos serán vanos;
Porque una vez recogida,
Ya no habrá que temer nada.

DOÑA BEATRIZ.

¿Y qué ha de ser mi papel?

DOÑA ÁNGELA.

Agora el de mi criada;
Luego el de ver, retirada,
Lo que me pasa con él.
¿Estaréis muy disgustado [*A don Manuel.*]
De esperarme?

DON MANUEL.

No, señora;
Que quien espera la aurora,
Bien sabe que su cuidado,
En las sombras sepultado
De la noche oscura y fria,
Ha de tener; y así hacia
Gusto el pesar que pasaba;
Pues cuanto más se alargaba,
Tanto más llamaba al dia.

Si bien no era menester
Pasar noche tan oscura,
Si el sol de vuestra hermosura
Me habia de amanecer;
Que, para resplandecer
Vos, soberano arrebol,
La sombra ni el tornasol
De la noche no os habia
De estorbar; que sois el Dia
Que amanece sin el Sol.
Huye la noche, señora,
Y pasa la dulce salva
La risa bella del alba,
Que ilumina, mas no dora;
Despues del alba la aurora,
De rayos y luz escasa,
Dora, mas no abrasa. Pasa
La aurora, y tras su arrebol
Pasa el sol; y solo el sol
Dora, ilumina y abrasa.
El alba, para brillar,
Quiso á la noche seguir;
La aurora, para lucir,
Al alba quiso imitar;
El sol, deidad singular,
Á la aurora desafia;
Vos al sol: luego la fria
Noche no era menester,
Si podeis amanecer,
Sol del sol, despues del dia.

DOÑA ÁNGELA.

Aunque agradecer debiera

Discurso tan cortesano,
Quejarme quiero (no en vano)
De ofensa tan lisonjera;
Pues no siendo ésta la esfera
A cuyo noble ardimiento
Fatigas padece el viento,
Sino un albergue piadoso,
Os viene á hacer sospechoso
El mismo encarecimiento.
No soy alba, pues la risa
Me falta en contento tanto;
Ni aurora, pues que mi llanto
De mi dolor no os avisa;
No soy sol, pues no divisa
Mi luz la verdad que adoro;
Y así lo que soy ignoro:
Que solo sé que no soy
Alba, aurora ó sol; pues hoy
No alumbro, rio ni lloro.
Y así os ruego que digais,
Señor don Manuel, de mí
Que una mujer soy y fuí,
A quien vos solo obligais
Al extremo que mirais.

DON MANUEL.

Muy poco debe de ser;
Pues aunque me llego á ver
Aquí, os pudiera argüir
Que tengo más que sentir,
Señora, que agradecer.
Y así, me doy por sentido.

DOÑA ÁNGELA.

¿Vos de mí sentido?

DON MANUEL.

Sí,
Pues que no fiais de mí
Quién sois.

DOÑA ÁNGELA.

Solamente os pido
Que eso no mandeis; que ha sido
Imposible de contar.
Si quereis venirme á hablar,
Con calidad ha de ser
Que no lo habeis de saber,
Ni lo habeis de preguntar;
Porque para con vos hoy
Un enigma á ser me ofrezco,
Que ni soy lo que parezco,
Ni parezco lo que soy.
Miéntras encubierta estoy,
Podréis verme y podré veros;
Porque si á satisfaceros
Llegais, y quién soy sabeis,
Vos quererme no querréis,
Aunque yo quiera quereros.
Pincel que lo muerto informa,
Tal vez un cuadro previene,
Que una forma á una luz tiene,
Y á otra luz tiene otra forma.
Amor, que es pintor, conforma
Dos luces, que en mí teneis;
Si hoy á aquesta luz me veis,

Y por eso me estimais,
Cuando á otra luz me veais,
Quizá me aborreceréis.
Lo que deciros me importa
Es, en cuanto á haber creido
Que de don Luis dama he sido,
Que esta sospecha reporta
Mi juramento, y la acorta.

DON MANUEL.

¿Pues qué, señora, os moviera
A encubriros dél?

DOÑA ÁNGELA.

Pudiera
Ser tan principal mujer,
Que tuviera que perder
Si don Luis me conociera.

DON MANUEL.

Pues decidme solamente,
¿Cómo á mi casa pasais?

DOÑA ÁNGELA.

Ni eso es tiempo que sepais;
Que es el mismo inconveniente.

DOÑA BEATRIZ.

[*Ap.* Aquí entro yo lindamente.)
Ya el agua y dulce está aquí;
Vuexcelencia mire si.....
[*Llegan todas con las toallas, agua y algunas cajas de dulce.*]

DOÑA ÁNGELA.

¡Qué error y qué impertinencia!
Necia, ¿quién es *excelencia?*
¿Quieres engañar así
Ahora al señor don Manuel,
Para que con eso crea
Que yo gran señora sea?

DOÑA BEATRIZ.

Advierte.....

DON MANUEL. [*Ap.*]

De mi cruel
Duda salí con aquel
Descuido; agora he creido
Que una gran señora ha sido,
Que, por serlo, se encubrió,
Y que con el oro vió
Su secreto conseguido.

ESCENA III.

DON JUAN. DICHOS.

DON JUAN. [*Dentro.*]

Abre, Isabel, esta puerta.

DOÑA ÁNGELA. [*Ap.*]

¡Ay cielos! ¿Qué ruido es éste?

ISABEL.

¡Yo soy muerta!

DOÑA BEATRIZ. [*Ap.*]

¡Helada estoy!

DON MANUEL. [*Ap.*]

¿Aun no cesan mis crueles
Fortunas? ¡Válgame el cielo!

DOÑA ÁNGELA.

Señor, mi padre es aquéste.

DON MANUEL.

¿Qué he de hacer?

DOÑA ÁNGELA.

Fuerza es que vais
A esconderos á un retrete.
—Isabel, llévale tú,
Hasta que oculto le dejes
En aquel cuarto que sabes,
Apartado; ya me entiendes.

ISABEL.

Vamos presto.

DON JUAN. [*Dentro.*]

¿No acabais
De abrir la puerta?

DON MANUEL.

¡Valedme,
Cielos; que vida y honor
Van jugados á una suerte!

[*Vase don Manuel con Isabel.*]

DON JUAN. [*Dentro.*]

La puerta echaré en el suelo.

DOÑA ÁNGELA.

Retírate tú, pues puedes,

En esa cuadra, Beatriz;
No te hallen aquí.

[*Vase doña Beatriz, y sale don Juan.*]

DOÑA ÁNGELA.

¿Qué quieres
A estas horas en mi cuarto,
Que así á alborotarnos vienes?

DON JUAN.

Respóndeme tú primero,
Ángela: ¿qué traje es ese?

DOÑA ÁNGELA.

De mis penas y tristezas
Es causa el mirarme siempre
Llena de luto, y vestíme,
Por ver si hay con qué me alegre,
Estas galas.

DON JUAN.

No lo dudo;
Que tristezas de mujeres
Bien con galas se remedian,
Bien con joyas convalecen,
Si bien me parece que es
Tu cuidado impertinente.

DOÑA ÁNGELA.

¿Qué importa el vestirme así
Donde nadie llegue á verme?

DON JUAN.

Dime, ¿Volvióse Beatriz
A su casa?

DOÑA ÁNGELA.

Y cuerdamente
Su padre, por mejor medio,
En paz su enojo convierte.

DON JUAN.

Yo no quise saber más,
Para ir á ver si pudiese
Verla y hablarla esta noche.
Quédate con Dios, y advierte
Que ya no es tuyo ese traje. [*Vase.*]

DOÑA ÁNGELA.

Vaya Dios contigo, y véte.
[*Vase don Juan, y vuelve doña Beatriz.*]

DOÑA ÁNGELA.

Cierra esa puerta, Beatriz.

DOÑA BEATRIZ.

Bien hemos salido deste
Susto. A buscarme tu hermano
Va.

DOÑA ÁNGELA.

Ya hasta que se sosiegue
Más la casa, y don Manuel
Vuelva de su cuarto á verme,
Para ser ménos sentidas,
Entremos á este retrete.

DOÑA BEATRIZ.

Si esto te sucede bien,
Te llaman la Dama Duende. [*Vanse.*]

Cuarto de don Manuel.

ESCENA IV.

DON MANUEL É ISABEL, *que salen á oscuras de la alacena.*

ISABEL.

Aquí has de quedarte, y mira
Que no hagas ruido; que pueden
Sentirte.

DON MANUEL.

Un mármol seré.

ISABEL.

Quieran los cielos que acierte
A cerrar, que estoy turbada. [*Vase.*]

DON MANUEL.

¡Oh, á cuánto, cielos, se atreve
Quien se atreve á entrar en parte
Donde ni alcanza ni entiende
Qué daños se le aperciben,
Qué riesgos se le previenen!
Veme aquí á mí en una casa,
Que dueño tan noble tiene
(De excelencia por lo ménos),
Lleno de asombros crueles,
Y tan léjos de la mia.
Pero ¿Qué es esto? Parece
Que á esta parte alguna puerta
Abren. Sí, y ha entrado gente.

ESCENA V.

COSME. DON MANUEL.

COSME.

Gracias á Dios, que esta noche
Entrar podré libremente [*A tientas.*]
En mi aposento sin miedo,
Aunque sin luz salga y éntre;
Porque el Duende, mi señor,
Puesto que á mi amo tiene,
¿Para qué me quiere á mí?
[*Encuentra con don Manuel.*]
Pero para algo me quiere.
¿Quién va? ¿quién es?

DON MANUEL.

Calle, digo,
Quien quiere que es, si no quiere
Que le mate á puñaladas.

COSME.

No hablaré más que un pariente
Pobre en la casa de un rico.

DON MANUEL.

(*Ap.* Criado sin duda es éste,
Que acaso ha entrado hasta aquí.
Dél informarme conviene
Dónde estoy.) Dime, ¿Qué casa
Es ésta, y qué dueño tiene?

COSME.

Señor, el dueño y la casa

Son del diablo que me lleve;
Porque aquí vive una dama,
Que llaman la Dama Duende,
Que es un demonio en figura
De mujer.

DON MANUEL.

Y tú ¿Quién eres?

COSME.

Soy un fámulo ó criado,
Soy un súbdito, un sirviente,
Que, sin qué ni para qué,
Estos encantos padece.

DON MANUEL.

Y ¿Quién es tu amo?

COSME.

Es
Un loco, un impertinente,
Un tonto, un simple, un menguado,
Què por tal dama se pierde.

DON MANUEL.

Y ¿es su nombre?

COSME.

Don Manuel
Enriquez.

DON MANUEL.

¡Jesus mil veces!

COSME.

Yo Cosme Catiboratos

Me llamo.

DON MANUEL.

Cosme, ¿Tú eres?
¿Pues cómo has entrado aquí?
Tu señor soy. Dime, ¿Vienes
Siguiéndome tras la silla?
¿Entraste tras mí á esconderte
Tambien en este aposento?

COSME.

¡Lindo desenfado es ése!
Dime, ¿Cómo estás aquí?
¿No te fuiste muy valiente,
Solo, donde te esperaban?
Pues ¿Cómo tan presto vuelves?
¿Y cómo, en fin, has entrado
Aquí, trayendo yo siempre
La llave de aqueste cuarto?

DON MANUEL.

Pues dime, ¿Qué cuarto es éste?

COSME.

El tuyo, ó el del Demonio.

DON MANUEL.

¡Viven los cielos, que mientes!
Porque léjos de mi casa,
Y en otra bien diferente,
Estaba en aqueste instante.

COSME.

Pues cosas serán del Duende
Sin duda; porque te he dicho

La verdad pura.

DON MANUEL.

Tú quieres
Que pierda el juicio.

COSME.

¿Hay más
De desengañarte? Véte
Por esa puerta, y saldrás
Al portal, adonde puedes
Desengañarte.

DON MANUEL.

Bien dices;
Iré á examinarle y verle. [*Vase.*]

COSME.

Señores, ¿Cuándo saldrémos
De tanto embuste aparente?
[*Sale Isabel por la alacena.*]

ESCENA VI.

ISABEL. COSME. *Después* DON MANUEL.

ISABEL.

[*Ap.* Volvióse á salir don Juan,
Y porque á saber no llegue
Don Manuel adónde está,
Sacarle de aquí conviene.)
Ce, señor, ce.

COSME. [*Ap.*]

Esto es peor;

Ceáticas son estas cees.

ISABEL.

Ya mi señor recogido
Queda.

COSME. [*Ap.*]

¿Qué señor es éste?
[*Vuelve don Manuel.*]

DON MANUEL.

Éste es mi cuarto, en efecto.

ISABEL.

¿Eres tú?

COSME.

Sí, yo soy.

ISABEL.

Vénte
Conmigo.

DON MANUEL.

Tú dices bien.

ISABEL.

No hay que temer, nada esperes.

COSME.

¡Señor, que el Duende me lleva!
[*Toma Isabel á Cosme de la mano, y llévale por la alacena.*]

ESCENA VII.

DON MANUEL.

¿No sabrémos, finalmente,

De dónde nace este engaño?
¿No respondes? ¡Qué necio eres!
¡Cosme, Cosme! ¡Vive el cielo,
Que toco con las paredes!
¿Yo no hablaba aquí con él?
¿Dónde se desaparece
Tan presto? ¿No estaba aquí?
Yo he de perder dignamente (1)
El juicio. Mas pues es fuerza
Que aquí otro cualquiera éntre,
He de averiguar por dónde;
Porque tengo de esconderme
En esta alcoba, y estar
Esperando atentamente,
Hasta averiguar quién es
Esta hermosa Dama Duende. [*Vase.*]

Sala de doña Ángela.

ESCENA VIII.

DOÑA ÁNGELA. DOÑA BEATRIZ. CRIADAS.
Después COSME, ISABEL.

DOÑA ÁNGELA. [*A doña Beatriz.*]

Pues á buscarte ha salido

(1) No se explica aquí lo de *dignamente;* con evidencia hay error de caja ó pluma, y debiera ser *ciertamente*, ó cosa parecida.

Mi hermano, y pues Isabel
A su mismo cuarto ha ido
A traer á don Manuel,
Esté todo apercibido:
Halle, cuando llegue aquí,
La colacion prevenida.
Todas le esperad así.

DOÑA BEATRIZ.

No he visto en toda mi vida
Igual cuento.

DOÑA ÁNGELA.

¿Viene?

CRIADA.

Sí,
Que ya siento sus pisadas.
[*Sale Isabel, trayendo de la mano á Cosme.*]

COSME.

¡Triste de mí! ¿Dónde voy?
Ya éstas son burlas pesadas.
Mas no, pues mirando estoy
Bellezas tan extremadas.
¿Yo soy Cosme, ó Amadís?
¿Soy Cosmillo, ó Belianís?

ISABEL.

Ya viene aquí. Mas ¿Qué veo?
¡Señor!.....

COSME. [*Ap.*]

Ya mi engaño creo,
Pues tengo el alma en un tris.

DOÑA ÁNGELA.

¿Qué es esto, Isabel?

ISABEL. [*Ap. á su ama.*]

Señora,
Donde á don Manuel dejé,
Volviendo por él agora,
A su criado encontré.

DOÑA BEATRIZ.

Mal tu descuido se dora.

ISABEL.

Está sin luz.

DOÑA ÁNGELA.

¡Ay de mí!
Todo está ya declarado.

DOÑA BEATRIZ.

(*Ap.* Más vale engañarle así.)
¡Cosme!

COSME.

¡Damiana!

DOÑA BEATRIZ.

A ese lado
Llegad.

COSME.

Bien estoy aquí.

DOÑA ÁNGELA.

Llegad; no tengais temor.

COSME.

¿Un hombre de mi valor,

Temor?

DOÑA ÁNGELA.

¿Pues qué es no llegar?
[*Llégase á ellas.*]

COSME.

(*Ap.* Ya no se puede excusar,
En llegando al pundonor.)
Respeto no puede ser,
Sin ser espanto ni miedo,
Porque al mismo Lucifer
Temerle muy poco puedo
En hábito de mujer.
Alguna vez lo intentó,
Y para el ardid que fragua,
Cota y nagua se vistió,
Que esto de cotilla y nagua
El Demonio lo inventó.
En forma de una doncella
Aseada, rica y bella,
A un pastor se apareció;
Y él, así como la vió,
Se encendió en amores della.
Gozó á la Diabla, y después,
Con su forma horrible y fea
Le dijo á voces: «¿No ves,
Mísero de tí, cuál sea,
Desde el copete á los piés,
La hermosura que has amado?
Desespera, pues has sido
Agresor de tal pecado.»
Y él, ménos arrepentido

Que ántes de haberla gozado,
La dijo: «Si pretendiste,
¡Oh sombra fingida y vana!
Que desesperase un triste:
Vénte por acá mañana
En la forma que trajiste;
Verásme amante y cortés,
No ménos que ántes, después;
Y aguárdate, en testimonio
De que áun horrible no es,
En traje de hembra, un demonio.

DOÑA ÁNGELA.

Volved en vos, y tomad
Una conserva y bebed;
Que los sustos causan sed.

COSME.

Yo no la tengo.

DOÑA BEATRIZ.

Llegad;
Que habeis de volver, mirad,
Doscientas leguas de aquí.

COSME.

¡Cielos! ¿Qué oigo? [*Llaman.*]

DOÑA ÁNGELA.

¿Llaman?

DOÑA BEATRIZ.

Sí.

ISABEL. [*Ap.*]

¡Hay tormento más cruel!

DOÑA ÁNGELA. [*Ap.*]

¡Ay de mí triste!

ESCENA IX.

DON LUIS. Dichos.

DON LUIS. [*Dentro.*]

Isabel.

DOÑA BEATRIZ. [*Ap.*]

¡Válgame el cielo!

DON LUIS. [*Dentro.*]

Abre aquí.

DOÑA ÁNGELA. [*Ap.*]

Para cada susto tengo
Un hermano.

ISABEL.

¡Trance fuerte!

DOÑA BEATRIZ.

Yo me escondo. [*Vase.*]

COSME. [*Ap.*]

Éste, sin duda,
Es el verdadero Duende.

ISABEL. [*A Cosme.*]

Vénte conmigo.

COSME.

Sí haré. [*Vanse.*]

[*Abren la puerta, y sale don Luis.*]

DOÑA ÁNGELA.

¿Qué es lo que en mi cuarto quieres?

DON LUIS.

Pesares mios me traen
A estorbar otros placeres.
Vi, ya tarde, en ese cuarto
Una silla, donde vuelve
Beatriz, y vi que mi hermano
Entró.

DOÑA ÁNGELA.

Y en fin, ¿Qué pretendes?

DON LUIS.

Como pisa sobre el mio,
Me pareció que habia gente;
Y, para desengañarme
Solo, he de mirarle y verle.
[*Alza una antepuerta, y encuentra á doña Beatriz.*]
Beatriz, ¿aquí estás?
[*Sale doña Beatriz.*]

DOÑA BEATRIZ.

Aquí
Estoy; que hube de volverme,
Porque al disgusto volvió
Mi padre, enojado siempre.

DON LUIS.

Turbadas estais las dos.
¿Qué notable estrago es éste
De platos, dulces y vidrios?

DOÑA ÁNGELA.

¿Para qué informarte quieres
De lo en que, en estando solas,
Se entretienen las mujeres?
[*Hacen ruido en la alacena Isabel y Cosme.*]

DON LUIS.

Y aquel ruido, ¿Qué es?

DOÑA ÁNGELA. [*Ap.*]

¡Yo muero!

DON LUIS.

¡Vive Dios, que allí anda gente!
Ya no puede ser mi hermano
Quien se guarda desta suerte.
[*Toma una luz.*]
¡Ay de mí! ¡Cielos piadosos,
Que queriendo, neciamente,
Estorbar aquí los celos
Que amor en mi pecho enciende,
Celos de honor averiguo!
Luz tomaré, aunque imprudente,
Pues todo se halla con luz,
Y el honor con luz se pierde. [*Vase.*]

ESCENA X.

DOÑA ANGELA. DOÑA BEATRIZ. CRIADOS.

DOÑA ÁNGELA.

¡Ay, Beatriz, perdidas somos,
Si le encuentra!

DOÑA BEATRIZ.

Si le tiene
En su cuart ya Isabel,
En vano dudas y temes,
Pues te asegura el secreto
De la alacena.

DOÑA ÁNGELA.

¿Y si fuese
Tal mi desdicha, que allí,
Con la turbacion, no hubiese
Cerrado bien Isabel,
Y él entrase allá?

DOÑA BEATRIZ.

Ponerte
En salvo será importante.

DOÑA ÁNGELA.

De tu padre iré á valerme,
Como él se valió de mí;
Porque, trocada la suerte,
Si á tí te trajo un pesar,
A mí otro pesar me lleve. [*Vanse.*]

—

Cuarto de don Manuel.

ESCENA XI.

ISABEL. COSME. DON MANUEL. *Después* DON LUIS.

ISABEL.

Entra presto.

DON MANUEL.

Ya otra vez
En la cuadra siento gente.
[*Sale don Luis con luz.*]

DON LUIS. [*Ap.*]

Yo vi un hombre, ¡ Vive Dios!

COSME.

Malo es esto.

DON LUIS.

¿ Cómo tienen
Desviada esta alacena?

COSME.

Ya se ve luz; un bufete,
Que he encontrado aquí, me valga.
[*Escóndese debajo del bufete.*]

DON MANUEL.

Esto ha de ser desta suerte.
[*Mete mano á la espada.*]

DON LUIS.

¡ Don Manuel!

DON MANUEL.

¡ Don Luis! ¿ Qué es esto?
¿ Quién vió confusion más fuerte?

COSME. [*Ap.*]

¡ Oigan por dónde se entró!
Decirlo quise mil veces.

DON LUIS.

Mal caballero, villano,

Traidor, fementido huésped,
Que al honor de quien te estima,
Te ampara y te favorece,
Sin recato te aventuras

[*Saca la espada.*]

Y sin decoro te atreves:
Esgrime ese infame acero.

DON MANUEL.

Sólo para defenderme
Le esgrimiré, tan confuso
De oirte, escucharte y verte,
De oirme, verme y escucharme,
Que, aunque á matarme te ofreces,
No podrás, porque mi vida,
Hecha á prueba de crueles
Fortunas, es inmortal;
Ni podrás, aunque lo intentes,
Darme la muerte, supuesto
Que el dolor no me da muerte;
Que, aunque eres valiente tú,
Es el dolor más valiente.

DON LUIS.

No con razones me venzas,
Sino con obras.

DON MANUEL.

Detente,
Sólo hasta pensar si puedo
Yo, don Luis, satisfacerte.

DON LUIS.

¿Qué satisfacciones hay,

Si así agraviarme pretendes?
Si en el cuarto de esa fiera,
Por esa puerta que tiene
Entras, ¿Hay satisfacciones
A tanto agravio?

DON MANUEL.

Mil veces
Rompa esa espada mi pecho,
Don Luis, si yo eternamente
Supe desta puerta, ó supe
Que paso á otro cuarto tiene.

DON LUIS.

Pues ¿Qué haces aquí encerrado
Sin luz?

DON MANUEL.

[*Ap.* ¿Qué he de responderle?)
Al criado espero.

DON LUIS.

Cuando
Yo te he visto esconder, ¿Quieres
Que mientan mis ojos?

DON MANUEL.

Sí;
Que ellos engaño padecen
Más que otro sentido.

DON LUIS.

Y cuando
Los ojos mientan, ¿Pretendes
Que tambien mienta el oido?

DON MANUEL.

Tambien.

DON LUIS.

Todos, al fin, mienten;
Tú solo dices verdad,
Y eres tú solo el que.....

DON MANUEL.

Tente,
Porque áun ántes que lo digas,
Que lo imagines y pienses,
Te habré quitado la vida;
Y, ya arrestada la suerte,
Primero soy yo. Perdonen
De amistad honrosas leyes.
Y pues ya es fuerza reñir,
Riñamos como se debe.
Parte entre los dos la luz,
Que nos alumbre igualmente;
Cierra después esa puerta,
Por donde entraste imprudente,
Miéntras que yo cierro estotra;
Y agora en el suelo se eche
La llave, para que salga
El que con la vida quede.

DON LUIS.

Yo cerraré la alacena
Por aquí con un bufete,
Porque no puedan abrirla
Por allá, cuando lo intenten.
(*Levanta el bufete, y halla á Cosme.*)

COSME. [*Ap.*]

Descubrióse la tramoya.

DON LUIS.

¿Quién está aquí?

DON MANUEL.

¡Dura suerte
Es la mia!

COSME.

No está nadie.

DON LUIS.

Dime, don Manuel, ¿No es éste
El criado que esperabas?

DON MANUEL.

Ya no es tiempo de hablar éste.
Yo sé que tengo razon;
Crêd de mí lo que quisiereis,
Que, con la espada en la mano,
Sólo ha de vivir quien vence.

DON LUIS.

Ea, pues, reñid los dos.
¿Qué esperais?

DON MANUEL.

Mucho me ofendes,
Si eso presumes de mí.
Pensando estoy qué ha de hacerse
Del criado; porque echarle
Es enviar quien lo cuente,
Y tenerle aquí, ventaja,
Pues es cierto ha de ponerse

A mi lado.

COSME.

No haré tal,
Si ése es el inconveniente.

DON LUIS.

Puerta tiene aquesa alcoba
A ese pequeño retrete;
Ciérrale en él, y estarémos
Así iguales.

DON MANUEL.

Bien adviertes.

COSME.

Para que yo riña, haced
Diligencias tan urgentes;
Que para que yo no riña,
Ocioso cuidado es ése. [*Vase.*]

ESCENA XII.

DON MANUEL. DON LUIS.

DON MANUEL.

Ya estamos solos los dos.

DON LUIS.

Pues nuestro duelo comience. [*Riñen.*]

DON MANUEL.

¡No vi más templado pulso!

DON LUIS.

¡No vi pujanza más fuerte!
[*Desguarnécesele la espada.*]

Sin armas estoy; mi espada
Se desarma y desguarnece.

DON MANUEL.

No es defecto del valor;
De la fortuna accidente
Sí : busca otra espada, pues.

DON LUIS.

Eres cortés y valiente.
(*Ap.* Fortuna, ¿Qué debo hacer
En una ocasion tan fuerte;
Pues cuando el honor me quita
Me da la vida y me vence?
Yo he de buscar ocasion,
Verdadera ó aparente,
Para que pueda, en tal duda,
Pensar lo que debe hacerse.)

DON MANUEL.

¿No vas por la espada?

DON LUIS.

Sí,
Y como á que venga esperes,
Presto volveré con ella.

DON MANUEL.

Presto ó tarde, aquí estoy siempre.

DON LUIS.

Adios, don Manuel, que os guarde.

DON LUIS.

Adios, que con bien os lleve.
[*Vase don Luis.*]

ESCENA XIII.

DON MANUEL. COSME, *encerrado*

DON MANUEL.

Cierro la puerta, y la llave
Quito, porque no se eche
De ver que está gente aquí.
¡Qué confusos pareceres
Mi pensamiento combaten
Y mi discurso revuelven!
¡Qué bien predije que habia
Puerta que paso la hiciese,
Y que era de don Luis dama!
Todo, en efecto, sucede
Como yo lo imaginé.
Mas ¿Cuándo desdichas mienten?

COSME. [*Dentro.*]

¡Ah señor! Por vida tuya,
Que lo que solo estuvieres,
Me eches allá, porque temo
Que venga á buscarme el Duende,
Con sus dares y tomares,
Con sus dimes y diretes,
En un retrete que apénas
Se divisan las paredes.

DON MANUEL.

Yo te abriré, porque estoy
Tan rendido á los desdenes
Del discurso, que no hay

Cosa que más me atormente.
[*Entra don Manuel donde entró Cosme.*]

ESCENA XIV.

DOÑA ÁNGELA, *con manto.* DON JUAN, *que se queda á la puerta del cuarto.* DON MANUEL. COSME, *dentro.*

DON JUAN.

Aquí quedarás, en tanto
Que me informe y me aconseje
De la causa que á estas horas
Te ha sacado de esta suerte
De casa; porque no quiero
Que en tu cuarto, ingrata, entres;
Por informarme sin tí
De lo que á tí te sucede.
(*Ap.* De don Manuel en el cuarto
La dejo, y por si él viniere,
Pondré á la puerta un criado
Que le diga que no éntre.) [*Vase.*]

DOÑA ÁNGELA.

¡Ay infelice de mí!
Unas á otras suceden
Mis desdichas. ¡Muerta soy!
[*Salen don Manuel y Cosme.*]

COSME.

Salgamos presto.

DON MANUEL.

¿Qué temes?

COSME.

Que es Demonio esta mujer,
Y que áun allí no me deje.

DON MANUEL.

Si ya sabemos quién es,
Y en una puerta un bufete
Y en otra la llave está,
¿Por dónde quieres que éntre?

COSME.

Por donde se le antojáre.

DON MANUEL.

Necio estás. [*Ve Cosme á doña Ángela.*]

COSME.

¡Jesus mil veces!

DON MANUEL.

Pues ¿qué es eso?

COSME.

El *verbi gratia*
Encaja aquí lindamente.

DON MANUEL.

¿Eres ilusion ó sombra,
Mujer, que á matarme vienes?
Di, ¿Cómo has entrado aquí?

DOÑA ÁNGELA.

Don Manuel.....

DON MANUEL.

Di.

DOÑA ÁNGELA.

Escucha, atiende.
Llamó don Luis turbado,
Entró atrevido, reportóse osado,
Previnose prudente,
Pensó discreto y resistió valiente;
Miró la casa ciego,
Recorrióla advertido, hallóte, y luégo
Ruido de cuchilladas
Habló, siendo las lenguas las espadas.
Yo, viendo que era fuerza
Que dos hombres cerrados, á quien fuerza
Su valor y su agravio,
Retórico el acero, mudo el labio,
No acaben de otra suerte
Que con sola una vida y una muerte;
Sin ser, vida, ni alma,
Mi casa dejo, y á la oscura calma
De la tiniebla fria,
Pálida imágen de la dicha mia,
A caminar empiezo:
Aquí yerro, allí caigo, aquí tropiezo;
Y, torpes mis sentidos,
Prision hallan de seda mis vestidos.
Sola, triste y turbada,
Llego, de mi discurso mal guiada,
Al umbral de una esfera,
Que fué mi cárcel cuando ser debiera
Mi puerto ó mi sagrado.
Mas ¿Dónde le ha de hallar un desdichado?
Estaba á sus umbrales

(¡Cómo eslabona el cielo nuestros males!)
Don Juan; don Juan, mi hermano.....
Que ya resisto, ya defiendo en vano
Decir quién soy, supuesto
Que el haberlo callado nos ha puesto
En riesgo tan extraño.
¿Quién crêrá que el callarme haya hecho daño,
Siendo mujer? Y es cierto,
Siendo mujer, que por callar me he muerto.
En fin, él esperando
A esta puerta estaba ¡Ay cielo! cuando
Yo á sus umbrales llego,
Hecha volcan de nieve, Alpe de fuego.
Él, á la luz escasa
Con que la luna mansamente abrasa,
Vió brillar los adornos de mi pecho
(No es la primer traicion que nos han hecho)
Y escuchó de las ropas el ruido
(No es la primera que nos han vendido).
Pensó que era su dama,
Y llegó, mariposa de su llama,
Para abrasarse en ella,
Y hallóme á mí por sombra de su estrella.
¿Quién de un Galan creyera
Que, buscando sus celos, conociera
Tan contrarios los cielos,
Que ya se contentára con sus celos?
Quiso hablarme, y no pudo,
Que siempre ha sido el sentimiento mudo;
En fin, en tristes voces,
Que mal formadas anegó veloces
Desde la lengua al labio,

La causa solicita de su agravio.
Yo responderle intento
(Ya he dicho cómo es mudo el sentimiento),
Y aunque quise, no pude;
Que mal al miedo la razon acude,
Si bien busqué colores á mi culpa;
Mas cuando anda á buscarse la disculpa,
O tarde ó nunca llega;
Mas el delito afirma que le niega.
«Vén, dijo, hermana fiera,
De nuestro antiguo honor mancha primera;
Dejaréte encerrada
Donde segura estés y retirada,
Hasta que, cuerdo y sabio,
De la ocasion me informe de mi agravio.»
Entré donde los cielos
Mejoraron, con verte, mis desvelos.
Por haberte querido,
Fingida sombra de mi casa he sido;
Por haberte estimado,
Sepulcro vivo fuí de mi cuidado;
Porque no te quisiera
Quien el respeto á tu valor perdiera;
Porque no te estimára
Quien su pasion dijera cara á cara.
Mi intento fué el quererte,
Mi fin amarte, mi temor perderte,
Mi miedo asegurarte,
Mi vida obedecerte, mi alma hallarte,
Mi deseo servirte,
Y mi llanto, en efecto, persuadirte
Que mi daño repares,

Que me valgas, me ayudes y me ampares.

DON MANUEL.

(*Ap.* Hidras parecen las desdichas mias,
Al renacer de sus cenizas frias.
¿Qué haré, en tan ciego abismo,
Humano laberinto de mí mismo?
Hermana es de don Luis, cuando creia
Que era su dama. Si tanto (¡ay Dios!) sentia
Ofenderle en el gusto,
¿Qué será en el honor? ¡Tormento injusto!
Su hermana es: si pretendo
Librarla, y con mi sangre la defiendo,
Remitiendo á mi acero su disculpa,
Es ya mayor mi culpa,
Pues es decir que he sido
Traidor, y que á su casa he ofendido,
Pues en ella me halla.
Pues querer disculparme con culpalla,
Es decir que ella tiene
La culpa, y á mi honor no le conviene.
Pues ¿Qué es lo que pretendo,
Si es hacerme traidor si la defiendo;
Si la dejo, villano;
Si la guardo, mal huésped; inhumano,
Si á su hermano la entrego?
Soy mal amigo si á guardarla llego;
Ingrato, si la libro, á un noble trato;
Si no la libro, á un noble amor ingrato.
Pues de cualquier manera
Mal puesto he de quedar, matando muera.)
No receles, señora; [*A doña Ángela.*]

Noble soy, y conmigo estás agora.

[Llaman á la puerta.]

COSME.

Que llaman, señor.

DON MANUEL.

Don Luis

Será, que fué por espada.

Abre, pues.

DOÑA ÁNGELA.

¡Ay de mí triste!

Mi hermano es.

DON MANUEL.

No temas nada,

Pues mi valor te defiende.

Ponte luégo á mis espaldas.

[Pónese doña Ángela detrás de don Manuel, y abre la puerta Cosme.]

ESCENA XV.

DON LUIS. DOÑA ÁNGELA. DON MANUEL. COSME.

DON LUIS.

Ya vuelvo.—Pero ¿qué miro?

¡Traidora!.....

[Ve á doña Ángela y saca la espada.]

DON MANUEL.

Tened la espada,

Señor don Luis. Yo os he estado

Esperando en esta sala

Desde que os fuisteis; y aquí
(Sin saber cómo) esta dama
Entró, que es hermana vuestra,
Segun dice; que palabra
Os doy, como caballero,
Que no la conozco; y basta
Decir que engañado pude,
Sin saber á quién, hablarla.
Yo la he de poner en salvo
A riesgo de vida y alma:
De suerte que nuestro duelo,
Que habia á puerta cerrada
De acabarse entre los dos,
A ser escándalo pasa.
En habiéndola librado,
Yo volveré á la demanda
De nuestra pendencia; y pues
En quien sustenta su fama,
Espada y honor han sido
Armas de más importancia,
Dejadme ir vos por honor,
Pues yo os dejé ir por espada.

DON LUIS.

Yo fuí por ella; mas sólo
Para volver á postrarla
A vuestros piés; y cumpliendo
Con la obligacion pasada
En que entónces me pusisteis,
Pues que me dais nueva causa,
Puedo ya reñir de nuevo.
Esa mujer es mi hermana:

No la ha de llevar ninguno,
A mis ojos, de su casa,
Sin ser su marido; así,
Si os empeñais á llevarla,
Con la mano podrá ser;
Pues con aquesa palabra
Podeis llevarla, y volver,
Si quereis, á la demanda.

DON MANUEL.

Volveré; pero, advertido
De tu prudencia y constancia,
A sólo echarme á esos piés.

DON LUIS.

Alza del suelo, levanta.

DON MANUEL.

Y para cumplir mejor
Con la obligacion jurada,
A tu hermana doy la mano.

ESCENA XVI.

DOÑA BEATRIZ. ISABEL. DON JUAN. Dichos.

DON JUAN.

Si solo el padrino falta,
Aquí estoy yo, que viniendo
Adonde dejé á mi hermana,
El oiros me detuvo
No salir á las desgracias,
Como he salido á los gustos.

DOÑA BEATRIZ.

Y pues con ellos se acaban,

No se acaben sin terceros.

DON JUAN.

¿Pues tú, Beatriz, en mi casa?

DOÑA BEATRIZ.

Nunca salí della; luégo
Te podré decir la causa.

DON JUAN.

Logremos esta ocasion,
Pues tan á voces nos llama.

COSME.

¡Gracias á Dios, que ya el Duende
Se declaró! — Dime, ¿Estaba
Borracho? [*A don Manuel.*]

DON MANUEL.

Si no lo estás,
Hoy con Isabel te casas.

COSME.

Para estarlo fuera eso;
Mas no puedo.

ISABEL.

¿Por qué causa?

COSME.

Por no malograr el tiempo
Que en estas cosas se gasta,
Pudiéndolo aprovechar
En pedir de nuestras faltas
Perdon; y humilde el autor
Os le pide á vuestras plantas.



ANÁLISIS

DE

LA DAMA DUENDE.

Hermana gemela de *Casa con dos puertas*, esta comedia atesora tantas bellezas como aquélla, y algunas más á nuestro juicio, no obstante la censura que de sus más notables defectos hizo el Sr. Lista (1), con cuyo ilustradísimo parecer estamos generalmente de acuerdo, así en lo favorable como en lo adverso.

La Dama Duende, en efecto, es una incontestable prueba de que « Calderon fué el primero de nuestros dramáticos antiguos, que enseñó á sacar todo el partido posible de la fábula y á subordinar los incidentes y escenas al enlace de la pieza », como dice el inolvidable maestro á quien citamos, ó más bien aquí vamos copiando.

« Una alacena (prosigue el Sr. Lista), que ocupada por vidrios, corta la comunicacion entre dos habitaciones, es la que forma la intriga de esta comedia ; y de este primer supuesto ha sabido el autor deducir toda la serie de acontecimientos, ya cómicos, ya extraordinarios, que componen la fábula hasta el fin. »

---

(1) Juicio de D. Alberto Lista, publicado en el tomo VII del *Censor*, revista político-literaria que daba á luz, en 1821, D. Leon Amarita, y citado por el Sr. Hartzenbusch.

Así es la verdad: de tan sencillo y natural arbitrio, como el de colocar una alacena delante de una puerta para ocultarla, sólo el ingenio de Calderon podia haber sacado tanto y tan buen partido; pero hay, además, que hacerle la justicia de confesar que lo consiguió á fuerza de arte, preparando muy atentamente todos los lances, y justificando con grande esmero las situaciones todas, á fin de que todo tambien aparezca, no sólo verosímil, sino natural y lógico en su drama.

La amistad entre D. Manuel y D. Juan, bellísimamente explicada en la relacion del primero, que empieza con estos versos:

> Don Juan de Toledo es, Cosme,
> El hombre que más profesa
> Mi amistad, etc. (1),

hace inevitable, por decirlo así, la hospitalidad que á su antiguo capitan ofrece el hermano de doña Ángela, dama jóven, bella, viuda, y que por serlo de un administrador de rentas marítimas, que murió debiendo al Real Tesoro muy crecidas sumas, tiene que vivir en la Córte tan retirada, *que apénas sepa el sol dónde* se ve oculta, esperando así componer mejor sus deudas (2).

La reclusion, pues, de doña Angela tiene doble razon de ser que la de Marcela, en *Casa con dos puertas*; y como si eso no bastara, todavía Calderon quiso aumentarse los obstáculos, dándole á la Dama, no uno, sino dos hermanos, y dos hermanos en amor rivales, en lo demas no muy bien avenidos, y que ambos la guardan como á porfía.

Permítasenos hacer aquí una observacion, que no hemos hallado escrita en ninguno de los análisis que conocemos de esta comedia; habiéndose limitado, en general, los crí-

---

(1) Jornada primera, escena primera.

(2) Jornada primera, escena VI.

ticos á considerarla puramente bajo su aspecto literario, y prescindido de otro mucho más importante, á nuestro juicio, en obras de tal género, á saber: su mérito como cuadro de las costumbres y de la manera de ser de la sociedad, en la época respectiva.

Desde ese punto de vista mirada, la *Dama Duende* acredita que Calderon, muy desde los principios de su carrera dramática, se mostró ya profundo y filosófico observador de la sociedad en que vivia; porque, en efecto, si bien episódica y al parecer superficialmente, están los caractéres más culminantes de la constitucion de la familia en aquel tiempo, de mano maestra bosquejados, en las relaciones de doña Ángela y D. Luis con su hermamo mayor D. Juan de Toledo.

Representante de su casa y linaje, el último nombrado, es, por ende, tambien el dueño de la hacienda, y el señor de quien todos dependen: tal era la regla general entónces, en virtud del derecho de primogenitura, en la corona de Aragon, y muy especialmente en Cataluña, base del derecho civil, y en Castilla, aunque no tan universal, de sobra extendido por el sinnúmero de vinculaciones y de mayorazgos, que ya en el siglo XVII comenzaban á hacer sentir sus efectos económicos y sociales de tal manera, que no podia ménos de llamar la atencion de los hombres observadores, así jurisconsultos como políticos, ó meramente filósofos.

Shakespeare, en Inglaterra, donde, hoy todavía, hay vinculaciones y mayorazgos, que monopolizan la propiedad en muy limitado número de manos, tronó contra el derecho de primogenitura en su excelente drama titulado *As you like it* (como os place) (1); y Lopé de Vega, entre nosotros, ha-

---

(1) La exposicion de ese drama comienza de la manera siguiente: «Escena primera.— Un huerto á la inmediacion de la casa de sir *Oliverio*,

bia ya de propósito, y con miras muy liberales por cierto, tratado el mismo asunto en sus *Flores de D. Juan*, comedia que tenemos por una de las mejores y más intencionadas del Fénix de los ingenios (1).

---

primogénito y heredero de sir *Rolando de Bois*.—Aparecen *Orlando* (hijo tercero del mismo sir Rolando) y *Adan*, criado de Oliverio.

« *Oliverio*.—Segun recuerdo, Adan, lo que por testamento me ha dejado mi padre es un miserable millar de coronas (*); y segun tú dices, encargó á mi hermano, so pena de su maldicion (**), que me criára con esmero. Aquí comienzan mis penas.—A mi hermano Jacobo le tiene en la escuela, y la fama encarece magníficamente su aprovechamiento; miéntras que á mí me *mantiene* en casa, ó para hablar con más propiedad, me *tiene*, pero *no me mantiene*, en casa; porque no creo que llames *mantener* á un hidalgo de mi cuna, tratarle como á un buey en el establo. Mejor tratados están sus caballos; porque, ademas de alimentarlos para que engorden, les dan escuela en el picadero, á costa de pagar muy bien á los picadores; pero yo, que soy su hermano, todo lo que debo á su tutela es la libertad de crecer, beneficio á que igualmente le son deudores los animales que se alimentan de estiércol en sus corrales. Miéntras así con la nada me favorece, su proceder conmigo parece que me priva de lo poco que á la naturaleza debo. Háceme comer con sus lacayos, privándome del lugar que, como á su hermano, me corresponde; y en cuanto puede, con la educacion degrada mi nobleza. Esto, Adan, es lo que me aflige; y el espíritu de mi padre, que en mí alienta, si no me engaño, comienza á rebelarse contra tal esclavitud. No quiero sufrirla más, aunque todavía no conozco medio oportuno y prudente para quebrantarla.»

Así escribia el gran poeta inglés, el año postrero del siglo XV.

(1) Hace muchos años que de esa manera pensamos respecto á *las Flores de D. Juan*, y bastantes ya que la refundimos para el teatro del Príncipe, donde fué representada con aplauso; mas lo que en esta nota nos proponemos, limítase á fundar lo dicho en el texto, para lo cual nos basta copiar los siguientes versos de la escena V de su jornada primera, ad-

(*) Unos mil doscientos pesos fuertes de nuestra moneda.

(**) Traduciendo literalmente, debiéramos decir: so pena de perder su bendicion.

En *La Dama Duende*, ya lo hemos dicho, tan importante cuestion sólo se trata incidentalmente y como de paso; pero son tanto más de notar el hecho de tratarse, y la ma-

---

virtiendo que el interlocutor de D. Juan es, en ella, Otavio, el mayordomo de su primogénito D. Alonso. Dice así:

DON JUAN (*vestido de bayeta*).

Quisiera, señor Otavio,
Que para vestir me deis;
Que ando agora..... ¡Ya me veis!
Y es de don Alonso agravio
Que salga un hermano suyo
Tal, en dia de San Juan;
Que, yo pobre y él galan,
Lo que han de decir arguyo
De verle y de verme á mí;
Que, para tanta riqueza
Es notable la pobreza
En que me trae.

OTAVIO.

Es ansí;
Pero *él* me tiene ordenado
Que, áun para *medias*, no os dé
Sin avisarle.

DON JUAN.

¿Por qué?
¿Soy algun bastardo, echado
A la puerta de su casa?
¿Soy falto de entendimiento?
¿Soy falto de fundamento?
¿Deshónrolo yo?

OTAVIO.

Esto pasa
. . . .
Esto, don Juan, me mandó.

DON JUAN.

¡Pues ya es mucha crueldad!
Tan buen padre y madre fueron
Los que esta sangre me dieron,
Como á él la suya.

nera en que se hace, cuanto que Calderon ni era un cómico inglés, por su profesion naturalmente enemigo de las clases

---

OTAVIO.

Es verdad;
Pero áun hay causas más grandes.
Quisiera (y fuera mejor),
Don Alonso, mi señor,
Que os fuérades vos á Flándes,
Donde, *al cabo de seis años*,
El Rey un hábito os diera.

DON JUAN.

No me hableis de esa manera.

OTAVIO.

Allá, en los reinos extraños,
No están *los segundos* mal;
Sí en la patria, pues nacieron
Después.

DON JUAN.

¿Los primeros fueron
De sangre más natural,
Para que *sean los reyes*,
Y sus esclavos los otros?

OTAVIO.

No lo juzguemos nosotros;
Eso disponen las leyes.

Y en efecto, eso disponian, eso siguieron disponiendo hasta nuestros dias mismos, en España.

Merece notarse, y habrálo sin duda el lector ya advertido, lo singular de la identidad del pensamiento, y áun la gran semejanza en su expresion, que se echa de ver en el fragmento de Shakespeare, traducido en la nota anterior, y la escena de Lope de Vega, en ésta copiada. El poeta de la Reina Isabel, cabeza y alma entónces de la liga Protestante, y el de Felipe III, monarca católico por excelencia; aquél comediante, éste probablemente entónces familiar de algun prócer, como lo fué más tarde del Santo Oficio: ven ó más bien sienten de la misma manera, y á un tiempo mismo, en cuanto á la cuestion del derecho de primogenitura. Ambos se adelantan á su siglo, y ambos abogan por una revolucion que, en España habia de tardar mucho más de doscientos años en verificarse, y en Inglaterra, en ese punto, todavía no se ha verificado.

privilegiadas, como Shakespeare; ni un poeta como Lope, pura y simplemente tal, y, por tanto, dejándose ir dócilmente á impulsos de la inspiracion y del sentimiento, sino, aunque autor dramático, un caballero muy preciado de serlo, un gran *conservador*, como hoy diriamos, y un apóstol ferviente de la nobleza y de la aristocracia, instituciones cuya existencia no cabe en lo posible, si no estriban en las vinculaciones y mayorazgos, que, monopolizando la propiedad, perpetúan la riqueza, y por tanto el esplendor y poderío de ciertas familias, si bien tal vez á expensas del pró comun, y con perjuicio evidente de los naturales derechos de todos los hijos, ménos él favorecido primogénito.

Así Calderon, arrastrado, sin comprenderlo acaso él mismo, por la fuerza del sentimiento y la evidencia de los hechos, pone en boca de D. Luis la protesta; pero, en cambio, hace á doña Ángela intérprete de la resignacion con que, á su juicio, debian los *segundones* someterse á su mala suerte (1), procurando con la sumision captarse la benevolencia del privilegiado hermano, de quien dependian. Predica, sin embargo, en desierto la bella viuda: durante todo el drama D. Luis está en declarada hostilidad con su hermano, cuya dama galantea tan sin escrúpulos como con poca fortuna; y censura, hasta en conversacion con su criado, la conducta del jefe de la familia, en quien no acierta á ver más que un tirano.—¡Cuánta verdad, cuán improbo y aprovechado estudio del estado social, se revelan en la figura episódica de ese hermano segundo!

Pero, volviendo á nuestra comedia, además de estar en ella más justificada la reclusion de la Dama que en la de *Casa con dos puertas*, quiso Calderon tambien que doña Ángela tuviese más razon, ó ménos culpa si se quiere, al entablar sus relaciones con D. Manuel, que Marcela en las suyas con Lisardo, haciéndola encontrarse con él fortuita-

(1) Jornada primera, escena VIII.

mente, y deberle un gran servicio, y costarle una herida (1), ántes de que uno y otro se conociesen; y no salirle voluntariamente al encuentro. A mayor abundamiento, doña Ángela es una viuda jóven, por efecto de las circunstancias obligada á solitaria tristísima vida; por lo cual es poco de extrañar, y no digno de muy severa censura, que la pobre mujer, acogiéndose alguna vez al manto, salga de incógnito con su criada á ver gentes y solazarse, sobre todo cuando ocurren fiestas como las del bautizo de un príncipe de Astúrias, tan deseado cual lo fué D. Baltasar Cárlos. Al protio tiempo, su viudez misma legitima la vigilancia que sobre ella ejercen sus hermanos; porque, como donosa y discretamente lo dice su propia criada Isabel, en las mujeres tal *estado*

Es el más ocasionado
A delitos amorosos (2).

Sentadas tales premisas, el resto de la fábula no es ménos lógico que ingenioso: doña Ángela se prenda de un hombre galan, en buena posicion social, discreto, valiente, de quien ha oido siempre hablar bien, y á quien debe un servicio tan caballeresco como importante; la *alacena*, con gran talento utilizada, sirve á darles un colorido suavemente maravilloso á todos los incidentes del drama; los lances y peripécias ocurren sencilla y naturalmente, sin dejar de ser sorprendentes; y el espectador, aunque confidente del secreto, participa, sin poder evitarlo, si no del supersticioso miedo de Cosme, sí, hasta cierto punto, de las dudas y perplejidades del despreocupado Galan, á quien doña Ángela tiene arte para enamorar, sin dejarse ver apénas.

Los episódicos amores de doña Beatriz con D. Juan, y la rivalidad entre ese y su hermano D. Luis, están sobriamente tratados, y contribuyen, además, tanto al enredo como

(1) Jornada primera, escena II.
(2) Jornada primera, escena VII.

al desenlace de la comedia, cuya accion es verdaderamente una, y siempre á su fin camina desembarazadamente.

Bien trazadas están, en lo que respectivamente cabe, todas las figuras de *La Dama Duende*, pero descuellan, como es natural, entre todas ellas, las de doña Ángela, D. Manuel y Cosme, uno de los mejores Graciosos del teatro de Calderon.—Verdadero tipo de la credulidad popular de su época, y suma de cuanta ingeniosa truhanería puede concederse á un lacayo favorito, Cosme, siempre en contraste con su amo, realza á un tiempo los bien delineados y severos contornos del retrato de aquel cumplido caballero, y le da ocasion para que, sin violencia, exponga doctrinas, que en nuestros dias son las de toda persona medianamente ilustrada, por muy piadosa que sea ; pero que, hace dos siglos, suponian no poca fortaleza de espíritu para profesarlas, y sobre todo, para profesarlas en público.

Bajo ese aspecto considerada, *La Dama Duende* es una comedia, para su época, de gran trascendencia moral y filosófica; porque es preciso tener muy presente que, por delito de brujería, se mandaban en aquel tiempo muchas gentes á Galeras y áun á la horca y al fuego, y que, al fin del siglo XVII mismo, habia de darse el inolvidable escándalo que en *El Hechizado por fuerza* ridiculizó Zamora.

Calderon, pues, combatiendo resuelta y desembozadamente contra la credulidad supersticiosa de sus contemporáneos, primero en esta comedia, y muy señaladamente en su célebre diálogo de la escena final de la jornada primera, y luégo con no ménos vigor en *El Galan fantasma*, acreditóse, como hemos dicho, de hombre superior á su época, incapaz de capitular con su conciencia, y no ménos ilustrado que ortodoxo y sincero en sus creencias.

Con fundamento, á nuestro parecer, censura el Sr. Lista la presencia (fácil de evitar, si el autor quisiera) de los hermanos de doña Ángela en la penúltima escena de la jornada primera; porque, en efecto, cuando Cosme se queja

de que el dinero de sus sisas se le ha transformado en carbones, no se concibe que ni á D. Juan, ni al receloso Don Luis, no se les ocurra sospechar que doña Angela ó alguna de sus criadas, aprovechándose de la alacena, sean autoras de aquella, para el Gracioso, pesada burla.

Quizá no tiene tanta razon el gran maestro cuando sin piedad condena el arbitrio de que D. Luis, en la escena XIV de la jornada II, escuche al paño lo que hablan doña Ángela y doña Beatriz, y aunque comprendiendo mal la conversacion, se sirva de ella para precipitar luégo el desenlace en la escena IX de la jornada III.—Verdad es que eso de escuchar tras de las puertas, se mira hoy con más justa repugnancia que, al parecer, se miraba allá en los siglos XVI y XVII, avezados por la Inquisicion, como profundamente lo observa el Sr. Lista, á «considerar como un deber el antimoral principio de la pesquisa y de la delacion hasta del pensamiento mismo.» Verdad tambien que el acecho es una *vileza* de la misma especie que la interceptacion de las cartas; y verdad, por último, que es pobre y mezquino recurso dramático el de aparecer un personaje, *sin motivo*, al paño, para escuchar lo que se dice en escena; pero se nos figura que el sabio crítico olvidó que D. Luis no vá *sin motivo* al cuarto de su hermana, y tampoco sin él se detiene en los umbrales de aquel recinto. Obstinado en el amor á doña Beatriz, que primero le ha dicho en la calle, tan cortés como terminantemente:

> Señor don Luis, ya sabeis
> Que estimo vuestras finezas,
> . . . .
> Pero no puedo pagarlas (1);

y que luégo, hallándola él en el cuarto de su hermana, y

(1) Jornada primera, escena V.

preguntándola por qué quiere ausentarse, le contesta sin rodeos:

> Sólo porque vos llegasteis (1);

D. Luis ronda sin cesar el sitio donde cree que se encuentra su ingrata, no pudiendo resistir al deseo de verla, y no osando, al mismo tiempo, afrontar cara á cara sus desdenes. Él mismo, al aparecer en la escena censurada, lo dice con harta claridad, en estos versos:

> ¡Oh cielos! ¡Quién pudiera
> Disimular su afecto! ¡Quién pusiera
> Límite al pensamiento,
> Freno á la voz y ley al sentimiento!
> Pero, ya que conmigo
> Tan poco puedo, que esto no consigo,
> *Desde aquí* he de ensayarme
> Á vencer mi pasion y reportarme.

Parécenos, por tanto, que el arbitrio, en general con sobra de justicia de condenado, merece en la ocasion presente más indulgencia de la que halló en el Sr. Lista, á quien, en cambio, damos la razon muy por completo, en su censura del cuento del Pastor y el Diablo (2), que tiene un sabor á *cuerpo de guardia* de sobra picante, áun para paladares á las gracias que en tal sitio se condimentan muy habituados.

En resúmen: *La Dama Duende*, á pesar de sus defectos, nos parece la mejor comedia de capa y espada de las de Calderon, si bien se resiente de estar escrita por un soldado, y por consiguiente con más espontaneidad que correccion; porque, en verdad, y concluirémos como empezamos, copiando á nuestro venerado maestro: «Su versificacion

---

(1) Jornada II, escena IV.

(2) Jornada III, escena VIII.

en lo general es floja, el diálogo ménos noble y urbano que en otras piezas, y el estilo se acerca más á la sencillez de Lope y á la osadía de Tirso de Molina, aunque siempre se deja conocer en él el carácter caballeresco que imprimió Calderon á la comedia española.»—P. E.

LA VIDA ES SUEÑO.



LA VIDA ES SUEÑO.

PERSONAS.

BASILIO, *Rey de Polonia.*
SEGISMUNDO, *Príncipe.*
ASTOLFO, *Duque de Moscovia.*
CLOTALDO, *viejo.*
CLARIN, *gracioso.*
ESTRELLA, *Infanta.*
ROSAURA, *Dama.*

SOLDADOS.
GUARDAS.
MÚSICOS.
ACOMPAÑAMIENTO.
CRIADOS.
DAMAS.

La escena es en la córte de Polonia, en una fortaleza poco distante, y en el campo.

JORNADA PRIMERA.

A un lado monte fragoso, y al otro una torre, cuya planta baja sirve de prision á Segismundo. La puerta, que da frente al espectador, está entreabierta. La accion principia al anochecer.

ESCENA PRIMERA.

ROSAURA. CLARIN.

[*Rosaura, vestida de hombre, aparece en lo alto de las peñas, y baja á lo llano; tras ella viene Clarin.*]

ROSAURA.

Hipogrifo violento,
Que corriste parejas con el viento,
¿Dónde, rayo sin llama,
Pájaro sin matiz, pez sin escama,
Y bruto sin instinto

Natural, al confuso laberinto
Destas desnudas peñas,
Te desbocas, arrastras y despeñas?
Quédate en este monte,
Donde tengan los brutos su Faetonte;
Que yo, sin más camino
Que el que me dan las leyes del Destino,
Ciega y desesperada,
Bajaré la aspereza enmarañada
Deste monte eminente,
Que arruga al sol el ceño de su frente.
Mal, Polonia, recibes
Á un extranjero, pues con sangre escribes
Su entrada en tus arenas,
Y apénas llega, cuando llega á penas.
Bien mi suerte lo dice;
Mas ¿Dónde halló piedad un infelice?

CLARIN.

Di dos, y no me dejes
En la posada á mí cuando te quejes;
Que si dos hemos sido
Los que de nuestra patria hemos salido
Á probar aventuras,
Dos los que, entre desdichas y locuras,
Aquí habemos llegado,
Y dos los que del monte hemos rodado:
¿No es razon que yo sienta
Meterme en el pesar, y no en la cuenta?

ROSAURA.

No te quiero dar parte
En mis quejas, Clarin, por no quitarte,

Llorando tu desvelo,
El derecho que tienes tú al consuelo.
Que tanto gusto habia
En quejarse, un filósofo decia,
Que, á trueco de quejarse,
Habian las desdichas de buscarse.

CLARIN.

El filósofo era
Un borracho barbon: ¡ Oh! ¡ Quién le diera
Más de mil bofetadas!
Quejárase después de muy bien dadas.
Mas ¿Qué harémos, señora,
A pié, solos, perdidos y á esta hora,
En un desierto monte,
Cuando se parte el sol á otro horizonte?

ROSAURA.

¡Quién ha visto sucesos tan extraños!
Mas, si la vista no padece engaños
Que hace la fantasía,
A la medrosa luz que áun tiene el dia,
Me parece que veo
Un edificio.

CLARIN.

O miente mi deseo,
O termino las señas.

ROSAURA.

Rústico nace, entre desnudas peñas,
Un palacio tan breve,
Que al sol apénas á mirar se atreve.
Con tan rudo artificio

La arquitectura está de su edificio,
Que parece, á las plantas
De tantas rocas y de peñas tantas
Que al sol tocan la lumbre,
Peñasco que ha rodado de la cumbre.

CLARIN.

Vámonos acercando;
Que éste es mucho mirar, señora, cuando
Es mejor que la gente
Que habita en ella, generosamente
Nos admita.

ROSAURA.

La puerta
(Mejor diré funesta boca) abierta
Está, y desde su centro
Nace la noche, pues la engendra dentro.
[*Suenan dentro cadenas.*]

CLARIN.

¡Qué es lo que escucho, cielos!

ROSAURA.

Inmóvil bulto soy de fuego y hielo.

CLARIN.

¿Cadenita hay que suena?
Mátenme, si no es galeote en pena:
Bien mi temor lo dice.

ESCENA II.

SEGISMUNDO, *en la torre.* ROSAURA. CLARIN.

SEGISMUNDO. [*Dentro.*]

¡Ay mísero de mí, ay infelice!

ROSAURA.

¡Qué triste voz escucho!
Con nuevas penas y tormentos lucho.

CLARIN.

Yo con nuevos temores.

ROSAURA.

Clarin...

CLARIN.

Señora...

ROSAURA.

Huyamos los rigores
Desta encantada torre.

CLARIN.

Yo áun no tengo
Animo para huir, cuando á eso vengo.

ROSAURA.

¿No es breve luz aquella
Caduca exhalacion, pálida estrella,
Que en trémulos desmayos,
Pulsando ardores y latiendo rayos,
Hace más tenebrosa
La oscura habitacion con luz dudosa?
Sí, pues á sus reflejos
Puedo determinar (aunque de léjos)
Una prision oscura,
Que es de un vivo cadáver sepultura;
Y, porque más me asombre,
En el traje de fiera yace un hombre,
De prisiones cargado,

Y sólo de una luz acompañado.
Pues huir no podemos,
Desde aquí sus desdichas escuchemos :
Sepamos lo que dice.

[*Ábrense las hojas de la puerta, y descúbrese Segismundo, con una cadena y vestido de pieles. Hay luz en la torre.*]

SEGISMUNDO.

¡Ay mísero de mí! ¡Ay infelice!
Apurar, cielos, pretendo,
Ya que me tratais así,
Qué delito cometí,
Contra vosotros, naciendo;
Aunque si nací, ya entiendo
Qué delito he cometido :
Bastante causa ha tenido
Vuestra justicia y rigor;
Pues el delito mayor
Del hombre es haber nacido.
Sólo quisiera saber,
Para apurar mis desvelos
(Dejando á una parte, cielos,
El delito de nacer),
¿Qué más os pude ofender
Para castigarme más?
¿No nacieron los demas?
Pues si los demas nacieron,
¿Qué privilegios tuvieron,
Que yo no gocé jamas?
Nace el ave, y con las galas
Que la dan belleza suma,
Apénas es flor de pluma

O ramillete con alas,
Cuando las etéreas alas (1)
Corta con velocidad,
Negándose á la piedad
Del nido, que deja en calma:
¿Y teniendo yo más alma,
Tengo menos libertad?
Nace el bruto, y con la piel
Que dibujan manchas bellas,
Apénas signo es de estrellas
(Gracias al docto pincel),
Cuando, atrevido y cruel,
La humana (2) necesidad
Le enseña á tener crueldad,
Monstruo de su laberinto;
¿Y yo, con mejor instinto:
Tengo menos libertad?
Nace el pez, que no respira,
Aborto de ovas y lamas;

---

(1) Tal como se lee este pasaje en la coleccion de Rivadeneyra (que nos sirve de texto), confesamos francamente no entenderlo. ¿De quién son las *etéreas alas* (si *alas* dice) que el ave *corta*, y para qué las corta? Las propias no pueden ser, porque las aves no las tienen *etéreas;* y dado que las tuviesen, no sería el *cortárselas* buen medio de apartarse de su nido.—Debe, por consiguiente, á nuestro juicio, leerse:

Cuando las etéreas *salas*
Corta con velocidad,

en cuyo caso ya se entiende el pensamiento del autor, por más que no sea ni poético ni de buen gusto, llamar *etéreas salas* á los ámbitos de la atmósfera.

(2) Natural.

Y, apénas bajel de escamas
Sobre las ondas se mira,
Cuando á todas partes gira,
Midiendo la inmensidad
De tanta capacidad
Como le da el centro frio:
¿Y yo, con más albedrío,
Tengo menos libertad?
Nace el arroyo, culebra
Que entre flores se desata;
Y, apénas, sierpe de plata,
Entre las flores se quiebra,
Cuando, músico, celebra
De las flores la piedad,
Que le da la majestad
Del campo abierto á su huida:
¿Y, teniendo yo más vida,
Tengo menos libertad?
¡En llegando á esta pasion,
Un volcan, un Etna hecho,
Quisiera arrancar del pecho
Pedazos del corazon!
¿Qué ley, justicia ó razon,
Negar á los hombres sabe
Privilegio tan süave,
Excepcion tan principal,
Que Dios le ha dado á un cristal,
A un pez, á un bruto y á un ave?

ROSAURA.

Temor y piedad, en mí,
Sus razones han causado.

SEGISMUNDO.

¿Quién mis voces ha escuchado?
¿Es Clotaldo?

CLARIN. [*Ap. á su ama.*]

Di que sí.

ROSAURA.

No es sino un triste (¡Ay de mí!),
Que en estas bóvedas frias
Oyó tus melancolías.

SEGISMUNDO.

Pues muerte aquí te daré,
Porque no sepas que sé [*Ásela.*]
Que sabes flaquezas mias.
Sólo porque me has oido,
Entre mis membrudos brazos
Te tengo de hacer pedazos.

CLARIN.

Yo soy sordo y no he podido
Escucharte.

ROSAURA.

Si has nacido
Humano, baste el postrarme
A tus piés para librarme.

SEGISMUNDO.

Tu voz pudo enternecerme,
Tu presencia suspenderme,
Y tu respeto turbarme.
¿Quién eres? Que aunque yo aquí
Tan poco del mundo sé,

Que cuna y sepulcro fué
Esta torre para mí,
Y aunque desde que nací
(Si esto es nacer) sólo advierto
Este rústico desierto,
Donde miserable vivo,
Siendo un esqueleto vivo,
Siendo un animado muerto;
Y aunque nunca vi ni hablé
Sino á un hombre solamente,
Que aquí mis desdichas siente,
Por quien las noticias sé
De cielo y tierra; y aunqué
Aquí, porque más te asombres
Y monstruo humano me nombres,
Entre asombros y quimeras,
Soy un hombre de las fieras,
Y una fiera de los hombres;
Y aunque, en desdichas tan graves,
La política he estudiado,
De los brutos enseñado,
Advertido de las aves,
Y de los astros süaves
Los círculos he medido:
Tú solo, tú, has suspendido
La pasion á mis enojos,
La suspension á mis ojos,
La admiracion á mi oido.
Con cada vez que te veo
Nueva admiracion me das,
Y cuando te miro más,
Aun más mirarte deseo.

Ojos hidrópicos, creo
Que mis ojos deben ser;
Pues cuando es muerte el beber,
Beben más; y desta suerte,
Viendo que el ver me da muerte,
Estoy muriendo por ver.
Pero véate yo y muera;
Que no sé, rendido ya,
Si el verte muerte me da,
El no verte qué me diera.
Fuera, más que muerte fiera,
Ira, rabia y dolor fuerte;
Fuera muerte: desta suerte
Su rigor he ponderado,
Pues dar vida á un desdichado
Es dar á un dichoso muerte.

ROSAURA.

Con asombro de mirarte,
Con admiracion de oirte,
Ni sé qué pueda decirte,
Ni qué pueda preguntarte:
Sólo diré que á esta parte
Hoy el cielo me ha guiado
Para haberme consolado,
Si consuelo puede ser
Del que es desdichado, ver
Otro que es más desdichado.
Cuentan de un sabio, que un dia
Tan pobre y mísero estaba,
Que sólo se sustentaba
De unas yerbas que cogia.

¿Habrá otro (entre sí decia)
Más pobre y triste que yo?
Y cuando el rostro volvió,
Halló la respuesta, viendo
Que iba otro sabio cogiendo
Las hojas que él arrojó.
Quejoso de la fortuna,
Yo en este mundo vivia,
Y, cuando entre mí decia:
¿Habrá otra persona alguna
De suerte más importuna?
Piadoso me has respondido;
Pues, volviendo en mi sentido,
Hallo que las penas mias,
Para hacerlas tú alegrías,
Las hubieras recogido.
Y, por si acaso mis penas
Pueden en algo aliviarte,
Oyelas atento, y toma
Las que de ellas me sobráren.
Yo soy...

ESCENA III.

CLOTALDO. SOLDADOS. SEGISMUNDO. ROSAURA. CLARIN.

CLOTALDO. [*Dentro.*]

Guardas desta torre,
Que, dormidas ó cobardes,
Disteis paso á dos personas
Que han quebrantado la cárcel...

ROSAURA.

Nueva confusion padezco.

SEGISMUNDO.

Este es Clotaldo, mi alcaide.
¿Aun no acaban mis desdichas?

CLOTALDO. [*Dentro.*]

Acudid, y vigilantes,
Sin que puedan defenderse,
O prendedles ó matadles (1).

VOCES. [*Dentro.*]

¡Traicion!

CLARIN.

Guardas desta torre,
Que entrar aquí nos dejasteis,
Pues que nos dais á escoger,
El prendernos es más fácil.

[*Salen Clotaldo y los soldados : él con una pistola y todos con los rostros cubiertos.*]

CLOTALDO. [*Ap. á los soldados, al salir.*]

Todos os cubrid los rostros;
Que es diligencia importante,
Miéntras estamos aquí,
Que no nos conozca nadie.

CLARIN.

¿Enmascaraditos hay?

---

(1) *Prendedles* y *matadles* en vez de *prendedlos* y *matadlos :* licencia poética, no muy frecuente, por fortuna, en Calderon. (*Nota del Sr. Hartzenbusch.*)

CLOTALDO.

Oh vosotros, que, ignorantes,
De aqueste vedado sitio
Coto y término pasasteis
Contra el decreto del Rey,
Que manda que no ose nadie
Examinar el prodigio
Que entre esos peñascos yace:
Rendid las armas y vidas,
O aquesta pistola, áspid
De metal, escupirá
El veneno penetrante
De dos balas, cuyo fuego
Será escándalo del aire.

SEGISMUNDO.

Primero, tirano dueño,
Que los ofendas ni agravies,
Será mi vida despojo
Destos lazos miserables;
Pues en ellos, vive Dios,
Tengo de despedazarme
Con las manos, con los dientes,
Entre aquestas peñas, ántes
Que su desdicha consienta
Y que llore sus ultrajes.

CLOTALDO.

Si sabes que tus desdichas,
Segismundo, son tan grandes,
Que ántes de nacer moriste,
Por ley del cielo; si sabes
Que aquestas prisiones son

De tus furias arrogantes
Un freno que las detenga,
Y una rueda que las pare:
¿Por qué blasonas? La puerta [*A los soldados.*]
Cerrad de esa estrecha cárcel;
Escondedle en ella.

SEGISMUNDO.

¡Ah, cielos,
Qué bien haceis en quitarme
La libertad! Porque fuera
Contra vosotros gigante,
Que para quebrar al sol
Esos vidrios y cristales,
Sobre cimientos de piedra
Pusiera montes de jaspe.

CLOTALDO.

Quizá, porque no los pongas,
Hoy padeces tantos males.
[*Llévanse algunos soldados á Segismundo, y enciérranle en su prision.*]

ESCENA IV.

ROSAURA. CLOTALDO. CLARIN. SOLDADOS.

ROSAURA.

Ya que vi que la soberbia
Te ofendió tanto, ignorante
Fuera en no pedirte humilde
Vida que á tus plantas yace.
Muévate en mí la piedad;

Que será rigor notable
Que no hallen favor en tí
Ni soberbias ni humildades.

CLARIN.

Y si humildad ni soberbia
No te obligan — personajes
Que han movido y removido
Mil Autos sacramentales,
—Yo, ni humilde ni soberbio,
Sino entre las dos mitades
Entreverado, te pido
Que nos remedies y ampares.

CLOTALDO.

¡Hola!

SOLDADOS.

Señor...

CLOTALDO.

A los dos
Quitad las armas, y atadles (1)
Los ojos, porque no vean
Cómo ni de dónde salen.

ROSAURA.

Mi espada es ésta, que á tí
Solamente ha de entregarse;
Porque, al fin, de todos eres

---

(1) *Atar los ojos*, no se dice, ni se ha dicho nunca: hay, pues, error de palabra. ¿Diria el original

A los dos
Quitad las armas. Vendadles
Los ojos, etc.?

El principal, y no sabe
Rendirse á ménos valor.

CLARIN.

La mia es tal, que puede darse
Al más rüin: tomadla vos. [*A un soldado.*]

ROSAURA.

Y si he de morir, dejarte
Quiero, en fe desta piedad,
Prenda que pudo estimarse
Por el dueño que algun dia
Se la ciñó: que la guardes
Te encargo, porque aunque yo
No sé qué secreto alcance,
Sé que esta dorada espada
Encierra misterios grandes;
Pues sólo fiado en ella,
Vengo á Polonia á vengarme
De un agravio.

CLOTALDO. [*Ap.*]

¡Santos cielos!
¡Qué es esto! Ya son más graves
Mis penas y confusiones,
Mis ánsias y mis pesares.
¿Quién te la dió?

ROSAURA.

Una mujer.

CLOTALDO.

¿Cómo se llama?

ROSAURA.

Que calle

Su nombre es fuerza.

CLOTALDO.

¿De qué
Infieres ahora, ó sabes,
Que hay secreto en esta espada?

ROSAURA.

Quien me la dió, dijo: «Parte
Á Polonia, y solicita
Con ingenio, estudio ó arte,
Que te vean esa espada
Los nobles y principales;
Que yo sé que alguno dellos
Te favorezca y ampare»;
Que, por si acaso era muerto,
No quiso entónces nombrarle.

CLOTALDO. [*Ap.*]

¡Válgame el cielo, qué escucho!
Aun no sé determinarme
Si tales sucesos son
Ilusiones ó verdades.
Ésta es la espada que yo
Dejé á la hermosa Violante,
por señas que (1) el que ceñida
La trajera, habia de hallarme
Amoroso como hijo,
Y piadoso como padre.
¿Pues qué he de hacer (¡Ay de mí!)
En confusion semejante,

---

(1) *De que*, se diria ahora. (*Nota del Sr. Hartzenbusch.*)

Si quien la trae por favor,
Para su muerte la trae,
Pues que sentenciado á muerte
Llega á mis piés? ¡Qué notable
Confusion! ¡Qué triste hado!
¡Qué suerte tan inconstante!
Éste es mi hijo, y las señas
Dicen bien con las señales
Del corazon, que por verlo
Llama al pecho, y en él bate
Las alas, y no pudiendo
Romper los candados, hace
Lo que aquel que está encerrado,
Y oyendo ruido en la calle,
Se asoma por la ventana:
Él así, como no sabe
Lo que pasa, y oye el ruido,
Va á los ojos á asomarse,
Que son ventanas del pecho,
Por donde en lágrimas sale.
¿Qué he de hacer? (¡Valedme, cielos!)
¿Qué he de hacer? Porque llevarle
Al Rey, es llevarle (¡Ay triste!)
A morir. Pues ocultarle
Al Rey, no puedo, conforme
A la ley del homenaje.
De una parte el amor propio,
Y la lealtad de otra parte
Me rinden. Pero ¿Qué dudo?
La lealtad al Rey ¿No es ántes
Que la vida y que el honor?
Pues ella viva y él falte.

Fuera de que, si ahora atiendo
A que dijo que á vengarse
Viene de un agravio, hombre
Que está agraviado, es infame.
—No es mi hijo, no es mi hijo,
Ni tiene mi noble sangre.
Pero, si ya ha sucedido
Un peligro, de quien nadie
Se libró, porque el honor
Es de materia tan frágil,
Que con una accion se quiebra,
O se mancha con un aire:
¿Qué mas puede hacer, qué mas,
El que es noble, de su parte,
Que á costa de tantos riesgos
Haber venido á buscarle?
Mi hijo es, mi sangre tiene,
Pues tiene valor tan grande;
Y así, entre una y otra duda,
El medio más importante
Es irme al Rey, y decirle
Que es mi hijo y que le mate.
Quizá la misma piedad
De mi honor podrá obligarle;
Y si le merezco vivo,
Yo le ayudaré á vengarse
De su agravio; mas si el Rey,
En sus rigores constante,
Le da muerte, morirá
Sin saber que soy su padre.
—Venid conmigo, extranjeros;
[A Rosaura y Clarin.]

No temais, no, de que os falte (1)
Compañía en las desdichas,
Pues en duda semejante
De vivir ó de morir,
No sé cuáles son más grandes. [*Vanse.*]

—

Salon del Palacio Real en la córte (2).

ESCENA V.

ASTOLFO *y* SOLDADOS, *que salen por un lado, y por el otro* LA INFANTA ESTRELLA *y* DAMAS. *Música militar, dentro, y salvas.*

ASTOLFO.

Bien, al ver los excelentes
Rayos, que fueron cometas,
Mezclan salvas diferentes
Las cajas y las trompetas,
Los pájaros y las fuentes;
Siendo, con música igual,
Y con maravilla suma,
Á tu vista celestial,
Unos, clarines de pluma,
Y otras, aves de metal;
Y así os saludan, señora,
Como á su Reina las balas,

---

(1) *No temais que os falte*, sería mejor.
(*Nota del Sr. Hartzenbusch.*)

(2) Calderon no la nombra: sin duda le pareció poco necesario, por ser el Drama de pura invencion.
(*Nota del Sr. Hartzenbusch.*)

Los pájaros como Aurora,
Las trompetas como á Pálas,
Y las flores como á Flora;
Porque sois, burlando el dia
Que ya la noche destierra,
Aurora en el alegría,
Flora en paz, Pálas en guerra,
Y Reina en el alma mia.

ESTRELLA.

Si la voz se ha de medir
Con las acciones humanas,
Mal habeis hecho en decir
Finezas tan cortesanas,
Donde os pueda desmentir
Todo ese marcial trofeo,
Con quien ya atrevida lucho;
Pues no dicen, segun creo,
Las lisonjas que os escucho,
Con los rigores que veo.
Y advertid que es baja accion,
Que sólo á una fiera toca,
Madre de engaño y traicion,
El halagar con la boca
Y matar con la intencion.

ASTOLFO.

Muy mal informada estais,
Estrella, pues que la fe
De mis finezas dudais,
Y os suplico que me oigais
La causa, á ver si la sé.
Falleció Eustorgio Tercero,

Rey de Polonia, y quedó
Basilio por heredero,
Y dos hijas, de quien yo
Y vos nacimos.—No quiero
Cansar con lo que no tiene
Lugar aquí.—Clorilene,
Vuestra madre y mi señora,
Que en mejor imperio ahora
Dosel de luceros tiene,
Fué la mayor, de quien vos
Sois hija; fué la segunda,
Madre y tia de los dos,
La gallarda Recisunda,
Que guarde mil años Dios;
Casó en Moscovia, de quien
Nací yo. Volver ahora
Al otro principio es bien.
Basilio, que ya, señora,
Se rinde al comun desden
Del tiempo, más inclinado
A los estudios que dado
A mujeres, enviudó
Sin hijos; y vos y yo
Aspiramos á este Estado.
Vos alegais que habeis sido
Hija de hermana mayor;
Yo, que varon he nacido,
Y aunque de hermana menor,
Os debo ser preferido.
Vuestra intencion y la mia
A nuestro tio contamos:
Él respondió que queria

Componernos, y aplazamos
Este puesto y este dia.
Con esta intencion salí
De Moscovia y de su tierra;
Con esta llegué hasta aquí,
En vez de haceros yo guerra,
A que me la hagais á mí.
¡Oh! quiera amor, sabio Dios,
Que el vulgo, astrólogo cierto,
Hoy lo sea con los dos,
Y que pare este concierto
En que seais Reina vos,
Pero Reina en mi albedrío,
Dándôs, para más honor,
Su corona nuestro tio,
Sus triunfos vuestro valor,
Y su imperio el amor mio.

ESTRELLA.

A tan cortés bizarría
Ménos mi pecho no muestra,
Pues la imperial monarquía,
Para sólo hacerla vuestra
Me holgára que fuera mia;
Aunque no está satisfecho
Mi amor de que sois ingrato,
Si en cuanto decis, sospecho
Que os desmiente ese retrato
Que está pendiente del pecho.

ASTOLFO.

Satisfaceros intento
Con él... Mas lugar no da

Tanto sonoro instrumento, [*Tocan cajas.*]
Que avisa que sale ya
El Rey con su Parlamento.

ESCENA VI.

EL REY BASILIO. ACOMPAÑAMIENTO. ASTOLFO. ESTRELLA. DAMAS. SOLDADOS.

ESTRELLA.

Sabio Táles...

ASTOLFO.

Docto Euclídes...

ESTRELLA.

Que entre signos...

ASTOLFO.

Que entre estrellas...

ESTRELLA.

Hoy gobiernas...

ASTOLFO.

Hoy resides...

ESTRELLA.

Y sus caminos...

ASTOLFO.

Sus huellas...

ESTRELLA.

Describes...

ASTOLFO.

Tasas y mides...

ESTRELLA.

Deja que en humildes lazos...

ASTOLFO.

Deja que en tiernos abrazos...

ESTRELLA.

Hiedra dese tronco sea.

ASTOLFO.

Rendido á tus piés me vea.

BASILIO.

Sobrinos, dadme los brazos,
Y creed, pues que leales
A mi precepto amoroso,
Venis con afectos tales,
Que á nadie deje quejoso
Y los dos quedeis iguales;
Y así, cuando me confieso
Rendido al prolijo peso,
Sólo os pido en la ocasion
Silencio, que admiracion
Ha de pedirla el suceso.
Ya sabeis (estadme atentos,
Amados sobrinos mios,
Córte ilustre de Polonia,
Vasallos, deudos y amigos),
Ya sabeis que yo en el mundo
Por mi ciencia he merecido
El sobrenombre de docto,
Pues, contra el tiempo y olvido,
Los pinceles de Timántes,
Los mármoles de Lisipo,

En el ámbito del orbe
Me aclaman el gran Basilio.
Ya sabeis que son las ciencias
Que más curso y más estimo,
Matemáticas sutiles,
Por quien al tiempo le quito,
Por quien á la fama rompo
La jurisdiccion y oficio
De enseñar más cada dia;
Pues, cuando en mis tablas miro
Presentes las novedades
De los venideros siglos,
Le gano al tiempo las gracias
De contar lo que yo he dicho.
Esos círculos de nieve,
Esos doseles de vidrio,
Que el sol ilumina á rayos,
Que parte la luna á giros;
Esos orbes de diamantes,
Esos globos cristalinos,
Que las estrellas adornan
Y que campean los signos,
Son el estudio mayor
De mis años, son los libros
Donde, en papel de diamante,
En cuadernos de zafiro,
Escribe con líneas de oro,
En caractéres distintos,
El Cielo nuestros sucesos,
Ya adversos ó ya benignos.
Estos leo tan veloz,
Que con mi espíritu sigo

Sus rápidos movimientos
Por rumbos y por caminos.
¡Pluguiera al Cielo, primero
Que mi ingenio hubiera sido
De sus márgenes comento
Y de sus hojas registro,
Hubiera sido mi vida
El primero desperdicio
De sus iras, y que en ellas
Mi tragedia hubiera sido,
Porque de los infelices
Aun el mérito es cuchillo,
Que á quien le daña el saber,
Homicida es de sí mismo!
Dígalo yo, aunque mejor
Lo dirán sucesos mios,
Para cuya admiracion
Otra vez silencio os pido.
En Clorilene, mi esposa,
Tuve un infelice hijo,
En cuyo parto los cielos
Se agotaron de prodigios.
Antes que á la luz hermosa
Le diese el sepulcro vivo
De un vientre (porque el nacer
Y el morir son parecidos)
Su madre infinitas veces,
Entre ideas y delirios
Del sueño, vió que rompia
Sus entrañas, atrevido,
Un mónstruo en forma de hombre;
Y entre su sangre teñido,

La daba muerte, naciendo
Víbora humana del siglo.
Llegó de su parto el dia,
Y los presagios cumplidos
(Porque tarde ó nunca son
Mentirosos los impíos),
Nació en horóscopo tal,
Que el sol, en su sangre tinto,
Entraba sañudamente
Con la luna en desafío;
Y siendo valla la tierra,
Los dos faroles divinos
A luz entera luchaban,
Ya que no á brazo partido.
El mayor, el más horrendo
Eclipse que ha padecido
El sol, despues que con sangre
Lloró la muerte de Cristo,
Este fué, porque anegado
El orbe en incendios vivos,
Presumió que padecia
El último parasismo:
Los cielos se oscurecieron,
Temblaron los edificios,
Llovieron piedras las nubes,
Corrieron sangre los rios.
En aqueste, pues, del sol,
Ya frenesí ó ya delirio,
Nació Segismundo, dando
De su condicion indicios,
Pues dió la muerte á su madre,
Con cuya fiereza dijo:

—«Hombre soy, pues que ya empiezo
A pagar mal beneficios.»
—Yo, acudiendo á mis estudios,
En ellos y en todo miro
Que Segismundo sería
El hombre más atrevido,
El príncipe más cruel
Y el monarca más impío,
Por quien su reino vendria
A ser parcial y diviso,
Escuela de las traiciones
Y academia de los vicios;
Y él, de su furor llevado,
Entre asombros y delitos,
Habia de poner en mí
Las plantas; y yo rendido
A sus piés me habia de ver
(¡Con qué vergüenza lo digo!),
Siendo alfombra de sus plantas
Las canas del rostro mio.
¿Quién no da crédito al daño,
Y más al daño que ha visto
En su estudio, donde hace
El amor propio su oficio?
Pues, dando crédito yo
A los hados que, adivinos,
Me pronosticaban daños
En fatales vaticinios,
Determiné de encerrar
La fiera que habia nacido,
Por ver si el sabio tenía
En las estrellas dominio.

Publicóse que el infante
Nació muerto; y, prevenido,
Hice labrar una torre
Entre las peñas y riscos
De esos montes, donde apénas
La luz ha hallado camino,
Por defenderle la entrada
Sus rústicos obeliscos.
Las graves penas y leyes
Que, con públicos edictos,
Declararon que ninguno
Entrase á un vedado sitio
Del monte, se ocasionaron
De las causas que os he dicho.
Allí Segismundo vive,
Mísero, pobre y cautivo,
Adonde solo Clotaldo
Le ha hablado, tratado y visto.
Este le ha enseñado ciencias,
Este en la ley le ha instruido
Católica, siendo solo
De sus miserias testigo.
Aquí hay tres cosas: la una,
Que yo, Polonia, os estimo
Tanto, que os quiero librar
De la opresion y servicio
De un Rey tirano, porque
No fuera señor benigno
El que á su patria y su imperio
Pusiera en tanto peligro.
La otra es considerar
Que, si á mi sangre le quito

El derecho que le dieron
Humano fuero y divino,
No es cristiana caridad;
Pues ninguna ley ha dicho
Que, por reservar yo á otro
De tirano y de atrevido,
Pueda yo serlo; supuesto
Que si es tirano mi hijo,
Porque él delitos no haga,
Vengo yo á hacer los delitos.
Es la última y tercera,
El ver cuánto yerro ha sido
Dar crédito fácilmente
A los sucesos previstos;
Pues aunque su inclinacion
Le dicte sus precipicios,
Quizá no le vencerán;
Porque el hado más esquivo,
La inclinacion más violenta,
El planeta más impío,
Sólo el albedrío inclinan,
No fuerzan el albedrío.
Y así, entre una y otra causa
Vacilante y discursivo,
Previne un remedio tal.
Que os suspenda los sentidos.
Yo he de ponerle mañana,
Sin que él sepa que es mi hijo
Y Rey vuestro, á Segismundo
(Que aquéste su nombre ha sido),
En mi dosel, en mi silla,
En fin, en el puesto mio,

Donde os gobierne y os mande,
Y donde todos rendidos
La obediencia le jureis;
Pues con aquesto consigo
Tres cosas, con que respondo
Á las otras tres que he dicho.
Es la primera que, siendo
Prudente, cuerdo y benigno,
Desmintiendo en todo al hado,
Que dél tantas cosas dijo,
Gozaréis del natural
Príncipe vuestro, que ha sido
Cortesano de unos montes,
Y de sus fieras vecino.
Es la segunda, que si él,
Soberbio, osado, atrevido
Y cruel, con rienda suelta
Corre el campo de sus vicios,
Habré yo piadoso entónces
Con mi obligacion cumplido;
Y luégo en desposeerle
Haré como Rey invicto,
Siendo el volverle á la cárcel,
No crueldad, sino castigo.
Es la tercera, que siendo
El Príncipe como os digo,
Por lo que os amo, vasallos,
Os daré Reyes más dignos
De la corona y el cetro,
Pues serán mis dos sobrinos,
Que junto en uno el derecho
De los dos, y convenidos

Con la fe del matrimonio,
Tendrán lo que han merecido.
Esto como rey os mando,
Esto como padre os pido,
Esto como sabio os ruego,
Esto como anciano os digo.
Y si el Séneca español,
«Que era humilde esclavo, dijo,
»De su república un Rey»,
Como esclavo os lo suplico.

ASTOLFO.

Si á mí el responder me toca,
Como el que, en efecto, ha sido
Aquí el más interesado:
En nombre de todos, digo
Que Segismundo parezca,
Pues le basta ser tu hijo.

TODOS.

Danos al Príncipe nuestro,
Que ya por Rey le pedimos.

BASILIO.

Vasallos, esa fineza
Os agradezco y estimo.
Acompañad á sus cuartos
A los dos atlantes mios,
Que mañana le veréis.

TODOS.

¡Viva el grande rey Basilio!

[*Éntranse todos acompañando á Estrella y á Astolfo; quédase el Rey.*]

ESCENA VII.

CLOTALDO. ROSAURA. CLARIN. BASILIO.

CLOTALDO.

¿Podréte hablar? [*Al Rey.*]

BASILIO.

¡Oh Clotaldo!
Tú seas muy bien venido.

CLOTALDO.

Aunque viniendo á tus plantas
Era fuerza haberlo sido,
Esta vez rompe, señor,
El hado triste y esquivo
El privilegio á la ley,
Y á la costumbre el estilo,

BASILIO.

¿Qué tienes?

CLOTALDO.

Una desdicha,
Señor, que me ha sucedido,
Cuando pudiera tenerla
Por el mayor regocijo.

BASILIO.

Prosigue.

CLOTALDO.

Este bello jóven,
Osado ó inadvertido,
Entró en la torre, señor,

Adonde al Príncipe ha visto,
Y es...

BASILIO.

No os aflijais, Clotaldo;
Si otro dia hubiera sido,
Confieso que lo sintiera :
Pero ya el secreto he dicho,
Y no importa que él lo sepa,
Supuesto que yo lo digo.
Vedme después, porque tengo
Muchas cosas que advertiros,
Y muchas que hagais por mí;
Que habeis de ser, os aviso,
Instrumento del mayor
Suceso que el mundo ha visto :
Y á esos presos, porque al fin
No presumais que castigo
Descuidos vuestros, perdono. [*Vase.*]

CLOTALDO.

¡Vivas, gran señor, mil siglos!

ESCENA VIII.

CLOTALDO. ROSAURA. CLARIN.

CLOTALDO.

(*Ap.* Mejoró el cielo la suerte.
Ya no diré que es mi hijo,
Pues que lo puedo excusar.)
Extranjeros peregrinos,
Libres estais.

ROSAURA.

Tus piés beso
Mil veces.

CLARIN.

Y yo los *viso*,
Que una letra más ó ménos
No reparan dos amigos.

ROSAURA.

La vida, señor, me has dado;
Y pues á tu cuenta vivo,
Eternamente seré
Esclavo tuyo.

CLOTALDO.

No ha sido
Vida la que yo te he dado,
Porque un hombre bien nacido,
Si está agraviado, no vive;
Y supuesto que has venido
Á vengarte de un agravio,
Segun tú proprio me has dicho,
No te he dado vida yo,
Porque tú no la has traido;
Que vida infame no es vida.
(*Ap.* Bien con aquesto le animo.)

ROSAURA.

Confieso que no la tengo,
Aunque de tí la recibo:
Pero yo, con la venganza,
Dejaré mi honor tan limpio,
Que pueda mi vida luégo,

Atropellando peligros,
Parecer dádiva tuya.

CLOTALDO.

Toma el acero bruñido
Que trajiste; que yo sé
Que él baste, en sangre teñido
De tu enemigo, á vengarte;
Porque acero que fué mio.....
(Digo : este instante, este rato
Que en mi poder le he tenido),
Sabrá vengarte.

ROSAURA.

En tu nombre
Segunda vez me le ciño,
Y en él juro mi venganza,
Aunque fuese mi enemigo
Más poderoso.

CLOTALDO.

¿Eslo mucho?

ROSAURA.

Tanto, que no te lo digo,
No porque de tu prudencia
Mayores cosas no fio,
Sino porque no se vuelva
Contra mí el favor que admiro
En tu piedad.

CLOTALDO.

Antes fuera
Ganarme á mí con decirlo;
Pues fuera cerrarme el paso

De ayudar á tu enemigo.
(*Ap.* ¡Oh si supiera quién es!)

ROSAURA.

Porque no pienses que estimo
En poco esa confianza,
Sabe que el contrario ha sido
No ménos que Astolfo, Duque
De Moscovia.

CLOTALDO.

(*Ap.* Mal resisto
El dolor, porque es más grave,
Que fué imaginado, visto.
Apuremos más el caso.)
Si moscovita has nacido,
El que es natural señor
Mal agraviarte ha podido:
Vuélvete á tu patria pues,
Y deja el ardiente brío
Que te despeña.

ROSAURA.

Yo sé
Que, aunque mi Príncipe ha sido,
Pudo agraviarme.

CLOTALDO.

No pudo,
Aunque pusiera, atrevido,
La mano en tu rostro. (*Ap.* ¡Ay, cielos!)

ROSAURA.

Mayor fué el agravio mio.

CLOTALDO.

Dilo ya, pues que no puedes
Decir más que yo imagino.

ROSAURA.

Sí dijera; mas no sé
Con qué respeto te miro,
Con qué afecto te venero,
Con qué estimacion te asisto,
Que no me atrevo á decirte
Que es este exterior vestido
Enigma, pues no es de quien
Parece: juzga advertido,
Si no soy lo que parezco,
Y Astolfo á casarse vino
Con Estrella, si podrá
Agraviarme.— Harto te he dicho.
[*Vanse Rosaura y Clarin.*]

CLOTALDO.

¡Escucha, aguarda, detente!
¿Qué confuso laberinto
Es éste, donde no puede
Hallar la razon el hilo?
¡Mi honor es el agraviado,
Poderoso el enemigo,
Yo vasallo, ella mujer:
Descubra el Cielo camino!.....
Aunque no sé si podrá,
Cuando, en tan confuso abismo,
Es todo el cielo un presagio,
Y es todo el mundo un prodigio.

JORNADA SEGUNDA.

Salon del Palacio Real.

ESCENA PRIMERA.

BASILIO. CLOTALDO.

CLOTALDO.

Todo, como lo mandaste,
Queda efectuado.

BASILIO.

Cuenta,
Clotaldo, cómo pasó.

CLOTALDO.

Fué, señor, desta manera:
Con la apacible bebida
Que, de confecciones llena,
Hacer mandaste, mezclando
La virtud de algunas yerbas,
Cuyo tirano poder
Y cuya secreta fuerza,
Así al humano discurso
Priva, roba y enajena,
Que deja vivo cadáver
A un hombre, y cuya violencia,
Adormecido, le quita
Los sentidos y potencias...
—No tenemos que argüir

Que aquesto posible sea,
Pues tantas veces, señor,
Nos ha dicho la experiencia
Y es cierto, que de secretos
Naturales está llena
La Medicina, y no hay
Animal, planta ni piedra
Que no tenga calidad
Determinada. Y si llega
A examinar mil venenos
La humana malicia nuestra,
Que den la muerte, ¿Qué mucho
Que, templada su violencia,
Pues hay venenos que maten,
Haya venenos que aduerman?
Dejando aparte el dudar,
Si es posible que suceda,
Pues que ya queda probado
Con razones y evidencias... (1)
—Con la bebida, en efecto,
Que el opio, la adormidera
Y el beleño compusieron,
Bajé a la cárcel estrecha
De Segismundo; con él
Hablé un rato de las letras
Humanas, que le ha enseñado
La muda naturaleza,
De los montes y los cielos,
En cuya divina escuela

(1) Aquí parece que falta algo para la transicion de uno á otro período.

La retórica aprendió
De las aves y las fieras.
Para levantarle más
El espíritu á la empresa
Que solicitas, tomé
Por asunto la presteza
De un águila caudalosa,
Que, despreciando la esfera
Del viento, pasaba á ser
En las regiones supremas
Del fuego, rayo de pluma
O desasido cometa.
Encarecí el vuelo altivo,
Diciendo : «Al fin eres Reina
De las aves; así á todas
Es justo que las prefieras.»
Él no hubo menester más ;
Que, en tocando esta materia
De la majestad, discurre
Con ambicion y soberbia;
Porque, en efecto, la sangre
Le incita, mueve y alienta
A cosas grandes, y dijo :
—«¡Que en la república inquieta
De las aves, tambien haya
Quien les jure la obediencia!
En llegando á este discurso,
Mis desdichas me consuelan,
Pues, por lo ménos, si estoy
Sujeto, lo estoy por fuerza;
Porque voluntariamente
A otro hombre no me rindiera.»

Viéndole ya enfurecido
Con esto, que ha sido el tema
De su dolor, le brindé
Con la pócima, y apénas
Pasó desde el vaso al pecho
El licor, cuando las fuerzas
Rindió al sueño, discurriendo
Por los miembros y las venas
Un sudor frio, de modo
Que, á no saber yo que era
Muerte fingida, dudára
De su vida. En esto llegan
Las gentes de quien tú fias
El valor de esta experiencia;
Y, poniéndole en un coche,
Hasta tu cuarto le llevan,
Donde prevenida estaba
La majestad y grandeza
Que es digna de su persona.
Allí en tu cama le acuestan,
Donde, al tiempo que el letargo
Haya perdido la fuerza,
Como á tí mismo, señor,
Le sirvan, que así lo ordenas.
Y si haberte obedecido
Te obliga á que yo merezca
Galardon, sólo te pido
(Perdona mi inadvertencia)
Que me digas ¿Qué es tu intento,
Trayendo desta manera
A Segismundo á palacio?

BASILIO.

Clotaldo, muy justa es esa
Duda que tienes, y quiero
Solo á tí satisfacerla.
A Segismundo, mi hijo,
El influjo de su estrella
(Bien lo sabes) amenaza
Mil desdichas y tragedias :
Quiero examinar si el Cielo,
Que no es posible que mienta,
Y más habiéndonos dado
De su rigor tantas muestras,
En su cruel condicion,
O se mitiga ó se templa
Por lo ménos; y, vencido,
Con valor y con prudencia,
Se desdice; porque el hombre
Predomina en las estrellas.
Esto quiero examinar,
Trayéndole donde sepa
Que es mi hijo, y donde haga
De su talento la prueba.
Si magnánimo la vence,
Reinará; pero, si muestra
El ser cruel y tirano,
Le volveré á su cadena.
Ahora preguntarás
Que, para aquesta experiencia,
¿Qué importó haberle traido
Dormido desta manera?
Y quiero satisfacerte,
Dándote á todo respuesta.

Si él supiera que es mi hijo
Hoy, y mañana se viera
Segunda vez reducido
A su prision y miseria,
Cierto es de su condicion
Que desesperára en ella;
Porque, sabiendo quién es,
¿Qué consuelo habrá que tenga?
Y así he querido dejar
Abierta al daño la puerta
Del decir que fué soñado
Cuanto vió. Con esto llegan
A examinarse dos cosas:
Su condicion, la primera;
Pues él despierto procede
En cuanto imagina y piensa:
Y el consuelo la segunda;
Pues, aunque ahora se vea
Obedecido, y después
A sus prisiones se vuelva,
Podrá entender que soñó,
Y hará bien cuando lo entienda;
Porque en el mundo, Clotaldo,
Todos los que viven sueñan.

CLOTALDO.

Razones no me faltáran
Para probar que no aciertas;
Mas ya no tiene remedio;
Y, segun dicen las señas,
Parece que ha despertado,
Y hácia nosotros se acerca.

BASILIO.

Yo me quiero retirar :
Tú, como ayo suyo, llega,
Y de tantas confusiones
Como su discurso cercan,
Le saca con la verdad.

CLOTALDO.

¿En fin, que me das licencia
Para que lo diga?

BASILIO.

Sí;
Que podrá ser, con saberla,
Que conocido el peligro,
Más fácilmente se venza. [*Vase.*]

ESCENA II.

CLARIN. CLOTALDO.

CLARIN. [*Ap.*]

A costa de cuatro palos,
Que el llegar aquí me cuesta,
De un alabardero rubio
Que barbó de su librea,
Tengo de ver cuanto pasa;
Que no hay ventana más cierta
Que aquella que, sin rogar
A un ministro de boletas,
Un hombre se trae consigo;
Pues para todas las fiestas,
Despojado y despejado,
Se asoma á su desvergüenza.

CLOTALDO.

(*Ap.* Éste es Clarin, el criado

De aquella (¡ay cielos!), de aquella
Que, tratante de desdichas,
Pasó á Polonia mi afrenta.)
Clarin, ¿Qué hay de nuevo?

CLARIN.

Hay,
Señor, que tu gran clemencia,
Dispuesta á vengar agravios
De Rosaura, la aconseja
Que tome su propio traje.

CLOTALDO.

Y es bien, porque no parezca
Liviandad.

CLARIN.

Hay que, mudando
Su nombre, y tomando, cuerda,
Nombre de sobrina tuya,
Hoy tanto honor se acrecienta,
Que Dama en palacio ya
De la singular Estrella
Vive.

CLOTALDO.

Es bien que de una vez
Tome su honor por mi cuenta.

CLARIN.

Hay que ella está esperando
Que ocasion y tiempo venga
En que vuelvas por su honor.

CLOTALDO.

Prevencion segura es ésa;

Que, al fin, el tiempo ha de ser
Quien haga esas diligencias.

CLARIN.

Hay que ella está regalada,
Servida como una reina,
En fe de sobrina tuya;
Y hay que, viniendo con ella,
Estoy yo muriendo de hambre,
Y nadie de mí se acuerda,
Sin mirar que soy Clarin,
Y que si el tal Clarin suena,
Podrá decir cuanto pasa
Al Rey, á Astolfo y á Estrella;
Porque Clarin y criado
Son dos cosas que se llevan
Con el secreto muy mal,
Y podrá ser, si me deja
El silencio de su mano,
Se cante por mí esta letra:
Clarin que rompe el albor,
No suena mejor (1).

CLOTALDO.

Tu queja está bien fundada;
Yo satisfaré tu queja,
Y en tanto sírveme á mí.

CLARIN.

Pues ya Segismundo llega.

---

(1) Versos que se cantan en la escena X de la jornada II de *En esta vida todo es verdad y todo mentira.*

ESCENA III.

MÚSICOS, *cantando*, *y* CRIADOS, *dando de vestir á* SEGISMUNDO, *que sale como asombrado.* CLOTALDO. CLARIN.

SEGISMUNDO.

¡Válgame el cielo, qué veo!
¡Válgame el cielo, qué miro!
Con poco espanto lo admiro,
Con mucha duda lo creo.
¿Yo en palacios suntuosos?
¿Yo entre telas y brocados?
¿Yo cercado de criados
Tan lucidos y briosos?
¿Yo despertar de dormir
En lecho tan excelente?
¿Yo en medio de tanta gente
Que me sirva de vestir?
Decir que sueño es engaño:
Bien sé que despierto estoy.
¿Yo Segismundo no soy?
Dadme, cielos, desengaño.
Decidme, ¿Qué pudo ser
Esto que á mi fantasía
Sucedió miéntras dormia,
Que aquí me he llegado á ver?
Pero, sea lo que fuere,
¿Quién me mete en discurrir?
Dejarme quiero servir,
Y venga lo que viniere.

CRIADO 1.° [*Ap. al criado 2.° y á Clarin.*]
¡Qué melancólico está!

CRIADO 2.°

¿Pues á quién le sucediera
Esto, que no lo estuviera?

CLARIN.

A mí.

CRIADO 2.°

Llega á hablarle ya.

CRIADO 1.° [*A Segismundo.*]

¿Volverán á cantar?

SEGISMUNDO.

No:
No quiero que canten más.

CRIADO 2.°

Como tan suspenso estás,
Quise divertirte.

SEGISMUNDO.

Yo
No tengo de divertir
Con sus voces mis pesares;
Las músicas militares
Sólo he gustado de oir.

CLOTALDO.

Vuestra Alteza, gran señor,
Me dé su mano á besar,
Que el primero os ha de dar
Esta obediencia mi honor.

SEGISMUNDO. [*Ap.*]

¡Clotaldo es! —¿Pues cómo así,

Quien en prision me maltrata,
Con tal respeto me trata?
¿Qué es lo que pasa por mí?

CLOTALDO.

Con la grande confusion
Que el nuevo estado te da,
Mil dudas padecerá
El discurso y la razon;
Pero ya librarte quiero
De todas (si puede ser),
Porque has, señor, de saber
Que eres príncipe heredero
De Polonia. Si has estado
Retirado y escondido,
Por obedecer ha sido
A la inclemencia del Hado,
Que mil tragedias consiente (1)
A este imperio, cuando en él
El soberano laurel
Corone tu augusta frente.
Mas, fiando á tu atencion
Que vencerás las estrellas,
Porque es posible vencellas
Un magnánimo varon,
A Palacio te han traido,
De la torre en que vivias,
Miéntras al sueño tenías
El espíritu rendido.
Tu padre, el Rey, mi señor,

(1) ¿No será: *presiente?*

Vendrá á verte; y dél sabrás,
Segismundo, lo demas.

SEGISMUNDO.

Pues, vil, infame, traidor,
¿Qué tengo más que saber,
Después de saber quién soy,
Para mostrar desde hoy
Mi soberbia y mi poder?
¿Cómo á tu patria le has hecho
Tal traicion, que me ocultaste
A mí, pues que me negaste,
Contra razon y derecho,
Este estado?

CLOTALDO.

¡Ay de mí triste!

SEGISMUNDO.

Traidor fuiste con la ley,
Lisonjero con el Rey,
Y cruel conmigo fuiste;
Y así el Rey, la ley y yo,
Entre desdichas tan fieras,
Te condenan á que mueras
A mis manos.

CRIADO 2.°

¡Señor!...

SEGISMUNDO.

No
Me estorbe nadie, que es vana
Diligencia; y ¡Vive Dios!
Si os poneis delante vos,

Que os eche por la ventana.

CRIADO 2.°

Huye, Clotaldo.

CLOTALDO.

¡Ay de tí!
¡Qué soberbia vas mostrando,
Sin saber que estás soñando! [*Vase.*]

CRIADO 2.°

Advierte...

SEGISMUNDO.

Aparta de aquí.

CRIADO 2.°

Que á su Rey obedeció.

SEGISMUNDO.

En lo que no es justa ley
No ha de obedecer al Rey;
Y su Príncipe era yo.

CRIADO 2.°

Él no debió examinar
Si era bien hecho ó mal hecho.

SEGISMUNDO.

Que estais mal con vos, sospecho,
Pues me dais que replicar.

CLARIN.

Dice el Príncipe muy bien,
Y vos hicisteis muy mal.

CRIADO 2.°

¿Quién os dió licencia igual?

CLARIN.

Yo me la he tomado.

SEGISMUNDO.

¿Quién
Eres tú, di?

CLARIN.

Entremetido;
Y deste oficio soy jefe,
Porque soy el mequetrefe
Mayor que se ha conocido.

SEGISMUNDO.

Tú solo, en tan nuevos mundos,
Me has agradado.

CLARIN.

Señor,
Soy un grande agradador
De todos los Segismundos.

ESCENA IV.

ASTOLFO. SEGISMUNDO. CLARIN. CRIADOS. MÚSICOS.

ASTOLFO.

¡Feliz mil veces el dia,
Oh Príncipe, que os mostrais,
Sol de Polonia, y llenais
De resplandor y alegría
Todos esos horizontes
Con tan divino arrebol;
Pues que salís, como el sol,

De los senos de los montes!
Salid, pues, y aunque tan tarde
Se corona vuestra frente
Del laurel resplandeciente,
Tarde muera.

SEGISMUNDO.

Dios os guarde.

ASTOLFO.

El no haberme conocido,
Sólo por disculpa os doy
De no honrarme más. Yo soy
Astolfo; Duque he nacido
De Moscovia, y primo vuestro:
Haya igualdad en los dos.

SEGISMUNDO.

Si digo que os guarde Dios,
¿Bastante agrado no os muestro?
Pero ya que, haciendo alarde
De quien sois, desto os quejais,
Otra vez que me veais
Le diré á Dios que no os guarde.

CRIADO 2.° [*A Astolfo.*]

Vuestra Alteza considere
Que, como en montes nacido,
Con todos ha procedido.
Astolfo, señor, prefiere... [*A Segismundo.*]

SEGISMUNDO.

Cansóme, como llegó
Grave á hablarme, y lo primero
Que hizo, se puso el sombrero.

CRIADO 2.°

Es Grande.

SEGISMUNDO.

Mayor soy yo.

CRIADO 2.°

Con todo eso, entre los dos
Que haya más respeto es bien
Que entre los demás.

SEGISMUNDO.

¿Y quién
Os mete conmigo á vos?

ESCENA V.

ESTRELLA. DICHOS.

ESTRELLA.

Vuestra Alteza, señor, sea
Muchas veces bien venido
Al dosel que, agradecido,
Le recibe y le desea,
Adonde, á pesar de engaños,
Viva augusto y eminente,
Donde su vida se cuente
Por siglos, y no por años.

SEGISMUNDO. [*A Clarin.*]

Dime tú ahora, ¿Quién es
Esta beldad soberana?
¿Quién es esta Diosa humana,
A cuyos divinos piés
Postra el cielo su arrebol?

¿Quién es esta mujer bella?

CLARIN.

Es, señor, tu prima Estrella.

SEGISMUNDO.

Mejor dijeras el sol.
Aunque el parabien es bien [*A Estrella.*]
Darme del bien que conquisto,
De sólo haberos hoy visto
Os admito el parabien:
Y así, de llegarme á ver
Con el bien que no merezco,
El parabien agradezco,
Estrella, que amanecer
Podeis, y dar alegría
Al más luciente farol.
¿Qué dejais que hacer al sol,
Si os levantais con el dia?
Dadme á besar vuestra mano,
En cuya copa de nieve
El aura candores bebe.

ESTRELLA.

Sed más galan cortesano.

ASTOLFO. [*Ap.*]

Soy perdido.

CRIADO 2.°

(*Ap.* El pesar sé
De Astolfo, y le estorbaré.)
Advierte, señor, que no
Es justo atreverse así,
Y estando Astolfo...

SEGISMUNDO.

¿No digo
Que vos no os metais conmigo?

CRIADO 2.°

Digo lo que es justo.

SEGISMUNDO.

A mí,
Todo eso me causa enfado.
Nada me parece justo
En siendo contra mi gusto.

CRIADO 2.°

Pues, yo, señor, he escuchado
De tí, que en lo justo es bien
Obedecer y servir.

SEGISMUNDO.

Tambien oiste decir
Que por un balcon, á quien
Me canse, sabré arrojar.

CRIADO 2.°

Con los hombres como yo,
No puede hacerse eso.

SEGISMUNDO.

¿No?
¡Por Dios! que lo he de probar.
[*Cógele en los brazos y éntrase, y todos tras él, volviendo á salir inmediatamente.*]

ASTOLFO.

¿Qué es esto que llego á ver?

ESTRELLA.

Idle todos á estorbar. [*Vase.*]

SEGISMUNDO. [*Volviendo.*]

Cayó del balcon al mar :
¡Vive Dios! que pudo ser! (1).

ASTOLFO.

Pues medid con más espacio
Vuestras acciones severas;
Que lo que hay de hombres á fieras,
Hay desde un monte á palacio.

SEGISMUNDO.

Pues en dando tan severo
En hablar con entereza,
Quizá no hallaréis cabeza
En que se os tenga el sombrero. [*Vase Astolfo.*]

ESCENA VI.

BASILIO. SEGISMUNDO. CLARIN. CRIADOS.

BASILIO.

¿Qué ha sido esto?

---

(1) Polonia no tenía puertos : Calderon, por consiguiente, no pudo colocar la accion del drama en una ciudad marítima. A este cargo, que se ha hecho al autor por estos dos versos, creo que se responde muy fácilmente. *Mar* se llamaba en tiempo de Calderon al de *Ontígola*, que es un estanque; *Mar* se llamó después al estanque grande de los jardines de la Granja. *Cayó del balcon al mar*, querrá, segun esto, decir : «Cayó á un estanque de los jardines de palacio; cayó al estanque que está debajo del balcon.»
(*Nota del Sr. Hartzenbusch.*)

SEGISMUNDO.

Nada ha sido.
A un hombre, que me ha cansado,
Deste balcon he arrojado.

CLARIN. [*A Segismundo.*]

Que es el Rey está advertido.

BASILIO.

¿Tan presto una vida cuesta
Tu venida, al primer dia?

SEGISMUNDO.

Díjome que no podia
Hacerse, y gané la apuesta.

BASILIO.

Pésame mucho que cuando,
Príncipe, á verte he venido,
Pensando hallarte advertido,
De hados y estrellas triunfando,
Con tanto rigor te vea;
Y que la primera accion
Que has hecho en esta ocasion,
Un grave homicidio sea.
¿Con qué amor llegar podré
A darte ahora mis brazos,
Si de sus soberbios lazos,
Que están enseñados sé
A dar muerte? ¿Quién llegó
A ver desnudo el puñal
Que dió una herida mortal,
Que no temiese? ¿Quién vió
Sangriento el lugar, adonde

Á otro hombre le dieron muerte,
Que no sienta? Que el más fuerte
Á su natural responde.
Yo así, que en tus brazos miro
Desta muerte el instrumento,
Y miro el lugar sangriento,
De tus brazos me retiro;
Y aunque en amorosos lazos
Ceñir tu cuello pensé,
Sin ellos me volveré,
Que tengo miedo á tus brazos.

SEGISMUNDO.

Sin ellos me podré estar,
Como me he estado hasta aquí;
Que un padre que contra mí
Tanto rigor sabe usar,
Que su condicion ingrata
De su lado me desvia,
Como á una fiera me cria,
Y como á un mónstruo me trata,
Y mi muerte solicita:
De poca importancia fué
Que los brazos no me dé,
Cuando el sér de hombre me quita.

BASILIO.

Al Cielo y á Dios pluguiera
Que á dártele no llegára;
Pues ni tu voz escuchára,
Ni tu atrevimiento viera.

SEGISMUNDO.

Si no me le hubieras dado,

No me quejára de tí;
Pero una vez dado, sí,
Por habérmele quitado;
Pues, aunque el dar la accion es
Más noble y más singular,
Es mayor bajeza el dar,
Para quitarlo después.

BASILIO.

¡Bien me agradeces el verte,
De un humilde y pobre preso,
Príncipe ya!

SEGISMUNDO.

Pues en eso
¿Qué tengo que agradecerte?
Tirano de mi albedrío,
Si viejo y caduco estás,
Muriéndote, ¿Qué me das?
¿Dasme más de lo que es mio?
Mi padre eres y mi Rey;
Luego toda esta grandeza
Me da la naturaleza
Por derecho de su ley.
Luego, aunque esté en tal estado,
Obligado no te quedo,
Y pedirte cuentas puedo
Del tiempo que me has quitado
Libertad, vida y honor;
Y así, agradéceme á mí
Que yo no cobre de tí,
Pues eres tú mi deudor.

BASILIO.

Bárbaro eres y atrevido :
Cumplió su palabra el Cielo ;
Y así, para él mismo apelo,
Soberbio y desvanecido.
Y aunque sepas ya quién eres
Y desengañado estés,
Y aunque en un lugar te ves
Donde á todos te prefieres,
Mira bien lo que te advierto :
Que seas humilde y blando,
Porque quizá estás soñando,
Aunque ves que estás despierto. [*Vase.*]

SEGISMUNDO.

¿Que quizá soñando estoy,
Aunque despierto me veo?
No sueño, pues toco y creo
Lo que he sido y lo que soy;
Y aunque ahora te arrepientas,
Poco remedio tendrás.
Sé quién soy, y no podrás,
Aunque suspires y sientas,
Quitarme el haber nacido
Desta corona heredero;
Y si me viste, primero,
A las prisiones rendido,
Fué porque ignoré quién era:
Pero ya informado estoy
De quién soy, y sé que soy
Un compuesto de hombre y fiera.

ESCENA VII.

ROSAURA, *en traje de mujer.* SEGISMUNDO. CLARIN. CRIADOS.

ROSAURA. [*Ap.*]

Siguiendo á Estrella vengo,
Y gran temor de hallar á Astolfo tengo;
Que Clotaldo desea
Que no sepa quién soy, y no me vea,
Porque dice que importa al honor mio:
Y de Clotaldo fio
Su efecto, pues le debo, agradecida,
Aquí el amparo de mi honor y vida.

CLARIN. [*A Segismundo.*]

¿Qué es lo que te ha agradado
Más de cuanto aquí has visto y admirado?

SEGISMUNDO.

Nada me ha suspendido,
Que todo lo tenía prevenido;
Mas, si admirarme hubiera
Algo en el mundo, la hermosura fuera
De la Mujer. Leia
Una vez yo en los libros que tenía,
Que, lo que á Dios mayor estudio debe,
Es el Hombre, por ser un mundo breve;
Mas ya que lo es recelo
La Mujer, pues ha sido un breve cielo;
Y más beldad encierra
Que el hombre, cuanto va de cielo á tierra;
Y más si es la que miro.

ROSAURA. [*Ap.*]

El Príncipe está aquí; yo me retiro.

SEGISMUNDO.

Oye, mujer, detente;
No juntes el ocaso y el oriente,
Huyendo al primer paso;
Que juntos el oriente y el ocaso,
La luz y sombra fria,
Serás, sin duda, síncopa del dia.
Pero ¿Qué es lo que veo?

ROSAURA.

Lo mismo que estoy viendo, dudo y creo.

SEGISMUNDO. [*Ap.*]

Yo he visto esta belleza
Otra vez.

ROSAURA. [*Ap.*]

Yo esta pompa, esta grandeza
He visto reducida
A una estrecha prision.

SEGISMUNDO.

(*Ap.* Ya hallé mi vida.)
Mujer, que aqueste nombre
Es el mejor requiebro para el hombre,
¿Quién eres? Que, sin verte,
Adoracion me debes, y de suerte
Por la fe te conquisto,
Que me persuado á que otra vez te he visto.
¿Quién eres, mujer bella?

ROSAURA.

(*Ap.* Disimular me importa.) — Soy de Estrella
Una infelice dama.

SEGISMUNDO.

No digas tal; di el sol, á cuya llama
Aquella estrella vive,
Pues de tus rayos resplandor recibe.
Yo vi, en reino de olores,
Que presidia, entre escuadron de flores,
La deidad de la rosa,
Y era su emperatriz por más hermosa;
Yo vi, entre piedras finas,
De la docta academia de sus minas
Preferir el diamante,
Y ser su emperador por más brillante;
Yo, en esas córtes bellas
De la inquieta república de estrellas,
Vi en el lugar primero,
Por rey de las estrellas, al lucero;
Yo, en esferas perfetas,
Llamando el sol á córtes los planetas,
Le vi que presidia,
Como mayor oráculo del dia.
Pues ¿Cómo, si entre flores, entre estrellas,
Piedras, signos, planetas, las más bellas
Prefieren, tú has servido
La de ménos beldad, habiendo sido,
Por más bella y hermosa,
Sol, lucero, diamante, estrella y rosa?

ESCENA VIII.

CLOTALDO, *que se queda al paño.* SEGISMUNDO.
ROSAURA. CLARIN. CRIADOS.

CLOTALDO. [*Ap.*]

A Segismundo reducir deseo,
Porque, en fin, le he criado..... Mas ¡qué veo!

ROSAURA.

Tu favor reverencio;
Respóndate retórico el silencio:
Cuando tan torpe la razon se halla,
Mejor habla, señor, quien mejor calla.

SEGISMUNDO.

No has de ausentarte, espera.
¿Cómo quieres dejar de esa manera
A oscuras mi sentido?

ROSAURA.

Esta licencia á vuestra Alteza pido.

SEGISMUNDO.

Irte con tal violencia
No es pedirla, es tomarte la licencia.

ROSAURA.

Pues, si tú no la das, tomarla espero.

SEGISMUNDO.

Harás que de cortés pase á grosero;
Porque la resistencia
Es veneno cruel de mi paciencia.

ROSAURA.

Pues cuando ese veneno,

De furia, de rigor y saña lleno,
La paciencia venciera,
Mi respeto no osára, ni pudiera.

SEGISMUNDO.

Sólo por ver si puedo,
Harás que pierda á tu hermosura el miedo,
Que soy muy inclinado
Á vencer lo imposible: hoy he arrojado
De ese balcon á un hombre, que decia
Que hacerse no podia:
Y así, por ver si puedo, cosa es llana
Que arrojaré tu honor por la ventana.

CLOTALDO. [*Ap.*]

Mucho se va empeñando.
¿Qué he de hacer, cielos, cuando
Tras un loco deseo
Mi honor, segunda vez, á riesgo veo?

ROSAURA.

No en vano prevenia
Á este reino infeliz, tu tiranía,
Escándalos tan fuertes
De delitos, traiciones, iras, muertes.
Mas ¿Qué ha de hacer un hombre
Que no tiene de humano más que el nombre,
Atrevido, inhumano,
Cruel, soberbio, bárbaro y tirano,
Nacido entre las fieras?

SEGISMUNDO.

Porque tú ese baldon no me dijeras,
Tan cortés me mostraba,

Pensando que con eso te obligaba;
Mas, si lo soy hablando deste modo,
Has de decirlo, vive Dios, por todo.
—Hola, dejadnos solos; y esa puerta
Se cierre, y no éntre nadie.

[*Vanse Clarin y los criados.*]

ROSAURA.

¡Yo soy muerta!
—Advierte.....

SEGISMUNDO.

Soy tirano,
Y ya pretendes reducirme en vano.

CLOTALDO.

(*Ap.* ¡Oh qué lance tan fuerte!
Saldré á estorbarlo, aunque me dé la muerte.)
Señor, atiende, mira..... [*Llega.*]

SEGISMUNDO.

Segunda vez me has provocado á ira,
Viejo caduco y loco.
¿Mi enojo y mi rigor tienes en poco?
¿Cómo hasta aquí has llegado?

CLOTALDO.

De los acentos desta voz llamado,
A decirte que seas
Más apacible, si reinar deseas;
Y no, por verte ya de todos dueño,
Seas cruel, porque quizá es un sueño.

SEGISMUNDO.

A rabia me provocas,
Cuando la luz del desengaño tocas.

Veré, dándote la muerte,
Si es sueño ó es verdad.
[*Al ir á sacar la daga se la detiene Clotaldo, y se pone de rodillas.*]

CLOTALDO.

Yo desta suerte
Librar mi vida espero.

SEGISMUNDO.

Quita la osada mano del acero.

CLOTALDO.

Hasta que gente venga,
Que tu rigor y cólera detenga,
No he de soltarte.

ROSAURA.

¡Ay cielo!

SEGISMUNDO.

Suelta, digo,
Caduco, loco, bárbaro, enemigo,
O será desta suerte, [*Luchan.*]
Dándote ahora entre mis brazos muerte.

ROSAURA.

¡Acudid todos presto,
Que matan á Clotaldo! [*Vase.*]
[*Sale Astolfo á tiempo que cae Clotaldo á sus piés, y él se pone en medio.*]

ESCENA IX.

ASTOLFO. SEGISMUNDO. CLOTALDO.

ASTOLFO.

¿Pues qué es esto,

Príncipe generoso?
¿Así se mancha acero tan brioso
En una sangre helada?
Vuelva á la vaina tan lucida espada.

SEGISMUNDO.

En viéndola teñida
En esa infame sangre.

ASTOLFO.

Ya su vida
Tomó á mis piés sagrado;
Y de algo ha de servirle haber llegado.

SEGISMUNDO.

Sírvate de morir; pues, desta suerte,
Tambien sabré vengarme, con tu muerte.
De aquel pasado enojo.

ASTOLFO.

Yo defiendo
Mi vida; así la majestad no ofendo.
[*Saca Astolfo la espada, y riñen.*]

CLOTALDO.

No le ofendas, señor.

ESCENA X.

BASILIO. ESTRELLA *y* ACOMPAÑAMIENTO. SEGISMUNDO. ASTOLFO. CLOTALDO.

BASILIO.

¿Pues, aquí espadas?

ESTRELLA. [*Ap.*]

¡Astolfo es, ay de mí, penas airadas!

BASILIO.

¿Pues qué es lo que ha pasado?

ASTOLFO.

Nada, señor, habiendo tú llegado. [*Envainan.*]

SEGISMUNDO.

Mucho, señor, aunque hayas tú venido.
Yo á ese viejo matar he pretendido.

BASILIO.

¿Respeto no tenías
A esas canas?

CLOTALDO.

Señor, ved que son mias:
Que no importa veréis.

SEGISMUNDO.

Acciones vanas,
Querer que tenga yo respeto á canas;
Pues áun esas podria [*Al Rey.*]
Ser que viese á mis plantas algun dia.
Porque áun no estoy vengado
Del modo injusto con que me has criado. [*Vase.*]

BASILIO.

Pues ántes que lo veas,
Volverás á dormir adonde creas
Que cuanto te ha pasado,
Como fué bien del mundo, fué soñado.
[*Vanse el Rey, Clotaldo y el acompañamiento.*]

ESCENA XI.

ESTRELLA. ASTOLFO.

ASTOLFO.

¡Qué pocas veces el hado
Que dice desdichas, miente,
Pues es tan cierto en los males,
Cuanto dudoso en los bienes!
¡Qué buen astrólogo fuera,
Si siempre casos crueles
Anunciára; pues no hay duda
Que ellos fueran verdad siempre!
Conocerse esta experiencia
En mí y Segismundo puede,
Estrella, pues en los dos
Hace muestras diferentes.
En él previno rigores,
Soberbias, desdichas, muertes,
Y en todo dijo verdad,
Porque todo, al fin, sucede;
Pero en mí, que al ver, señora,
Esos rayos excelentes,
De quien el sol fué una sombra
Y el cielo un amago breve,
Que me previno venturas,
Trofeos, aplausos, bienes,
Dijo mal, y dijo bien;
Pues sólo es justo que acierte
Cuando amaga con favores
Y ejecuta con desdenes.

ESTRELLA.

No dudo que esas finezas
Son verdades evidentes;
Mas serán por otra dama,
Cuyo retrato pendiente
Al cuello trajisteis, cuando
Llegasteis, Astolfo, á verme;
Y siendo así, esos requiebros
Ella sola los merece.
Acudid á que ella os pague;
Que no son buenos papeles
En el Consejo de amor,
Las finezas ni las fees
Que se hicieron en servicio
De otras Damas y otros Reyes.

ESCENA XII.

ROSAURA, *que se queda al paño.* ESTRELLA. ASTOLFO.

ROSAURA. [*Ap.*]

¡Gracias á Dios, que llegaron
Ya mis desdichas crueles
Al término suyo, pues
Quien esto ve nada teme!

ASTOLFO.

Yo haré que el retrato salga
Del pecho, para que entre
La imágen de tu hermosura.
Donde entra Estrella, no tiene
Lugar la sombra, ni estrella

Donde el sol; voy á traerle.
—(*Ap.* Perdona, Rosaura hermosa,
Este agravio, porque, ausentes,
No se guardan más fe que ésta
Los hombres y las mujeres.) [*Vase.*]
[*Adelántase Rosaura.*]

ROSAURA. [*Ap.*]

Nada he podido escuchar,
Temerosa que me viese.

ESTRELLA.

¡Astrea!

ROSAURA.

Señora mia.

ESTRELLA.

Heme holgado que tú fueses
La que llegaste hasta aquí,
Porque de tí solamente
Fiára un secreto.

ROSAURA.

Honras,
Señora, á quien te obedece.

ESTRELLA.

En el poco tiempo, Astrea,
Que há que te conozco, tienes
De mi voluntad las llaves;
Por esto, y por ser quien eres,
Me atrevo á fiar de tí
Lo que áun de mí muchas veces
Recaté.

ROSAURA.

Tu esclava soy.

ESTRELLA.

Pues, para decirlo en breve,
Mi primo Astolfo (bastára
Que mi primo te dijese,
Porque hay cosas que se dicen
Con pensarlas solamente)
Ha de casarse conmigo,
Si es que la fortuna quiere
Que, con una dicha sola,
Tantas desdichas descuente.
Pesóme que, el primer dia,
Echado al cuello trajese
El retrato de una dama:
Habléle en él (1) cortésmente;
Es galan y quiere bien,
Fué por él, y ha de traerle
Aquí; embarázame mucho
Que él á mí á dármele llegue:
Quédate aqui, y cuando venga
Le dirás que te le entregue
A tí. No te digo más;
Discreta y hermosa eres:
Bien sabrás lo que es amor. [*Vase.*]

ESCENA XIII.

ROSAURA.

¡Ojalá no lo supiese!

---

(1) *Hablar en* equivalia ántes á *hablar de.*
(*Nota del Sr. Hartzenbusch.*)

¡Válgame el cielo! ¿Quién fuera
Tan atenta y tan prudente,
Que supiera aconsejarse
Hoy en ocasion tan fuerte?
¿Habrá persona en el mundo,
A quien el cielo inclemente
Con más desdichas combata,
Y con más pesares cerque?
¿Qué haré en tantas confusiones,
Donde imposible parece
Que halle razon que me alivie,
Ni alivio que me consuele?
Desde la primer desdicha,
No hay suceso, ni accidente,
Que otra desdicha no sea;
Que unas á otras suceden,
Herederas de sí mismas.
A la imitacion del Fénix,
Unas de las otras nacen,
Viviendo de lo que mueren,
Y siempre de sus cenizas
Está el sepulcro caliente.
Que eran cobardes, decia
Un sabio, por parecerle
Que nunca andaba una sola;
Yo digo que son valientes,
Pues siempre van adelante,
Y nunca la espalda vuelven:
Quien las llevàre consigo,
A todo podrá atreverse,
Pues, en ninguna ocasion,
No haya miedo que le dejen.

Dígalo yo, pues en tantas
Como á mi vida suceden,
Nunca me he hallado sin ellas,
Ni se han cansado hasta verme,
Herida de la fortuna,
En los brazos de la muerte.
¡Ay de mí! ¿Qué debo hacer,
Hoy, en la ocasion presente?
Si digo quién soy, Clotaldo,
A quien mi vida le debe
Este amparo y este honor,
Conmigo ofenderse puede;
Pues me dice que, callando,
Honor y remedio espere.
Si no he de decir quién soy
A Astolfo, y él llega á verme:
¿Cómo he de disimular?
Pues, aunque fingirlo intenten
La voz, la lengua y los ojos,
Les dirá el alma que mienten!
¿Qué haré?—Mas ¿Para qué estudio
Lo que haré, si es evidente
Que por más que lo prevenga,
Que lo estudie y que lo piense,
En llegando la ocasion,
Ha de hacer lo que quisiere
El dolor? Porque ninguno
Imperio en sus penas tiene.
Y pues á determinar
Lo que ha de hacer no se atreve
El alma, llegue el dolor
Hoy á su término; llegue

La pena á su extremo; y salga
De dudas y pareceres
De una vez; pero, hasta entónces,
¡Valedme, cielos, valedme!

ESCENA XIV.

ASTOLFO, *que trae el retrato.* ROSAURA.

ASTOLFO.

Este es, señora, el retrato.....
Mas ¡Ay Dios!

ROSAURA.

¿Qué se suspende
Vuestra Alteza? ¿Qué se admira?

ASTOLFO.

De oirte, Rosaura, y verte.

ROSAURA.

¿Yo Rosaura? Hase engañado
Vuestra Alteza, si me tiene
Por otra dama; que yo
Soy Astrea, y no merece
Mi humildad tan grande dicha,
Que esa turbacion le cueste.

ASTOLFO.

Basta, Rosaura, el engaño,
Porque el alma nunca miente;
Y aunque como á Astrea te mire,
Como á Rosaura te quiere.

ROSAURA.

No he entendido á vuestra Alteza,

Y así no sé responderle:
Sólo lo que yo diré,
Es que Estrella (que lo puede
Ser de Vénus) me mandó
Que en esta parte le espere,
Y, de la suya, le diga
Que aquel retrato me entregue,
(¡Que está muy puesto en razon!)
Y yo misma se lo lleve.
Estrella lo quiere así,
Porque áun las cosas más leves,
Como sean en mi daño,
Es Estrella quien las quiere.

ASTOLFO.

Aunque más esfuerzos hagas,
¡Oh qué mal, Rosaura, puedes
Disimular! Di á los ojos
Que su música concierten
Con la voz; porque es forzoso
Que desdiga y que disuene
Tan destemplado instrumento,
Que ajustar y medir quiere
La falsedad de quien dice
Con la verdad de quien siente.

ROSAURA.

Ya digo que sólo espero
El retrato.

ASTOLFO.

Pues que quieres
Llevar al fin el engaño,
Con él quiero responderte.

Dirásle, Astrea, á la Infanta
Que yo la estimo de suerte,
Que, pidiéndome un retrato,
Poca fineza parece
Enviársele, y así,
Porque le estime y le precie,
Le envio el original;
Y tú llevársele puedes,
Pues ya le llevas contigo,
Como á tí misma te lleves.

ROSAURA.

Cuando un hombre se dispone,
Restado, altivo y valiente,
A salir con una empresa,
Aunque por trato le entreguen
Lo que valga más, sin ella,
Necio y desairado, vuelve.
Yo vengo por un retrato,
Y aunque un original lleve,
Que vale más, volveré
Desairada; y así, déme
Vuestra Alteza ese retrato,
Que sin él no he de volverme.

ASTOLFO.

Pues ¿Cómo, si no he de darle,
Le has de llevar?

ROSAURA.

Desta suerte.
¡Suéltale, ingrato! [*Trata de quitársele.*]

ASTOLFO.

¡Es en vano!

ROSAURA.

¡Vive Dios, que no ha de verse
En manos de otra mujer!

ASTOLFO.

¡Terrible estás!

ROSAURA.

Y tú aleve!

ASTOLFO.

Ya basta, Rosaura mia.

ROSAURA.

¿Yo tuya?..... Villano, mientes.
[*Están asidos ambos del retrato.*]

ESCENA XV.

ESTRELLA. ROSAURA. ASTOLFO.

ESTRELLA.

Astrea, Astolfo, ¿Qué es esto?

ASTOLFO. [*Ap.*]

Aquésta es Estrella.

ROSAURA.

(*Ap.* Déme,
Para cobrar mi retrato,
Ingenio el amor.) Si quieres [*A Estrella.*]
Saber lo que es, yo, señora,
Te lo diré.

ASTOLFO. [*Ap. á Rosaura.*]

¿Qué pretendes?

ROSAURA.

Mandásteme que esperase
Aquí á Astolfo, y le pidiese
Un retrato de tu parte.
Quedé sola, y como vienen
De unos discursos á otros
Las noticias fácilmente,
Viéndote hablar de retratos,
Con su memoria acordéme
De que tenía uno mio
En la manga. Quise verle,
Porque una persona sola
Con locuras se divierte;
Cayóseme de la mano
Al suelo: Astolfo, que viene
A entregarte el de otra dama,
Le levantó, y tan rebelde
Está en dar el que le pides,
Que en vez de dar uno, quiere
Llevar otro; pues el mio
Áun no es posible volverme,
Con ruegos y persuasiones:
Colérica é impaciente
Yo, se le quise quitar.
Aquel que en la mano tiene,
Es mio: tú lo verás
Con ver si se me parece.

ESTRELLA.

Soltad, Astolfo, el retrato. [*Quítasele de la mano.*]

ASTOLFO.

Señora.....

ESTRELLA.

No son crueles,
A la verdad, los matices.

ROSAURA.

¿No es mio?

ESTRELLA.

¿Qué duda tiene?

ROSAURA.

Ahora di que te dé el otro.

ESTRELLA.

Toma tu retrato, y véte.

ROSAURA. [*Ap.*]

Yo he cobrado mi retrato:
Venga ahora lo que viniere. [*Vase.*]

ESCENA XVI.

ESTRELLA. ASTOLFO.

ESTRELLA.

Dadme ahora el retrato, vos,
Que os pedí, que aunque no piense
Veros ni hablaros jamás,
No quiero, no, que se quede
En vuestro poder, siquiera
Porque yo tan neciamente
Le he pedido.

ASTOLFO.

(*Ap.* ¿Cómo puedo
Salir de lance tan fuerte?)

Aunque quiera, hermosa Estrella,
Servirte y obedecerte,
No podré darte el retrato
Que me pides, porque.....

ESTRELLA.

Eres
Villano y grosero amante.
No quiero que me le entregues;
Porque yo tampoco quiero,
Con tomarle, que me acuerdes
Que te le he pedido yo. [*Vase.*]

ASTOLFO.

Oye, escucha, mira, advierte.....
—¡Válgate Dios por Rosaura!
¿Dónde, cómo, ó de qué suerte,
Hoy á Polonia has venido
A perderme y á perderte? [*Vase.*]

Prision del Príncipe en la torre.

ESCENA XVII.

SEGISMUNDO, *como al principio, con pieles y cadena, echado en el suelo.* CLOTALDO. Dos criados y CLARIN.

CLOTALDO.

Aquí le habeis de dejar,
Pues hoy su soberbia acaba
Donde empezó.

UN CRIADO.

Como estaba,

La cadena vuelvo á atar.

CLARIN.

No acabes de despertar,
Segismundo, para verte
Perder, trocada la suerte,
Siendo tu gloria fingida
Una sombra de la vida,
Y una llama de la muerte.

CLOTALDO.

A quien sabe discurrir
Así, es bien que se prevenga
Una estancia, donde tenga
Harto lugar de argüir.
—Éste es al que habeis de asir, [*A los criados.*]
Y en este cuarto encerrar.
[*Señalando la pieza inmediata.*]

CLARIN.

¿Por qué á mí?

CLOTALDO.

Porque ha de estar
Guardado en prision tan grave,
Clarin que secretos sabe,
Donde no pueda sonar.

CLARIN.

¿Yo, por dicha, solicito
Dar muerte á mi padre?—No.
¿Arrojé del balcon yo
Al Ícaro de poquito?
¿Yo sueño ó duermo? ¿A qué fin
Me encierran?

CLOTALDO.

Eres Clarin.

CLARIN.

Pues ya digo que seré
Corneta, y que callaré,
Que es instrumento ruin.

[Llévanle, y queda solo Clotaldo.]

ESCENA XVIII.

BASILIO, *rebozado.* CLOTALDO. SEGISMUNDO, *adormecido.*

BASILIO.

Clotaldo.

CLOTALDO.

¡Señor! ¿Así
Viene vuestra Majestad?

BASILIO.

La necia curiosidad
De ver lo que pasa aquí
A Segismundo (¡Ay de mí!),
Deste modo me ha traido.

CLOTALDO.

Mírale allí, reducido
A su miserable estado.

BASILIO.

¡Ay Príncipe desdichado,
Y en triste punto nacido!
Llega á dispertarle, ya

Que fuerza y vigor perdió,
Con el opio que bebió.

CLOTALDO.

Inquieto, señor, está,
Y hablando.

BASILIO.

¿Qué soñará
Ahora? Escuchemos, pues.

SEGISMUNDO. [*Entre sueños.*]

Piadoso príncipe es
El que castiga tiranos:
Clotaldo muera á mis manos,
Mi padre bese mis piés.

CLOTALDO.

Con la muerte me amenaza.

BASILIO.

A mí con rigor y afrenta.

CLOTALDO.

Quitarme la vida intenta.

BASILIO.

Rendirme á sus plantas traza.

SEGISMUNDO. [*Entre sueños.*]

Salga á la anchurosa plaza
Del gran teatro del mundo
Este valor sin segundo:
Porque mi venganza cuadre,
Vean triunfar de su padre
Al príncipe Segismundo. [*Despierta.*]
Mas ¡Ay de mí! ¿Dónde estoy?

BASILIO.

Pues á mí no me ha de ver : [*A Clotaldo.*]
Ya sabes lo que has de hacer.
Desde allí á escucharle voy. [*Retírase.*]

SEGISMUNDO.

¿Soy yo por ventura? ¿Soy
El que, preso y aherrojado,
Llego á verme en tal estado?
¿No sois mi sepulcro vos,
Torre?—Sí.—¡Válgame Dios,
Qué de cosas he soñado!

CLOTALDO. [*Ap.*]

A mí me toca llegar,
A hacer la deshecha ahora.
—¿Es ya de dispertar hora? [*A Segismundo.*]

SEGISMUNDO.

Sí; hora es ya de dispertar.

CLOTALDO.

¿Todo el dia te has de estar
Durmiendo?—Desde que yo,
Al águila que voló
Con tardo vuelo, seguí,
Y te quedaste tú aquí,
¿Nunca has dispertado?

SEGISMUNDO.

No;
Ni áun agora he dispertado;
Que, segun, Clotaldo, entiendo,
Todavía estoy durmiendo;

Y no estoy muy engañado,
Porque, si ha sido soñado
Lo que vi palpable y cierto,
Lo que veo será incierto;
Y no es mucho que rendido,
Pues veo estando dormido,
Que sueñe estando despierto.

CLOTALDO.

Lo que soñaste me di.

SEGISMUNDO.

Supuesto que sueño fué,
No diré lo que soñé;
Lo que vi, Clotaldo, sí.
Yo disperté, yo me vi
(¡Qué crueldad tan lisonjera!)
En un lecho, que pudiera,
Con matices y colores,
Ser el catre de las flores
Que tejió la primavera.
Aquí mil nobles, rendidos
A mis piés, nombre me dieron
De su Príncipe, y sirvieron
Galas, joyas y vestidos.
La calma de mis sentidos
Tú trocaste en alegría,
Diciendo la dicha mia,
Que, aunque estoy desta manera,
Príncipe en Polonia era.

CLOTALDO.

Buenas albricias tendria.

SEGISMUNDO.

No muy buenas : por traidor,
Con pecho atrevido y fuerte,
Dos veces te daba muerte.

CLOTALDO.

¿Para mí tanto rigor?

SEGISMUNDO.

De todos era señor,
Y de todos me vengaba;
Sólo á una mujer amaba.....
Que fué verdad, creo yo,
En que todo se acabó,
Y esto solo no se acaba. [*Vase el Rey.*]

CLOTALDO.

(*Ap.* Enternecido se ha ido
El Rey de haberle escuchado.)
Como habiamos hablado
De aquella águila, dormido,
Tu sueño imperios han sido;
Mas en sueños fuera bien
Honrar entónces á quien
Te crió en tantos empeños,
Segismundo; que áun en sueños
No se pierde el hacer bien. [*Vase.*]

ESCENA XIX.

SEGISMUNDO.

Es verdad; pues reprimamos
Esta fiera condicion,

Esta furia, esta ambicion,
Por si alguna vez soñamos;
Y sí harémos, pues estamos
En mundo tan singular,
Que el vivir sólo es soñar;
Y la experiencia me enseña
Que el hombre que vive, sueña
Lo que es, hasta dispertar.
Sueña el Rey que es rey, y vive,
Con este engaño, mandando,
Disponiendo y gobernando;
Y este aplauso, que recibe
Prestado, en el viento escribe,
Y en cenizas le convierte
La muerte (¡Desdicha fuerte!):
¿Que hay quien intente reinar,
Viendo que ha de dispertar
En el sueño de la muerte?
Sueña el Rico en su riqueza,
Que más cuidados le ofrece;
Sueña el Pobre que padece
Su miseria y su pobreza;
Sueña el que á medrar empieza;
Sueña el que afana y pretende;
Sueña el que agravia y ofende;
Y en el mundo, en conclusion,
Todos sueñan lo que son,
Aunque ninguno lo entiende.
Yo sueño que estoy aquí
Destas prisiones cargado,
Y soñé que en otro estado
Más lisonjero me vi.

¿Qué es la vida? — Un frenesí.
¿Qué es la vida? — Una ilusion,
Una sombra, una ficcion,
Y el mayor bien es pequeño:
Que toda la vida es sueño,
Y los sueños sueño son.

JORNADA TERCERA.

Un calabozo en la torre de Segismundo.

ESCENA PRIMERA.

CLARIN.

En una encantada torre,
Por lo que sé, vivo preso:
¿Qué me harán por lo que ignoro,
Si por lo que sé me han muerto?
¡Que un hombre con tanta hambre
Viniese á morir viviendo!
Lástima tengo de mí;
Todos dirán: «Bien lo creo»;
Y bien se puede creer,
Pues, para mí, este silencio
No conforma con el nombre
Clarin, y callar no puedo.
Quien me hace compañía
Aquí, si á decirlo acierto,
Son arañas y ratones:
¡Miren qué dulces jilgueros!
De los sueños desta noche,
La triste cabeza tengo
Llena de mil chirimías,
De trompetas y embelecos,
De procesiones, de cruces,
De disciplinantes; y éstos,

Unos suben, otros bajan,
Unos se desmayan viendo
La sangre que llevan otros;
Mas yo, la verdad diciendo,
De no comer me desmayo;
Que en una prision me veo,
Donde ya todos los dias
En el filósofo leo
Nicomédes, y las noches
En el concilio *Niceno*.
Si llaman santo al callar,
Como en calendario nuevo,
San secreto es para mí,
Pues le ayuno y no le huelgo;
Aunque está bien merecido
El castigo que padezco,
Pues callé, siendo criado,
Que es el mayor sacrilegio.

[*Ruido de cajas y clarines, y voces dentro.*]

ESCENA II.

SOLDADOS. CLARIN.

SOLDADO 1.° [*Dentro.*]

Ésta es la torre en que está.
Echad la puerta en el suelo:
Entrad todos.

CLARIN.

¡Vive Dios!
Que á mí me buscan, es cierto,
Pues que dicen que aquí estoy.

¿Qué me querrán?

SOLDADO 1.° [*Dentro.*]

Entrad dentro.

[*Salen varios soldados.*]

SOLDADO 2.°

Aquí está.

CLARIN.

No está.

TODOS LOS SOLDADOS.

Señor.....

CLARIN. [*Ap.*]

¿Si vienen borrachos éstos?

SOLDADO 1.°

Tú nuestro príncipe eres;
Ni admitimos ni queremos,
Sino al señor natural,
Y no á príncipe extranjero.
A todos nos da los piés.

LOS SOLDADOS.

¡Viva el gran Príncipe nuestro!

CLARIN. [*Ap.*]

Vive Dios, que va de véras.
¿Si es costumbre en este Reino
Prender uno cada dia
Y hacerle príncipe, y luégo
Volverle á la torre? Si,
Pues cada dia lo veo:
Fuerza es hacer mi papel.

SOLDADOS.

Danos tus plantas.

CLARIN.

No puedo,
Porque las he menester
Para mí, y fuera defecto
Ser príncipe desplantado.

SOLDADO 2.°

Todos á tu padre mesmo
Le dijimos que á tí solo
Por príncipe conocemos,
No al de Moscovia.

CLARIN.

¿A mi padre
Le perdisteis el respeto?
Sois unos tales por cuales.

SOLDADO 1.°

Fué lealtad de nuestro pecho.

CLARIN.

Si fué lealtad, yo os perdono.

SOLDADO 2.°

Sal á restaurar tu imperio.
¡Viva Segismundo!

TODOS.

¡Viva!

CLARIN. [*Ap.*]

¿Segismundo dicen? Bueno:
Segismundos llaman todos
Los príncipes contrahechos.

ESCENA III.

SEGISMUNDO. CLARIN. SOLDADOS.

SEGISMUNDO.

¿Quién nombra aquí á Segismundo?

CLARIN. [*Ap.*]

¡Mas que soy príncipe huero!

SOLDADO 1.°

¿Quién es Segismundo?

SEGISMUNDO.

Yo.

SOLDADO 2.° [*A Clarin.*]

Pues ¿Cómo, atrevido y necio,
Tú te hacias Segismundo?

CLARIN.

¿Yo Segismundo? Eso niego.
Vosotros fuisteis los que
Me segismundeasteis : luego
Vuestra ha sido solamente
Necedad y atrevimiento.

SOLDADO 1.°

Gran príncipe Segismundo
(Que las señas que traemos
Tuyas son, aunque por fe
Te aclamamos señor nuestro),
Tu padre, el gran rey Basilio,
Temeroso que los cielos
Cumplan un hado, que dice

Que ha de verse á tus piés puesto,
Vencido de tí, pretende
Quitarte accion y derecho,
Y dársele á Astolfo, duque
De Moscovia. Para esto
Juntó su Córte; y el Vulgo,
Penetrando yá y sabiendo
Que tiene rey natural,
No quiere que un extranjero
Venga á mandarle. Y así,
Haciendo noble desprécio
De la inclemencia del hado,
Te ha buscado donde preso
Vives, para que asistido
De sus armas, y saliendo
Desta torre á restaurar
Tu imperial corona y cetro,
Se la quites á un tirano.
Sal, pues, que en ese desierto,
Ejército numeroso
De bandidos y plebeyos,
Te aclama: la libertad
Te espera; oye sus acentos.

VOCES. [*Dentro.*]

¡Viva Segismundo, viva!

SEGISMUNDO.

¿Otra vez (¡Qué es esto, cielos!)
Quereis que sueñe grandezas,
Que ha de deshacer el tiempo?
¿Otra vez quereis que vea,
Entre sombras y bosquejos

La majestad y la pompa
Desvanecida del viento?
¿Otra vez quereis que toque
El desengaño, ó el riesgo,
A que el humano poder
Nace humilde y vive atento?
Pues no ha de ser, no ha de ser
Mirarme otra vez sujeto
A mi fortuna; y pues sé
Que toda esta vida es sueño:
Idos, sombras, que fingís
Hoy á mis sentidos muertos
Cuerpo y voz, siendo verdad
Que ni teneis voz ni cuerpo;
Que no quiero majestades
Fingidas, pompas no quiero
Fantásticas, ilusiones
Que, al soplo ménos ligero (1)
Del aura, han de deshacerse,
Bien como el florido almendro,
Que por madrugar sus flores,
Sin aviso y sin consejo,
Al primer soplo se apagan,
Marchitando y desluciendo
De sus rosados capillos
Belleza, luz y ornamento.

---

(1) Este verso debe de estar adulterado, pues que dice precisamente lo contrario de lo que el Autor queria decir en él. La vanidad de nuestras *ilusiones* de grandeza, se ve en que se deshacen al «soplo *más* (y no *ménos*) *ligero* del aura. ¿Debiera leerse: «Al soplo ménos *violento*»?

Ya os conozco, ya os conozco,
Y sé que os pasa lo mesmo.
Con cualquiera que se duerme:
Para mí no hay fingimientos,
Que, desengañado ya,
Sé bien que *la vida es sueño.*

SOLDADO 2.°

Si piensas que te engañamos,
Vuelve á esos montes soberbios
Los ojos, para que veas
La gente que aguarda en ellos
Para obedecerte.

SEGISMUNDO.

Ya
Otra vez vi aquesto mesmo,
Tan clara y distintamente
Como ahora lo estoy viendo;
Y fué sueño.

SOLDADO 2.°

Cosas grandes
Siempre, gran señor, trajeron
Anuncios; y esto sería,
Si lo soñaste primero.

SEGISMUNDO.

Dices bien, anuncio fué;
Y caso que fuese cierto,
Pues que la vida es tan corta,
Soñemos, alma, soñemos
Otra vez; pero ha de ser
Con atencion y consejo

De que hemos de dispertar
Deste gusto al mejor tiempo;
Que, llevándolo sabido,
Será el desengaño ménos,
Que es hacer burla del daño
Adelantarle el consejo.
Y con esta prevencion
De que cuando fuese cierto,
Es todo el poder prestado,
Y ha de volverse á su dueño,
Atrevámonos á todo.
—Vasallos, yo os agradezco
La lealtad; en mí llevais
Quien os libre, osado y diestro,
De extranjera esclavitud.
Tocad al arma, que presto
Veréis mi inmenso valor.
Contra mi padre pretendo
Tomar armas, y sacar
Verdaderos á los cielos.
Puesto he de verle á mis plantas.....
(*Ap.* Mas, si ántes desto dispierto,
¿No será bien no decirlo,
Supuesto que no he de hacerlo?)

TODOS.

¡Viva Segismundo, viva!

ESCENA IV.

CLOTALDO. SEGISMUNDO. CLARIN. SOLDADOS.

CLOTALDO.

¿Qué alboroto es éste, cielos?

SEGISMUNDO.

Clotaldo.

CLOTALDO.

Señor..... (*Ap.* En mí
Su rigor prueba.)

CLARIN. [*Ap.*]

Yo apuesto
Que le despeña del monte. [*Vase.*]

CLOTALDO.

A tus reales plantas llego:
Ya sé que á morir.

SEGISMUNDO.

Levanta,
Levanta, padre, del suelo,
Que tú has de ser norte y guía
De quién fie mis aciertos;
Que ya sé que mi crianza
A tu mucha lealtad debo.
Dame los brazos.

CLOTALDO.

¿Qué dices?

SEGISMUNDO.

Que estoy soñando, y que quiero
Obrar bien, pues no se pierde
El hacer bien, áun en sueños.

CLOTALDO.

Pues señor, si el obrar bien
Es ya tu blason, es cierto
Que no te ofenda el que yo

Hoy solicite lo mesmo.
¡A tu padre has de hacer guerra!
Yo aconsejarte no puedo
Contra mi Rey, ni valerte.
A tus plantas estoy puesto,
Dame la muerte.

SEGISMUNDO.

¡Villano,
Traidor, ingrato! (*Ap*. Mas ¡cielos!
El reportarme conviene,
Que áun no sé si estoy despierto.)
Clotaldo, vuestro valor
Os envidio y agradezco.
Idos á servir al Rey,
Que en el campo nos verémos.
—Vosotros tocad al arma.

CLOTALDO.

Mil veces tus plantas beso. [*Vase.*]

SEGISMUNDO.

A reinar, fortuna, vamos;
No me despiertes, si duermo;
Y, si es verdad, no me aduermas.
Mas, sea verdad ó sueño,
Obrar bien es lo que importa;
Si fuere verdad, por serlo;
Si no, por ganar amigos
Para cuando despertemos.
[*Vanse, tocando cajas.*]

Salon del Palacio Real.

ESCENA V.

BASILIO. ASTOLFO.

BASILIO.

¿Quién, Astolfo, podrá parar, prudente,
La furia de un caballo desbocado?
¿Quién detener de un rio la corriente,
Que corre al mar soberbio y despeñado?
¿Quién un peñasco suspender, valiente,
De la cima de un monte desgajado?
Pues todo fácil de parar se mira,
Más que de un vulgo la soberbia ira.
Dígalo en bandos el rumor partido,
Pues se oye resonar en lo profundo
De los montes el eco repetido,
Unos *¡Astolfo!* y otros *¡Segismundo!*
El dosel de la jura, reducido
Á segunda intencion, á horror segundo,
Teatro funesto es, donde importuna
Representa tragedias la fortuna.

ASTOLFO.

Señor, suspéndase hoy tanta alegría;
Cese el aplauso y gusto lisonjero,
Que tu mano feliz me prometia;
Que si Polonia (á quien mandar espero)
Hoy se resiste á la obediencia mia,
Es porque la merezca yo primero.
Dadme un caballo, y de arrogancia lleno,
Rayo descienda el que blasona trueno. [*Vase.*]

BASILIO.

Poco reparo tiene lo infalible,
Y mucho riesgo lo previsto tiene :
Si ha de ser, la defensa es imposible,
Que quien la excusa más, más la previene.
¡Dura ley! ¡fuerte caso! ¡horror terrible!
Quien piensa huir el riesgo, al riesgo viene :
Con lo que yo guardaba me he perdido;
Yo mismo, yo mi patria he destruido.

ESCENA VI.

ESTRELLA. BASILIO.

ESTRELLA.

Si tu presencia, gran señor, no trata
De enfrenar el tumulto sucedido,
Que de uno en otro bando se dilata
Por las calles y plazas dividido,
Verás tu reino en ondas de escarlata
Nadar, entre la púrpura teñido
De su sangre, que ya con triste modo,
Todo es desdichas y tragedias todo.
Tanta es la ruina de tu imperio, tanta
La fuerza del rigor duro, sangriento,
Que visto admira, y escuchado espanta.
El sol se turba, y se embaraza el viento;
Cada piedra un pirámide levanta,
Y cada flor construye un monumento,
Cada edificio es un sepulcro altivo,
Cada soldado un esqueleto vivo.

ESCENA VII.

CLOTALDO. BÁSILIO. ESTRELLA.

CLOTALDO.

¡Gracias á Dios, que vivo á tus piés llego!

BASILIO.

Clotaldo, ¿Pues qué hay de Segismundo?

CLOTALDO.

Que el Vulgo, monstruo despeñado y ciego,
La torre penetró, y de lo profundo
Della sacó su Príncipe, que luégo
Que vió segunda vez su honor segundo,
Valiente se mostró, diciendo, fiero,
Que ha de sacar al Cielo verdadero.

BASILIO.

Dadme un caballo, porque yo en persona
Vencer valiente un hijo ingrato quiero;
Y en la defensa ya de mi corona,
Lo que la ciencia erró, venza el acero. [*Vase.*]

ESTRELLA.

Pues yo al lado del Sol seré Belona:
Poner mi nombre junto al suyo espero;
Que he de volar sobre tendidas alas
A competir con la deidad de Pálas.

[*Vase, y tocan al arma.*]

ESCENA VIII.

ROSAURA, *que detiene á* CLOTALDO.

ROSAURA.

Aunque el valor que se encierra
En tu pecho, desde allí
Da voces, óyeme á mí,
Que yo sé que todo es guerra.
Bien sabes que yo llegué
Pobre, humilde y desdichada
A Polonia, y amparada
De tu valor, en tí hallé
Piedad. Mandásteme (¡Ay cielos!)
Que disfrazada viviese
En Palacio, y pretendiese,
Disimulando mis celos,
Guardarme de Astolfo. En fin,
Él me vió, y tanto atropella
Mi honor, que viéndome, á Estrella
De noche habla en un jardin:
Deste la llave he tomado,
Y te podré dar lugar
De que en él puedas entrar
A dar fin á mi cuidado.
Así altivo, osado y fuerte,
Volver por mi honor podrás,
Pues que ya resuelto estás
A vengarme con su muerte.

CLOTALDO.

Verdad es que me incliné,

Desde el punto que te vi,
A hacer, Rosaura, por tí
(Testigo tu llanto fué)
Cuanto mi vida pudiese.
Lo primero que intenté,
Quitarte aquel traje fué;
Porque, si acaso, te viese
Astolfo en tu propio traje,
Sin juzgar á liviandad
La loca temeridad
Que hace del honor ultraje.
En este tiempo trazaba
Cómo cobrar se pudiese
Tu honor perdido, aunque fuese
(Tanto tu honor me arrastraba)
Dando muerte á Astolfo. ¡Mira
Qué caduco desvarío!
Si bien, no siendo Rey mio,
Ni me asombra ni me admira.
Darle pensé muerte, cuando
Segismundo pretendió
Dármela á mí, y él llegó,
Su peligro atropellando,
A hacer en defensa mia
Muestras de su voluntad,
Que fueron temeridad,
Pasando de valentía.
¿Pues cómo yo ahora (advierte),
Teniendo alma agradecida,
A quien me ha dado la vida
Le tengo de dar la muerte?
Y así, entre los dos partido

El efecto y el cuidado,
Viendo que á tí te la he dado,
Y que dél la he recibido,
No sé á qué parte acudir,
No sé á qué parte ayudar:
Si á tí me obligué con dar,
Dél lo estoy con recibir;
Y así, en la accion que se ofrece,
Nada á mi amor satisface;
Porque soy persona que hace,
Y persona que padece.

ROSAURA.

No tengo que prevenir
Que en un varon singular,
Cuanto es noble accion el dar,
Es bajeza el recibir.
Y este principio asentado,
No has de estarle agradecido,
Supuesto que si él ha sido
El que la vida te ha dado,
Y tú á mí, evidente cosa
Es, que él forzó tu nobleza
A que hiciese una bajeza,
Y yo una accion generosa.
Luego estás dél ofendido,
Luego estás de mí obligado,
Supuesto que á mí me has dado
Lo que dél has recibido;
Y así debes acudir
A mi honor en riesgo tanto,
Pues yo le prefiero cuanto

Va de dar á recibir.

CLOTALDO.

Aunque la nobleza vive
De la parte del que da,
El agradecerla está
De parte del que recibe.
Y pues ya dar he sabido,
Ya tengo, con nombre honroso,
El nombre de generoso:
Déjame el de agradecido;
Pues le puedo conseguir
Siendo agradecido, cuanto
Liberal, pues honra tanto
El dar como el recibir.

ROSAURA.

De tí recibí la vida,
Y tú mismo me dijiste,
Cuando la vida me diste,
Que la que estaba ofendida
No era vida: luego yo
Nada de tí he recibido;
Pues vida *no-vida* ha sido
La que tu mano me dió.
Y si debes ser primero
Liberal que agradecido
(Como de tí mismo he oido),
Que me dés la vida espero,
Que no me la has dado; y pues
El dar engrandece más,
Si ántes liberal, serás
Agradecido después.

CLOTALDO.

Vencido de tu argumento,
Antes liberal seré.
Yo, Rosaura, te daré
Mi hacienda, y en un convento
Vive; que está bien pensado
El medio que solicito;
Pues huyendo de un delito,
Te recoges á un sagrado:
Que cuando desdichas siente
El Reino, tan dividido,
Habiendo noble nacido,
No he de ser quien las aumente.
Con el remedio elegido
Soy con el Reino leal,
Soy contigo liberal,
Con Astolfo agradecido;
Y así escoge el que te cuadre,
Quedándose entre los dos;
Que no hiciera ¡Vive Dios!
Más cuando fuera tu padre.

ROSAURA.

Cuando tú mi padre fueras,
Sufriera esa injuria yo:
Pero no siéndolo, no.

CLOTALDO.

¿Pues qué es lo que hacer esperas?

ROSAURA.

Matar al Duque.

CLOTALDO.

¿Una dama,

Que padre no ha conocido,
Tanto valor ha tenido?

ROSAURA.

Sí.

CLOTALDO.

¿Quién te alienta?

ROSAURA.

Mi fama.

CLOTALDO.

Mira que á Astolfo has de ver...

ROSAURA.

Todo mi honor lo atropella.

CLOTALDO.

Tu Rey, y esposo de Estrella.

ROSAURA.

¡Vive Dios, que no ha de ser!

CLOTALDO.

Es locura.

ROSAURA.

Ya lo veo.

CLOTALDO.

Pues véncela.

ROSAURA.

No podré.

CLOTALDO.

Pues perderás...

ROSAURA.

Ya lo sé.

CLOTALDO.

Vida y honor.

ROSAURA.

Bien lo creo.

CLOTALDO.

¿Qué intentas?

ROSAURA.

Mi muerte.

CLOTALDO.

Mira

Que eso es despecho.

ROSAURA.

Es honor.

CLOTALDO.

Es desatino.

ROSAURA.

Es valor.

CLOTALDO.

Es frenesí.

ROSAURA.

Es rabia, es ira.

CLOTALDO.

En fin, ¿Que no se da medio
A tu ciega pasion?

ROSAURA.

No.

CLOTALDO.

¿Quién ha de ayudarte?

ROSAURA.

Yo.

CLOTALDO.

¿No hay remedio?

ROSAURA.

No hay remedio.

CLOTALDO.

Piensa bien si hay otros modos...

ROSAURA.

Perderme, de otra manera. [*Vase.*]

CLOTALDO.

Pues si has de perderte, espera,
Hija, y perdámonos todos. [*Vase.*]

—

Campo.

ESCENA IX.

SEGISMUNDO, *vestido de pieles.* SOLDADOS, *marchando.* CLARIN.

[*Tocan cajas.*]

SEGISMUNDO.

Si este dia me viera
Roma en los triunfos de su edad primera,
¡Oh, cuánto se alegrára,
Viendo lograr una ocasion tan rara,
De tener una fiera
Que sus grandes ejércitos rigiera,

A cuyo altivo aliento
Fuera poca conquista el firmamento!
Pero el vuelo abatamos,
Espíritu; no así desvanezcamos
Aqueste aplauso incierto,
Si ha de pesarme, cuando esté despierto,
De haberlo conseguido
Para haberlo perdido;
Pues miéntras ménos fuere,
Ménos se sentirá si se perdiere.

[*Tocan un clarin.*]

CLARIN.

En un veloz caballo
(Perdóname, que fuerza es el pintallo
En viniéndome á cuento),
En quien un mapa se dibuja atento,
Pues el cuerpo es la tierra,
El fuego el alma que en el pecho encierra,
La espuma el mar, y el aire es el suspiro,
En cuya confusion un cáos admiro,
Pues en el alma, espuma, cuerpo, aliento,
Monstruo es de fuego, tierra, mar y viento;
De color remendado,
Rucio, y á su propósito rodado,
Del que bate la espuela;
Que en vez de correr vuela;
A tu presencia llega
Airosa una mujer.

SEGISMUNDO.

Su luz me ciega.

CLARIN.

¡Vive Dios, que es Rosaura! [*Retírase.*]

SEGISMUNDO.

El cielo á mi presencia la restaura.

ESCENA X.

ROSAURA, *con vaquero, espada y daga.* SEGISMUNDO. SOLDADOS.

ROSAURA.

Generoso Segismundo,
Cuya majestad heroica
Sale al dia de sus hechos
De la noche de sus sombras;
Y, como el mayor planeta,
Que en los brazos de la aurora
Se restituye luciente
A las plantas y á las rosas,
Y sobre montes y mares,
Cuando coronado asoma,
Luz esparce, rayos brilla,
Cumbres baña, espumas borda;
Así amanezcas al mundo,
Luciente sol de Polonia,
Que á una mujer infelice,
Que hoy á tus plantas se arroja,
Ampares por ser mujer
Y desdichada: dos cosas
Que, para obligarle á un hombre,
Que de valiente blasona,
Cualquiera de las dos basta,

Cualquiera de las dos sobra.
Tres veces son las que ya
Me admiras, tres las que ignoras
Quién soy, pues las tres me viste
En diverso traje y forma.
La primera me creiste
Varon, en la rigurosa
Prision, donde fué tu vida
De mis desdichas lisonja.
La segunda me admiraste
Mujer, cuando fué la pompa
De tu majestad un sueño,
Una fantasma, una sombra.
La tercera es hoy, que, siendo
Monstruo de una especie y otra,
Entre galas de mujer
Armas de varon me adornan.
Y porque, compadecido,
Mejor mi amparo dispongas,
Es bien que de mis sucesos
Trágicas fortunas oigas.
De noble madre nací
(En la córte de Moscovia),
Que, segun fué desdichada,
Debió de ser muy hermosa.
En ésta puso los ojos
Un traidor, que no le nombra
Mi voz por no conocerle,
De cuyo valor me informa
El mio; pues siendo objeto
De su idea, siento ahora
No haber nacido gentil,

Para persuadirme, loca,
A que fué algun dios de aquellos
Que en metamorfósis llora
Lluvia de oro, cisne y toro,
En Dánae, Leda y Europa.
Cuando pensé que alargaba,
Citando aleves historias,
El discurso, hallo que en él
Te he dicho, en razones pocas,
Que mi madre, persuadida
A finezas amorosas,
Fué, como ninguna, bella,
Y fué infeliz como todas.
Aquella necia disculpa
De fe y palabra de esposa,
La alcanzó tanto, que áun hoy
El pensamiento la llora;
Habiendo sido un tirano
Tan Enéas de su Troya,
Que la dejó hasta la espada.
Enváinese aquí su hoja,
Que yo la desnudaré
Ántes que acabe la historia.
Deste, pues, mal dado nudo,
Que ni ata ni aprisiona,
O matrimonio ó delito,
Si bien todo es una cosa,
Nací yo tan parecida,
Que fuí un retrato, una copia,
Ya que en la hermosura no,
En la dicha y en las obras;
Y así, no habré menester

Decir que, poco dichosa
Heredera de fortunas,
Corrí con ella una propia.
Lo más que podré decirte
De mí, es el dueño que roba
Los trofeos de mi honor,
Los despojos de mi honra.
Astolfo... ¡Ay de mí! — Al nombrarle
Se encoleriza y se enoja
El corazon, propio efecto
De que enemigo le nombra.
—Astolfo fué el dueño ingrato,
Que olvidado de las glorias
(Porque en un pasado amor
Se olvida hasta la memoria),
Vino á Polonia, llamado
De su conquista famosa,
A casarse con Estrella,
Que fué de mi ocaso antorcha.
¿Quién crërá que, habiendo sido
Una estrella quien conforma
Dos amantes, sea una Estrella
La que los divida ahora?
Yo ofendida, yo burlada,
Quedé triste, quedé loca,
Quedé muerta, quedé *yo*,
Que es decir, que quedó toda
La confusion del infierno
Cifrada en mi Babilonia;
Y declarándome muda,
(Porque hay penas y congojas
Que las dicen los afectos

Mucho mejor que la boca),
Dije mis penas callando,
Hasta que una vez á solas,
Violante mi madre (¡Ay cielos!)
Rompió la prision, y, en tropa,
Del pecho salieron juntas,
Tropezando unas con otras.
No me embaracé en decirlas;
Que en sabiendo una persona
Que, á quien sus flaquezas cuenta,
Ha sido cómplice en otras,
Parece que ya le hace
La salva y le desahoga;
Que á veces el mal ejemplo
Sirve de algo. En fin, piadosa
Oyó mis quejas, y quiso
Consolarme con las propias:
Juez que ha sido delincuente,
¡Qué fácilmente perdona!
Escarmentando en sí misma,
Y por negar á la ociosa
Libertad, al tiempo fácil,
El remedio de su honra,
No le tuvo en mis desdichas;
Por mejor consejo toma
Que le siga, y que le obligue,
Con finezas prodigiosas,
A la deuda de mi honor;
Y para que á ménos costa
Fuese, quiso mi fortuna
Que en traje de hombre me ponga.
Descuelga una antigua espada,

Que es esta que ciño : ahora
Es tiempo que se desnude,
Como prometí, la hoja,
Pues confiada en sus señas,
Me dijo : «Parte á Polonia,
Y procura que te vean
Ese acero que te adorna,
Los más nobles; que en alguno
Podrá ser que hallen piadosa
Acogida tus fortunas,
Y consuelo tus congojas.»
Llegué á Polonia, en efecto :
Pasemos, pues que no importa
El decirlo, y ya se sabe
Que un bruto que se desboca
Me llevó á tu cueva, adonde
Tú de mirarme te asombras.
Pasemos que allí Clotaldo
De mi parte se apasiona;
Que pide mi vida al Rey;
Que el Rey mi vida le otorga;
Que informado de quien soy,
Me persuade á que me ponga
Mi propio traje, y que sirva
A Estrella, donde ingeniosa
Estorbe el amor de Astolfo,
Y el ser Estrella su esposa.
Pasemos que aquí me viste
Otra vez confuso, y otra
Con el traje de mujer
Confundiste entrambas formas;
Y vamos á que Clotaldo,

Persuadido á que le importa
Que se casen y que reinen
Astolfo y Estrella hermosa,
Contra mi honor me aconseja
Que la pretension deponga.
Yo, viendo que tú, ¡Oh valiente
Segismundo! A quien hoy toca
La venganza, pues el cielo
Quiere que la cárcel rompas
De esa rústica prision,
Donde ha sido tu persona,
Al sentimiento una fiera,
Al sufrimiento una roca,
Las armas contra tu patria
Y contra tu padre tomas,
Vengo á ayudarte, mezclando
Entre las galas costosas
De Diana, los arneses
De Pálas; vistiendo ahora,
Ya la tela y ya el acero,
Que entrambos juntos me adornan.
Ea pues, fuerte caudillo,
A los dos juntos importa
Impedir y deshacer
Estas concertadas bodas:
A mi, porque no se case
El que mi esposo se nombra,
Y á tí porque, estando juntos
Sus dos estados, no pongan
Con más poder y más fuerza
En duda nuestra victoria.
Mujer, vengo á persuadirte

Al remedio de mi honra;
Y varon, vengo á alentarte
A que cobres tu corona.
Mujer, vengo á enternecerte
Cuando á tus plantas me ponga;
Y varon, vengo á servirte
Con mi acero y mi persona.
Y así piensa que si hoy
Como mujer me enamoras,
Como varon te daré
La muerte en defensa honrosa
De mi honor; porque he de ser,
En su conquista amorosa,
Mujer para darte quejas,
Varon para ganar honras.

SEGISMUNDO. [*Ap.*]

¡Cielos, si es verdad que sueño,
Suspendedme la memoria,
Que no es posible que quepan
En un sueño tantas cosas!
¡Válgame Dios, quién supiera
O saber salir de todas,
O no pensar en ninguna!
¿Quién vió penas tan dudosas?
Si soñé aquella grandeza
En que me vi, ¿Cómo ahora
Esta mujer me refiere
Unas señas tan notorias?
Luego fué verdad, no sueño.
Y si fué verdad (Que es otra
Confusion, y no menor),

¿Cómo mi vida le nombra
Sueño? Pues ¿Tan parecidas
A los sueños son las glorias,
Que las verdaderas son
Tenidas por mentirosas,
Y las fingidas por ciertas?
¡Tan poco hay de unas á otras,
Que hay cuestion sobre saber
Si lo que se ve y se goza,
Es mentira ó es verdad!
¿Tan semejante es la cópia
Al original, que hay duda
En saber si es ella propia?
Pues si es así; y ha de verse
Desvanecida entre sombras
La grandeza y el poder,
La majestad y la pompa,
Sepamos aprovechar
Este rato que nos toca,
Pues sólo se goza en ella
Lo que entre sueños se goza.
Rosaura está en mi poder,
Su hermosura el alma adora.....
Gocemos, pues, la ocasion,
El amor las leyes rompa
Del valor y la confianza
Con que á mis plantas se postra.
Esto es sueño; y pues lo es,
Soñemos dichas ahora,
Que despues serán pesares.
Mas ¡Con mis razones propias
Vuelvo á convencerme á mí!

Si es sueño, si es vanagloria,
¿Quién por vanagloria humana
Pierde una divina gloria?
¿Qué pasado bien no es sueño?
¿Quién tuvo dichas heroicas,
Que entre sí no diga, cuando
Las revuelve en su memoria:
«Sin duda que fué soñado
Cuanto vi?»—Pues si esto toca
Mi desengaño, si sé
Que es el gusto llama hermosa,
Que la convierte en cenizas
Cualquiera viento que sopla:
Acudamos á lo eterno,
Que es la fama vividora
Donde ni duermen las dichas
Ni las grandezas reposan.
Rosaura está sin honor;
Más á un Príncipe le toca
El dar honor que quitarle.
¡Vive Dios! que de su honra
He de ser conquistador,
Antes que de mi corona.
Huyamos de la ocasion,
Que es muy fuerte.—Al arma; [*A un soldado.*]
Que hoy he de dar la batalla
Antes que la oscura sombra
Sepulte los rayos de oro
Entre verdinegras ondas.

ROSAURA.

¡Señor! ¿Pues asi te ausentas?

¿Pues ni una palabra sola
No te debe mi cuidado,
Ni merece mi congoja?
¿Cómo es posible, Señor,
Que ni me mires ni oigas?
¿Aun no me vuelves el rostro?

SEGISMUNDO.

Rosaura: al honor le importa,
Por ser piadoso contigo,
Ser cruel contigo ahora.
No te responde mi voz,
Porque mi honor te responda;
No te hablo, porque quiero
Que te hablen por mí mis obras;
Ni te miro, porque es fuerza,
En pena tan rigurosa,
Que no mire tu hermosura
Quien ha de mirar tu honra.
[*Vase, y los soldados con él.*]

ROSAURA.

¿Qué enigmas, cielos, son éstas?
Despues de tanto pesar,
¡Aun me queda que dudar
Con equívocas respuestas!

ESCENA XI.

CLARIN. ROSAURA.

CLARIN.

Señora, ¿Es hora de verte?

ROSAURA.

¡Ay, Clarin! ¿Dónde has estado?

CLARIN.

En una torre encerrado,
Brujuleando mi muerte,
Si me da ó si no me da;
Y á figura que me diera,
Pasante quínola fuera
Mi vida; que estuve ya
Para dar un estallido.

ROSAURA.

¿Por qué?

CLARIN.

Por que sé el secreto
De quién eres, y en efeto,
Clotaldo... Pero ¿Qué ruido
Es éste?

ROSAURA.

¿Qué puede ser?

CLARIN.

Que del palacio sitiado
Sale un escuadron armado
A resistir y vencer
El del fiero Segismundo.

ROSAURA.

Pues ¿Cómo cobarde estoy,
Y ya á su lado no soy
Un escándalo del mundo,
Cuando ya tanta crueldad
Cierra sin órden ni ley? [*Vase.*]

ESCENA XII.

CLARIN. SOLDADOS, *dentro.*

VOCES DE UNOS.

¡Viva nuestro invicto Rey!

VOCES DE OTROS.

¡Viva nuestra libertad!

CLARIN.

¡La libertad y el Rey vivan!
Vivan muy enhorabuena,
Que á mí nada me da pena,
Como en cuenta me reciban;
Que yo, apartado este dia
En tan grande confusion,
Haga el papel de Neron,
Que de nada se dolia.
Si bien me quiero doler
De algo, y ha de ser de mí.
Escondido, desde aquí
Toda la fiesta he de ver;
El sitio es oculto y fuerte
Entre estas peñas.—Pues ya
La muerte no me hallará,
Dos higas para la muerte.
[*Escóndese; tocan cajas, y suena ruido de armas.*]

ESCENA XIII.

BASILIO, CLOTALDO *y* ASTOLFO, *huyendo.*
CLARIN, *oculto.*

BASILIO.

¡Hay más infelice rey!
¡Hay padre más perseguido!

CLOTALDO.

Ya tu ejército, vencido,
Baja sin tino ni ley.

ASTOLFO.

Los traidores, vencedores
Quedan.

BASILIO.

En batallas tales,
Los que vencen son leales,
Los vencidos los traidores.
Huyamos, Clotaldo, pues,
Del cruel, del inhumano
Rigor de un hijo tirano.
[*Disparan dentro y cae Clarin, herido, de donde está.*]

CLARIN.

¡Válgame el cielo!

ASTOLFO.

¿Quién es
Este infelice soldado,
Que á nuestros piés ha caido
En sangre todo teñido?

CLARIN.

Soy un hombre desdichado
Que, por quererme guardar
De la muerte, la busqué.
Huyendo della, encontré
Con ella; pues no hay lugar
Para la muerte secreto:
De donde claro se arguye
Que quien más su efecto huye,
Es quien se llega á su efeto.
Por eso tornad, tornad
A la lid sangrienta luégo,
Que, entre las armas y el fuego,
Hay mayor seguridad
Que en el monte más guardado,
Pues no hay seguro camino
A la fuerza del Destino
Y á la inclemencia del Hado;
Y así, aunque á libraros vais
De la muerte, con huir,
Mirad que vais á morir,
Si está de Dios que murais. [*Cae dentro.*]

BASILIO.

¡Mirad que vais á morir,
Si está de Dios que murais!
¡Qué bien (¡Ay cielos¡) persuade
Nuestro error, nuestra ignorancia,
A mayor conocimiento,
Este cadáver que habla
Por la boca de una herida,
Siendo el humor que desata

Sangrienta lengua que enseña
Que son diligencias vanas
Del hombre, cuantas dispone
Contra mayor fuerza y causa.
Pues yo, por librar de muertes
Y sediciones mi patria,
Vine á entregarla á los mismos
De quien pretendí librarla.

CLOTALDO.

Aunque el Hado, Señor, sabe
Todos los caminos, y halla
A quien busca entre lo espeso
De las peñas, no es cristiana
Determinacion, decir
Que no hay reparo á su saña.
Sí hay, que el prudente varon,
Victoria del Hado alcanza;
Y si no estás reservado
De la pena y la desgracia,
Haz por donde te reserves.

ASTOLFO.

Clotaldo, Señor, te habla
Como prudente varon
Que madura edad alcanza,
Yo como jóven valiente.
Entre las espesas matas
De ese monte está un caballo,
Veloz aborto del aura;
Huye en él, que yo, entre tanto,
Te guardaré las espaldas.

BASILIO.

Si está de Dios que yo muera,
O si la muerte me aguarda
Aquí, hoy la quiero buscar,
Esperando cara á cara.
[*Tocan al arma.*]

ESCENA XIV.

SEGISMUNDO. ESTRELLA. ROSAURA. SOLDADOS. ACOMPAÑAMIENTO. BASILIO. ASTOLFO. CLOTALDO.

UN SOLDADO.

En lo intrincado del monte,
Entre sus espesas ramas,
El Rey se esconde.

SEGISMUNDO.

¡Seguidle!
No quede en sus cumbres planta
Que no examine el cuidado,
Tronco á tronco y rama á rama.

CLOTALDO.

¡Huye, Señor!

BASILIO.

¿Para qué?

ASTOLFO.

¿Qué intentas?

BASILIO.

Astolfo, aparta.

CLOTALDO.

¿Qué quieres?

BASILIO.

Hacer, Clotaldo,
Un remedio que me falta.
—Si á mí buscándome vas, [*A Segismundo.*]
Ya estoy, Príncipe, á tus plantas :
[*Arrodillándose.*]
Sea dellas blanca alfombra
Esta nieve de mis canas.
Pisa mi cerviz, y huella
Mi corona; postra, arrastra
Mi decoro y mi respeto;
Toma de mi honor venganza;
Sírvete de mí cautivo,
Y tras prevenciones tantas,
Cumpla el Hado su homenaje,
Cumpla el cielo su palabra.

SEGISMUNDO.

Córte ilustre de Polonia,
Que de admiraciones tantas
Sois testigos, atended,
Que vuestro Príncipe os habla.
Lo que está determinado
Del cielo, y, en azul tabla,
Dios con el dedo escribió,
De quien son cifras y estampas
Tantos papeles azules
Que adornan letras doradas,
Nunca engaña, nunca miente;
Porque quien miente y engaña,

Es quien, para usar mal dellas,
Las penetra y las alcanza.
Mi padre, que está presente,
Por excusarse á la saña
De mi condicion, me hizo
Un bruto, una fiera humana.
De suerte que, cuando yo
Por mi nobleza gallarda,
Por mi sangre generosa,
Por mi condicion bizarra,
Hubiera nacido dócil
Y humilde, sólo bastára
Tal género de vivir,
Tal linaje de crianza,
A hacer fieras mis costumbres :
¡Qué buen modo de estorbarlas!
Si á cualquier hombre dijesen :
«Alguna fiera inhumana
Te dará muerte», ¿Escogiera
Buen remedio en despertarlas
Cuando estuvieran durmiendo?
Si dijeran : «Esta espada
Que traes ceñida, ha de ser
Quien te dé la muerte», vana
Diligencia de evitarlo
Fuera entónces desnudarla,
Y ponérsela á los pechos.
Si dijesen : «Golfos de agua
Han de ser tu sepultura,
En monumentos de plata»,
Mal hiciera en darse al mar
Cuando, soberbio, levanta

Rizados montes de nieve,
De cristal crespas montañas.
Lo mismo le ha sucedido
Que á quien, porque le amenaza
Una fiera, la despierta;
Que á quien, temiendo la espada,
La desnuda; y que á quien mueve
Las olas de una borrasca.
Y cuando fuera (escuchadme)
Dormida fiera mi saña,
Templada espada mi furia,
Mi rigor quieta bonanza;
La fortuna no se vence
Con injusticia y venganza,
Porque ántes se incita más;
Y así, quien vencer aguarda
A su fortuna, ha de ser
Con cordura y con templanza;
No ántes de venir el daño
Se reserva ni se guarda
Quien le previene; que aunque
Puede humilde (cosa es clara)
Reservarse dél, no es
Sino despues que se halla
En la ocasion, porque aquesta
No hay camino de estorbarla.
Sirva de ejemplo este raro
Espectáculo, esta extraña
Admiracion, este horror,
Este prodigio; pues nada
Es más que llegar á ver
Con prevenciones tan várias,

Rendido á mis piés á un padre,
Y atropellado á un monarca.
Sentencia del cielo fué;
Por más que quiso estorbarla
Él, no pudo; y ¿Podré yo,
Que soy menor en las canas,
En el valor y en la ciencia,
Vencerla? — Señor, levanta, [*Al Rey.*]
Dame tu mano; que ya
Que el Cielo te desengaña
De que has errado en el modo
De vencerla, humilde aguarda
El cuello á que tú te vengues:
Rendido estoy á tus plantas.

BASILIO.

Hijo, que tan noble accion
Otra vez en mis entrañas
Te engendra: Príncipe eres.
A tí el laurel y la palma
Se te deben: tú venciste;
Corónente tus hazañas.

TODOS.

¡Viva Segismundo, viva!

SEGISMUNDO.

Pues que ya vencer aguarda
Mi valor grandes victorias,
Hoy ha de ser la más alta
Vencerme á mí. — Astolfo dé
La mano luégo á Rosaura,
Pues sabe que de su honor
Es deuda, y yo he de cobrarla.

ASTOLFO.

Aunque es verdad que la debo
Obligaciones, repara
Que ella no sabe quién es;
Y es bajeza y es infamia
Casarme yo con mujer...

CLOTALDO.

No prosigas, tente, aguarda;
Porque Rosaura es tan noble
Como tú, Astolfo, y mi espada
Lo defenderá en el campo;
Que es mi hija y esto basta.

ASTOLFO.

¿Qüé dices?

CLOTALDO.

Que yo hasta verla
Casada, noble y honrada
No la quise descubrir.
La historia desto es muy larga;
Péro, en fin, es hija mia.

ASTOLFO.

Pues siendo así, mi palabra
Cumpliré.

SEGISMUNDO.

Pues porque Estrella
No quede desconsolada,
Viendo que príncipe pierde
De tanto valor y fama,
De mi propia mano yo
Con esposo he de casarla

Que en méritos y fortuna,
Si no le excede, le iguala.
Dame la mano. [*A Estrella.*]

ESTRELLA.

Yo gano
En merecer dicha tanta.

SEGISMUNDO.

A Clotaldo, que leal
Sirvió á mi padre, le aguardan
Mis brazos, con las mercedes
Que él pidiere que le haga.

UN SOLDADO.

Si así á quien no te ha servido
Honras: á mí, que fuí causa
Del alboroto del Reino,
Y de la torre en que estabas
Te saqué, ¿Qué me darás?

SEGISMUNDO.

La torre; y porque no salgas
Della nunca, hasta morir
Has de estar allí con guardas;
Que el traidor no es menester,
Siendo la traicion pasada.

BASILIO.

Tu ingenio á todos admira.

ASTOLFO.

¡Qué condicion tan mudada!

ROSAURA.

¡Qué discreto y qué prudente!

SEGISMUNDO.

¿Qué os admira? ¿Qué os espanta,
Si fué mi maestro un sueño,
Y estoy temiendo, en mis ánsias,
Que he de dispertar y hallarme
Otra vez en mi cerrada
Prision? — Y cuando no sea,
El soñarlo sólo basta,
Pues así llegué á saber
Que toda la dicha humana,
En fin, pasa como un sueño,
Y quiero hoy aprovecharla
El tiempo que me duráre,
Pidiendo de nuestras faltas
Perdon, pues de pechos nobles
Es tan propio el perdonarlas.



ANÁLISIS

DE

LA VIDA ES SUEÑO.

Esta Comedia es, sin disputa, la obra maestra del Príncipe de los poetas dramáticos españoles, que supo en ella elevarse á la altura de un gran filósofo, y que á ella le debe, indudablemente, más que á ninguna otra de sus producciones, el distinguidísimo lugar que ocupa en el Parnaso escénico, por comun asentimiento de todas las naciones civilizadas.

Al darle, pues, lugar en esta coleccion, no hacemos más que cumplir con un deber de conciencia literaria; pero todavía tenemos que llenar otro, si no ménos obligatorio, en virtud del compromiso contraido, infinitamente más difícil, á saber: analizar las bellezas y defectos de *La Vida es Sueño*. Así prometimos hacerlo en el *Ensayo crítico* sobre el Teatro de Calderon, y así nos lo hemos estado proponiendo hasta el momento mismo de tomar la pluma para realizarlo; momento en el cual—¿Por qué no confesarlo?—sentimos desfallecer el ánimo y temblar la mano, ante la dificultad, para nuestras débiles fuerzas insuperable casi, de ejercer el severo magisterio de la crítica respecto á tan magnífico drama, por tan gran poeta escrito.

Por dicha, mucho ántes que nosotros hubiéramos contraido el temerario compromiso que hoy con el público tenemos, un gran crítico tambien habia juzgado ya *La Vida*

es Sueño; y como el lector ganará mucho en que al nuestro sustituyamos su juicio, vamos á copiar aquí lo más esencial é importante de él, dejando reducida nuestra tarea á contadísimo número de muy generales observaciones.

El Sr. D. Alberto Lista, que es el crítico á quien nos referimos, y el maestro á quien debemos lo poco que en las bellas letras se nos alcanza, dice en sus *Ensayos literarios y críticos*, publicados en Sevilla, el año pasado de 1844, lo que, haciéndolo nuestro, copiamos seguidamente:

«No nos acordamos si es en *Bocacio* ó en las *Mil y una noches* (1), donde hemos leido el cuento de un príncipe que, por entretenimiento, hizo que embriagasen á un mendigo; que cuando despertase se le hiciese creer que era monarca durante un dia; y que vuelto á embriagar, se le restituyese á su primer miseria. En esta conseja trivial descubrió el genio de Calderon bastante campo para representar las dos situaciones más importantes de la vida humana, á saber: la ilusion y el escarmiento. En la primera, Segismundo no es más que el hombre fisiológico. Tiene poder, y quiere emplearlo en la venganza; insulta á su padre, se enamora sucesivamente de dos mujeres que ve, resiste al consejo, arroja al mar desde un balcon uno de los consejeros, y quiere dar muerte al otro; no hay razon, no hay honor, no hay respeto que le atajen; sólo la adulacion, sólo lo que lisonjea sus pasiones, le es bueno y agradable.

»Segismundo vuelve á dormir, y vuelve á despertar en su prision, con la cadena al pié y el carcelero al lado. Aquí empieza una nueva existencia, la existencia del hombre moral, ilustrado por el escarmiento y la razon. Desconfia de los bienes de la vida, que le buscan de nuevo; gózalos, pero con timidez; reprime sus pasiones, que quieren sublevarse otra vez, y hace buen uso de la felicidad, porque sabe que

(1) Parécenos que en esta obra es donde está la leyenda á que el señor Lista se refiere.

ha de perderla, y que ha de despertar en otra region, con respecto á la cual la vida actual no es más que *un sueño.*

»Tal es el magnífico plan que desenvolvió Calderon con todo el genio de un gran poeta, y con toda la profundidad de un gran filósofo. ¿Qué son, después de esto, algunos defectos de expresion, hijos del mal gusto de su siglo, y muy fáciles de corregir, como efectivamente lo ha hecho el imitador francés? ¿Quién se pára en ellos, cuando se ve descrita con tanta perfeccion la historia del hombre?

»Boissy (1), más correcto en cuanto al estilo, destruye casi el pensamiento del cómico español. Segismundo, al despertar la primera vez, no es el hombre de las pasiones sensuales. Ve á la princesa Sofronia, y se enamora de ella; pero este amor es un sentimiento puro y virtuoso, que le mueve hasta á perdonar la sinrazon de su padre en haberle tenido tanto tiempo preso y aherrojado; y sólo vuelve á sus furores cuando sabe que el Rey ha prometido á otro la mano de su sobrina.

»¡Cuánto más profunda es la idea de Calderon! En él apénas manifiesta el Príncipe otro amor que el sensual; ve á su prima, y quiere tomarla la mano; ve después á Rosaura, y quiere forzarla. En una palabra, todas sus pasiones son brutales é hijas de la ilusion de los sentidos, sin freno alguno, ni áun el que unos afectos suelen imponer á otros. *La Vida es Sueño*, de Calderon, en sus dos primeros actos, es un drama romántico de nuestros dias. ¡Qué lástima que Segismundo, cuando despierta en la prision, no se suicide! En ese caso nada le faltaria para ser el modelo del romanticismo actual. Pero Calderon no queria someter el hombre al ímpetu ciego de las pasiones; creia en la razon y en la moral, y ése es su defecto á los ojos de los modernos dramaturgos.

»Boissy falseó, pues, el pensamiento de Calderon, inspi-

(1) Dramático francés que tradujo *La Vida es Sueño*, el año 1732.

rando á su héroe ideas grandes y generosas, sugeridas por el amor, y atribuyendo á los celos sus nuevos furores. Así queda desvirtuada, en su fábula, la grande leccion del escarmiento, que en la comedia española es completa, terrible y eficaz. Suprime tambien gran parte de las reflexiones de Segismundo en uno y otro estado. El drama francés es una copia débil de un excelente cuadro, hecha por un profesor dotado de más finura que genio. Observemos que lo mismo sucedió á Molière imitando *El desden con el desden*, de Moreto. Á la verdad Molière tenía mucho genio, pero no de la especie que era necesario para escribir la comedia del Plauto español.

»Boissy dejó subsistir en su drama un gracioso llamado *Arlequin*, personaje preciso en el teatro italiano, donde se representó, porque el de la comedia francesa, esclavo entónces de las formas de Boileau, no lo hubiera admitido. Tambien en la comedia de Calderon hay un gracioso, á quien el pueblo quiere libertar, teniéndole por Segismundo, y aclarado el yerro, responde á los que le acusaban de haberse fingido el príncipe :

> Vosotros fuisteis los que
> Me *segismundeasteis*.

»Este verbo grotesco, inventado por Calderon, le pareció á Boissy un diminutivo castellano, y su Arlequin, convencido del error, dice que es el príncipe Segismundinet, y hermano menor de Segismundo.

»Concluirémos este artículo diciendo que Calderon manejó esta misma fábula en uno de sus autos sacramentales, intitulado tambien *La Vida es Sueño*. En él, el carácter de Segismundo es el del hombre en general; prueba evidente de que su plan en la comedia era el de describir la naturaleza humana, entregada primero á sí misma, y amaestrada después por el desengaño.»

¿Qué pudiéramos añadir nosotros á tan profundas observaciones, que no fuera ocioso ó superabundante?

La Vida es Sueño, es una de esas obras que se sienten más que se analizan; sus defectos, aunque grandes, sobre todo en la hinchazon del estilo y el gongorismo del lenguaje, desaparecen, como las manchas del sol, en el fulgente brillo de su luminosa atmósfera; y sus bellezas son tantas y tales, que para señalarlas sería menester, más bien copiar que extractar la comedia toda.

Terminarémos, por tanto, este análisis, si tal puede llamarse, con decir que, á nuestro juicio, á *La Vida es Sueño*, le sucede algo de lo que al *Quijote*. Es singular en su especie; ofrece al estudio vastísimo campo; sustráese á la crítica por su grandeza misma; y se presta á la imitacion tan poco, que de cuantos la han intentado hasta el dia, ninguno, que sepamos, lo hizo con feliz éxito, como no sea su autor mismo, en el *Auto*, por el Sr. Lista citado, y del cual no podemos ménos de copiar á continuacion algunos versos.

Los siguientes son la trova, por decirlo así, de las famosas décimas del monólogo de Segismundo, que *el Hombre* recita en el Auto sacramental:

EL HOMBRE.

¡Oh qué torpe el paso
Primero doy!

LA LUZ.

No es acaso
Que de libertad ajeno
Nazca el hombre.

EL HOMBRE.

Pues ¿Por qué,
Si ese hermoso luminar
(Que á un tiempo ver y cegar
Hace) otra criatura fué,
Apénas nacer se ve,
Cuando con la majestad
De su hermosa claridad
Azules campos corrió,

Teniendo más alma yo
Tengo ménos libertad?
¿Por qué, si es que es ave aquella
Que, ramillete de pluma,
Va con ligereza suma
Por esa campaña bella,
Nace apénas, cuando en ella,
Con libre velocidad,
Discurre la variedad
Del espacio en que nació,
Teniendo más vida yo,
Tengo ménos libertad?
¿Por qué, si es bruto el que á bellas
Manchas salpicó la piel
(Gracias al docto pincel
Que áun puso primor en ellas),
Apénas nace y las huellas
Estampa, cuando á piedad
De bruta capacidad,
Uno y otro laberinto
Corre, yo, con más instinto,
Tengo ménos libertad?
¿Por qué, si es pez el que en frio
Seno nace y vive en él,
Siendo argontado bajel,
Siendo escamado navío,
Con alas que le dan brío
Surca la vaga humedad
De tan grande inmensidad
Como todo un elemento,
Teniendo yo más aliento,
Tengo ménos libertad?
¿Qué mucho, pues, si se ve
Torpe el hombre en su creacion,
Que tropiece la razon
Donde ha tropezado el pié?
Y pues hasta ahora no sé
Quién soy, quién seré, quién fuí,
Ni más de que ví y oí,
Vuelva á sepultarme dentro

Ese risco, en cuyo centro
Se duela mi autor de mí.

Una sola observacion : Calderon tenía 35 años apénas cuando escribió *La Vida es sueño*, comedia; y el Auto del mismo título lo compuso el año de 1673. ¿No es asombrosa la identidad de pensamiento, de intuicion filosófica, y de galanura en la versificacion, que en ambas obras se advierte?

Goza esa comedia en Europa de crédito tan universal, ya creemos haberlo dicho, como el Ingenioso Hidalgo mismo; y gózalo casi desde su aparicion en la escena, puesto que, segun nos dice el Sr. Hartzenbusch (1), el año de 1646 la imitó en francés Gillet de la Tisonnerie, con el título de *Segismundo, duque de Varsovia;* y hay tambien dos imitaciones alemanas de ella, una de M. J. F. Scharmenstein, y otra de Bertrand, además de la traduccion francesa de Boissy, que ya dejamos citada.

No tenemos noticia de traduccion alguna inglesa de *La Vida es Sueño;* pero podemos afirmar terminantemente que Calderon es un poeta muy conocido y apreciado en la Gran Bretaña, cuyos literatos, gente sólidamente instruida, le hacen plena justicia.—Calderon y Shakespeare fueron coetáneos (2); el teatro español y el inglés alcanzaron á un tiempo sus respectivos siglos de oro, y sin conocerse, sin haberse leido el uno al otro, ofrecen, sin embargo, en sus ingenios, cuanta analogía era posible, dada la gran diversidad de sus nacionalidades y circunstancias.

No soñaba ménos el genio del soberbio Támesis que el del humilde Manzanares; pero si, como dice un crítico ale-

---

(1) Coleccion de Rivadeneyra, tomo XIV, pág. 715, col. 2.ª—Nota.

(2) Referímonos á la época en general; porque en rigor Shakespeare que falleció el 23 (12) de Abril de 1616, habia ya desaparecido de la escena, cuando Calderon apénas habia salido entónces de la infancia.

man (Hazz litt), «la lectura del *Sueño de una Noche de Verano* se asemeja á un paseo por un bosque, á la claridad de la luna», la de *La Vida es Sueño,* es como un viaje á las regiones de la verdad filosófica, en el cual sirve al lector de guía un númen platónicamente poético.

ÍNDICE

DE LAS COMEDIAS Y JUICIOS CRÍTICOS DE ESTE TOMO.



OBRAS PUBLICADAS

por la Real Academia Española, que se hallan de venta en su despacho de la calle de Valverde, en Madrid, número 26, y en la librería de Moya y Plaza, calle de Carretas, número 8.

	PRECIO DE CADA EJEMPLAR.		
	En pasta. — *Rs. vn.*	En rústica. — *Rs. vn.*	En papel. — *Rs. vn.*
Gramática de la lengua castellana.	»	15	»
Compendio de la misma, destinado á la segunda enseñanza.	»	4	»
Epítome de la misma Gramática, dispuesto para la enseñanza elemental.	»	2	»
Diccionario de la lengua castellana, décima edicion. . . .	88	»	76
Prontuario de Ortografía de la lengua castellana.	»	3	»
Discursos de recepcion de la Real Academia Española : tres tomos en 8.° mayor, cada uno. .	»	20	»
Obras poéticas del *Duque de Frias*, un tomo en 4.° mayor, edicion de todo lujo. . . .	»	40	»
Obras poéticas de *D. Juan Nicasio Gallego*, un tomo en 8.° prolongado.	»	20	»
El Fuero Juzgo en latin y en castellano, un tomo en fólio.	32	»	»
El Siglo de Oro, de D. Bernardo Valbuena, con el poema *La Grandeza Mejicana*, un tomo.	16	»	»
El Fuero de Avilés, con el texto en facsímile, sus concordancias y su vocabulario, por don Aureliano Fernandez-Guerra y Orbe.	»	20	»

BIBLIOTECA SELECTA DE AUTORES ESPAÑOLES.	PRECIO DE CADA EJEMPLAR.		
	En pasta. — *Rs. vn.*	En rústica. — *Rs. vn.*	En papel. — *Rs. vn.*
La Araucana, de D. Alonso de Ercilla, con un prólogo é ilustraciones de D. Antonio Ferrer del Rio, dos tomos. . .	»	30	»
Farsas y églogas de Lúcas Fernandez, con un prólogo é ilustraciones de D. Manuel Cañete, un tomo.	»	12	»
Obras escogidas de D. Juan Ruiz de Alarcon, con un prólogo y juicio crítico de sus obras, de D. Isaac Nuñez de Arenas, tres tomos.	»	36	»
Teatro escogido de D. Pedro Calderon de la Barca, con un prólogo y juicio crítico de sus obras por D. Patricio de la Escosura, tomos I y II. . .	»	24	»

La venta por mayor se verifica en el citado despacho de la calle de Valverde. Á los que compren de 12 á 50 ejemplares del *Diccionario*, de la *Gramática* y del *Compendio* y *Epítome* de la misma, se rebaja el 5 por 100 de su importe, y el 10 por 100 de 50 en adelante.

Se obtiene una rebaja de 5 por 100 en el importe de los *Prontuarios de Ortografía*, tomando de una vez 200 ó más ejemplares.

Respecto de la *Biblioteca de clásicos españoles*, obtendrán los libreros las siguientes rebajas: desde 1 á 25 ejemplares, un 10 por 100; desde 26 á 50, un 12 por 100; desde 51 en adelante, un 15 por 100.

